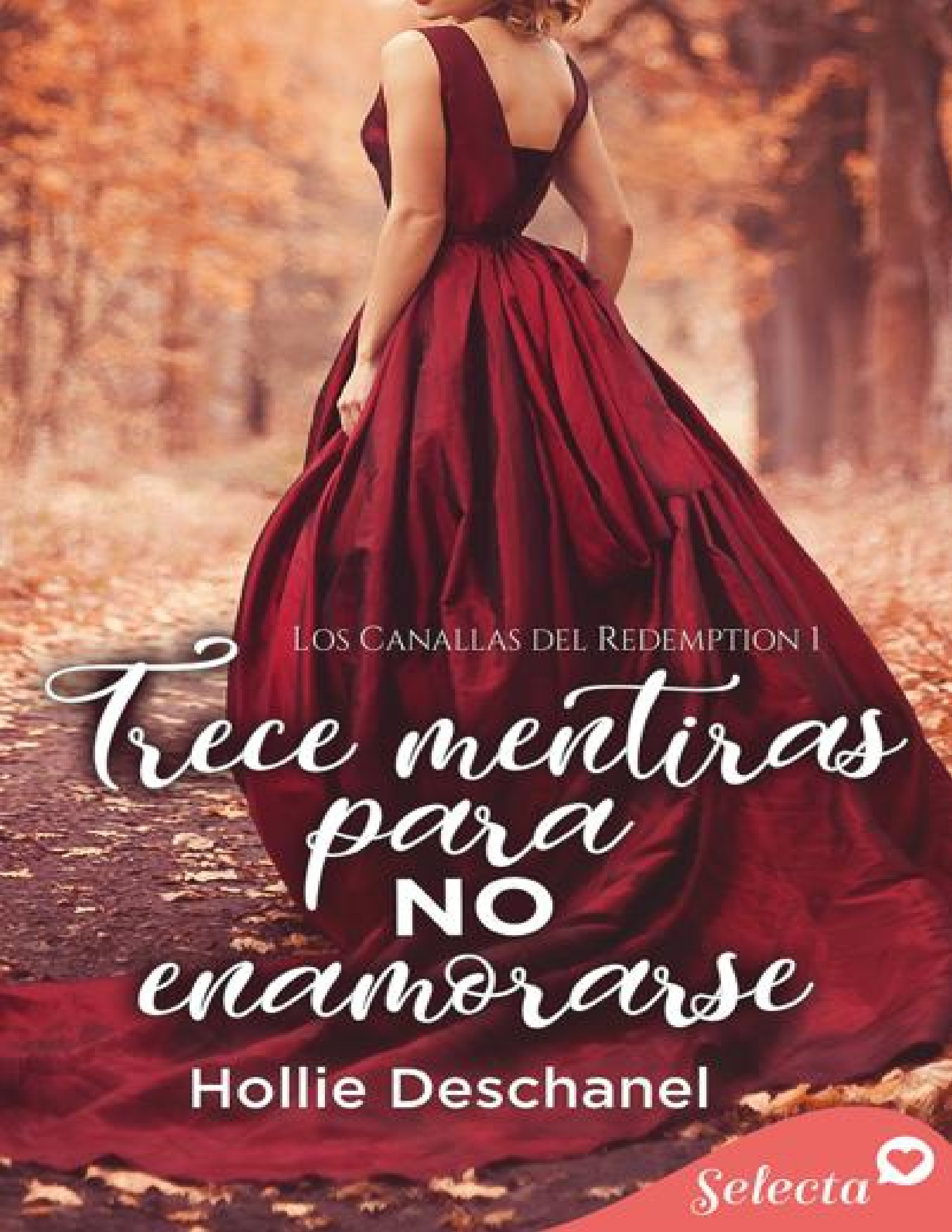

Los Canallas del Redemption 1
Trece mentiras para NO enamorarse
Hollie Deschanel
Selecta

Trece mentiras para no enamorarse

SERIE

Los canallas del Redemption 1

Hollie Deschanel

Selecta

«Dentro de cada uno de nosotros existe un héroe, un villano y un traidor. ¿Qué carta escogerás?» .

Luis Gabriel Carrillo Navas

Para todos aquellos que alguna vez perdieron la libertad y tuvieron que pelear para recuperarla.

Hay jaulas que no son tan férreas como parecen.

Prólogo

Enero, 1840
Londres, Inglaterra

Cuando uno nacía en las entrañas de la pobreza, no le quedaba de otra que asumir su destino rápidamente y adaptarse a las circunstancias si es que quería sobrevivir más de un invierno en un Londres despiadado. Raven Davenport aprendió desde joven esa regla básica. Y no se lo enseñó nadie en particular. A decir verdad, su vida había sido demasiado dramática desde el día en que su madre lo trajo al mundo. Si ella no se hubiese abierto de piernas nueve meses antes, tal vez habría sobrevivido y no sería un montón de huesos enterrados bajo tierra.

Pero las personas rara vez hacían lo correcto. Normalmente se dejaban guiar por el corazón y las emociones más irracionales; véase el amor, la lujuria o la lástima. Y la señora Davenport no era demasiado espabilada. Eso era lo que decía quienes la conocieron en vida. Y Raven, aunque con pesar, les daba la razón.

Él no pudo salvarla, pero sí se rescató a sí mismo y se forjó en los fuegos del infierno. A ojos de Dios, probablemente era una espada inquebrantable y empuñada para asestar golpes certeros a quien osara amenazarle. O, tal vez, solo era un pobre diablo al que la suerte le sonreía de vez en cuando.

Apoyado en la barra, con una bala meciéndose de un dedo a otro —su talismán más preciado —, Raven observó a su jefe y mejor amigo acercarse con el semblante serio. No le conocía muchas más expresiones aparte de esa. Al menos, no antes de que se casara con lady Olivia Lennox. Esa mujer había transformado a un hombre rabioso en un hombre reformado y, para sorpresa de todos, enamorado hasta lo más profundo de su alma.

Se alegraba por él como no se había alegrado por nadie en la vida. La mayoría de personas le resultaban desagradables y prefería el silencio, así como la soledad, por encima de cualquier tipo de compañía. A veces, incluso de la femenina. Y es que no se planteaba en absoluto sentar la cabeza, casarse con alguna joven agradable y traer al mundo a un par de críos que dependieran de él. Y no lo hacía por una buena razón: la muerte le pisaba los talones y muchas pistolas apuntaban hacia él como para poner en peligro a alguien que le importase.

—Como siempre, te encuentro en el lugar correcto —dijo Jude, y una de las comisuras de sus labios se elevó por encima de la otra, dando forma a una sonrisa lobuna—. ¿Por qué será?

—No tengo nada mejor que hacer —repuso Raven con un leve encogimiento de hombros. El izquierdo, pues el derecho aún le costaba moverlo después de recibir un disparo tan solo un año antes—. ¿Tú no deberías estar con tu mujer y tu hijo?

—Que conste que los adoro, pero Olivia está encinta de nuevo —repuso Jude, y sonrió aún más al ver la expresión de sorpresa de su socio— y no deja de taladrarme la cabeza con su necesidad de comer empanadas de pescado. Créeme, no hay nada peor que complacer a una mujer embarazada.

—Teniendo en cuenta que es culpa tuya que esté en ese estado, me temo que deberás complacerla.

Jude tomó asiento en uno de los taburetes y esperó a que le sirviera una copa de *whisky*.

—Y pienso hacerlo… cuando arregle un par de asuntos. Ella sabe a qué he venido, no te preocupes —cogió el vaso y agitó suavemente el líquido ambarino antes de darle un trago—. Ni se me ocurriría hacer algo a sus espaldas.

Raven encontró sumamente enternecedor que su jefe, un hombre conocido por su falta de empatía y su tendencia insana a saldar cualquier deuda, costara lo que costase, se doblegase por completo a los deseos de su esposa sin poner resistencia. Como si *lady* Olivia fuese su dueña y él un simple gato arisco al que le encantaba que le rascaran la tripa por las noches.

—No soy nadie para juzgarte —Raven alzó ambas manos en señal de rendición.

Jude cabeceó en señal de apreciación.

—¿Están los demás?

—No. Caleb aún duerme, ha sido una noche dura. Un par de combates como los que ha tenido dejan a cualquiera totalmente fuera de juego, y él no es la excepción.

—Aunque le gustaría.

Apoyando los codos sobre la barra, Raven asintió.

—Maddox ha ido en busca del nuevo cargamento. Después del último robo, pensamos que lo mejor es que uno de nosotros acompañe siempre al resto de hombres, para infundir miedo.

Aún con el vaso en la mano, Jude enarcó una de sus cejas.

—¿Siguen dándoos problemas los hombres de Ewan?

—No tanto como les gustaría. Blake escuchó la otra noche que está replegando a sus hombres y que ha comprado un prostíbulo en Saint Lux. Probablemente necesite mover más dinero del que ya tiene. No le veo demasiado interés en el negocio del *whisky* como tal.

—Sería toda una novedad.

Ambos conocían a Ewan demasiado bien: un hombrecillo acomplejado porque su padre nunca lo quiso y su madre renegó de él tras quemar toda su casa de campo por jugar con el fuego. Literalmente.

Tenía media cara quemada y se odiaba tanto a sí mismo que volcaba toda su frustración, odio y rencor en quienes se movían a su alrededor. Gozaba de una posición aventajada gracias a su buen ojo con los negocios y, sobre todo, por saber cómo quitarse a la competencia de delante sin ponerse en medio ni recibir una sola bala.

La última vez que trató de quebrar a Jude y a todo el personal del Redemption, le salió muy mal la jugada. Sí, Raven se llevó una bala en el hombro de regalo y el más joven de los Birdwhistle se ganó una paliza; pero, al menos, lograron quitárselo del medio una buena temporada. A fin de cuentas, Ewan era muchas cosas, mas no un estúpido. Y si se atrevía a tocarle las narices a Jude de frente, probablemente este le arrebataría parte de su imperio antes de caer. Por eso, y porque era un cobarde, no daba señales de vida más allá de sus trapicheos.

—Diría que el problema principal es Laurent. Un hombre como él no se achanta ante nadie.

—Está claro que, cuando no es un enemigo, es otro —Jude chasqueó la lengua. Dejó el vaso de *whisky* vacío sobre la barra en una silenciosa invitación a que se lo llenara una vez más—.

¿Qué tal le fue a Maddox?

—Aún no ha vuelto. Probablemente bien. A la gente no le gusta enfrentarse a tipos como él.

Y no era una manera despectiva de dirigirse a uno de sus amigos íntimos, sino una realidad.

Volcó la botella de *whisky* lo suficiente para rellenar la copa y volvió a taparla.

—Lástima, me hubiera gustado hablar con todos.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Acaso lord Cavendish ha dado señales de vida?

Jude negó con la cabeza.

—Ese malnacido no va a dar señales de vida hasta encontrar la manera de que se olviden de su cara. Y solo se me ocurre una manera de conseguirlo, pero él es demasiado cobarde para desfigurarse —pronunció, con los dientes apretados de la rabia. Siempre sería un tema delicado a tratar—. El motivo real por el que estoy aquí es porque necesito soltar el mando.

Raven lo miró como si hubiese oído la blasfemia más infame de la faz de la Tierra.

—¿Disculpa?

—Ya ves, en algún momento tenía que ceder el cargo, ¿no crees? Pensé que el motivo sería mi muerte, pero el destino o algo similar eligió por mí, y ahora no me queda de otra que cuidar a mi familia.

—¿Planeas abandonar el Redemption?

—Eso sería como abandonar a mi esposa: algo sumamente doloroso. No, amigo mío —le habló con franqueza—, solo voy a alejarme un tiempo y a permitir que vosotros hagáis el trabajo. Por supuesto, tú serás quien ocupe mi lugar. Confío en ti más que en nadie y sé que no me fallarás.

Con todo lo que había hecho Jude en el pasado por él, dudaba morder la mano que le daba de comer. Principalmente porque le apreciaba, aunque también porque se sentía en deuda con él. Con ese hombre nacido bajo el apellido más conocido de Londres, hermano de un duque y esposo de una de las debutantes más queridas de los últimos tiempos, pese a su historial manchado. Jude Birdwhistle era alguien digno de admirar, un ejemplo a seguir, un amigo de verdad. Jamás le había hablado con desdén o dedicado una mirada por encima del hombro, más o menos como acostumbraba a hacer la mayoría de la aristocracia. Cuando se sentaba en la misma mesa, charlaban de tú a tú, sin florituras ni protocolos innecesarios, y eso Raven lo valoraría siempre; hasta el último de sus días.

Por eso mismo extrañaría sobremanera verle allí, envuelto en un aura enigmática que no levantaba sospechas. Nadie llegaba a la conclusión de que Jude Birdwhistle era el dueño del Redemption. Ese título solían colocárselo a Raven. Y él, dispuesto a proteger a la persona que le ayudó a salir de la calle y no convertirse en un delincuente de poca monta, no lo afirmaba ni lo negaba. En parte, porque ese club era su hogar, parte de él, y jamás renegaría de sus raíces.

—Pensaba que no te marcharías de Londres tanto tiempo.

—Olivia está cansada de los viajes, y necesito pasar tiempo de calidad con ella. Bastante días me perdí de verla envuelta en ese aroma a flores que tanto me gusta, o en ver crecer a mi hijo en su vientre. Un hombre sabe cuándo es el momento de centrarse en algo que no sea desplumar a la aristocracia —al decirlo, sonrió de medio lado. Una sonrisa que había irritado y enamorado a más de uno y de dos individuos de la capital—. No es que Liv me haya prohibido seguir aquí —aclaró—, es que soy yo quien ha tomado la decisión después de un año. Hay guerras que ya no deseo librar.

—Y lo entiendo —dijo Raven con muchísima calma—. Te dije hace mucho que ahora eras un hombre reformado y no me hiciste ni caso.

Jude se rio, con el borde del vaso muy cerca de su boca.

—Eso es porque mi ego me impedía ver la realidad. Ahora sé que he demorado demasiado en hacer las cosas correctamente —le dio un trago al *whisky* y se relamió los labios—. Entonces… ¿aceptas lo que te estoy proponiendo?

—¿Tengo más opciones?

—Ni una sola.

—Supongo que puedo hablar con los chicos y hacer algo al respecto, pero este club sigue siendo tuyo, Jude. Yo solo voy a cuidarlo mientras disfrutas de tu familia —sus palabras fueron acompañadas de una sinceridad cálida y agradable, muy distinta a la apariencia frívola e imponente de Raven—. Prometo que mantendré este lugar tan vivo como tú vas a dejarlo.

El lord —aunque odiaba que lo tratasen como tal en el Redemption— asintió una sola vez con la cabeza en señal de asentimiento. Eso era lo que esperaba oír, después de todo.

—Apuesto a que tú harás que el Redemption crezca y se haga un lugar mucho mejor.

—Haciendo lo que hacemos, está difícil —repuso él, no sin cierta burla.

—Amigo mío, es en los clubs donde la gente pierde la dignidad, sí, pero también gana algo muy valioso en estos tiempos: libertad. Y en este club valoramos que la clientela se sienta cómoda y especial, y no sea un lugar apestoso donde se esconden las ratas. Eso no es cosa mía, Raven. Es de todos los que habéis estado guardándome las espaldas mientras me encerraba entre estas paredes semana tras semana.

»Quiero volver en unos meses y descubrir qué habéis hecho, y que haya espacio para algo más que negocios ilegales y gente borracha. ¿Crees que será posible?

—Haré que así sea —prometió Raven, solemne.

Jude cabeceó en señal de asentimiento.

—Me iré a la casa de campo mucho más contento. Temía ser testigo de cómo este sitio acababa hundido bajo el peso de mis malas decisiones —admitió el joven de los Birdwhistle. La emoción se pintó en su rostro afilado, de labios finos y ojos oscuros, al comprobar cuánto echaría de menos el que un día fue su máximo orgullo—. Sobra decir que ahora estás en el derecho y en la obligación de tomar las decisiones que a mí me concernían.

—Lo haré.

—Bien. —Sacó un cigarrillo fino de una pequeña caja enlatada que siempre llevaba encima, a pesar de las protestas de su esposa por aquel vicio insano que perjudicaba enormemente sus problemas de salud—. No le digas a Liv que estoy fumando.

—Ni se me ocurriría.

—Se pone muy alterada porque dice que voy a morirme.

—Y no le falta razón.

Jude se rio.

—¿Verdad? —Se apartó el cigarro de la boca y lo dejó sobre la barra—. Para ti. Tómalo como una forma de cerrar nuestro trato y de cuidarme, no vaya a ser que mi esposa dé a luz y yo me haya ido al infierno antes de tiempo. —De un movimiento ágil, tras años de educación impuesta por una dama de renombre como lo era su madre, Jude abandonó el taburete y dio una suave palmada sobre la superficie de la barra—. Diles a los chicos que se cuiden y hagan un buen trabajo. Mantenedme al tanto de todo mediante cartas. No dejéis que os peguen un tiro. Y, sobre todo, quered al Redemption como yo lo hago.

Raven notó una leve punzada en el pecho. Las despedidas eran amargas como pozos de té. Él lo sabía bien porque les había dicho adiós a más personas de las que pensaba admitir en voz alta.

Personas que le importaban. Sin embargo, esa noche, salvo por la última mirada de Jude a un lugar donde vivieron de todo, y no siempre bueno, solo pudo agradecer todo lo que le había llevado hasta allí.

Porque mereció la pena totalmente.

—Eso no lo dudes, jefe.

Jude sonrió al escuchar la última palabra.

Así fue como Raven lo llamaba desde el minuto en que lo recogió de la calle, le dio un techo y ropa limpia, y le exigió que fuese su guardaespaldas.

Desde entonces, no había fallado ni una vez.

Y dudaba que empezara a hacerlo.

1

Un año después
Londres, Inglaterra

Las cartas esparcidas sobre la mesa principal donde se desarrollaba la partida de póquer mostraban un aspecto viejo y descuidado. Nada que le importase a la mayoría de los caballeros que las cogían o las descartaban según sus necesidades. En medio de la primera tanda que quedó al descubierto, con una mueca desdeñosa de su temporal dueño, descansaba una botella del mejor *whisky* escocés que uno pudiera tomarse. Y precisamente era gracias a él que el local estaba a rebosar de personas noche tras noche.

Uno nunca diría que el *whisky* pudiese unir a los hombres que, de normal, se llevaban a matar cuando paseaban por las calles más limpias y honorables de la capital inglesa. Pero allí estaban, abrazándose como viejos amigos y felicitándose por ser los reyes del mundo.

Raven echó un vistazo para comprobar que todo estaba en orden y dejó al mando del Redemption a Caleb. Solo él era capaz de imponer lo suficiente a la hora de evitar conflictos innecesarios. A fin de cuentas, el alcohol provocaba a las fieras o las amansabas, sí, pero también provocaba todo tipo de guerras en mitad de una partida de cartas en lo que duraba un parpadeo.

A veces, el amor también se transformaba en resquemor.

Dadas las horas que eran ya, no le quedaba de otra que hacerse cargo del cargamento que venía de las entrañas de Escocia gracias a los hombres que trabajaban para ellos. Llevaban metidos en el negocio del *whisky* el tiempo suficiente, y sabían cuándo entrar en Londres, por dónde y, sobre todo, cómo esquivar a la policía. Ninguno de ellos sospechaba —y, si lo hacían, no movían un dedo— lo que se trapicheaba en el muelle, por eso solían reunirse allí una vez al mes. Recogían el pedido y luego volvían a los almacenes clandestinos donde fingían tener chatarra, telas y otros materiales de poca importancia.

Un plan brillante que se le ocurrió al mismo Raven el día que Jude, su jefe y buen amigo, le propuso ampliar los negocios del Redemption. A fin de cuentas, el hecho de servir alcohol, facilitar compañía femenina, ofrecer partidas de cartas o combates ilegales de boxeo no satisfacía del todo a las ambiciones de quien bautizara el Redemption como el mejor lugar del mundo para caballeros aburridos.

Y lo era.

Años después, aquel club representaba el desahogo diario de hombres casados, solteros aburridos y lores en bancarrota, aunque adictos a las apuestas. Y ellos se aprovechaban favorablemente de su dinero, su poca dignidad y de sus tierras.

—Hace una noche muy fría —repuso uno de sus socios nada más abandonar el club y subirse al carruaje que los llevaría hacia el muelle.

—En cuanto te tomes un par de tragos de esto —dijo Raven, ofreciéndole una petaca— se te pasará.

El carruaje se movía con suavidad por los callejones menos recomendables de Londres. Nadie los asaltaría mientras fueran fuertes y astutos. Raven era consciente de que muchas otras personas anhelaban aquel negocio de *whisky* y buscaban la manera de hacerse con el mando, conseguir un trato similar y embolsarse todo el dinero que conllevaba transportar un cargamento de esas dimensiones, y por eso se movían entre las sombras igual que las ratas callejeras que olían un gran festín. Si bien mantenía ese pensamiento presente en su cabeza, no le robaba el sueño ni le hacía estar más alerta de lo normal.

En el pasado ya había tomado las medidas adecuadas para que sus hombres les avisara de cualquier cambio, por insignificante que fuese, que detectaran en las calles a esas horas. Y por suerte, esa noche solo le tocó observar, a través de la ventanilla, la cantidad de personas que intentaban divertirse al mismo tiempo que ganar dinero en esas horas donde el sol ocultaba sus vergüenzas. Desde ladronzuelos que aguardaban a cualquier despistado a quien robarle las monedas, a prostitutas que enseñaban sus atributos con el deseo de atraer a un cliente lo más joven posible. Esos siempre eran los más fáciles de engañar.

Raven conocía muy bien ese mundillo porque en el pasado formó parte de él. Y no deseaba regresar. Los peligros de no llegar a ver un nuevo amanecer eran mucho mayores que trabajando en las sombras como transportista de botellas de *whisky* escocés. Al menos en ese trabajo le cubrían las espaldas y contaba con gente a la que apreciaba, pero en los burdeles y en los bajos fondos no se podía cerrar un solo ojo, a menos que quisieras morir.

Un rato después, en el muelle, se bajó del carruaje y estiró las piernas. El frío calaba los huesos y le enfriaba las mejillas. Olía a agua estancada, a pescado pasado y a orín por todos lados. Torció la nariz, se frotó las manos y agudizó el oído. Apenas unos segundos más tarde, en su campo de visión aparecieron sus hombres. Todos vestidos de riguroso negro, con abrigos que habían vivido tiempos mejores, cigarrillos a medio fumar y una expresión seria que para nada encajaba con Raven.

—Buenas noches, jefe —saludó uno de ellos. Trabajaba como el que más y no se perdía ni uno solo de los cargamentos—. ¿Cómo va la cosa en el Redemption?

—Bien. Pásate luego, si quieres. Hoy está la cosa tranquila. Caleb se ha quedado a vigilar que no haya peleas ni trágicos intentos de recuperar lo que se apuesta.

El hombre asintió con la cabeza.

—Me tomaré una pinta, entonces. Hoy la noche está helada.

Y era cierto. A medida que respiraban, el vaho que abandonaba sus labios se movía en el aire hasta dar vida a pequeñas nubes. Además, apenas lograban ver más allá del muelle. Una niebla espesa lo cubría todo, ocultando el mar, los edificios, los restos de comida cruda y las ratas que daban buena cuenta de ello.

—Jefe —saludó otro hombre, con las manos en los bolsillos. Olía a tabaco y a opio que echaba para atrás, mas se veía lúcido como siempre—, el cargamento no tardará demasiado.

—Lo sé.

Las noches como aquella no eran más que un simple intercambio. Primero se transportaba el *whisky* escocés por tierra, y luego lo montaban en un barco para poder atracar en el muelle y ocultarlo en el almacén. Todo estaba pensado al milímetro. Nada se salía de lo normal. Era todo

mecánico, aburrido.

Raven sacó la cajetilla de tabaco que aún conservaba en el bolsillo del abrigo y se encendió uno. La llama iluminó brevemente su rostro. Uno cansado, de hastío.

Las últimas noches habían sido demasiado intensas. Cuando a los clientes del Redemption les daba por hacer partidas al *bridge* que duraban horas y horas, no les quedaba de otra que hacerse cargo de las peleas infantiles de hombres con muchísimo dinero, así como un tiempo ilimitado que malgastar. El ego de la mayoría de los clientes asiduos del Redemption pecaban de ser descomunales, al punto de no caber ni por la puerta. Y no se trataba de la tendencia insana de la aristocracia a creerse superiores a todo y todos simplemente por tener tierras y un título. Más bien era algo personal, como si estuvieran retándose los unos a los otros a tirarse en el barro y pelear igual que los salvajes.

Raven simplemente no lo soportaba.

Largas horas de escuchar quejas, risas, voces lejanas, copas chocando, dados lanzados… dejaban a uno al borde del colapso. Y aun así no cambiaría nada de lo que vivía a diario.

—Es probable que esta vez vengan más botellas —les advirtió a sus hombres—, así que cargadlas rápido. No queremos llamar demasiado la atención. La policía anda buscando a un maleante que se dedica a asaltar carruajes por la zona portuaria más o menos a las dos de la madrugada.

—Hemos oído la historia —uno de ellos se apoyó en una de las vallas de madera con el codo —. Se rumorea que son un grupo, en realidad. Cuatro ratas ladronas y muertas de hambre que intentan buscar la manera de salir de este agujero.

Raven enarcó una ceja ante esa información.

—¿Se habla de ello en los bajos fondos?

—Sí, jefe —asintió con la cabeza el muchacho. No contaba con más de veinte o veintiún años, ya le faltaban dos dientes y otros los lucía llenos de sarro, pero no perdía ese aire intimidatorio que se adquiría naciendo y creciendo en un burdel—. Cuando hay revuelo y la policía mete las narices en nuestros dominios, es normal que se debata sobre lo ocurrido.

—¿No será obra de Jeremiah?

Conociéndolo, no le sorprendería que jugase la carta de esparcir el miedo sobre la población con tal de hacerse con el poder absoluto de la policía. No sería ni el primero ni el último que compraba la cooperación de algún policía con la intención de guardarse las espaldas mientras llevaba a cabo todo tipo de negocios ilegales. Por ejemplo, abrir espacios privados donde el opio era el rey de las fiestas. Una sustancia que a día de hoy continuaba siendo un tema tabú entre muchos y un vicio inconfesable para tantos otros.

—Podemos investigarlo, jefe —aseguró el chico, lanzando lo que quedaba del cigarrillo al suelo para luego pisarlo con la bota—. Denos un par de días.

Raven asintió con la cabeza.

No le dio tiempo a seguir tratando ese tema. A lo lejos, una luz parpadeó un par de veces, enviando una señal clara a los tres. Raven se dio prisa en sacar el pequeño espejo que escondía en el bolsillo del abrigo y reflejó la luz del fósforo que uno de sus chicos encendió para devolver el mensaje. «Todo está bien».

Apenas unos minutos más tarde, un barco no demasiado grande atracaba en el muelle, con cajas y cajas de madera sin ningún tipo de etiqueta a bordo. Tres hombres más, altos como una torre y anchos como una puerta, de rostro tosco, piel aceitunada y alguna que otra cicatriz en las manos y en el cuello salieron de la embarcación de un salto.

—Raven —saludó uno, dándole una palmada en el hombro—, todo ha salido bien.

El aludido asintió con la cabeza. Terminó su cigarro y lo lanzó al mar. Una basura más o una menos no cambiaría aquel pestilente olor proveniente de las aguas oscuras que tenían bajo los pies.

—Cargad el cargamento en el carruaje —ordenó Raven. Prefería acabar cuanto antes y volver al cálido salón donde solía pasar sus largas noches, en el Redemption. Aquel frío acabaría con todos y cada uno de ellos si continuaban anclados en el muelle—. Nos lo llevamos ya.

Varios de los hombres se lanzaron de lleno a obedecer. Cargaban las cajas de madera sobre uno de sus hombros y lo arrastraban hasta la parte de atrás del carruaje. Con todo lo que había llegado de Escocia ese mes conseguirían un buen dinero. Muchísimos clientes les pedían casi cada semana, a través de una carta, que les enviaran más botellas de aquel *whisky* escocés que no debía salir de su destilería a ese precio irrisorio. Pero en el Redemption consiguieron cerrar un trato con los dueños de la destilería a cambio de un dinero más que generoso y protección.

En el pasado, muchas personas habían intentado quemar aquel almacén donde el *whisky* se fermentaba y se embotellaba, ya fuese por envidia o porque les molestaba la competencia. En consecuencia, el dueño y sus socios pidieron ayuda a Raven a través de un contacto fiable. El Escocés, un tipo de lo más peculiar, apostaba bastante en el Redemption y se llevaba muy bien con Jude Birdwhistle. Gracias a él, cerraron el trato y hacían de intermediarios para algunos clubs de España, Irlanda, Francia e Italia cada mes.

Ellos enviaban las botellas sin que nadie lo supiera y, a cambio, recibían un buen dinero. Parte de las ganancias iban para la destilería, por supuesto, pero ellos se agenciaban la mayor parte del pastel. Así se aseguraban que nadie les molestara y el resto de Europa disfrutara de un licor tan bueno que hasta su simple etiqueta embotaba los sentidos.

En tanto sus hombres daban buena cuenta de las cajas, él se acercó al muelle y observó con detenimiento el barco. Aún no conocía la historia de cómo habían logrado convencer a marineros retirados para colaborar con ellos, mas allí estaban, dispuestos a servirle un día más. Sin réplicas, sin malas caras.

Ensimismado como estaba Raven, no se percató del revuelo que se extendió en el muelle después que uno de los hombres soltara una maldición. Un insulto que avergonzaría al marinero más viejo conocido.

—¡Jefe! —gritó, a pesar que intentaban siempre hacer el mínimo ruido—. ¡Jefe, tiene que venir!

Raven, con todos los sentidos en alerta, se lanzó de inmediato hacia el carruaje. Todos los presentes mostraban la misma cara de desconcierto.

—¿Qué pasa? ¿Habéis roto algo?

—No, jefe. Es que… Mírelo usted —señaló el interior de aquel viejo carruaje que escondía más de lo que cualquiera lograría discernir de un solo vistazo—. Hemos encontrado algo… que no debería estar ahí.

Raven pensó que le tomaban el pelo. ¿Cómo que algo que no debería estar ahí? ¿Se habían equivocado con el cargamento o es que las ratas viajaban con ellos? De ser así, poco o nada le importaban; esos animalillos apestosos merecían una vida digna, después de todo.

Dirigió su mirada al interior del carruaje, sin descubrir nada. Solo veía cajas y trapos que cubrían la mercancía. Pensando que le saltaría algún bicho apestoso, se cubrió la cara con el brazo e introdujo la mitad de su cuerpo en el interior. Fue entonces cuando, en un rincón del carruaje, totalmente asustada y desorientada, *la vio*.

Una criatura indescriptible. Hermosa hasta decir basta. Con la mirada repleta de pavor. Los pies descalzos asomando bajo una falda que había vivido tiempos mejores. Y el corazón retumbándole en el pecho.

Ella —porque definitivamente era una mujer— le devolvió la mirada con las manos aferradas a la capa que usaba para cubrirse del frío. Raven se percató enseguida de que estaba helada. Los labios morados y el tembleque inconsciente la delataban.

¿Qué demonios haría una mujer allí, ocultándose de todos? ¿Acaso había perdido la cabeza? Por el amor de Dios, una dama como ella no se paseaba por los muelles, y menos aún se metía en el coche de unos contrabandistas sin más arma que unos ojos capaces de robar el aliento.

Y sabía que era una dama porque vestidos como el que adivinaba a duras penas en mitad de la oscuridad no los llevaba ninguna prostituta. Ninguna de ellas alcanzaba a comprarse prendas hechas a medidas, ni lucían bien alimentadas.

Aguardó unos segundos a que ella dijese algo. Cualquier cosa. O tal vez intentara asesinarlo. No sería la primera vez que usaban a una mujer de cebo con la idea de quitarlo del medio. Conocía tan bien los trucos de los más cobardes, a la par que débiles, que solo atinó a ladear ligeramente la cabeza y esperar a que la joven reaccionara.

Ella, con sus grandes ojos de cervatilla asustada y desafiante, no se movió. Permaneció así, acurrucada contra la esquina, envuelta en un aura de tensión que dolía más que cualquier bofetada.

Raven frunció el ceño. Si ella no hacía nada… ¿qué hacía allí? ¿Qué esperaba? Porque él no era partidario de los jueguecitos absurdos. Si la dama en cuestión se ocultaba de forma tan torpe era porque o la habían enviado allí a matarlo, o pretendía huir de algo o alguien. Y eso ya despertaba su curiosidad por encima de lo demás.

—Brett —llamó a uno de sus hombres—, terminad de cargar las cajas en el carruaje.

—¿Jefe? —El hombre lo miró con el desconcierto pintado en la cara.

—Y dile a Chad que traiga algo de abrigo. No voy a sacar a esta criatura de aquí para que pesque un resfriado.

Brett no entendía nada. Esa rata callejera se merecía ser lanzada al agua por intentar arruinar sus planes. Porque era obvio para todos los presentes que alguien la había enviado con el propósito de desmantelar sus negocios.

Excepto Raven, quien seguía mirándola a escaso medio metro de distancia, analizando cada parpadeo y cada inspiración de la desconocida.

—¿Brett?

—Sí, jefe.

—Terminad esto y no le digáis nada a nadie. Me la llevo al club.

Raven exhaló un suspiro. La humareda que salió de su boca le cubrió ligeramente la visión. A pesar de ello, la desconocida continuó allí, temblando como una hoja al viento.

—¿Quién diablos eres?

2

La vida le había demostrado a Sheena que los hombres eran crueles por naturaleza. Ninguno de ellos se libraba, ni siquiera los que debían cuidarla o protegerla de cualquier peligro inminente. Si la apuraban, probablemente señalaría a su padre y a sus dos hermanos como los dos seres más repugnantes que había tenido la desgracia de conocer. Por eso mismo, cuando apareció uno frente a sus narices de improvisto, su primer impulso fue sacar la daga que guardaba bajo el abrigo y clavársela en la garganta. Pero el hecho de que él la estuviera mirando como si fuese un tesoro recién encontrado en el lugar más imprevisible la desestabilizó de tal manera que no logró reaccionar.

En algún punto, Sheena dejó de oír el traqueteo y las voces que envolvían el carruaje en el que se había escondido igual que una rata callejera y se arrinconó en un silencio incómodo, extraño.

Su viaje clandestino había llegado a su fin mucho antes de alcanzar la mitad del camino. Y una vez más…, todo era culpa de un hombre. Un desconocido que también querría arrancarle las pocas opciones que le quedaban para encauzar su vida, más allá de ser una dama a punto de entregar su dote.

—¿Quién diablos eres?

La voz del hombre, ronca, baja y envolvente, la alcanzó con una suave caricia, estremeciéndola. Toda su piel se erizó, y nada de eso era culpa del frío.

Sus ojos se movían con desconcierto por todo su rostro plagado de sombras. Apenas lograba discernir algo en mitad de la oscuridad. Si ese hombre planeaba hacerle algo, obligarla a bajar, abandonarla en ese muelle o, aún peor, venderla a un burdel, no sería capaz de defenderse. En cuestión de horas se convertiría en un trozo de carne con el que traficar y negociar, sin que los sentimientos o la opinión de ella valiesen de algo.

Sí, podía clavarle el puñal, pero había más hombres con él. En cuanto la sangre brotase a borbotones, ella sería presa fácil para todos los demás.

No tenía escapatoria.

El viaje le había entumecido los músculos hasta volver doloroso cualquier movimiento. Sus pies descalzos solo eran una muestra más de que su huida, impulsada por su miedo, la había colocado en el punto de mira de un depredador. Tarde o temprano el peligro iba a llamar a su puerta, lo había sabido desde que abordó el primer carruaje con destino a Londres, y lo confirmó nada más subir al barco que la había llevado al muelle donde su vida se cortaría de raíz.

Qué imprudente había sido. Qué ilusa. ¿Por qué iba Dios a echarle un cable, después de sus numerosos pecados? La había abandonado a su suerte y ahora no tenía más que una daga, una

capa y la rabia cobijándola, a la espera de que ese hombre —o cualquiera de los otros— hiciera algo impensable en su contra.

«Piensa rápido», se instó, el corazón casi saliéndole por la garganta. Hizo ademán de moverse, mas sus músculos se quejaron. Sus piernas tampoco respondieron. Era una marioneta a merced del cansancio más extremo y de la rabia más intensa.

—¿No puedes hablar? —El tono de voz del desconocido poseía un matiz de preocupación que cortó el silencio como un cuchillo bien afilado—. ¿Eres muda? ¿Estás huyendo de alguien?

¿Y a él qué le importaba? Solo tenía que dejarla en paz. Olvidar que entre aquellas cajas se escondía una mujer sucia, con el pelo andrajoso, la ropa hecha jirones, sin zapatos y sin dignidad alguna que, sin embargo, pelearía hasta el final por su libertad.

—Bien, no importa. Acércate para que pueda cubrirte con esto —dijo el hombre una vez recibió una manta un tanto polvorienta de uno de sus acompañantes—. Será mejor que te abrigues cuanto antes, si es que quieres evitar un buen resfriado.

Sheena siguió sin moverse.

¿Pensaría ese hombre que ella no intuía nada? ¿Que no sabía que pretendía llevársela a rastras para abusar de ella o venderla a cualquier burdel? Conocía las suficientes historias como para curarse en salud y no ponérselo fácil. En el sitio donde nació y se crio había muchas mujeres sin apellido y sin dinero que eran obligadas a vender su cuerpo por un plato de comida caliente, o simplemente por un poco de ayuda.

Si tan solo fuese capaz de moverse…

Dios, el cansancio era demasiado intenso. Todos y cada uno de sus huesos protestaba. Las manos apenas podían con el peso de la daga. En cualquier momento se desmayaría, y si eso ocurría… ¿Qué sería de ella?

«Piensa, Sheena, piensa», se repetía constantemente, sin quitarle el ojo de encima a aquella figura alta e imponente. Vigilaba sus movimientos del mismo modo en que lo haría un gato con un ratón.

—Por favor —insistió el hombre—. Es tarde y hace frío, y quedándonos aquí solo conseguiremos meternos en problemas.

Sheena por fin reaccionó. Trató de empujar una de las cajas ayudándose con el hombro, pero solo consiguió caer hacia delante, inerte.

Unas manos grandes y enguantadas la sujetaron enseguida. Sheena chilló, pataleó y se quejó en tanto el desconocido tiraba de ella para sacarla del carruaje. Cuando sus pies descalzos por fin tocaron tierra firme, se percató de su vulnerabilidad y fragilidad frente a un par de ojos que la contemplaban con fascinación.

Unos ojos grandes, de color dorado.

—Tranquila, no te haremos nada —le prometió él, sincero.

Sheena ni siquiera consiguió salivar para escupirle en la cara. Si iba a hacerle daño, esperaba pelear un poco. Sin embargo, todo su cuerpo era un peso muerto entre los brazos del desconocido.

Él la cubrió con una manta que olía a polvo y *whisky*. Sheena apretó la mandíbula y la daga contra su pecho.

—¿Puedes andar?

Silencio.

Sheena separó los labios, dispuesta a insultarle, mas el frío le heló por completo y, de un segundo a otro, se desmayó.

Raven maldijo para sus adentros.

Tuvo que ser muy rápido a la hora de sujetar a la mujer para que no se diera contra el suelo. Pesaba tan poco que parecía un saco de plumas.

—Maldita sea —dijo uno de sus hombros—, ¿quién es? ¿Alguna prostituta?

Estaba demasiado bien cuidada —a pesar de su falta de higiene— como para tratarse de alguna cortesana. Raven le apartó el pelo de la cara, y se encontró con el rostro más hermoso que alguna vez hubiese contemplado. Labios llenos, nariz respingona, rasgos afilados, pestañas largas y abundantes… y un lunar muy curioso en la sien izquierda.

Definitivamente esa mujer era más un misterio que una prostituta huyendo de su destino.

—Diría que no. Ayúdame a subirla al carruaje.

—Pero, jefe, ¿y si nos metemos en un lío por llevárnosla? A lo mejor tiene marido o pertenece a algún club.

—Ya nos ocuparemos de eso en otro momento.

A regañadientes, la agarró con cuidado y ayudó a Raven a acomodarla en la parte de atrás del coche en el que había venido. Cubrió su cuerpo con la manta todo lo posible, mas el brillo acerado de una daga llamó su atención. Se la quitó de inmediato, preguntándose qué clase de mujer escapaba armada con algo tan simple como un cuchillo. ¿No se había percatado antes que eso no le salvaría el pellejo?

Se acomodó a su lado y ordenó volver al Redemption antes de tiempo. Por esa noche ya se apañarían. Mientras todas las cajas llegaran al almacén, sin más sobresaltos, se daba por satisfecho.

El viaje de vuelta estuvo plagado de incógnitas que resbalaban por su cabeza, sin hallar una respuesta convincente. ¿Quién era la desconocida? ¿De dónde vendría?

A lo mejor se encontraba en peligro. Ninguna persona, ya fuese hombre o mujer, huía a menos que su vida peligrase de algún modo. Y eso Raven lo sabía muy bien. En algún momento de su pasado, él recorrió las calles de pueblos cercanos a la capital en busca de refugio y, sobre todo, de salvar su cuello.

«Jude diría que soy demasiado blando a veces», pensó, con la daga aún entre los dedos.

Nada más llegar al Redemption, se encontró con que la fiesta continuaba en sus entrañas. Hasta el amanecer no cerrarían sus puertas a cualquiera que tuviese intención de dejarse el dinero, la dignidad y las tierras sobre las mesas de su interior. Y no sería él quien los echara de allí a cajas destempladas por una desconocida.

Raven bajó de un salto y suspiró. ¿Cómo llevaría a una mujer inconsciente hasta una de las habitaciones del piso superior, sin levantar sospechas? Alguien se daría cuenta, y no pretendía levantar rumores absurdos sobre su persona o cualquier cosa que ellos llevasen a cabo en el Redemption. Con todo lo demás ya cubría la cuota de ilegalidades.

Tras unos minutos deliberando, decidió cubrir su cabeza con la manta, como una especie de capa con capucha, y la cogió en brazos con toda la delicadeza de la que disponía. Su idea principal era colarse por la puerta de atrás, la que daba directamente a las bodegas del club, allí donde el vino y otros licores se apilaban en perfecto orden, y ya se las apañaría con sus compañeros en caso de que alguno decidiera cruzarse en su camino.

Menos mal que todos y cada uno de ellos se encontraba repartido en el club, alejándose de las bodegas, y eso le permitió dirigirse directamente a las habitaciones superiores sin que un par de

ojos se clavase en ellos con escepticismo. Raven notaba el tamborileo incesante de su corazón detrás de las costillas, el esfuerzo de sus brazos por sostener el cuerpo de la joven y el calor sofocante que se adueñaba de él a medida que avanzaba por el pasillo. Jamás se había visto envuelto en un escándalo similar. Sí en otros, pero eran de otra índole; más sexuales, más oscuros. Pero no como ese, donde una desconocida asaltaba su cargamento y se negaba a pronunciar palabra alguna, protegiéndose únicamente con una daga que era muy probable que ni supiera usar.

La recostó sobre la cama que él ocupaba la mayor parte del tiempo. Tenía una casa en otro barrio, aunque apenas ponía un pie allí. Desde que le dispararon la última vez, dos años atrás, ya no se fiaba de nadie y sospechaba que cualquiera tenía información básica sobre él, como dónde vivía y a qué hora entraba o salía. Cubrirse las espaldas era algo muy básico para su día a día, y por eso se había adueñado de la que una vez fuera la habitación de Jude, su jefe.

Por supuesto, cualquier mujer desentonaba entre un montón de ropa esparcida, libros de cuentas, botellas de *whisky* a medio beber, velas consumidas y otros artefactos que coleccionaba de todos aquellos a los que alguna vez apreció. No obstante, la desconocida sobresalía aún más. Ya fuese por el rubio oscuro de su pelo, que se ondulaba por la zona de las puntas, o porque su cuerpo menudo daba la impresión de estar a punto de romperse, le pareció tan frágil que casi no le apetecía tocarla.

Raven echó un vistazo rápido y se quedó con la suciedad de sus pies descalzos, la roña debajo de las uñas y los pequeños moratones en el cuello. Ya fuese una dama huyendo de un matrimonio concertado o una prostituta que le debía dinero a alguien, lo único cierto era que necesitaba ayuda.

Y que él iba a prestársela.

3

Unas horas más tarde, con un dolor de cabeza incesante y la boca pastosa, Sheena logró abrir los ojos. No había soñado nada. Su mente se quedó en blanco por tantísimo tiempo que no atinaba a saber dónde estaba. Porque esa cama mullida y la manta que cubría su cuerpo no la habían acompañado antes. Lo recordaría.

Así como también vendría a ella el recuerdo vago de una melodía femenina que se adueñaba por completo de la habitación. Ese tarareo dulce y acogedor se le pegó a las entrañas como un trozo de hielo, enfriándola de golpe.

¿Finalmente había encontrado su destino? ¿Uno donde no era más que un objeto al que los demás daban uso sin pedirle permiso?

—Oh, por fin despiertas —dijo la mujer a la que pertenecía aquella canción—. Menos mal, ya pensaba que tendría que usar un poco de alcohol.

Sheena se incorporó poco a poco en la cama, hasta quedar completamente sentada. El mareo que la acompañó no alivió en absoluto la pesadez que sentía por dentro. Si se encontraba en un lugar desconocido, con una mujer ataviada con un vestido demasiado escotado y de telas sin calidad, significaba que alguien la había vendido para que se convirtiese en una prostituta.

Seguramente había sido aquel hombre, el de la noche anterior. El de los ojos oscuros como el mismísimo diablo. Recordaba la anchura de sus hombros, sus ropas informales, el hecho de que la agarrase a la fuerza y le impidiese huir. Por más que le pesara a Sheena, había caído de lleno en los brazos de un maleante que ahora mismo estaría gastándose las monedas ganadas gracias a su intercambio.

—Raven dice que no puedes hablar, pero yo creo que solo estás asustada —prosiguió la desconocida. Una mujer menuda, exuberante, de pelo oscuro y ojos azules como el cielo de verano—. Y no es para menos. Mírate —señaló a Sheena con una floritura de la mano; no llevaba guantes—, pareces un perrito apaleado.

La desconocida se dio la vuelta y tomó una de las toallas que descansaba sobre un enorme sillón. Toda la habitación olía a tabaco y *whisky*, y también a dulces de tofe. No penetraba luz alguna porque dos pesadas, enormes y oscuras cortinas cubrían gran parte de la pared de fondo. Eso ya le impidió a Sheena descubrir en qué momento del día se encontraban. Porque si era por la noche, significaba que la pondrían a trabajar en la mayor brevedad posible, ¿no?

No era como si ella supiera en qué consistían ese tipo de lugares. Conocía a muchas mujeres que afirmaban lo deleznable y repulsivo que era acceder a los servicios de una prostituta. Todo el tiempo las rebajaban a ser no más que un instrumento con el que los hombres se divertían y

satisfacían sus deseos más ocultos nada más abandonaban sus hogares por las noches. Muchas llegaban a embarazarse, incluso, y a traer al mundo bastardos que terminaban muriéndose de hambre o de alguna enfermedad mucho antes de cumplir los cinco años. Y aunque Sheena era curiosa por naturaleza, jamás había prestado atención a ese tipo de discursos; más que nada porque su vida no guardaba relación alguna con ese tipo de situaciones.

Tendría que haberlo hecho, visto lo visto. Tal vez alguna de las damas que insistían en condenar a las cortesanas por meterse en los lechos de sus maridos podría haberle dado algún tipo de información valiosa. Algo que le ayudara a escapar de allí o, en todo caso, negociar su libertad.

Pero Sheena no conocía nada del mundo exterior. Como toda mujer nacida y crecida bajo el título de un padre influyente, todo a lo que aspiraba era a ser la dama perfecta; una esposa que cualquier hombre deseara a su lado por el resto de sus días.

—He preparado un baño para que te saques toda la suciedad de encima. Si lo deseas, puedo ayudarte —dijo la mujer, con las toallas en la mano. En su rostro lucía una máscara de dulzura que casaba muy bien con su voz sumamente femenina—. ¿Te sientes capaz de levantarte de la cama?

No hubo respuesta.

Sheena se sentía muy expuesta allí sentada, sin más ropa que un vestido raído, sin calcetines ni zapatos, sin guantes y sin su daga. Eso también se lo habían arrebatado.

—Si lo deseas, me marcharé para que tengas algo de intimidad. No es un problema para mí.

Sheena, pese a su debilidad y al dolor de cabeza, se levantó de la cama con lentitud. Las piernas apenas la sostenían. Era un edificio a punto de derrumbarse por el peso de la gravedad.

—Bien —apreció la desconocida, sin dejar de sonreír—. Le diré a los demás que no te molesten y…

La frase quedó a medio acabar cuando Sheena se dirigió todo lo rápido que sus pies le permitieron hacia la puerta de la habitación, la abrió de un tirón y se lanzó al silencioso pasillo como quien se zambullía en el río una tarde calurosa de verano. En mitad de la oscuridad no era más que un fantasma, un alma ansiosa de venganza que perseguía a su próxima víctima.

Menos mal que se topó con un pecho firme y unos brazos que la aferraron antes de que su cuerpo decidiera quedarse sin energía una vez más. A pesar de sus protestas, gruñidos y pataleos, Raven la mantuvo en el sitio con la firmeza de quien sabe que se enfrenta a una mujer enfurecida por un montón de demonios capaz de acecharla día y noche.

—¿Dónde crees que vas?

Sheena le golpeó en el hombro con la poca fuerza de la que disponía.

Así que aquel era su verdugo. El hombre que había sellado su destino sin compadecerse de ella ni un poquito. Y, de todos modos, ¿por qué iba a encontrar algún tipo de misericordia hacia ella, sin conocerla de nada? Ni siquiera los miembros de su familia se habían apiadado de ella en el pasado.

—Necesitas comer algo y asearte —insistió él, en voz baja.

Sheena lo odió con toda su alma.

Lo odió tanto que el corazón le latió aún más pesado dentro de la caja torácica.

—Vuelve a tu habitación, Chloe te ayudará con…

El nuevo golpe que ella le propinó fue directo a su cara. Tal vez no era más que una mujer menuda con nulos conocimientos acerca de defensa personal, mas su bofetada le picó unos segundos. Los suficientes para que Raven inspirase con fuerza y la apartase un poco.

—Será mejor que dejes de golpear a todo el que te encuentres por el camino, fierecilla. No todo el mundo es tan benevolente.

Sheena gruñó. ¡Benevolencia! ¡Como si él supiera el significado de eso! No era más que un ser despreciable, un demonio, un… hombre repleto de maldad que planeaba venderla y ganarse unas cuantas monedas a su costa. ¿Y encima le exigía que se comportase? ¡Lo llevaba claro! Si de pelear se trataba, Sheena lo haría hasta su último aliento; pero de ningún modo se sometería nuevamente a los deseos lascivos y oscuros de un caballero.

Si es que se le podía llamar así a quien la agarraba igual que un animal.

—No seas brusco con ella, Raven —dijo la otra mujer, apareciendo en escena con muchísima calma—. Estás asustándola más, si cabe.

—¿Cómo ha podido escaparse de la habitación?

—No es una prisionera. Además, creo que tiene motivos de sobra para no fiarse de nosotros. —La mujer enarcó una de sus cejas, mirándolos a ambos—. Cada vez que se cruza contigo, acaba atrapada entre tus brazos.

Un tanto avergonzado por su actitud, Raven aflojó el agarre sobre ella. Sheena le miraba con los ojos encendidos por la rabia y el miedo. Él se sintió un poco culpable. De ningún modo planeaba hacerle daño. Carecía de motivos.

—Una dama que no te da permiso es una dama que merece un mejor trato, Raven —le reprochó su compañera, acercándose a ellos. Tomó la mano de la joven con muchísima delicadeza—. Discúlpale, es que no sabe tratar con mujeres.

Raven exhaló un profundo suspiro, similar a un quejido.

Ella sonrió con socarronería.

—Me llamo Chloe —se presentó por fin—, y solo deseo ayudarte. ¿Qué te parece si nos damos ese baño y hablamos un poco?

Sheena no se movió del sitio, y no solo porque sus piernas parecían hechas de mantequilla. Lo que verdaderamente la paralizaba era su deseo por desaparecer de allí. Abrir los ojos y descubrir que no era más que una pesadilla de la que escaparía fácilmente.

Pero en su vida nada era tan sencillo.

—¿Cuántas monedas habéis ganado conmigo? —preguntó al fin, y su voz sonó rota debido al poco uso de los últimos días y al frío que pasó mientras viajaba escondida entre cajas de *whisky* —. ¿Planeáis venderme de nuevo? ¿Usarme como un reclamo para vuestro burdel?

Tanto Raven como Chloe intercambiaron una mirada repleta de intenciones. El primero carraspeó, apartándose, y la segunda negó con la cabeza.

—En absoluto. Esto no es un burdel, si es lo que piensas. Solo es un club de caballeros. Uno clandestino, por supuesto, pero no traficamos con mujeres.

Sheena no les creyó ni por un segundo.

—Si me acompañas al baño, te lo explicaré con tranquilidad.

Sus ojos se pasearon por toda la estancia. Fuese o no verdad, se encontraba atrapada en una jaula oscura y sin escapatoria. Estaba claro que Dios empezaba a castigarla por sus numerosos pecados, y había empezado por meterla en la boca del lobo o, mejor dicho, en su madriguera. Y por más amable que aquella dama fuera, no dejaba de ser una desconocida que trabajaba con un hombre que la acorralaba cada vez que se veían.

Pero, por otro lado, tampoco tenía un plan de emergencia. Si salía de allí y no la mataban automáticamente, ¿qué sería de ella? ¿A dónde iría? Desconocía por completo la vida londinense, cómo conseguir dinero y un techo sin usar su cuerpo y, además, no le quedaban

familiares allí. Toda su familia estaba en Escocia.

Cansada, enfadada y asustada a partes iguales, y con el corazón pesado, Sheena cedió al deseo de aquella mujer por darse un baño. Oler bien y vestir una ropa más abrigada le ayudaría a planear su fuga sin sentir que se le escapaba la vida con cada suspiro.

Así pues, se dirigió con ella hacia el baño y permitió que Chloe la ayudara a desvestirse. Ni siquiera miró su cuerpo en el espejo. Prefería no ser consciente de su aspecto hasta que su pelo volviera a ese rubio brillante que resplandecía bajo los rayos del sol las poquitas veces que su padre le permitía pasear por los jardines. Extrañaba mucho aquella época. Una en la que aún era una mujer libre, protegida y querida; sin miedos que esconder bajo la almohada cada noche, por si acaso se rompía y los demás eran conscientes del abismo donde posaba sus pies.

¿Qué pensaría su padre a esas alturas? ¿Se sentiría culpable por lo ocurrido? ¿La perdonaría alguna vez?

Hundiéndose en el agua caliente, Sheena se permitió relajarse un poco. Tantas horas en tensión habían hecho que su cuerpo se entumeciera hasta el punto de dolerle los huesos y los músculos. El calor, junto al vapor que la envolvía, logró serenar las turbulencias de su pecho.

—Es la primera vez que veo a una mujer huyendo en un carruaje. Sabes que es peligroso hacer algo así, ¿verdad? —cuestionó Chloe mientras le lavaba el pelo como lo haría una madre preocupada—. Normalmente los hombres que trafican con alcohol no son nada confiables. Has tenido suerte de que Raven te encontrase.

Sheena prefirió no decir en voz alta que dudaba bastante que la palabra *suerte* encajara con la situación en la que se encontraba.

—¿Cómo te llamas? —Sus dedos masajeaban su cuero cabelludo con toda la paciencia del mundo en tanto le hablaba como si fueran amigas desde niñas—. ¿De dónde vienes?

Por supuesto, Sheena no respondió. No es que considerase a Chloe su enemiga —no lo era—, pero tampoco su aliada. Solo era una mujer tratando de descifrar un secreto que no le pertenecía.

—Muy bien, imagino que solo estás asustada. No es para menos. Aquí la vida es mucho más difícil de lo que parece, pero, si me lo permites, es mejor que colabores. Si tienes familia y una casa a la que regresar, sería mejor que lo hicieras.

«Gracias por el consejo, pero no será necesario», pensó Sheena. Solo de imaginar cómo la recibiría su padre después de su marcha la ponía histérica. Cada fibra de su ser temblaba, y el miedo se extendía por su torrente sanguíneo igual que un veneno letal. Bajo ningún concepto retrocedería ahora que por fin había tomado la decisión de escapar de las garras del diablo.

Si Dios se apiadaba de ella o no, si la castigaba con toda la fuerza de su ira, le importaba muy poco. Cualquier lugar en la Tierra era mucho mejor que vivir bajo el mismo techo del hombre que había convertido su existencia en una tortura que su alma ya no resistía. Cada una de las vejaciones y abusos a los que se vio sometida aún latían dentro de ella, igual que su corazón, como un recordatorio de lo que experimentó en los últimos años, sin que nadie le tendiese la mano.

Y ella solita había capeado el temporal, sin más ayuda que la de su determinación a ser libre, sin importar el precio. ¿Cómo iba a regresar, entonces, si el precio a pagar por sus acciones era la muerte? O algo mucho peor.

De solo imaginarlo, su cuerpo tembló y su piel se erizó en un acto reflejo.

Chloe, dándose cuenta, no insistió en que le contase cosas que no le apetecía decir en voz alta. Ninguna palabra saldría de aquellos labios que la desconocida insistía en mantener sellados. Y ella, mejor que ninguna otra persona que se encontrara en el Redemption, la entendía a la

perfección.

Las almas rotas siempre se reconocían, por más máscaras que llevasen encima.

—Si me permites un último consejo, no te fíes de aquellos que no son capaces de tenderte una mano amiga —murmuró Chloe antes de apartar la espuma recién originada en los largos y sedosos cabellos de la desconocida—. A veces, la bondad viene envuelta en papel empapado de veneno.

Media hora después, Sheena contemplaba por fin su reflejo en el espejo. Por más que insistió en que no quería nada más que su vestido, Chloe la obligó a ponerse otro totalmente distinto: de color claro, sin muchos adornos, que la hacía parecer más pálida que de costumbre. Además, el corsé apenas le apretaba las costillas y eso la hacía sentir desnuda de algún modo retorcido. No acostumbraba a vestir prendas que un diseñador no hubiese creado únicamente para ella, ni a oler a un jabón totalmente diferente. Todo aquello la hacía sentir como la protagonista de una obra de teatro.

Aun así, no emitió queja alguna. Por lo menos no pasaría frío gracias a los guantes y a los zapatos cómodos. Estaba claro que Chloe había elegido todo con sumo cuidado, fijándose en cada detalle, como si ella fuese una amiga en apuros y ella su hada madrina.

Un par de golpes en la puerta la sacó de su ensimismamiento. Aunque nadie lo invitó a pasar, Raven asomó la cabeza y, tras carraspear suavemente, les avisó de que el doctor ya había llegado.

—¡Estupendo! —exclamó Chloe, aliviada. Se separó de ella para espantar a Raven con un par de movimientos de sus manos—. Vayamos a tomar un poco de té mientras el doctor hace su trabajo.

Sheena vio a través del espejo la mirada insondable que le dedicó el desconocido que la rescatara del carruaje la noche anterior. No supo por qué, y no se molestó en descubrirlo, pero su presencia la asfixiaba y la irritaba a partes iguales. ¿Por qué tantas molestias? ¿Por qué no la dejaba ir? A menos que tuviese un plan para ella y todo lo que saliese de su boca fuesen mentiras… ¿por qué querría tenderle la mano?

La gente no ofrecía tanto a gente desconocida —y, en ocasiones, ni siquiera a conocidos—, salvo si le beneficiaba de algún modo. Por eso mismo, Sheena trataba de no bajar la guardia. Tarde o temprano saldría de allí y perdería de vista esos dos ojos dorados, como oro fundido, que insistían en clavarse en ella como si no existiera nada más a su alrededor.

—Volveré en un rato —dijo Raven, alejándose de allí para dejar paso al médico.

Nada más quedarse a solas con el doctor, Sheena respiró en profundidad y se preparó para que unas manos desconocidas se movieran por su cuerpo como si no fuese nada más que una muñeca de trapo.

Y la sensación fue tan familiar que solo logró calmar el temblor de sus extremidades al cerrar los ojos y tararear una canción de cuna para sus adentros.

Tal y como le había enseñado su doncella… unos meses atrás.

4

Tuvo que pasar casi una hora para que el doctor fuera al piso de abajo y se reuniera con Raven. Y todo ese rato, el dueño actual del Redemption estuvo a punto de tomarse un *whisky*; aunque fueran las nueve de la mañana. Aunque le doliese aún las manos de los cortes que el frío de la noche anterior abrió en ellas. Aquella situación tan surrealista, tan fuera de lugar, le ponía muy nervioso y de mal humor. No acostumbraba a lidiar con mujeres que huían subidas en el carruaje donde transportaban su mercancía a escondidas de la policía. Con ladrones y otros tipejos que sobrepoblaban los bajos fondos, sí; mas no con damiselas en apuros.

Raven jamás tuvo madera de príncipe encantador capaz de rescatar a la princesa de su más alta torre después de matar al dragón, pasar el bosque de enredaderas espinosas y engañar a la bruja.

Se reunieron en su despacho para obtener algo más de tranquilidad y que nadie pegase la oreja. Sus compañeros ya eran conscientes de que tenían una invitada en la planta de arriba. Pero Raven era de los que creía firmemente que los trabajadores del club, por muy amigos suyos que fueran, no tenían por qué saber qué clase de secretos envolvían a la mujer de ojos de ciervo que descansaba en su habitación; sucia y asustada.

—Me alegra ver que ya mueve el brazo con soltura —apreció el doctor nada más ocupar el sillón que había frente a su escritorio de roble, con el índice señalando esa parte de su anatomía —. Una herida de bala siempre pone en jaque a las personas como usted. ¿Aún le duele los días de lluvia y niebla? Tal vez me quede algún remedio para aliviar el malestar.

Que el doctor lo tratase como si fuera alguien respetable, a la altura de los miembros de la aristocracia, siempre le descolocaba. Él no era Jude, un lord con título y fortuna, y unos modales impecables; casado con una dama de postín y padre de dos hermosos niños que se enorgullecerían de él en el futuro. A decir verdad, se asemejaba más a un fantasma más en una ciudad como Londres, donde los bastardos y los canallas solo aspiraban a sobrevivir un día más en mitad de una lluvia de balas o de charcos de mierda, sin un pedazo de pan que llevarse a la boca.

Y tan acostumbrado como estaba a que la gente lo menospreciara por falta de títulos y dinero limpio, no le sentaba muy bien que un hombre como el doctor, apacible y tranquilo, le sonriera como si no le importase la clase de peligros a los que se exponía o la suciedad que cubrían sus ropas. Le hacía sentir… violento.

—Hace meses que se cerró —dijo, tranquilo. Movió el brazo para que se quedase más tranquilo. A fin de cuentas, no lo había mandado llamar por algo relacionado con sus heridas; nuevas o viejas—. Hizo un gran trabajo el día que me cosió y me sacó la bala.

El médico que trabajaba para ellos en la clandestinidad era un gran hombre. Uno al que despreciaron por no ser capaz de salvar a la esposa del duque de Nortington. Por mucho título que tuviera, y por más fortuna que guardase, no era Dios, pero pensaba que sí. Y cuando su mujer enfermó de fiebre tifoidea, mandó a llamar al mejor doctor de toda Inglaterra para que la salvara… sin mucho éxito. Luego de aquel episodio, la fama del hombre cayó en picado, y nunca más lo llamaron para consultas privadas. El duque se encargó de que corriese el rumor de que él dejó morir al amor de su vida antes de que la misma le diese un hijo al que aferrarse.

Desde entonces, trabajaba para la gente que no tenía título ni fortuna, que movía todo tipo de mercancía ilegal en los bajos fondos, o traficaba con sus cuerpos, pero que pagaban sus servicios y lo trataban con respeto. Según palabras del mismo doctor, «prefería curar a las personas, sin importar su procedencia, a tirarse al río Támesis, como el duque tan amablemente le sugirió». Y menos mal, porque de no contar con su ayuda, las heridas de balas ya lo habrían matado. O la fiebre. O las infecciones.

—Hago lo que sé hacer —repuso el doctor, como si nada.

—¿Qué tal el reconocimiento de…? —No supo cómo llamarla. ¿Dama? A fin de cuentas, desconocía su nombre real—. ¿Cómo ha ido con la paciente?

—Está de suerte, porque de momento no da señales de estar resfriada o ser portadora de alguna enfermedad. Diría que ni siquiera es una chica que haya trabajado en algún burdel, a juzgar por la falta de heridas y de marcas visibles.

Raven respiró aliviado. Eso significaba que no había sido obligada a vender su cuerpo y que no vendría hasta el Redemption ningún tipo de represalia por parte de la casa en la que desempeñaba su labor amatoria. A veces, la madame contrataba a los hombres adecuados para darles una lección a las pobres criaturas que osaban largarse de su burdel en busca de una nueva vida.

—¿Quiere decir que es una mujer de la aristocracia? ¿La esposa de algún conde?

—No sé decirle. No ha hablado conmigo en ningún momento. Ha permanecido en silencio, a pesar de mis preguntas, y se ha dejado hacer el reconocimiento como si nada. Pero está tensa, demasiado tensa. Tal vez le vendría bien que no la presionaran demasiado.

Raven hizo una mueca.

Lo intentaría.

—¿Y de dónde cree que pueda venir?

—Diría que no es de aquí. No la reconozco en absoluto. Tal vez sea la hija de un marqués o un conde que pretendía casarla y ella ha salido corriendo para no hacerse cargo de sus obligaciones. En mis años de servicio he visto a incontables jovencitas huir de su casa para evitar un matrimonio concertado.

»Aunque también cabe la posibilidad de que sea la hija bastarda de algún noble. Eso no lo sabemos.

—Pero no tenía dinero encima, solo una daga. Y mucha suciedad.

—Tendrá que hablar usted con ella. Quizá la haga sentir más cómoda ver caras que se repiten todo el rato a su alrededor. Hasta que no decida contarnos su historia, me temo que seguiremos a oscuras.

Raven cabeceó en señal de asentimiento.

¿Cómo le explicaba al pobre médico que dudaba mucho que aquella mujer tuviera intención alguna de hablar con él? Si pensaba que la había vendido a un burdel, por el amor de Dios. Si no le miraba con ira asesina la próxima vez que se cruzaran, sería un milagro.

—Bien. Gracias. Y… ¿lo demás?

—Deberían obligarla a comer. Frutas, verduras y carne. Comida contundente, porque está desnutrida. Llevará sin ingerir alimentos al menos una semana.

—¿No habría muerto ya?

—El cuerpo se adapta bien al hambre, siempre y cuando pueda beber agua. Pero su delgadez extrema y su debilidad me indican que no ha probado bocado en muchos días. Enfermará si continúa así.

Qué bien, otro problema más a la larga lista que encabezaba la desconocida.

«Vas a ser mi ruina, chica de los ojos de ciervo», pensó con amargura.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta.

—Otra cosa muy importante, es que no está embarazada ni tiene signos de forcejeo. La he inspeccionado a fondo para asegurarme.

Raven frunció el ceño.

Él no había caído en la cuenta de que, tal vez, no fuera lo importante de quién era hija, sino de quién era esposa.

—¿No ha dicho que no es ninguna prostituta?

—Eso no quiere decir que la dama sea pura, señor. La he examinado a conciencia, y sé que no es virgen. He intentado descartar que la hayan forzado o esté encinta para que su estado de salud no empeore, y para que reciba todas las atenciones necesarias. Una mujer embarazada se enfrenta a ciertas complicaciones si no recibe alimentos frescos, descanso… —Explicaba con calma el doctor—. Todo está correcto. Se pondrá bien.

Él apretó los labios.

Maldita fuera, no había pensado en eso. Una dama viajando sola, sin escolta, ni marido o padre o hermano que la vigilase… era una diana para todo tipo de peligros. Empezando por el de los hombres que aprovechaban cualquier ocasión en la que se les permitiera tomar a una mujer sin importar si esta quería o no, y luego la olvidaban en algún punto del camino, o la vendían a algún burdel. Raven conocía —para su gran pesar— muchas historias de ese estilo. Cuando te criabas como un bastardo, la crueldad humana formaba parte de tu rutina, así como la escasez de alimento o de techo bajo el que dormir.

El pellizco en su estómago se hizo más intenso. Y los enigmas que envolvían a aquella criatura crecía por momentos.

—De acuerdo —respondió Raven, sin saber qué más decir.

El médico sacó un papel de su maletín y se lo entregó.

—Prepárele un poco de ese té. Son hierbas baratas y fáciles de conseguir. Si lo bebe una vez al día, subirá de peso y no enfermará. Le abrirá el apetito. Suelo recetarlo a niños que viven en orfanatos, pero creo que a ella le ayudará.

—Muchas gracias, Victor.

—No debe dármelas. —El hombre se levantó con pesadez del sillón. La edad no perdonaba a nadie una vez alcanzaba la madurez—. Si empeora, o necesita cualquier otra cosa, llámeme.

—Eso haré.

Se despidió de él y lo acompañó a la entrada del club antes de volver a la cocina. Menos mal que el Redemption, además de servir alcohol y hacer combates ilegales, también poseía habitaciones, baño y una cocina, porque no quería molestar a nadie más a causa de su *invitada* sorpresa.

Allí ya se hallaba Chloe y las dos mujeres que venían todos los días a limpiar el lugar, además

de cocinar para ellos.

—¿Qué tal ha ido la charla con el doctor? —preguntó Chloe con interés.

Raven adoraba a esa mujer. No de una manera lujuriosa, sino como una amiga o una hermana pequeña. Literalmente soportaba sus cambios de humor, le ayudaba con cualquier inconveniente, le aconsejaba cada vez que podía y lo acompañaba en sus días más difíciles. Si salía herido, ella lo curaba y lo cuidaba sin importar nada más. Solo por eso, y porque era una mujer —y, según Raven, sabría mejor qué hacer en esos casos—, le transmitió palabra por palabra lo que el doctor le contó acerca de la desconocida.

Ella apretó los labios hasta formar casi una línea recta. Agarró el papel y se lo dio a Penélope, la cocinera, con la idea de que fuese a buscar las hierbas y así prepararle el té a la joven que aún descansaba en el piso de arriba. Alguien tenía que cuidarla, desde luego.

—Mi opinión ya la sabes, Raven. Hablar con ella y reubicarla sería lo más conveniente. Tal vez podrías preguntarle a lord Jude si necesita una nueva cocinera o doncella, o preguntar en el orfanato si le harían un hueco en sus instalaciones. Allí siempre necesitan ayuda con los niños —sugirió ella, ubicada en el extremo opuesto de la pequeña mesa donde solían comer o cenar a diario.

—Dudo mucho que se quede en el orfanato, aunque la acepten. Me da la impresión que está huyendo de alguien cuya sombra se extiende hasta aquí —alzó la mirada al techo, como si fuera capaz de verla a través de la madera y la piedra—. Y no quiero causarle problemas a Jude. Él acaba de ser padre y está centrado en cuidar de su familia.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Averiguar qué le trae por aquí. Es una mujer libre, Chloe. No somos nadie para retenerla.

—Pero hay muchos peligros ahí fuera, y más para las mujeres sin protección —la insistencia de ella estaba más que justificada, teniendo en cuenta lo difícil que fue para Chloe sobrevivir en un mundo donde la crueldad era pan de cada día—. Raven, debemos ayudarla.

—Tu gran corazón no hará que ella quiera quedarse.

—Tal vez necesite sentirse segura, ¿no?

—Aún cree que somos un burdel, por el amor de Dios —se frotó la cara con una mano, agotado. La noche había sido demasiado larga, con todas aquellas dudas e inquietudes persiguiéndole—. ¿No ves que es una mujer inestable?

—¿Y qué si lo es? Tú me ayudaste, Raven. Y a muchas otras. El Redemption siempre ha sido un hogar donde sentirnos a salvo, ¿no? —El brillo de sus ojos castaños se intensificó—. Todos los que vivimos aquí somos una familia.

—En nuestro caso, deseábamos quedarnos.

—A veces, el miedo nos paraliza y nos hace huir sin mirar atrás. Y ella ha venido desde muy lejos.

—Ni siquiera sé en qué momento asaltó el carruaje o de dónde viene.

—¿Importa eso? —Chloe lo miró con intensidad—. Si la ayudamos…, tal vez la salvemos.

—Tomarse demasiadas molestias por una dama como ella no es nuestra filosofía —reafirmó Raven. No es que quisiera comportarse como un tirano, mas tampoco estaba en su mano auxiliar a quien no tenía intención de cambiar su destino y prioridades—. La mía no, al menos. Y no voy a volverme loco por una mujer que destila miedo y rabia por cada poro de su piel.

Como venía siendo costumbre, Chloe no se conformó con su respuesta. Levantándose de la silla, se esforzó por dejar clara su postura disconforme: cruzó los brazos a la altura del pecho y torció el gesto.

—Si tú no deseas ayudarla, entonces lo haré yo.

Raven enarcó una de sus cejas.

Seguía siendo imponente en cualquier estancia del club. Un metro noventa y cuatro de puro músculo que cubría ropa diseñada a medida, aunque eso no le importase lo más mínimo. Ensuciaba cada prenda con la pólvora de las pistolas, el *whisky* que servían a diario y el humo que flotaba en el ambiente durante horas, enviciando el aire. Sin embargo, esa mañana se veía mucho más apagado que de costumbre. Como si no hubiera ni un pequeño atisbo de esperanza en él.

—¿Vas a meterte en líos por una desconocida?

—Llámame ilusa, si lo deseas, pero una dama en peligro siempre será bienvenida bajo mi techo. En un mundo cruel y despiadado, cualquier mujer merece ser protegida. Y si tú no lo haces…

Raven suspiró.

Aquella mujer no era más que una molestia. Un incordio, con sus ideales fuera de lugar. Con sus reivindicaciones peligrosas. Pero, aun así, no la quería menos por ello.

Al contrario, la admiraba demasiado.

—Muy bien, puede quedarse aquí mientras se recupera y averiguamos qué se trae entre manos. —Se movió por la estancia, incómodo, y agarró la jarra de agua para servirse un vaso—. Te encargarás de ella y la cuidarás.

La sonrisa de Chloe brilló dentro de la cocina destartalada, y el mundo le pareció menos sombrío.

—Gracias.

Un rato después, la cocinera regresaba con las hierbas. Preparó el té y un poco de gachas para la desconocida. Como Chloe debía regresar a casa y descansar, fue Raven el elegido para subir las escaleras, bandeja en mano, y ocuparse de alimentar a la dama que ocupaba su habitación.

No dejó entrever su descontento al hacerlo. La tensión de su cuerpo era prueba irrefutable de hasta qué punto le incomodaba enfrentarse a situaciones que escapaban a su control. No obstante, la cobardía no era uno de sus fuertes y una damita en apuros no le haría salir corriendo en dirección opuesta. Así pues, entró en la habitación sin llamar antes… y se encontró cara a cara con la insolencia.

—¿Qué se supone que haces? —exclamó al ver cómo ella peleaba por saltar desde la ventana que daba al callejón de atrás.

La muchacha pegó un brinco y lo miró desde el otro lado de la habitación. Un simple cruce de miradas bastó para que Raven descubriera hasta qué punto era una temeraria. Igual que un pirata que se lanzaba a los brazos del mar sin más equipaje que una botella de ron, un sombrero con el protegerse del sol y la determinación de vivir aventuras… incluso si una de ellas era hallar la muerte.

Raven dejó la bandeja de malos modos en la mesa y se lanzó hacia ella. Escuchó su grito y se vio obligado a cubrirle la boca con una de sus grandes manos. Apartarla de la ventana fue una tarea más titánica que enfrentarse a un grupo de personas armados hasta los dientes sin más ayuda que los puños.

—Por el amor de Dios, quédate quieta.

Ella ni lo escuchó. En su lugar, pataleó y forcejeó hasta que Raven la soltó tras recibir un mordisco en la palma de la mano por su parte.

Aquella mujer era una fiera indomable.

—¡Váyase al infierno! —blasfemó ella, la voz algo enronquecida, lo que dejó entrever que llevaba varios días sin darle uso—. ¡No es usted más que un bruto!

—¿Bruto? Permíteme recordarte que no soy yo quien iba a saltar por la ventana.

—¿Acaso me lo reprocha? ¡No planeo quedarme en un burdel! Así que apártese y deje que me rompa algún hueso, o máteme. Pero le aseguro que no voy a ceder mi cuerpo por dinero.

—Aquí nadie quiere obligarte a ello. Maldita sea, todo lo que he intentado desde anoche es que estés a salvo. ¿Puedes comportarte como una persona decente y dejar de golpearme cada vez que me ves?

Ella apretó los puños, dispuesta a pelear un poco más.

Raven se preguntó si el doctor no se habría equivocado con ella; no tenía pinta de estar débil, ni mucho menos.

—Conozco muy bien a los de su especie, y no voy a tolerar que me encierre como si fuese un… un… perro —escupió ella. Sus ojos verdes, tan intensos como las copas de los árboles en primavera, se clavaron en Raven con dureza—. Exijo que me deje ir. No soy de su propiedad.

—Desde luego que no. Pero si sales ahí fuera, no solo te matará el frío y el hambre, sino que es probable que acabes en un burdel esta misma noche. ¿Eso es lo que deseas? Porque no seré yo quien se oponga a tu decisión.

Aunque no confiaba en él —carecía de motivos—, Sheena permaneció en el sitio, preguntándose qué quería entonces aquel zopenco.

¿Por qué no podía simplemente salir de allí y seguir su camino? Necesitaba llegar a Irlanda cuando antes, o él, el demonio que la perseguía, le daría caza y la encerraría de nuevo bajo llave.

Solo de pensarlo, su corazón lloraba. Su cuerpo se estremecía. Su temor crecía.

—Entonces ¿qué me habéis confinado aquí dentro? ¿Por qué un médico me ha hecho una exploración exhaustiva, si no busca venderme?

—Anoche te desmayaste. Y no me apetece lidiar con el cadáver de una mujer desconocida solo porque te traje aquí, al club, cuando perdiste el conocimiento en mis brazos.

¿Así que estaba en un club de caballeros? Por poco que fuese, ya era más información de la que tenía unos minutos antes.

Recelosa y cansada, al igual que furiosa, Sheena se cruzó de brazos. Por más sinceridad que transmitieran las palabras del desconocido, no sería ella quien se las creyera. A esas alturas de la vida ya no pecaría más de ser una ilusa.

—Le he prometido a Chloe que te cuidaría, porque eso es lo que hacemos aquí. Bébete el maldito té y cómete las gachas antes de que se enfríen. El médico dijo que estás desnutrida y enfermarás como sigas así —gruñó él, hastiado. Se notaba, por la tensión de sus hombros, que prefería estar en cualquier otro lugar antes que en su presencia—. Y deja de intentar saltar por la ventana. Bastante dinero he invertido ya en ti.

—No se lo he pedido. De hecho, lo que deseo es irme de aquí.

—¿Y dónde pretendes ir?

—Eso no es asunto suyo. Ni siquiera es un lord, ¿verdad? Solo es un bruto y un… desarrapado.

—Para ser una dama de la aristocracia, hablas como si hubieses pasado los últimos meses en un barco, rodeada de marineros —apreció Raven, descolocado con la actitud de la desconocida.

«Si usted supiera dónde he estado y todo lo que he hecho para sobrevivir, no bromearía con ello», pensó Sheena, reprimiendo un escalofrío.

—Solo digo lo que veo. ¿Cómo se llama? Ya que ansía tanto un agradecimiento de mi parte,

puede empezar por presentarse. Y por hablarme de usted, claro.

Raven se rio secamente.

—Si pretendes que te llame *milady*, tendrás que esperar sentada —señaló el sillón más cercano, junto a la chimenea—, porque no creo en protocolos absurdos. Soy Raven Davenport, bastardo de un marqués, hijo de una prostituta, criado en un orfanato lleno de ratas y mierda que me llegaba hasta los tobillos, y dueño actual del Redemption, el lugar donde se encuentran tus bonitos pies de señorita. Si crees que vas a hacerme sentir mal por llamarme bruto, desarrapado, mendigo o derivados… lamento informarte de que me da igual. He escuchado insultos peores.

»Quien podría empezar por decir quién demonios es y a dónde se dirige, eres tú. Porque no he hecho más que tenderte la mano y recibir gritos, insultos y mordiscos a cambio.

Sheena hizo un mohín de disgusto ante tal despliegue orgulloso de barbaridades que una dama como ella no tenía por qué oír. No acostumbraba a lidiar con personas que no le mostraran algún tipo de respeto a la hora de hablar. Pero, a juzgar por la apariencia imponente de aquel hombre, estaba claro que él tampoco trataba a menudo con la aristocracia, más allá de los clientes nocturnos habituales.

—Así que me retiene aquí, en contra de mi voluntad, planea envenenarme con un té y luego… ¿qué? ¿Sería tan amable de explicarme por qué debo quedarme aquí, bajo su techo, mientras me trata de esta manera?

—Porque te colaste en mi carruaje, te desmayaste en mis brazos y porque no soy un ser cruel y despiadado que no socorre a quien lo necesita —explicó él, tenso y cansado. Caminó hasta la mesa, cogió la taza y le dio un sorbo al té—. ¿Ves? No te mataría con veneno. Me hubiese dado menos problemas lanzarte al agua en cuanto quedaste inconsciente.

Le costó admitirlo, pero él tenía razón. Nadie se tomaba tantas molestias en salvar a alguien si luego pretendía asesinarla. Y eso la irritó sobremanera. Odiaba ser encerrada en una habitación hasta que a la otra persona le daba por recordar su existencia. No era un maldito animal enfurecido, sino una mujer cuyo corazón latía al mismo compás que el del resto. Lamentablemente, nadie parecía entenderlo.

—Déjeme ir. Necesito llegar a Irlanda cuanto antes.

—¿Por qué? ¿Estás dispuesta a poner en peligro tu vida? El médico ha dicho que necesitas alimentarte bien y un poco de descanso.

—Usted no decide qué es lo mejor para mí —dijo ella, apartándose cuando Raven se acercó a donde estaba—. No es un miembro de mi familia.

—No, es cierto. No lo soy. Sin embargo, está claro que su familia no sabe que está aquí.

—¿Y cómo está tan seguro?

—Porque si realmente eres una dama de la aristocracia, no habrías viajado de polizona en un cargamento ilegal a menos que estuvieras huyendo de algo o alguien. ¿Acaso mataste a tu padre o a un hermano? ¿Te está persiguiendo la policía? Es la única explicación que se me ocurre, si te soy sincero.

Sheena ahogó una exclamación.

—¡Por supuesto que no! ¿Quién se cree que es para bromear con algo semejante?

Raven arqueó una ceja.

—¿Bromear? Conozco a la mayoría de las personas que pisan este club y me sé los trapos sucios de todos. No serías la primera que le arrebata la vida a alguien con la única finalidad de hacerse con el título o el dinero de su padre.

Teniendo en cuenta que su dote había sido una de las más altas de la temporada anterior,

Sheena estuvo a punto de echarse a reír. ¿Por qué iba ella a asesinar a alguien? Manchar sus manos de sangre no había sido nunca su prioridad.

—A no ser, claro —prosiguió él—, que estés huyendo de un prometido con el que no quieres casarte. En ese caso, lamento decepcionarte, pero lo mejor para una dama de tu posición es pasar por la vicaría y olvidarse de una vida de ensueño que no existe.

Si él supiera, pensó Sheena. La vida que había lejos de Escocia se le antojaba más dulce que la que tenía en la mansión de su padre. Un título y una educación refinada no cambiaría la clase de horribles sucesos que la acompañaban desde que su progenitor decidiera dar su mano a un monstruo. Así que… sí, prefería ser una prófuga, una dama venida a menos, que la hija de un marqués capaz de ofrecerle el infierno en bandeja.

Por supuesto, Raven, el hombre que tenía frente a sus narices, no era consciente de ello. Ni lo entendería. Los hombres como él poseían algo que ella no: libertad. Tal vez se morían de hambre o perecían a edad temprana por culpa de una enfermedad; pero nadie los retenía en contra de su voluntad. Nadie venía a enseñarles hasta qué punto la crueldad minaba la entereza de su alma.

Ella sí. Y no pensaba pasar por ello nunca más.

—Me niego a hablar de mi vida privada con usted. Le agradezco la ayuda, pero declino su oferta. Si de verdad no es usted un bruto, entonces déjeme marchar ahora mismo.

—Lo siento, pero no voy a tener esa mancha en mi conciencia. La de tu muerte —aclaró, al ver su expresión de indignación—. Te quedarás aquí hasta que te recuperes. Y luego, si quieres, te podrás marchar.

—¡Eso no es una decisión que usted deba tomar! No me habla con respeto, pero sí desea retenerme en su club. Un club donde solo hay hombres. ¿Sabe la clase de incongruencia que es lo que dice?

—Aquí nadie te tocará un pelo. Y sí hay mujeres en el club. Si sabes lo que te conviene, comerás las malditas gachas, descansarás y te replantearás lo de lanzarte por la ventana. —Por si acaso, Raven se acercó a la misma y la cerró de manera que ella no pudiese abrirla más. Las situaciones desesperadas había que tratarlas con medidas desesperadas—. Lo último que quiero son problemas.

—De ningún modo voy a…

—Mira —Raven, ya sin paciencia, se giró de nuevo hacia ella. Esperaba que sus ojos verdes no le hicieran sentir de nuevo ese vértigo en el estómago, mas no lo logró—, me da igual que seas una prófuga, siempre y cuando no venga nadie a la puerta de mi club clamando venganza. —Pasó por su lado en dirección a la puerta, y la sostuvo con una mano—. Le he prometido a Chloe que te ayudaría porque ella cree en ti mucho más que yo. En mi caso, considero que eres una niña malcriada que no sabe nada acerca de los peligros que habitan en Londres para una dama sin protección. Intentamos mantenerte con vida y cuidarte, por si no te has dado cuenta. Así que, si tanta educación tienes, aplícatela y valora más el seguir respirando.

Sheena quería protestar, insistir, luchar por su libertad… mas se percató que no conseguiría nada. Los hombres como Raven rara vez entraban en razón. Por eso mismo, y porque apreciaba demasiado lo caminado hasta ese instante, decidió claudicar. Aunque solo lo fingiría. En cuanto se le presentase la oportunidad, saldría de aquel club y se encargaría de conseguir un vehículo que la llevase hasta Irlanda. Una vez allí, tal vez conseguiría la vida que se merecía. La libertad y la paz que nunca había conocido.

Relajó un poco su postura y alzó la barbilla en gesto orgullo al decir:

—Muy bien, usted gana. Gracias por el desayuno. Le puede decir a su compañera, Chloe, que

le agradezco la amabilidad.

«Y a mí que me parta un rayo», pensó Raven, frustrado. Él lidiaba con los dramas de una dama como esa y encima no le daban ni las gracias. «Tampoco sé que esperabas», insistió la voz en su cabeza; «está claro que esta mujer no está en sus cabales».

—Bien.

Raven la dejó allí y cerró la puerta con algo de brusquedad. No conseguía quitarse de la cabeza que nada de aquel asunto terminaba ahí. Tarde o temprano, la desconocida volvería a meterse en un lío… y él tendría que ir detrás de ella, como su perro guardián.

5

Las noches en un club de caballeros era… un mundo aparte. Sheena descubrió que, a pesar de que no la encerraron con llave, tampoco le permitían pasearse por el lugar sin que un par de ojos la vigilasen todo el tiempo. Eso la obligó a ir de su habitación al baño y del baño a su habitación. Por la tarde, más o menos cuando ya empezaba a creer que se habían olvidado de ella, vino una mujer con el cabello entrecano recogido y un sencillo vestido oscuro a servirle algo de sopa, carne de res y un té que sabía asqueroso.

Sheena estuvo a punto de mandarle que se lo llevase de vuelta, pero su estómago eligió por ella y, acuciada por un hambre atroz, se vio obligada a sentarse en el enorme sillón orejero y devorar aquel festín sin culpa. Tanto tiempo sin comer nada le había hecho olvidar lo mucho que disfrutaba cuando la cocinera de la mansión en la que había nacido y vivido desde entonces le preparaba sus pasteles favoritos. Echaría de menos a Benerice, desde luego, si bien no regresaría sobre sus pasos solo por eso.

Ahíta y con un cansancio extremo, se permitió dormir un rato. No encontró su puñal por ningún lado, y eso la irritó sobremanera. ¿Es que una mujer no tenía derecho a guardarse las espaldas? Por si acaso la asaltaban en algún momento, eligió uno de los candelabros que decoraban la habitación, le quitó las velas y lo guardó bajo la almohada. Si propinaba un buen golpe con él a la altura de la nuca, dejaría a su atacante inconsciente.

Huelga decir que nadie la sorprendió en mitad de su sueño. Era como si se hubiesen olvidado por completo de que descansaba sobre aquella cama enorme y mullida. Unas horas más tarde, se frotó los ojos con el dorso de la mano en un intento por espabilar cuanto antes. Con la oscuridad que reinaba en la habitación, dio por hecho que sería de noche y que el club abriría sus puertas pronto. «¿En qué momento he terminado aquí?», se preguntó.

Ese tipo de lugares para caballeros le eran tan ajenos que no atinaba a entender qué clase de entretenimiento conseguían y por qué repetían todas las noches. Vale que su padre le dejó entrever algún que otro atisbo de sus correrías nocturnas cuando su madre aún vivía, pero, quitando eso, Sheena desconocía las mieles que se repartía en un sitio tan frívolo.

Y por más amable que hubieran sido con ella —algo que no podría negar por muy enfadada que estuviera—, no era ese su destino. La esperaba algo mejor al otro lado, donde su padre no extendiera sus garras y la devolviera a su jaula de oro y seda.

Salió de la cama y notó pesada la cabeza. Dormir tanto después de varios días en constante vigilia le había sentado fatal. Recogió la capa que aún descansaba sobre el sillón, sucia y algo rasgada por la zona del dobladillo, y se la colocó por encima antes de asomarse por la puerta.

Nada. Ni un solo ruido procedente del piso en el que se hallaba. Ahora, por otro lado, el jaleo que se formaba en el piso inferior hacía que las paredes retumbaran ligeramente. Y aunque debería estar asustada por la cantidad de desconocidos que se encontraban en las entrañas del club, lo cierto es que su curiosidad ganó la batalla, y terminó por moverse con lentitud hacia las escaleras con la idea de saciar su interés.

No llegó demasiado lejos. Al final del otro pasillo que conectaba ambas alas había una habitación entreabierta. Sheena se movió silenciosamente hacia allí y echó un vistazo.

A priori, se trataba de un despacho. La mesa de roble, el sillón rojizo, las estanterías repletas de libros, papeles por todos lados… Sí, definitivamente no era la habitación individual de ninguno de los individuos que trabajaban allí. Sheena contuvo el aliento, preguntándose si la escucharía en caso de que se dirigiera hacia la puerta. ¿Y si la encerraban una vez más, y en esta ocasión bajo llave?

«No eres ninguna cobarde», se recordó. «Tienes derecho a elegir tu futuro».

Con la mandíbula apretada y los puños aferrados a la capa, Sheena hizo ademán de moverse. Sin embargo, algo entró en su campo de visión, distrayéndola, y sus pies no se movieron el suelo.

Al otro lado de la puerta, de espaldas a ella, se encontraba Raven. Apoyado sobre el escritorio, se curaba lo que parecía una herida en el brazo. La tierna carne rosada sobresalía sobre la piel ligeramente bronceada de su bíceps, al igual que el trazo de las venas —marcándose deliciosamente— y el vello oscuro que contrastaba con el de su cabello alborotado. Daba la impresión de ser un ángel caído que se vendaba las heridas para no verse demasiado frágil. Y Sheena, ajena a ese tipo de turbulencias que el encanto y el atractivo masculino suscitaba en ciertas ocasiones, cayó de lleno en su embrujo.

¿Cómo podía el mismísimo villano de una historia verse tan… cautivador? ¿Por qué su corazón latía desbocado y sus mejillas se arrebolaban a cada segundo que transcurría y ella no se alejaba de la puerta?

Así como la luna influía en las mareas, Raven y su belleza dominaban una parte de ella que desconocía que existiera.

«Muévete ya», se ordenó a sí misma. «Él no va a salvarte».

Eso era cierto. Nadie sería capaz de cambiar las cartas que Dios le dio al nacer.

Decidida a ponerse en marcha, se alejó con las piernas aún temblorosas y huyó hacia la siguiente puerta que encontró. Esta daba a un almacén repleto de botellas de *whisky*. Las reconoció gracias a los días que pasó escondida entre ellas, totalmente embriagada con su olor. Buscó incansable una salida, y la halló al final. Se vio obligada a forcejear con la cerradura y romperla con la ayuda de una tubería rota y suelta que había por el suelo, antes de volver al mundo real.

A una ciudad que de ningún modo dormía a esas horas de la noche.

La brisa nocturna le acarició la cara de golpe. Sheena se cubrió con la capucha antes de correr hacia el final del callejón. Tarde o temprano, alguno de ellos se percataría de su ausencia, y no pensaba ponérselo fácil; ni a Raven, ni a Chloe, ni a ninguno de sus amigos.

Su camino lo elegiría ella.

Excepto porque no tenía idea de hacia dónde dirigirse. Londres era inmensa y desconocida, las personas la miraban como si fuese un árbol plantado en mitad de la calle y la noche lo engullía todo a su paso. Allí donde posaba la mirada, Sheena solo encontraba gente paseando, gente que volvía a casa, carruajes puntuales que pasaban por su lado y tiendas ya cerradas. Caminó sin

rumbo hasta alcanzar un callejón y, sin pensarlo demasiado —porque entonces habría regresado sobre sus pasos—, se introdujo en él con la esperanza de hallar a alguien que le echase una mano. No todo el mundo era un bruto como Raven, ¿verdad?

A medida que avanzaba por el callejón, su esperanza se evaporaba como la niebla bajos los primeros rayos de sol en la mañana. Allí no había nadie. Ni un solo individuo que le dijese dónde encontrar un lugar barato en el que pasar la noche mientras planeaba su futuro. ¿Estaría haciendo lo correcto? ¿O su padre y el monstruo al que le cedió su mano llevaban la razón, después de todo, y ella solo era un triste adorno en la vida de hombres importantes?

No, no. De ningún modo.

Apretando los puños, giró a la derecha… y se cruzó con un par de hombres que fumaban apoyados en la pared. Un simple vistazo le sirvió para comprender que estaba en un lío. Aquellos desconocidos no eran héroes, precisamente, y lo demostraron nada más acercarse a ella con la sombra de una sonrisa petulante en la cara.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó uno de ellos, el más alto e imponente.

—¿Te has perdido o te has escapado de algún burdel, criatura? —cuestionó el otro.

Sheena retrocedió por instinto, lamentando profundamente no haber recuperado su daga. Con ella se sentía mucho más segura.

—¿No sabes hablar?

—Igual es mejor así —dijo su compañero—. Algunos las prefieren calladitas.

Sheena ahogó un gemido lastimero cuando se vio acorralada por los dos y la cogieron del brazo. Ninguno de sus intentos por patalear y soltarse sirvió de algo; ambos hombres la anularon al instante. Cuatro brazos fuertes rodeándola igual que unos grilletes; un pañuelo atrapado entre sus dientes que le evitaba gritar.

Lo único que logró ver a través de la capucha antes de que la dejaran inconsciente fue el final del callejón y la gente que aún paseaba al otro lado.

Gente a la que ya nunca más podría pertenecer.

Chloe tarareaba una canción a medida que subía las escaleras con una bandeja rebosante de comida. Se había esforzado por convencer a la cocinera —una mujer que a priori parecía enfadada con el mundo, pero que era un amor— para que preparase una sopa de pollo y así alimentar a la desconocida. Solo de imaginar lo desolada, triste y asustada que se sentía le ponía la piel de gallina.

No era la primera mujer a la que encontraba en esa circunstancia. Muchas de ellas huían de un ambiente abusivo y corrían a esconderse en la capital, agitando la bandera de la esperanza como último recurso. Y Chloe era muy consciente del trágico destino que las aguardaba sin un marido o un familiar que las protegiera. Por eso había suplicado a Raven que la mantuviera allí mientras decidían qué hacer con ella.

Tampoco se trataba de algo personal; Chloe solo intentaba salvarla de acabar en un burdel. Marchitarse bajo las caricias de hombres desconocidos no era el ejemplo de nada, y eso ella lo sabía muy bien.

Abrió la puerta y asomó la cabeza…, pero allí no había nadie. Solo un par de velas encendidas que se consumían lentamente sobre la repisa de la chimenea. Ni rastro de la desconocida.

Asustada por si había cometido alguna locura, abandonó la bandeja a un lado y trató de abrir la ventana, sin éxito. Raven la había cerrado tan bien que no lograría abrirla rápidamente. Buscó en

el armario, debajo de la cama, en el arcón. Nada.

¿Dónde demonios estaba?

Bajó de nuevo y corrió a buscar a Raven. Él, sentado en el sillón de su despacho mientras ponía en orden las cuentas de esa semana, solo atinó a hacerle un movimiento con la cabeza para darle a entender que la escuchaba.

—Ha desaparecido. La chica, no está —murmuró Chloe.

Raven se levantó de inmediato y se frotó los muslos con nerviosismo.

—¿Cómo que no está? ¿La has buscado bien?

—En la habitación se encuentra, desde luego.

Él se encargó de recorrer el baño privado, cada una de las habitaciones, la cocina, cada espacio del Redemption… sin éxito. Cuando alcanzó el almacén, solo tuvo que ver el destrozo de la cerradura para comprender hasta qué punto aquella desconocida deseaba salir de allí. Y no la culpaba.

—Se ha marchado —dijo él, de espaldas a su compañera. Recogió los pedazos del candado del suelo—. Casi que mejor, así nos ahorramos más problemas.

—¡Raven! No podemos permitir que se quede ahí fuera, sola, de noche. ¿Sabes lo que hacen con las damas desprotegidas?

—A lo mejor la esperaba alguien. ¿No te has parado a pensar en ello?

Chloe presionó los labios.

—Me niego a creer que alguien que se sube a un carruaje desconocido vaya en busca de un familiar o un ser querido. Sé que huye de algo o alguien, y si ha salido fuera, ella…

—Olvídate de que estuvo aquí —Raven pasó por su espalda sin dedicarle una sola mirada.

Pero Chloe lo retuvo agarrándolo del brazo.

—Por favor —casi suplicó ella—, han podido hacerle algo.

—¿Y qué? Me pediste que la mantuviera aquí y la ayudara, y eso hice. Pero está claro que no quiere nuestra compañía. ¿Hasta cuándo vas a encariñarte de todas las almas perdidas que vagan por ahí?

Muy en el fondo de su ser, él también se preocupaba, casi tanto como le irritaba comprender que la desconocida huía de ellos igual que de un fantasma. Y no la culpaba: confiar salía caro en un mundo lleno de crueldad. Que Chloe no quisiera comprenderlo era su problema. Bastantes asuntos pendientes le quedaban esa semana como para añadir el de perseguir a una dama insolente por todo Londres.

No estaba tan loco.

Y aun así…

Sacudió la cabeza, desechando la idea. No. Ella había elegido y él respetaría sus decisiones. Lo último que le apetecía era actuar como carcelero de la hija de algún marqués o conde de vete a saber dónde. La aristocracia, al igual que los ricos en general, solo causaban problemas. Cada vez lo tenía más claro.

—Ella está asustada. ¿No lo estarías tú también en su lugar? Por favor, Raven. A menudo te exijo demasiado y lo lamento, pero eres el único capaz de encontrarla y salvarla.

«No soy el héroe de nadie», pensó, cada uno de sus músculos en tensión y el corazón palpitándole muy rápido.

—Lo siento.

—Por favor.

Raven apretó tanto los dientes que fue un completo milagro que alguno no se le rompiese.

—¿Por qué, Chloe? ¿Por qué intentas ponerme en el compromiso de…?

Guardó silencio nada más ver su cara. Y ahí lo comprendió todo. Chloe se veía reflejada en ella, de algún modo, y no deseaba que siguiera sus pasos. Porque ella no había sido feliz en ningún momento.

Solo era un alma herida y asustada que sobrevivía con las cartas que Dios le otorgó.

—De acuerdo, iré a buscarla. Pero si no la encuentro, no moveré un solo dedo más. ¿Queda claro?

Ella cabeceó en señal de asentimiento.

—Gracias, de verdad.

Raven no dijo nada. Se limitó a soltarse e ir a buscar a Caleb para que lo acompañase en su búsqueda de la dama imposible. La reina de los secretos.

La dueña de los ojos verdes más impresionantes que alguna vez tuviera la suerte y la desgracia de cruzarse.

6

La noche londinense era demasiado perversa para cualquier alma que se adentrase en ella sin más escudo que un puñado de nervios en el estómago y ganas de diversión. Raven poseía lo primero, mas no lo segundo. Si le hubieran preguntado qué prefería hacer en lugar de callejear con un revólver escondido en el abrigo, habría respondido algo muy simple: beber *whisky*. Beber hasta caer inconsciente. Beber hasta que esos ojos verdes, esmeraldas incrustadas en el más bello rostro que alguna vez viera, desapareciese de su cabeza.

Pero allí estaba, con Caleb a la zaga, preguntando por una joven que daba demasiados problemas para lo poco que sabía de ella. Y la culpa era suya, no lo dudaba; si hubiese sido más espabilado, la habría mandado en un carruaje vigilado a Irlanda en el preciso instante en el que ella le narró sus intenciones.

Mientras hacía de detective por un Londres repleto de ladronzuelos, prostitutas, lores ebrios y demás gentuza que se congregaba a esas alturas de la noche en los clubs más concurridos, le fue narrando a Caleb, entre frases cortas y concisas, por qué era importante hallar a la dichosa dama antes de que le hicieran algo terrible.

Si es que no se lo habían hecho ya.

Ese pensamiento le soplaba en la nuca y le enfriaba más que la brisa de finales de abril que agitaba su abrigo y le azotaba las mejillas al punto de enrojecerlas. Maldita fuese su suerte. Tendría que haber sido menos bondadoso con alguien que se rehusaba a ser ayudada.

Sin embargo… mirar hacia otro lado, fingir que no le preocupaba, sería mentirse a sí mismo. No era por Chloe que estuviera allí. Al menos, no como único motivo. Le movían otras emociones que reptaban por sus piernas y agitaban sus entrañas todo el maldito rato. Pero si las decía en voz alta, si reconocía que era más débil de lo que aparentaba, los demás se darían cuenta y lo usarían contra él.

—Esto es absurdo —se quejó Caleb una vez detuvieron sus pasos en una de las calles más pobladas en cuanto a burdeles y clubs clandestinos de opio había—. Sin importar el camino que haya escogido, es muy probable que ya esté de camino a Irlanda o… —Dejó la frase en el aire porque intuía lo desagradable que sería escuchar el destino trágico de una dama—. Será mejor que volvamos al Redemption.

Raven no lo escuchó. Pegando la oreja a lo que hablaba un grupo de individuos cerca de la entrada de un fumadero de opio, no perdió detalle de lo que decían.

—… es perfecta. Una dama insólita.

—Y exótica. Morena, curvas generosas y muy entregada.

—Te aseguro que no te arrepentirás de probar nuestro burdel. Tenemos a las mejores cortesanas de todo Londres.

—¡Muy limpias! Y complacientes.

Raven se movió de forma desenfadada antes de acercarse a ellos. Dos tipos arrogantes, captadores de clientes. Así hacían publicidad algunos prostíbulos, después de todo; paseaban por aquí y por allá, convenciendo a los aristócratas más perjudicados de que necesitaban un poco de compañía femenina. Y funcionaba. La gran mayoría corría al lugar donde le prometían diversión sin límites, acompañados de mujeres exuberantes y únicas.

—Buenas noches —los saludó. Conocía a ambos por otros asuntillos ilegales del pasado que ya no venían a cuento—. He oído que habéis traído un nuevo cargamento de chicas, ¿no?

Uno de ellos se rio secamente.

—¿Acaso el mismísimo Raven Davenport ha decidido soltarse los pantalones y venir a probar las mieles de damas que harían llorar de felicidad al mismísimo rey de Inglaterra?

—Admito que prefiero otro tipo de mujeres más sofisticadas, pero de vez en cuando un hombre tiene sus necesidades —encogió uno de sus hombros, restándole importancia—. Y las del Redemption ya las tengo muy vistas.

Junto a él, Caleb arqueó una ceja. En sus ojos castaños, oscuros como boca de lobo, había una pregunta que tuvo a bien no decir en voz alta para no chafarle el plan que se traía entre manos.

Raven se limitó a encoger ligeramente los hombros.

—No sé hasta qué punto considero que tus palabras son una queja o una invitación, Raven. —Se rascó la barbilla uno de ellos, el más bajito, en lo que intentaba averiguar si le tomaba el pelo o no—. ¿Qué quieres? Estábamos hablando con uno de nuestros conocidos —señaló a un lord que se tambaleaba como si el eje de la Tierra le afectase a él personalmente—, quien también desea una dama que le caliente un poco la cama esta noche.

—¿Y por qué no me buscas otra a mí? Seguro que se te ocurre una manera de sorprenderme. ¿De dónde son las damas que habéis traído en esta ocasión? ¿Alguna londinense guapa? ¿Una escocesa?

Reconoció el brillo en los ojos del tipejo y supo, sin lugar a dudas, que había dado en el blanco.

«Después de todo, mi intuición sigue siendo la mejor», pensó. Se tragó el enfado y las ganas de agarrar al tipejo por la parte frontal de la camisa antes de zarandearlo en busca de la respuesta que necesitaba.

Se le acaba el tiempo y había una mujer que probablemente se encontrara en peligro.

—¿Así que te gustan las escocesas? Dicen que son unas fierecillas en la cama.

—He estado con alguna que otra. Son mis favoritas —mintió Raven.

El otro hombre continuó pensativo unos segundos más.

—Hemos encontrado a una escocesa hace unas horas y Martin la está preparando para su gran debut. Una preciosidad, sí, pero muy inquieta. Ha escupido, pataleado, golpeado y arañado a unos cuantos de mis hombres mientras la llevaban al club. Martin considera que se merece que la estrene alguien capaz de pagar una gran suma por ella. Si la doman, tal vez empiece a colaborar.

La bilis le subió por la garganta al pensar en ella siendo acorralada por un grupo de hombres que poco o nada sabían acerca del respeto. Probablemente la habían desnudado, explorado, lavado y vestido como si no fuese más que una muñeca de trapo. Una marioneta a merced de un ser despreciable como lo era Martin.

Conocía demasiado bien a ese hombre como para saber lo que hacía con sus chicas. Muchas

de ellas aparecían muertas, tiradas en callejones o en el muelle, después de ser sometidas a prácticas que solo se oía en Whitechapel. Mutiladas, llenas de heridas, sangre, golpes… Dios, no quería pensar en ello. En que la desconocida que había intentado proteger tendría el mismo destino.

«Ni siquiera sé su nombre», pensó. Sus músculos dolían de lo tenso que se encontraba. «Solo es una desconocida y ya me cabrea pensar que alguien haya podido ponerle un dedo encima».

—Pagaré lo que sea por estrenarla yo —se lanzó a decir—. Pon el precio.

El hombre elevó una de sus cejas.

—No puedes hacerte cargo de semejante cifra. Hablamos de libras.

—Claro que puedo. Tú di el precio y yo le haré entrar en vereda. Es lo que buscáis, ¿no? Un hombre que le enseñe cuál es su lugar ahora y cómo tratar al resto de clientes. En cuanto acabe con ella, será la mejor puta que habrá pasado por vuestro burdel.

Solo agradecía que ella no estuviera cerca para oír tal barbaridad, porque ni en cien años habría sido capaz de compensarla por ello.

—Esto sí que es una sorpresa. ¿Qué dirán tus hombres al ver que te gastas los beneficios del club en una ramera de tres al cuarto?

—Apuesto a que no les importará. Además, si es buena, tal vez se unan a la fiesta. Podría recomendarla y enviarte clientes nuevos. Tal y como yo lo veo, solo sacaréis beneficios del trato.

Cada palabra que pronunciaba le llenaba la boca de un sabor metálico de lo más desagradable.

—Tengo chicas mejores y mucho más exóticas. Siempre te he tenido por un hombre exigente, Raven. Apuesto a que te gustará más una francesa que nos llegó el otro día y…

El aludido estuvo a un segundo de decirle que él no pisaba un burdel desde que su madre, una ramera de lo más conocida en Whitechapel, murió unos años atrás. Cuando él era aún demasiado joven para comprender lo que suponía crecer rodeado de borrachos y mujeres que intercambiaban su cuerpo por unas monedas.

—Quiero a la nueva, a la escocesa. Di una cifra.

Como no había manera de hacerle cambiar de opinión, el hombrecillo se acercó a él, sonriendo con petulancia, y le dio un par de palmaditas en la espalda.

—Veinte libras.

Eso era demasiado dinero, incluso para una mujer espectacular. Pero como no planeaba pagarlo, Raven asintió.

—Muy bien. Dile a Martin que estaré allí enseguida.

El aludido dio un chasquido de dedos que bastó para que su compañero saliera escopetado hacia el burdel y transmitiera el mensaje.

—Será mejor que no sea una de tus trampas, Raven.

—¿Por qué habría de traicionaros? Firmamos un alto al fuego hace un par de años —repuso con fingida pereza. Se apartó una pelusilla invisible del hombro—. Simplemente quiero lo mejor de lo mejor, en todos los ámbitos.

Vio que asentía, conforme con su explicación, y Raven aprovechó para despedirse antes de partirle la cara allí mismo.

No le sorprendió en absoluto que fueran los hombres de Martin, un famoso proxeneta londinense de origen irlandés, quien hubiese dado con la desconocida y la hubieran arrastrado hasta su burdel. Hacían ese tipo de cosas constantemente, sin que la policía moviese un dedo por ayudarlas. Así era la vida allí, en los bajos fondos; todo el mundo libraba su propia batalla.

—¿Te has vuelto loco? —Caleb, a su lado, no daba crédito a lo ocurrido—. No vamos a pagar

veinte libras por una mujer. Ni siquiera por una bonita.

—Ya lo sé.

—¿Entonces? —Su compañero seguía con una expresión de enfado considerable—. ¿Cómo sabías que estaba en el burdel de Martin?

—No lo sabía.

—Entonces ha sido intuición.

—No. Solo he sido más listo que ellos. Si no la hubiesen encontrado los hombres de Martin, habrían escuchado algo igualmente. Cuando llegan nuevas mujeres a los burdeles de esta zona, el chisme se propaga rápidamente. Es así como funcionan, ¿entiendes? Se hacen la competencia todo el maldito rato y por eso están al tanto de qué tipo de espectáculos y prostitutas ofrecen.

Caleb soltó una maldición. Al igual que Raven, él tampoco se movía por esos sitios.

—¿Y qué planeas hacer? ¿Llevártela a una habitación y secuestrarla?

Raven tardó un minuto entero en responder.

—No. Voy a sacarla delante de las narices de Martin. Así me aseguro que la dejará en paz.

Apenas quince minutos más tarde, las botas de Raven, manchadas de barro y polvo, pisaban el suelo del burdel. Un puñado de hombres ya disfrutaban de las mieles del placer con señoritas de todo tipo sentadas en sus regazos, sirviéndoles copas o dándoles atenciones de lo más lascivas. En el ambiente flotaba un olor rancio a *whisky*, sudor y sexo, y se oían voces, risas juguetonas, gemidos.

Era el paraíso del placer… excepto para él.

Raven se vio obligado a torcer el gesto cuando una muchacha de no más de dieciocho o diecinueve años se le acercó con una sonrisa tímida, vestida con gasa y tul que dejaba entrever sus pechos, el triángulo de vello de sus ingles y un ombligo pequeñito. Las náuseas regresaron de golpe.

La madame, vigilando que sus chicas complacían a los hombres sin montar un espectáculo o dejarlos a media, le lanzó una mirada furibunda desde el otro lado. Pero él ni siquiera se la devolvió.

Su enemiga no era ella.

Se movió rápido hacia el despacho de Martin. El tipo era un maldito hijo de puta. Todo lo que hacía allí dentro rayaba lo morboso, lo turbio. Aun así, lo recibió con una expresión a caballo entre la diversión y la duda.

—Raven, pensaba que no vendrías.

—Yo siempre cumplo lo que digo —dejó claro, por si se le había olvidado.

—Eso lo sé. Pero nunca te has pasado por aquí, y me sorprende que hayas cambiado de opinión.

—¿Está la dama lista?

—¿Dama? —se carcajeó Martin. La barba de tres días hacía que su rostro marcado por las cicatrices y las arrugas se viese más demacrado—. Supongo que, a ojos de la sociedad, lo es, desde luego; pero aquí dentro no deja de ser una fulana más. Una muy codiciada. Eres el que ha hecho la oferta mayor, aunque no el primero en querer llevársela a la cama. ¿Qué tienen las escocesas que tanto nos gusta? —Suspiró con dramatismo fingido—. ¿Has traído mi dinero?

—No, no lo he traído.

Caleb se posicionó a su espalda con la clara intención de protegerlo de cualquier ataque.

Siendo el boxeador más querido y aclamado de los bajos fondos, así como del Redemption, nadie se atrevería a plantarle cara sin antes pensárselo dos veces.

—¿Me estás intentando timar, Raven? —La pregunta salió de los labios de su dueño con un ligero tono amenazante.

—En absoluto. Voy a llevarme a la chica porque no es de tu propiedad y porque no te pertenece. Y tú vas a dejar que salgamos los tres de aquí sin montar un escándalo.

Martin se carcajeó tan fuerte que le entró tos y tuvo que darse unos golpecitos en el pecho a fin de calmarse.

—Muy buena tu broma, Raven. Es agradable ver que uno no pierde el humor ni aunque se críe entre ratas, mierda y putas. Ahora bien, no soy del tipo de hombre que valora el humor, sino el dinero —frotó el pulgar con el índice en una señal aún más clara de lo que estaba hablando—, por lo que espero que bajo ese abrigo hecho a medida estén mis libras, o vamos a tener un problema.

—Habéis cogido a una dama al azar y planeáis prostituirla como si fuera de vuestra propiedad. Ni siquiera te has planteado si pertenecía a otra persona. Como, por ejemplo, a mí.

—Si es cierto eso que dices, Raven, habla muy mal de ti que hayas dejado ir por ahí a una dama como esa. Además, tú no contratas a chicas desconocidas. Acoges a todas esas que nadie quiere en un burdel porque son insolentes, tullidas o ya han pagado su deuda y no tienen cómo valerse por sí mismas.

Lo cierto era que ellos, en el Redemption, no retenían a ninguna chica. Ni siquiera eran un burdel. Pero no perdió el tiempo haciéndoselo saber porque no valía la pena. Cuanto más tiempo pasaban allí dentro, más peligro corrían.

—La dama en cuestión pertenece a la aristocracia y es amiga de la esposa de Jude —mintió. El nombre de un Birdwhistle siempre infundiría algo de temor, por insignificante que fuera—. Y tú has osado secuestrarla y prostituirla. Semejante ofensa no va a quedar saldada porque tú te creas en el derecho de tomar todo lo que te venga en gana, Martin.

—¿Así que amiga de Jude? ¿Y qué hacía correteando sola, en mitad de la noche, sin compañía de un hombre o de su doncella?

—He dicho que es amiga de su esposa, no que sea la mujer más espabilada de la Tierra. Tú mejor que nadie sabes que los aristócratas hacen cosas absurdas todo el tiempo. Pensó que no le ocurriría nada y mira dónde ha terminado —señaló con la mano el despacho de Martin, sin apartar la mirada de él. Sentía que perdería credibilidad si miraba hacia otro lado—. Devuélvemela ahora mismo.

Martin se reclinó sobre su sillón. El hombre que siempre le acompañaba a todos lados, su guardaespaldas, no era más que una sombra ocultándose de ellos. Estaba allí, pero nadie lo veía. Y Raven apostaba a que el cañón de su pistola llevaba unos minutos mirando en su dirección. Por eso mostraba una apariencia tranquila y desenfadada.

—Voy a perder mucho dinero si te la devuelvo. Además, no me suena que el mismísimo Jude Birdwhistle haya regresado a Londres. Los faroles siempre se te han dado mal, Raven, por eso nunca has ganado una partida sin hacer trampas.

—A ti es a quien menos voy a dar explicaciones. Suelta a la dama.

Martin torció la sonrisa.

—Vamos a hacer algo mejor —propio, inclinándose hacia delante—. Un combate ilegal, ahora mismo. Quien gane, se lleva a la chica. Así, si pierdo, recuperaré con las apuestas el dinero que iba a ganar con ella.

Raven sintió deseos de lanzarse hacia él, agarrarlo de la parte frontal de la camisa y partirle la nariz de un cabezazo. Semejante trozo de mierda no se merecía menos. No obstante, se hallaban en terreno enemigo, sin refuerzos, y cualquier provocación, por pequeña que fuera, lo pagarían caro.

Si realmente deseaba salvar a la dama en cuestión no le quedaba de otra que ceder.

—Muy bien. Caleb se har…

—No —le cortó Martin—. Caleb no luchará. Lo harás tú.

Todo el color de su rostro se fue de golpe.

—Yo no sé pelear.

—Exacto. Él —señaló a Caleb con el índice— es tu mejor boxeador. ¿Crees que soy idiota? De ningún modo voy a ponértelo fácil. Si quieres a la chica, tendrás que pelear. Es muy fácil.

Solo que no lo era.

Raven no tenía ni idea de boxeo, salvo lo que veía noche tras noche, y, además, la herida de su hombro le había dejado el brazo izquierdo algo menos funcional. Lo movía y usaba bien, pero le dolía a veces, y no recuperó toda su fuerza después de que la herida se cerrara.

Estaba más que claro que Martin jugaba sus cartas de una manera concisa, sabia, mientras que él estaba entre la espada y la pared. Si cedía, le matarían de un mal golpe. Y si se iba… Bueno, si salía por la puerta, no pasaría nada. Solo que aquella dama asustada que apareció entre cajas de *whisky* sería golpeada, humillada, vejada y violada noche tras noche hasta que ya no le sirviera más.

Y esa mancha no la llevaría a cuestas.

—De acuerdo —accedió, con los dientes y los puños apretados—. Lucharé.

7

Sheena golpeó con el puño la puerta de la habitación donde la encerraron nada más llegar. Y de ahí no había salido —y dudaba muchísimo que la dejaran escapar— desde que el médico, uno más, la explorase como si fuera una muñeca de trapo. Una marioneta a la que ponían a punto antes de su gran función.

Dios, cómo odiaba que tocaran su cuerpo sin su permiso. Sentir dedos ajenos sobre su piel aún le provocaba náuseas. Más aún si sabía el motivo que había detrás: planeaban servirla en bandeja al mejor postor.

Y esta vez no se estaba equivocando.

Tendría que haber sido más espabilada, escuchar las palabras de aquel hombre de mirada insondable que la rescató de las entrañas del carruaje donde pensaba acoplarse hasta llegar a Irlanda. O donde fuese su destino. Cualquier lugar era mejor que Escocia, la casa de su padre y los fantasmas que habitaban en él.

No, no eran fantasmas. Eran demonios.

Y ella era la víctima de todos ellos.

Ignoraba cuántas horas llevaba allí, pero se le antojaban semanas enteras. Meses de cautiverio en una habitación sucia, que olía a moho y a *brandy* rancio, a fluidos a los que prefería no dar nombre y a miedo. Sobre todo, miedo.

El sonido de la puerta abriéndose la alertó. Un par de hombres altos, sin expresión alguna en la cara, le hicieron una seña para que les siguiera. Por supuesto, Sheena se negó. No pensaba ponérselo fácil. Si bien eso no les importó en absoluto, porque la agarraron por los brazos e, ignorando sus pataleos y chillidos, la arrastraron hasta el último piso, escaleras abajo, y la dejaron en un sillón que había pasado épocas mejores.

—Qué alegría me da verte —dijo el hombre que había insistido en estar presente mientras el médico manejaba su cuerpo como si fuera un objeto sin valor. Solo de recordarlo, la rabia le quemaba en el pecho—. Si supieras la de dinero que me estás haciendo ganar —la agarró por la barbilla, obligándola a mirarle—. Estás siendo muy rentable.

Sheena hizo algo que jamás pensó que haría, un gesto de lo más impropio para una dama como ella, criada en el más estricto protocolo y en el seno de una familia que valoraba por encima de todo las apariencias: le escupió en la cara.

Había visto a los mozos de cuadra hacer eso cuando se peleaban en mitad del campo por deudas pasadas o por cualquier motivo absurdo, y siempre se preguntó qué ganaban con ello. Por fin lo sabía: la satisfacción de verle la cara a la otra persona mientras se limpiaba con el dorso de

la mano.

Lo que no esperaba era que él le devolviese el favor con una bofetada que no solo resonó en toda la habitación, sino que también la dejó sorda de un oído durante unos segundos y la aturdió el tiempo suficiente como para no ver que entraba más gente. Entre ellos, los dos hombres que la secuestraron en el callejón y uno completamente desconocido que la miraba como si estuviera decidiendo si valía la pena salvarla o no.

—Muy atrevido por tu parte, *milady* —escupió la última palabra con burla. Agarrándola por los cabellos de la nuca, la obligó a alzar la mirada una vez más—. Me han comentado que las de tu clase no hacen ese tipo de cosas. ¿Será que tú no eres una señorita, como todos creen?

Sheena no respondió. Le daba bastante igual lo que alguien tan repulsivo como él pensara acerca de ella. Lo que sí le preocupaba, y mucho, era salir de allí antes de que la convirtieran en la nueva atracción del burdel.

En medio de su silencio, más y más gente fue entrando, solo que no compartían el mismo espacio que ellos, sino que se sentaban en la sala que había al otro lado. Sheena lo supo porque las separaba un enorme cristal en mitad de la pared. Como si fueran espectadores de un espectáculo privado y sórdido.

—Quédate aquí, quietecita, y no montes ningún escándalo. Al parecer, tienes amigos que te necesitan en sus vidas y van a rescatarte como si fueras la doncella encerrada en la torre más alta —siguió diciendo Martin, tan cerca de ella que su aliento pestilente le rozaba las mejillas—. Tu príncipe azul va a jugarse la vida en un combate de boxeo, ¿no es magnífico?

Sheena se preguntó de qué diablos hablaba. Ella no tenía amigos, mucho menos príncipes azules. Vivía encerrada, por supuesto, pero ni era una torre ni estaba custodiada por dragones, tal y como afirmaban en los cuentos de hadas. El carcelero siempre fue su padre, y después de él, lord Baltimore. Y ellos ya estaban demasiado lejos como para alcanzarla.

«He cambiado una prisión por otra», pensó, la furia quemándole las entrañas. Apretaba tantísimo los dientes que le dolían las encías.

—No pierdas detalle —espetó él, alzándole la barbilla con un dedo y moviéndole la cabeza en dirección al ventanal—. Quiero que veas cómo tu libertad cae junto a tu amigo.

No fue necesario que preguntase a quién se refería; Raven apareció en escena unos segundos después, desnudo de cintura para arriba y con una expresión rabiosa que asustaría a cualquiera. Bajo las luces tenues que iluminaban el ring y la sala en general, se le veía mucho más alto, musculoso, de piel algo bronceada y hombros anchos. Mientras se vendaba las manos, Sheena se fijó en las venas marcadas de sus brazos, en el fino vello castaño que salpicaba su torso desde los pectorales al ombligo, y un poco más abajo.

Como ya no era doncella, sabía muy bien lo que había bajo los pantalones, y solo de pensarlo se agitó igual que un gato recién lanzado al agua. Sheena no soportaba la idea de ver a un hombre desnudo, le provocaba náuseas, cuando no un miedo atroz por lo que eran capaces de hacer sin ropa. Sin embargo, en Raven captaba un atractivo oscuro que le secaba la garganta y la hipnotizaba sin que pudiese hacer nada por remediarlo.

¿Sería consciente del interés que levantaba en los demás? ¿Se aprovecharía de ello?

Probablemente sí, decidió ella. Los hombres como él nunca dejaban pasar la oportunidad de conseguir lo que fuese bajo coacción; y si encima eran atractivos al ojo humano, mayor facilidad tenían.

Pero… ¿qué haría allí? ¿Cómo había dado con ella? ¿Acaso se conocían entre todos? No entendía muy bien por qué alguien se tomaría la molestia de rescatarla, si era sincera consigo

misma. Raven no le debía nada.

¿Acaso había un motivo oculto que lo empujaba a mantenerla cerca, sin importar el precio?

No, eso no tenía sentido.

Y aun así…

Sheena tragó saliva. Con la mirada fija en él, se percató de que Raven era algo más alto que su contrincante, mas también lento. Al no comprender cómo funcionaba el boxeo —solo conocía dicho deporte de oídas—, se preguntó si él tenía las de ganar o por el contrario sería fácil de tumbar. «Ojalá que no», pensó; «eres mi única opción de salir de aquí».

Egoísta o no, sus emociones se agolpaban todas en el estómago, provocándole un regusto amargo que subía por su garganta y colonizaba su boca. Hubiese pedido algo de agua, mas no se fiaba de quienes la rodeaban en ese instante. Que la drogasen otra vez solo era cuestión de tiempo.

Además, no quería perder detalle de lo que sucedía frente a sus ojos. Todo el mundo seguía a Raven con la mirada, ansiosos por descubrir cuál sería el veredicto final. ¿Ganador o perdedor?

Los minutos previos al inicio del combate, todos los presentes contenían el aliento. Sheena supuso que se debía a las apuestas: si cedían una fortuna a uno de los dos y este resultaba caer al primer asalto, o al segundo, la perderían. Así que estaban obligados a confiar sí o sí en él hasta el final.

No supo por qué, y tampoco se esforzó en averiguarlo, pero Sheena dio por hecho que poca gente había apostado por Raven. Le dio la impresión que no era bienvenido en ese lugar.

Y no se equivocó.

El árbitro, que se encargaba de que lucharan de forma justa —si es que, en un club clandestino, que era más burdel que otra cosa, se le podía llamar así—, se colocó entre ambos, con los brazos abiertos. Raven miraba a su contrincante como si quisiera romperle todos los huesos con solo chasquear los dedos. Cuanto más tiempo pasaba allí subido, más miedo levantaba entre los presentes. Y no se debía solo a las cicatrices que cubrían su espalda o sus brazos, a cada cual más grotesca; en el fondo, eran sus ojos los que transmitían una rabia capaz de inundar toda Londres igual que si se tratase de un tsunami.

En algún punto sonó una campana, y los dos rivales comenzaron a moverse por el cuadrilátero. Los vítores de los presentes hicieron de banda sonora mientras se retaban con la mirada, primero, y luego se lanzaban el uno sobre el otro para golpearse.

Raven propinó una serie de puñetazos en el costado de su contrincante antes de que este casi lo derribara de un gancho directo en el pómulo. El actual dueño del Redemption escupió sangre para un lado y se frotó la mejilla con los dedos. Una sonrisa torva curvó sus labios.

Sheena notaba que el corazón le latía desbocado dentro del pecho. Una dama como ella no debía estar allí, testigo directo de un deporte bruto y sangriento, mas no apartaría los ojos de Raven ni aunque la obligaran. Quería que ganase. Que despojase de todo atisbo de orgullo al hombre que arremetía contra él con golpes bajos, rápidos y concisos. Que devolviese cada una de las ofensas cometidas contra ella, pues no la dejaban cobrarse venganza por su cuenta. Si de verdad se encontraba allí para rescatarla, que se notase; solo de ese modo sabría que no le mentía al afirmar que buscaba ayudarla.

Durante diez largos minutos, que a ella se le antojaron horas, los golpes iban y venían de un lado o del otro. Raven era lento y pesado, respondía apenas un segundo después a las provocaciones de su rival y, aun así, lo tenía contra las cuerdas, agotado. Una pátina de sudor cubría toda su piel tostada, con diminutas gotas resbalando por su sien y su cuello, y

apelmazando su cabello oscuro hasta lograr que mirase en direcciones distintas. Por no hablar del moratón de su pómulo hinchado, su labio inferior partido o el corte vertical de su ceja; todo un cúmulo de heridas sangrantes que no parecían importarle lo más mínimo.

—Está en las últimas —habló Martin, regodeándose en su ansiada victoria—. Un par de golpes más y tendremos que lanzarlo al Támesis para que se ahogue.

Sheena se clavó las uñas en las palmas de las manos de tanto apretar los puños. ¡Qué desfachatez! A quien debía lanzar a las aguas tenebrosas del Támesis era a él, así más de un alma sería libre y no tendría que lidiar con un ego que alcanzaba al mismísimo sol.

Por el rabillo del ojo, Sheena captó que había un único hombre en la sala que no celebraba la derrota inminente de Raven, y era un tipo alto, de ojos castaños como las hojas de los árboles en otoño y el pelo rubio cenizo. Apostado en un rincón y de brazos cruzados, no prestaba atención alguna a los comentarios jocosos que allí se derramaban, sino que, en su lugar, medía cada movimiento de los boxeadores como si él fuese a decidir el final.

¿Quién sería? ¿Y por qué iba vestido como si hubiese salido de un baile en Mayfair?

Todo aquello era grotesco. Un despliegue de malas decisiones que ella inició al escaparse en mitad de la noche sin medir las consecuencias. «Tan impulsiva como siempre», se lamentó, furiosa consigo misma.

Un estruendo al otro lado llamó su atención nuevamente. Raven daba pasos lentos, casi tambaleantes, mientras su rival sonreía al mismo tiempo que saboreaba su victoria bajo el peso de un montón de aplausos y risotadas. Sheena se preguntó si eso era todo. ¿Su destino acababa ahí? Testigo directo de cómo el hombre al que se había enfrentado un par de veces en las últimas veinticuatro horas moría tras recibir unos golpes, y cómo ella, justo después, sería ofrecida al mejor postor.

«No era esto lo que esperaba», pensó, y el corazón le latió a mil revoluciones por segundo dentro de su pecho. La sangre se le espesó en las venas al ver el rostro repleto de moratones y cortes de Raven. No se merecía aquello. Ninguno de ellos se había ganado ser miembros del club de los malditos.

Sin embargo, la suerte pareció sonreírles al fin y, de un segundo a otro, Raven se incorporó como si hubiera recibido el motivo que le faltaba para tomarse aquello de forma más personal y, en cuestión de minutos, golpeó y golpeó a su contrincante sin darle tregua alguna. Un aluvión de golpes que lo mandó directo al suelo y sin posibilidad de levantarse.

Se hizo el silencio en la sala. Nadie aplaudió. Raven respiraba agitadamente, su pecho subiendo y bajando a un ritmo irregular al mismo tiempo que un hilillo de sangre descendía por el lateral de su cara. El árbitro, tan anonadado como el resto, subió al *ring* y comprobó que, efectivamente, el otro hombre estaba inconsciente. Lanzó una mirada dubitativa hacia el ventanal y luego miró a Raven. Nada más rodear su muñeca con los dedos, le obligó a alzar el brazo por encima de sus cabezas, declarándolo así el ganador de esa noche.

Sheena pensó que era algo bueno. Un logro insólito. Pero Martin, el dueño de aquel burdel, dio un golpe sobre el ventanal y rugió igual que un animal. Ella se encogió en su asiento, asustada. ¿Aquella reacción significaba que no la dejaría libre? ¿Que los matarían a todos?

El desconocido de los ojos igual que dos zafiros se adelantó un par de pasos. En su semblante serio no había espacio para otra emoción que no fuese una rabia ardiente. El mismo tipo de sentimiento que embargaba a Sheena desde hacía unos meses.

—Raven ha ganado. Suéltala —dijo, su voz ronca y grave resonando por toda la sala.

Martin se giró hacia él con un músculo palpitándole en la mandíbula.

—Tu amigo ha hecho trampas.

—¿Ah, sí? ¿En qué? Tu hombre es un boxeador mediocre y siempre lo ha sido. Que aún haya gente que apueste por él solo demuestra que no eres capaz de ganar nada por ti mismo —prosiguió él sin alterarse lo más mínimo—. Raven ha ganado —repitió, avanzando un paso más. Parecía dispuesto a iniciar él mismo su propio combate entre aquellas cuatro paredes—. Libérala.

Martin y él intercambiaron una mirada durante un minuto entero. Nadie se movió ni habló en todo ese rato. Solo llegaba hasta ellos el rumor de las conversaciones que se sucedían al otro lado, fruto del desconcierto y la emoción. Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaban de un combate tan imprevisible, con un campeón de lo más peculiar.

Los ojos de Sheena se movieron hacia el ventanal, y se cruzaron con los de Raven. En medio de toda aquella gente, se veía como un dios de la guerra que acabara de ganar su batalla más cruenta. Y lo más desconcertante es que no le asustó, sino que… la hizo sentir segura.

«No hagas ninguna tontería», parecía decirle con la mirada. «Quédate donde estás y no desaparezcas de nuevo».

Y por curioso que fuese, Sheena le obedeció por primera vez.

—Demuestra que eres un hombre de palabra —continuó el desconocido, pegándose más a ella. Sheena descubrió que olía a una mezcla de hierbas salvajes, como si acabase de llegar de un largo paseo por el bosque más cercano—. Cerramos un trato.

Martin miró en derredor, a la espera de que alguien dijese algo. De pronto su apariencia era más similar a la de un hombrecillo acabado que a la de un traficante de los bajos fondos londinenses.

—Muy bien, puedes llevártela. Ya hemos hecho suficiente dinero por hoy.

Chasqueó los dedos e hizo que sus hombres se retirasen.

Sheena se levantó con las piernas temblorosas en cuanto el desconocido la alentó con un par de empujones. Era un poco bruto, pero no le importó en absoluto; solo quería abandonar aquel prostíbulo cuanto antes.

Agarrándose las faldas de aquel vestido que le habían colocado unas horas antes, y que dejaba muy poco a la imaginación, siguió al hombre hacia el exterior con el corazón en la garganta y las manos sudorosas. De pronto hacía muchísimo calor allí dentro. Tanto, que comenzaba a sentirse mareada.

Raven se acercó a ellos un minuto después. Cojeaba y se limpiaba la cara con un paño húmedo que el árbitro le suministró después del combate. Aunque Sheena esperaba alguna palabra de su parte, cualquier gesto apreciativo, él se limitó a mirar a su compañero antes de asentir. Sí, estaba bien. Eso era lo que importaba.

Abandonaron el lugar con un montón de pares de ojos clavados en sus nucas. Sheena nunca había pasado tantísimo miedo, y eso que su vida, lejos de ser agradable, había sido un cúmulo de malas decisiones y de golpes y palabras que se grabaron a fuego en su carne y en su alma cada día de su vida. Sin embargo, aquella noche descubrió que incluso los villanos tenían corazón. Sino… ¿por qué habrían ido a rescatarla?

—Esto no va a quedar así —dijo el desconocido mientras Sheena respiraba por fin con alivio una vez salieron al exterior. Escuchaba su voz a las espaldas como una sentencia de muerte—. Martin se va a cobrar todo esto con intereses.

—Lo sé —la respuesta de Raven no se hizo de esperar—, pero ya lo afrontaremos mañana. Ahora necesito que alguien me cosa la cara.

Sheena, con los ojos muy abiertos, lamentó que le hubiesen desfigurado de manera temporal.

Tanta carne abierta le revolvió las tripas. ¿Cómo seguía en pie? ¿Acaso era inmune al dolor? Quiso acariciar la mejilla que tenía más sana, pero sabía lo impropio que sería un acto tan íntimo. Las damas como ella no tocaban a desconocidos como si tuvieran algún tipo de amistad.

Raven y ella no eran amigos. Pero la había salvado. Y solo por eso, y porque había descubierto por las malas que Londres no era tan dulce ni increíble como la gente afirmaba, se dejó arrastrar por los callejones envuelta en un silencio abrumador.

Ya fuese o no la dueña de su destino, esa noche se limitaría a mantenerse a salvo.

Incluso si era en compañía del villano.

8

Dormir tanto le provocó un dolor de cabeza a la altura de la incomodidad que la acompañaba desde que decidiera largarse de allí sin medir las consecuencias de sus actos. Sheena sabía muy bien que a partir de entonces su vida pasaría a ser un cúmulo de reacciones a todo lo que llevaba planeando desde hacía semanas, y eso, lejos de entristecerla, la incitaba a seguir caminando y no detenerse. Si no la encontraba su padre de pura casualidad, un par de ladrones la matarían y su libertad quedaría reducida a un montón de cenizas. Así de simple.

Sin embargo, aún quedaba espacio para la esperanza. Al menos, si le permitían quedarse allí unos días.

A la tarde siguiente, con el cuerpo dolorido y un ligero mareo que no la abandonó ni siquiera cuando le sirvieron el almuerzo, decidió hacer acto de presencia y salir de su habitación para descubrir qué pasaría ahora. Qué aventura le tocaba vivir a partir de entonces.

Además, necesitaba disculparse con Raven. Por su culpa, lidiaba con un puñado de moratones, cortes y hemorragias que no se merecía en absoluto. Le pesara o no, él la salvó y ella estaba obligada a saldar la deuda.

No se había cruzado con nadie en todo el día, y lo agradeció en el fondo de su corazón. La vergüenza costaba encararla, pero, si además la juzgaban de malas formas, se transformaban en una carga insoportable. Y como una dama de la aristocracia, Sheena no acostumbraba a pedir perdón por sus actos.

Tocaba cambiar eso, también.

Caminó por el largo pasillo en busca de Raven. A quien se encontró, no obstante, fue al desconocido que la rescató el día anterior. Sus inquietantes ojos castaños se clavaron en ella igual que una daga en el centro del pecho. Provocándole la misma reacción que si la estuviera amenazando un lobo hambriento.

—Buenas tardes —saludó ella, haciendo uso de su cortesía—. Quería agradecerle lo de an…

—Me importa un carajo si me das las gracias o no —la interrumpió él con ese tono enronquecido que casaba a la perfección con su apariencia de titán imparable—. No mereces todos los problemas que nos estás causando, mujer.

—¡Caleb! —exclamó alguien a su espalda, una voz femenina—. ¡No se le habla así a una dama!

Él bufó.

—¿Dama? Yo no veo ninguna por aquí. —Se apartó del camino para dejarla pasar. Cruzado de brazos, se parecía aún más a un dios de la guerra—. Mis ojos solo captan un puñado de

insolencias y chiquilladas ocultas por una cara bonita.

La mujer, morena y delgada, ataviada únicamente con un vestido oscuro, sin corsé debajo —un claro ejemplo de a qué se dedicaba realmente—, lo agarró del brazo y lo obligó a salir de allí.

—Eres un desconsiderado. Raven nos ha dicho que la dejáramos en paz.

—Sí, y también que limpiáramos el club, y aquí seguimos.

Sheena los observó con el corazón en la garganta. Ya fueran amantes o simplemente amigos, no quería cruzárselos nunca más. Caleb —por fin sabía su nombre— no le gustaba en absoluto. Le producía un cosquilleo incómodo a la altura del estómago, como si fuera el peligro hecho carne y hueso, y ella su próxima víctima.

Tragó saliva y siguió caminando hacia la habitación donde el día anterior viese a Raven. Por suerte para ella, se encontraba allí, sentado en el sillón, con una carta entre sus manos.

Dio un par de golpecitos en la puerta y esperó a que él le diese permiso para entrar.

—Hola. ¿Qué tal has dormido? —preguntó al ver que se trataba de ella.

—Buenas tardes, señor —dijo ella, pues no podría tratarlo como un lord, dadas las circunstancias—. He dormido plácidamente. Gracias por la comida, ha sido muy amable.

Raven apartó la carta y la miró como si estuviera decidiendo qué hacer con ella ahora que la tenía allí.

—No voy a dejar que te mueras de hambre, si es lo que te preocupa.

—Me inquietan muchas cosas, no se lo voy a negar. Es por eso que he venido.

—¿Para descubrir a qué hora servimos la comida?

Sheena sacudió la cabeza.

—No, señor.

—Llámame Raven. No soy un barón aburrido a la hora del té, por el amor de Dios.

—Lo veo inapropiado, señor.

—Tanto como que aún no te hayas dignado a decirnos quién demonios eres.

Como no tenía sentido alguno que siguiera guardando celosamente tal información, decidió ser clara con él.

—Soy Sheena McKenna, y nací y crecí en Dumfries, señor.

Por fin tenía algo de interés. Raven le prestó toda su atención, sin perder detalle de su cuerpo tenso y menudo, envuelto por las telas del vestido. Pensó que el verde oscuro le sentaba francamente bien.

—Muy bien, Sheena. ¿Y qué planeas hacer ahora con tu vida? Porque doy por hecho que no volverás a Escocia.

—Así es —corroboró ella—. No hay nada allí que desee recuperar.

—¿Puedo saber el motivo?

—¿Acaso importa, señor? He bajado porque quería pedirle disculpas, no para hablar de mi vida.

—Vamos a tener un problema entonces, Sheena, dado que tengo a un viejo conocido cabreado conmigo después de irrumpir ayer en su club, robarle su mercancía y hacerle perder una suma importante de dinero por una persona que no conozco, y no colabora con nosotros.

—Hablar de mí como si fuera mercancía es injusto y…

—Sí, lo es. No te veo como si fueras algo con lo que traficar —la tranquilizó él—. Pero no es lo mismo que opina Martin, el dueño del prostíbulo al que acuden a diario cientos de clientes. Mucha gente te vio allí, Sheena. Y no hay manera de hacerle creer a la aristocracia londinense que eres una dama respetable después de haberte paseado por un burdel, ¿lo entiendes?

Ella apretó los puños a cada lado de su cuerpo. Dentro de su pecho empezó a extenderse un sentimiento tan visceral como lo era la rabia.

Aun así, trató de mantener la calma.

—Si le soy sincera, hace tiempo que dejó de importarme lo que la aristocracia crea de mí, señor —habló despacio, eligiendo cada palabra con sumo cuidado. Un desliz la haría caer de nuevo en las garras del peligro—. Mi estancia en Londres fue planeada como algo temporal.

—¿Y dónde planeas ir? ¿Irlanda? ¿Para hacer qué? —Raven se levantó por fin, no sin cierta dificultad, y se acercó lentamente a ella—. Como mucho, conseguirás trabajar de criada en la casa de algún señor.

—No me importa. Prefiero una vida de servidumbre en un país que no conozco a seguir aquí, señor.

Raven frunció el ceño.

¿De qué huía? ¿Y por qué abrazaba con tanta pasión un destino tan trágico?

Las mujeres como Sheena, hermosas y educadas, deberían estar en casa de sus maridos, disfrutando de su dote y de los lujos que al resto se les privaba, y no allí, envueltas en trapos viejos y con el futuro empañado por la incertidumbre.

Aun con todo eso, Raven respetaba las decisiones ajenas. Siempre y cuando fueran coherentes y no supusieran una mancha más en su largo historial.

—Eres una mujer extraña, Sheena.

Ella se tensó, ofendida.

—Usted más que nadie debería ahorrarse ese tipo de afirmaciones. Se dedicó a pelear de manera ilegal por salvar a una mujer de la que no conoce nada.

—Las promesas siempre nos condicionan, ¿verdad? —Él intentó sonreír, cansado, mas solo le salió una mueca deforme a causa de las hinchazones y los cortes que decoraban su rostro—. Creía que habías venido a darme las gracias.

—Y así es. No así para que me ofenda.

—¿Te molesta que piense en lo incoherente que eres, Sheena?

—Todas mis decisiones las tomo tras una larga deliberación, señor. De ningún modo pretendía causarle problemas —aseguró, recordando las palabras de Caleb un rato antes. Todavía le hería en lo más profundo de su orgullo—, y lo lamento. El que se haya visto enemistado con viejos conocidos por mi culpa y tuviera que hacerse cargo de mí.

—Lo hice porque es lo correcto, no porque seas especial. Además, una mujer como tú eres un imán para los asaltantes. Traté de advertirte que Londres no es especialmente segura para una dama sin protección.

—Y se lo agradezco, señor, pero no será necesario que continúe con esto.

Raven enarcó una ceja.

—¿No? Anoche te salvé de un destino bastante trágico.

—Sí, señor. Lo hizo. Y le estaré eternamente agradecida.

Él separó los labios, dispuesto a ofrecerle una réplica mordaz a sus intentos absurdos de mantener una barrera entre ambos que no servía de nada, pero alguien los interrumpió y las palabras flotaron en el aire, silenciosas.

—Raven —dijo la misma mujer de antes, la que sacó a rastras a Caleb del pasillo—, vengo a curarte.

—Ah, Meredith, gracias. Deja las cosas por ahí y regresa en un rato. Estoy ocupado.

La mujer asintió e hizo lo que le pidió. Le lanzó una mirada curiosa a Sheena antes de irse.

—¿Acaso no ha llamado a un médico para que se haga cargo de sus heridas? —El desconcierto se adueñaba de sus gestos y su voz—. Por Dios, es usted un bruto y posee muy poco amor propio si no es capaz de cuidarse un mínimo.

Para su sorpresa, ella se dirigió hacia la mesa, agarró las vendas y los frasquitos, y señaló la mesa enorme que ocupaba un gran espacio en el despacho.

—Siéntese y hablemos mientras me ocupo de usted —dijo, y parecía más una orden que una petición.

Raven se calló una carcajada.

Esa mujer era una caja de sorpresas, desde luego.

Obedeció sin rechistar, ocupando la misma silla en la que se había apoltronado desde la mañana, leyendo cartas que no pensaba responder y quejas informales de lores que perdían todo su dinero dentro de aquellas paredes y apelaban a su inexistente bondad para recuperarlo antes de que estallase un escándalo. Como si fuese su problema.

Claro que le gustaba más la compañía que ahora tenía, si le preguntaban, únicamente por lo intrigante que resultaba la mujer que le obligaba a dar vueltas a la cabeza desde que se tumbaba en la cama hasta que salía de ella.

—Estoy a tu completa merced —dijo Raven, divertido.

Sheena no dijo nada en un principio.

Sus dedos se ocuparon de verter un poco de ungüento en una de las bolitas de algodón acoplada en la caja de madera que el doctor le dejase al alcance esa misma mañana y, sin preámbulos, la presionó sobre la brecha de su ceja izquierda con el cuidado de una madre a un hijo que acabara de rasparse las rodillas.

—Quiero irme a Irlanda cuanto antes, señor. Sé que debería pagarle la deuda por lo que ha hecho por mí en todo momento, pero no poseo dinero ni tierras, ni mucho menos alguna joya, así que tendrá que conformarse con mi agradecimiento.

—En realidad, no me importa en absoluto que te quieras ir a Irlanda, Sheena. Nunca he sido el carcelero de nadie. Solo intento que hagas las cosas bien. Si lo que deseas es abrir una brecha insalvable entre tu anterior vida y la que te espera en un futuro, te apoyaré como solo un desconocido que ha pasado por lo mismo puede hacer. Ahora bien —prosiguió, sin emitir una sola queja a pesar del escozor que sentía a causa del alcohol que desinfectaba sus heridas—, me gustaría que tuvieras un poco de sensatez y no te lanzaras a la aventura sin medir las consecuencias de lo que haces… y de lo que has hecho.

Vio por el rabillo del ojo que ella presionaba ligeramente los labios.

—Si me quedo demasiado tiempo aquí, en Londres, corro el riesgo de ver mi libertad otra vez entre rejas, señor.

—Llámame Raven, por favor. Tutéame sin problemas.

Por supuesto, ella no cedió a su petición.

Desechó el algodón y cogió otro limpio, húmedo por el alcohol, y prosiguió con su tarea de limpiar los restos de sangre seca y de desinfectar las zonas afectadas.

El principal problema era que la cercanía de Raven la ponía muy nerviosa y no comprendía el motivo real de aquel ligero temblor de sus entrañas. No era el primer hombre que se le acercaba, ni mucho menos; aunque sí el único que no pensaba en ponerle las manazas encima sin pensar en su reputación.

Una reputación que se había muerto bajo el peso de las aguas del Lago Ness, a esas alturas.

«¿Qué más da? Él no va a faltarte al respeto», pensó, y respiró profundamente. Pues claro que

Raven no le pondría un dedo encima. Por extraño que pareciera, le tenía más respeto que muchos lores. Y eso ya hablaba muy mal de la aristocracia.

—Como le venía diciendo —prosiguió ella sin intención alguna de hablar de tú a tú con él—, me gustaría abandonar Londres cuanto antes.

—Me temo que eso no será posible. Actualmente hay un hombre bastante enfadado conmigo, sí, pero también dispuesto a saldar su honor dándote caza.

Sheena se tensó de pronto.

—¿De qué habla? No soy un ciervo correteando por un bosque al que uno pueda apuntar con un rifle.

—Martin no va a dejar que te escapes así como así. Mientras te quedes en el Redemption, estarás a salvo. Pero si sales de aquí corres el riesgo de que vuelva a capturarte, y esta vez nadie te salvará, porque se encargará de que nadie lo sepa y de encerrarte bajo llave.

—Solo dice esto para asustarme, ¿verdad?

Raven la miró con la ceja sana enarcada.

—¿Por qué querría yo meterte miedo, mujer? ¿Qué gano yo teniéndote aquí, sino más problemas? Estoy siendo sincero porque no me gustaría que después de todo lo ocurrido acabaras de nuevo en sus garras. Soy un traficante y un bastardo, no un hombre cruel ni un mentiroso.

Ella lo meditó unos segundos. ¿De verdad estaba en peligro? Pensándolo fríamente, Raven no ganaba nada reteniéndola, era cierto, pero tampoco confiaba en él. En realidad, no se fiaba de ningún hombre, porque todos eran diablos ataviados con corbatillas de seda y sombreros resplandecientes. Embusteros por naturaleza.

—No puedo quedarme, ¿lo entiende? Tengo el derecho a elegir dónde vivir y cuándo marcharme de aquí.

—Y no te lo niego. —Hizo una mueca al sentir que ella presionaba de más en uno de los cortes de su mejilla, ya fuese como venganza o por nervios. Raven prefirió no decirle nada—. Pero ahora mismo es peligroso. Así que lo he estado hablando con mis socios y creemos que lo mejor es que te quedes un tiempo aquí, en el Redemption, sirviendo en las cocinas o lavando la ropa o haciendo cualquier tarea necesaria, hasta que Martin se olvide de ti y podamos subirte a un carruaje sin temor a que lo intercepte en algún punto del camino.

Sheena se echó a reír secamente.

—¿Bromea? ¿Cómo voy a ocuparme yo de eso?

—Porque nadie vive aquí gratis, Sheena.

—Soy una dama —recalcó, por si sufría de amnesia y se le había olvidado algo tan obvio—, no voy a ensuciar mis manos en labores que no me corresponden.

Raven se inclinó hacia ella, los ojos encendidos con una emoción que nada tenía de agradable.

—¿Crees que a mí me importa algo tu procedencia? Me limpiaría el culo con todos los títulos de los nobles de esta ciudad si me lo permitieran. Que hayas nacido en el seno de una familia adinerada no te hace mejor que el resto; solo más estúpida, como estás demostrando ahora mismo.

Ella hizo ademán de alejarse, ofendida, mas Raven la retuvo a su lado rodeándole la muñeca con los dedos.

—Suélteme —siseó Sheena, su rostro a escasos centímetros de distancia de él—. Me hace daño.

Raven apenas aflojó el agarre. Con los ojos oscurecidos y el semblante más serio que de costumbre, pronunció palabra por palabra con un tono helado. Furioso.

—Estás curando las heridas que he recibido porque alguien debía salvarte. No necesito jugar a ser el héroe de nadie, ¿entiendes? Las personas como tú, que se creen por encima de los demás, soléis provocarme náuseas. Vivo a diario esta soberbia típica de los aristócratas venidos a menos o que no saben cómo llenar las horas del día en algo que no sea alabanzas a sí mismos, y no me preocupaban ni me hacen sentir un pordiosero. Tú misma has dicho hace un rato que te daba igual trabajar de criada en una mansión, siempre y cuando no te regresaran a Escocia. ¿Qué diferencia hay? ¿Te parece más noble limpiarle el barro de las botas a un conde porque tiene más educación y has vivido rodeada de ellos?

—No me ofenda tan gratuitamente —se quejó ella, dispuesta a defender sus ideales, pero también su imagen—. Entenderá que este no es lugar para una dama de mi posición. No se trata del título o el dinero, señor, sino de la tranquilidad que me produce una situación u otra. En la mansión de un conde no me intentarían secuestrar, ¿entiende? Y no habría aristócratas capaces de reconocerme, algo que sí es posible en la capital inglesa. Aquí estaría expuesta a decenas de peligros a diario. Soy una dama estúpida, como dice, pero me preocupo porque mi cabeza siga en su sitio al final del día.

Finalmente, Raven la soltó. Sheena notó que el aire volvía a llenar sus pulmones.

—¿Crees de verdad que aquí estarías expuesta a algún tipo de peligro? No tendrías que pasearte entre esos caballeros que vienen a perder el dinero y la dignidad cada noche, mujer. Te estoy pidiendo que lo hagas en las sombras y que esperes un tiempo prudencial antes de marcharte. No por mí, que no gano nada, sino por ti y tu futuro. Ese futuro que ansías abrazar con tantas fuerzas —repuso, tranquilo, mientras se reclinaba de nuevo en el sillón—. Pero eres libre de hacer lo que desees. Si necesitas un carruaje, dispondrás de él mañana mismo.

Sheena respiraba entrecortado. El algodón que aún sujetaba entre sus dedos se había secado por completo. Lo desechó y buscó otro, con la idea de mantenerse ocupada. La mirada de aquel hombre sobre ella la agitaba de la cabeza a los pies.

Terca como era, no admitiría en voz alta que llevaba razón. Si realmente Martin la buscaba, no dudaría en vigilar día y noche el club en el que estaba, a ver si daban con ella. Pero, por otro lado, también se arriesgaba a salir malparada al quedarse en un club de caballeros. Aquel no era un lugar para una dama. Demasiados hombres, demasiado alcohol, demasiado juego.

¿Realmente estaría a salvo? Solo serían unas semanas, ¿no? Tiempo suficiente para replantearse el futuro y alejar a su padre de la capital. Si nadie la veía, nadie la encontraría.

—Si accedo a quedarme —empezó a decir, limpiándole la herida del labio—, ¿me pagará?

Raven tardó un minuto entero en hablar de nuevo.

El silencio que se extendía entre ellos le constreñía las costillas y la asfixiaba aún más. No soportaba tanta tensión.

—Cinco libras al mes.

Sheena abrió muchísimo los ojos.

—Eso es mucho para alguien que no sabe hacer gran cosa.

—Estás curándome las heridas. Lo cual es sorprendente, porque solo los que estudian medicina son capaces de hacerlo sin causarle daños mayores al enfermo.

—Mi doncella era enfermera. Bueno, su madre lo era, y le enseñó algunas cosas que luego me transmitió a mí —dijo en voz baja—. Por eso sé algo de primeros auxilios.

—¿Te desagrada la sangre?

—No, señor.

—¿Estarías dispuesta a curarle las heridas a los boxeadores del club todas las noches y a

ayudar en la cocina?

Sheena lo pensó muy bien. No mentía al confirmar que la sangre no le provocaba mareos ni le hacía arrugar la nariz, pero tampoco se veía a sí misma cosiendo y desinfectando cortes a diario. Apenas contaba con algo de experiencia en ello. Aun así, le parecía mucho más sano dedicarse a eso que a vender su cuerpo bajo las órdenes de un tirano como lo era Martin.

Además, solo serían unas semanas. Si le pagaba unas libras al mes, en unas cuantas semanas podría marcharse a Irlanda y subsistir el tiempo suficiente como para descubrir qué hacer. Cómo ganarse la vida sin necesidad de ponerse en peligro o desvelar su verdadera identidad. Tal vez la acogerían en un convento o en un orfanato. Los pueblos pequeños eran el mejor escondite que existía.

—Creo que sí —respondió entonces, no muy segura de si era la mejor decisión de todas.

Raven deslizó las yemas de los dedos por su mano desnuda y le arrebató el algodón. Estuvo unos segundos analizando las líneas de su palma como si allí fuera a captar un destino escrito e inamovible.

—Tus manos son delicadas —murmuró, y sonó más a un halago que a una apreciación—. Hace tiempo que la mayoría de los doctores con los que trabajamos ya no quieren venir cada dos por tres a curar algo que nos provocamos nosotros mismos —explicaba con calma—. Si pudieras encargarte tú, sería mucho más fácil.

—No tengo apenas experiencia.

—Eso no me importa. Si eres capaz de hacerlo, me basta.

Qué hombre tan extraño. ¿Confiaría de la misma forma en los demás? Porque ella no había cosido demasiadas heridas. A decir verdad, sabía del tema porque no le quedó más remedio si quería seguir manteniendo las apariencias cuando aún vivía en Escocia. Pero ahora que requerían de sus conocimientos se sentía enorme y ridícula, como si los demás la juzgaran por sus actos y eso la dejase en evidencia.

—Muy bien, señor —retiró suavemente la mano, aturdida por el calor tan agradable que se adueñaba de ella en esos instantes. Normalmente solía llevar guantes, pero allí dentro no le cedieron ningún par—. Acepto el trabajo, siempre y cuando me pague puntualmente y me permita irme cuando yo quiera.

Raven cabeceó en señal de asentimiento.

—Me aseguraré de que Martin se olvide de tu existencia.

«No es él quien me preocupa, sino usted», pensó ella, aún confusa por el cosquilleo en la palma de su mano. ¿Qué demonios tenía ese hombre que la sometía a un embrujo del que no era capaz de escapar? Su mera cercanía la colocaba en lado del tablero donde se sentía vulnerable y al mismo tiempo muy protegida.

Debía largarse de allí cuanto antes. Con el dinero suficiente no necesitaría ayuda de nadie más y podría establecerse en cualquier punto de Irlanda, donde Sheena McKenna no fuese más que una mujer sencilla y no la hija de un marqués con el corazón podrido.

—Gracias —musitó ella—, señor.

Continuó limpiando sus heridas unos minutos más. Para cuando hubo acabado, la misma chica, Meredith, regresó con un par de notas y una botella de *whisky* escocés. Sheena la reconoció por la etiqueta.

Era la misma que la rodeaba en la destilería que abastecía a su padre.

—Me retiro por hoy —le informó a Raven, e hizo una suave venia.

Él le clavó los ojos encima, mas no dijo nada. Y tampoco le hizo falta.

Sheena notó como si él volviese a acariciarla, solo que en esta ocasión no fue su mano desnuda la víctima de sus malas artes, sino el costado de su cuello. Ahí donde los latidos acelerados de su corazón se percibían mejor que nunca.

9

Le costó bastante adaptarse a las normas del Redemption una vez se las explicaron con claridad al día siguiente. A primera hora de la mañana, Penélope, la cocinera, apareció en su habitación y la obligó a vestirse para que la ayudase a ordenar las cajas recién llegadas. Estaban a rebosar de alimentos frescos que tuvieron que colocar en su lugar mientras ella tarareaba una canción y le explicaba cómo se preparaban las gachas del desayuno. Allí no había nada ni remotamente parecido a los panecillos recién hechos, la mantequilla y la mermelada, o los pastelitos de limón. Ni hablar de carne roja o frutas relucientes.

Sheena se lamentó muchísimo. Echaría de menos seguir con una alimentación que no consistiera en estofados grasientos y pan de dos días. Por no hablar del dichoso té que le obligaban a beber para que le abriese el apetito, tal y como indicó el doctor que la reconoció el primer día.

Después de mancharse las manos y el delantal con harina cocinada en leche, Penélope la despachó y le dijo que descansara el resto del día.

—Por la noche vas a tener que encargarte de esos hombres que pelean a puñetazos —explicó, torciendo el gesto—. Nunca entenderé qué placer encuentran los caballeros de esta ciudad en ese deporte, pero se ve que es popular y da mucho dinero, así que te tocará dejarlos presentables para que la gente siga apostando por ellos.

Sheena miró sus manos y suspiró. En cuestión de días tendría los dedos llenos de callos y heridas, mas no le importó tanto. La medicina siempre le había llamado la atención a pesar de que su padre le había prohibido interesarse por algo que no tuviera que ver con las normas básicas de cualquier señorita para complacer a su futuro esposo, y ahora que se le presentaba la oportunidad de poner a prueba sus conocimientos, el cosquilleo de la curiosidad y la emoción se adueñaban de ella.

—Muy bien. Gracias.

Y se retiró a su habitación a leer uno de esos libros que su anterior dueño había dejado desperdigados por la mesa. Era obvio que ese cuarto pertenecía a un hombre, a juzgar por la ropa del armario y la cantidad de objetos que descansaban por las superficies de la cómoda, la mesa y la mesita de noche. Además, el *whisky* y el ron junto a la chimenea era un indicio más que evidente. Sheena no conocía a muchas mujeres que le diesen a la bebida en la intimidad.

A mitad de la tarde, alguien llamó a la puerta y no le quedó de otra que acudir a abrir antes de que la tomaran por una mujer descortés. Por muy poco interés que tuviera en pasar sus días atrapada en el Redemption no significaba que odiase a todos los que trabajaban allí. Excepto a

Caleb, quizá, y solo porque fue un grosero con ella.

—Hola —saludó Chloe nada más verla. Llevaba consigo un baúl que uno de los hombres del club le ayudó a subir escaleras arriba—. Déjalo ahí, Bob —le indicó ella, quitándose los guantes y el abrigo—. Gracias —se despidió antes de cerrar la puerta, una vez el hombre abandonó la habitación—. Discúlpame por tardar tanto en venir a ver cómo estabas. He tenido unos asuntillos importantes que atender y Raven se ha puesto especialmente insoportable con todo eso de que nadie te moleste más de lo necesario.

Sheena frunció el ceño. ¿De verdad planeaba dejarla aislada, como si fuera una molestia? ¿Tan poco se fiaba de ella? «Menudo impresentable», pensó, algo ofendida.

—No se preocupe. ¿Qué le trae por aquí? —Intentó sonar interesada a pesar de que prefería estar sola un rato más.

Chloe rio de forma cantarina.

—Raven ya me informó de que eras bastante firme en cuanto al protocolo, pero con nosotros no será necesario. No soy una dama, por si no te has dado cuenta.

—A la gente hay que tratarla con respeto. Además, no sabía que usted…

—Chloe, llámame por mi nombre y tutéame. A las cortesanas no se nos da mayor importancia que la de cuánto cobramos y qué estamos dispuestas a hacer.

Así que era prostituta. Sheena conocía la palabra y su significado porque tanto su padre como su prometido no eran especialmente tímidos a la hora de contar sus aventuras nocturnas en su presencia. Más el marqués que el hombre que esperaba pasar por la vicaría con ella y darle un futuro prometedor, claro. Aún le costaba admitir y asumir que su madre hubiese permitido tal desfachatez durante tantos años. ¿Es que no valoraba en absoluto su matrimonio o le daba especialmente igual lo que hicieran a sus espaldas, siempre y cuando no le quitasen su lugar en la aristocracia?

Observó a la mujer que tenía delante, morena y de ojos grandes, curvas generosas y ropa que no dejaba mucho a la imaginación, y las mejillas se le colorearon de rojo. Por supuesto que era una cortesana, no había más que verla. Y aun así no le molestó demasiado por una sencilla razón: que unas cuantas se dedicaran a romper matrimonios o a inmiscuirse en ellos no era culpa de las demás. Cada persona se ganaba la vida como mejor podía.

—Lo siento, te he asustado, ¿verdad? —se lamentó ella, avergonzada—. Estoy tan acostumbrada a tratar con un igual que a veces me olvido de que los aristócratas, y sobre todo las damas, no sabéis cómo funciona este mundo y el vocabulario tan vulgar que usamos a la hora de pronunciarnos.

—Aprendemos rápido y por las malas…, Chloe.

Ella la miró con cierta lástima.

—El aprendizaje es muy valioso, pero también costoso. —Abrió el baúl y le mostró todo lo que había en su interior—. He pensado que te vendría bien tener algo que sea tuyo. Es ropa heredada y de ningún modo se ajustará a tu figura por completo; sin embargo, creo que te sentará bien.

Sheena no quiso contarle dónde terminó su ropa —la poca que consiguió llevar consigo— por vergüenza y por temor a que la viese como una chiquilla inmadura que no valoraba lo que tenía. Aunque todo fuese material, claro. Porque si hablaran de cariño y respeto, era pobre como cualquiera de los que vivían en esa parte de Londres.

—Gracias. Eres muy amable.

—No tienes que darlas. Por desgracia, no eres la única que viene a la capital en busca de un

futuro mejor y cae en las garras de algún ladrón o de algo peor.

—Planeaba marcharme a Irlanda, pero…

—Oh, sí, el asunto con Martin —ella hizo una mueca. Sus manos sostenían uno de los vestidos que acababa de sacar del baúl—. Es un hombre peligroso. Todo el mundo le conoce por lo que hace con las mujeres que, por desgracia, están a su cargo. Cuando ya no las necesita o enferman, se… deshace de ellas. Por completo.

Sheena notó una ligera caricia en el cuello, como si alguien estuviera deslizando la yema de su dedo de lado a lado en una sutil amenaza de degollarla. Tragó saliva. ¿Tan crueles eran los hombres en Londres? No había escuchado tales noticias en la vida. Claro que, viniendo de donde venía, y habiéndose criado bajo el ala protectora de un marqués férreo como la hoja de una espada, no le sorprendía tanto.

—¿Y la policía no hace nada al respecto?

Los ojos de Chloe chispearon con humor.

Ella se acercó a Sheena y le colocó por encima el vestido, intentando darle el visto bueno o descartarlo en un montón.

—Raven tenía razón, los colores oscuros te sientan bien —comentó ella, sin mirarla a la cara —. La policía hace su trabajo, de eso no te quepa duda, pero un porcentaje está tan corrupto que miran hacia otro lado, siempre y cuando reciban una buena compensación. Los demás son unos inútiles. Confiar en ellos es como lanzar una moneda al aire y suplicar porque caiga de canto.

—Me estáis vendiendo la vida en la capital como si fuese una trinchera —se quejó Sheena.

—Tal vez lo sea, pero solo para nosotros. Los afortunados que tienen una casa con servicio, una modista a su disposición e invitaciones a bailes semanales no se preocupan de la violencia. Viven tranquilos. —Se movió para dejar el vestido en la cama y coger otro—. Martin es de los más peligrosos que hay ahora mismo en los bajos fondos. Antes, cuando lord Jude aún se ocupaba del club, las amenazas por su parte eran más sutiles. Hay algún tipo de asunto pendiente entre ellos y se lo quiere cobrar a toda costa. Y ahora que te has visto involucrada… —Chloe suspiró con pesar—. Creo que no le habrá sentado nada bien que los hombres del Redemption siga quitándole cosas.

—Aunque me cuesta entender un poco este estilo de vida, no sé qué tiene que ver conmigo, más allá de que quisiera venderme a cualquier hombre a cambio de unas monedas. Los escándalos que salpiquen a ambos no son de mi incumbencia.

—La mayoría de los hombres no necesitan una excusa para lanzarse a la batalla. —Volvió a colocar el vestido nuevo sobre su figura, mas no le gustó el resultado y lo echó a un lado—. Pero resulta que tú eres una para volver a la caza. Por eso Raven trata de que te quedes un tiempo escondida. He escuchado cómo hablaba con sus compañeros esta mañana y no eligió bien sus cartas.

—¿A qué te refieres?

Sheena permanecía de pie junto a la cama, lo más serena posible, en tanto su compañera intentaba decidir qué tipo de prendas encajaban con ella. ¿Verde, azul, turquesa…? Cualquier color se encontraba en aquel baúl donde los vestidos arrugados se mezclaban entre sí. Y aunque cualquier otra persona se hubiera quejado, Sheena no lo hizo. Acostumbrada a soportar largas horas en las tiendas de las modistas que su padre se encargaba de visitar una vez al mes con ella, no le importaba que la tuvieran por un maniquí que respiraba y estaba caliente.

Toda su atención permanecía en la conversación y no en los encajes o en la ausencia de corsé.

—Le dijo que eras amiga de lord Jude y su esposa, lady Olivia. Siendo escocesa, imagino que

no estarás al tanto de los escándalos que recorren estas calles cada semana. Hace un año y medio, lord Jude Birdwhistle, hermano del duque de Villiers, se casó con una dama que ya estaba comprometida. Un escándalo. Pero él dirigía este club en la clandestinidad, ¿entiendes? Y decidió relegar el mando en Raven.

—¿Cómo es posible que un caballero de su posición decidiera mezclarse con ladrones y…? —dejó la frase en el aire. Sofocada de pronto, decidió moverse al fin para servirse un poco de agua de la jarra que la cocinera tenía a bien dejarle todas las mañanas en la mesita—. De todos modos, ¿qué importa eso? Si se supone que soy conocida de un lord, ¿no debería darme inmunidad?

Chloe negó con la cabeza.

—Es cierto que lord Jude es un buen hombre y es respetado incluso por sus compañeros. Nadie sabe que es el verdadero fundador del Redemption. El problema es que le arrebató la mujer a un marqués resentido y la dejó embarazada fuera del matrimonio. Entenderás que no desee pasar sus días en la capital, donde cualquiera lo señalaría con el dedo; a él y a su familia. Así que tu inmunidad es casi inexistente. Martin sabe que lord Jude no abrirá un nuevo frente contra él, y menos aún por una mujer.

Con el ceño fruncido, Sheena le dio un sorbito al agua y asimiló toda esa información.

—Ellos ya tuvieron problemas en el pasado. Martin intentó destruir a la competencia desde dentro y le salió mal. Fue uno de sus hombres el que disparó a Raven en el hombro —explicó Chloe en lo que sacaba algunos camisones del baúl y los acomodaba en el armario. Mantener las manos ocupadas en algo rebajaría el tono pesado de la conversación—. Y aunque se vengaron, no se pueden ver desde entonces. Existe un pacto entre todos los dueños de clubs, prostíbulos y fumaderos de opio que les prohíbe atacarse unos a otros sin un motivo de peso.

—Por Dios, no soy Helena de Troya. No es necesario que quemen una ciudad entera por mí —espetó Sheena, cansada de ser el blanco de todo tipo de conflictos relacionados con el ego masculino—. ¿Cuánto dinero perdió Martin por mi culpa? Seguro que hay una manera de hacérselo pagar y…

—Tú no le debes nada a ese hombre. Es él quien engaña a las mujeres para que vayan por propia voluntad —torció el gesto al decirlo. Una sombra de temor cruzó sus iris—. Cuanto más lejos estés de él, mejor.

—¡En ningún momento pretendí mezclarme con él! Y de pronto soy la amiga de un lord que no conozco, un blanco fácil para un proxeneta[1] y la enfermera de un par de boxeadores ilegales. ¿Alguien se ha detenido a pensar en que, en realidad, no buscaba nada de esto? Solo pretendía marcharme a Irlanda.

La expresión de Chloe rozaba lo maternal.

Sheena notó un pellizco en el estómago. Hacía muchísimo tiempo que ninguna mujer se tomaba la molestia de mirarla como si fuera alguien de valía y no la víctima de la arrogancia y el odio.

—Me sorprende que sepas el significado de la palabra proxeneta. No se usa demasiado.

—La noche que pasé en el burdel de Martin me sirvió para entender algunas cosas. Él usaba mucho la palabra y yo deduje el significado a raíz de ello y algunas cosas que escuché en mi antigua vida.

Chloe cabeceó en señal de entendimiento.

—Raven pensó que te ayudaría mezclándote con alguien que infunde algo de temor en Martin, nada más. Pero se le olvidó que ese hombre tiene ojos y oídos en todos lados, y que guarda demasiado odio hacia lord Jude como para dejarte en paz. —Chloe terminó de sacar las prendas

restantes del baúl y las acomodó en el sillón más cercano. Solo quedaban tres vestidos—. No lo tomes como algo personal.

—No lo hago —repuso Sheena con sinceridad—. Estoy muy agradecida con él por ayudarme.

Una sonrisita divertida curvó los labios de Chloe.

—Tampoco es mentira lo que te ha dicho, lo de que estás a salvo aquí. Nadie te obligaría a hacer algo que no quisieras.

—Salvo retenerme —masculló ella.

—Por tu seguridad. —Colocó un nuevo vestido sobre ella y lo descartó también—. Dale un poco de tiempo. Los hombres suelen pelearse por tantas cosas absurdas a lo largo del año que no sería una sorpresa ver que en unas semanas se han olvidado de ti.

—¿Y no sería mejor sacarme de aquí? Ninguno de vosotros se merece estar en el centro del conflicto por un error que cometí yo.

Era algo que llevaba todo el día y toda la noche pensando. Si tantos problemas causaba, ¿no sería más conveniente dejarla a su suerte? Eso era lo que hacía la gente la mayor parte del tiempo, según su experiencia, y lo veía hasta lógico.

—Te voy a ser honesta, Sheena, porque creo que eres bastante inteligente. Fui yo quien le supliqué a Raven que te mantuviera a salvo.

Esa verdad cayó sobre ella como un jarro de agua helada.

—¿Por qué harías eso?

Vio la verdad reflejada en su carita ovalada, y el corazón le dolió por ella. Por la mujer que tenía delante.

—Tú también escapaste de casa.

Chloe esbozó una sonrisa trémula que no eclipsó las lágrimas de sus ojos.

—A veces, el peligro se encuentra donde uno duerme y no fuera, ¿verdad? —Se secó las esquinas de los párpados con los pulgares y respiró profundamente—. Soy hija de un vizconde que quedó en la ruina y planeó casarme con un hombre de cincuenta años a cambio de salvar lo poco que le quedaba. Un barón conocido por todos dada su crueldad, su falta de higiene y su afición al *whisky*. El día que lo vi por primera vez, Sheena, supe que mi futuro sería horrible si me quedaba con él. Así que decidí huir y marcharme muy lejos. Tanto como fui capaz.

—¿Y cómo terminaste…? —Sheena, ruborizada, carraspeó—. Bueno, tú…

—La vida es dura para una dama arruinada y sin un protector. Me casé con un campesino, y fui la mujer más feliz del mundo mientras le ayudaba a amasar, hornear y vender el pan que nos permitía seguir un día más. Pero una fiebre alta se lo llevó y a mí me tocó rehacer mi vida por tercera vez. —Emocionada y afectada por sus recuerdos, Chloe tomó asiento en el sillón junto a la chimenea apagada y se sirvió un poco del *brandy* dispuesto en la mesa auxiliar—. Regresar a Londres fue un duro golpe. Nadie me reconocía ya, así que dejé de usar el apellido de mi padre y me limité a sobrevivir con lo poco que tenía.

»Una mujer se me acercó una tarde y me propuso trabajar de prostituta en su burdel. Me dijo que sería solo hasta que yo quisiera, y eso hice, porque no tenía una sola moneda en el bolsillo ni un lugar donde dormir. Cuando el hambre te provoca calambres en el estómago, cualquier cosa que te permita comprar algo de pan o queso te parece maravilloso.

Hablaba como si se tratase de una historia ajena. De alguien diferente a ella. Un cuento que escuchó alguna mañana paseando por las distinguidas calles de Londres, donde las cafeterías desprendían un dulce aroma a café, té y bollos recién hechos y acogía a cualquiera que deseara degustarlos con una sonrisa complaciente. No percibía ni un solo rastro de pesar en su voz,

tampoco miedo. Era bastante consciente de dónde nacía aquella aventura y quién la protagonizaba, después de todo.

Lo cual no lo hacía más fácil para Sheena. Ella no se lo tomaba como una simple anécdota, sino como el testimonio de alguien demasiado bueno para el mundo en el que vivía. Y de eso sabía mucho, porque conocía unos cuantos ejemplos.

—Voy a ahorrarte los datos sórdidos porque no merecen la pena —añadió con una sonrisa de disculpa—. Gracias a esa madame conseguí una casa a la que llamar hogar y una fama singular entre algunos caballeros. Casi todos los clientes provenían de los miembros de la aristocracia. Lamentablemente, caí en las garras del amor una segunda vez. En mi caso, era real y puro, pero en el suyo…

—¿Se enamoró de alguien casado?

—No, no. Él aún no había elegido esposa. Sabía muy bien, cuando inicié mi idilio con lord Sheldon, que no se casaría conmigo. Solo un loco renuncia a su fortuna y su título por una fulana.

Sheena torció el gesto.

—No hables así de ti.

—Es lo que soy, y lo llevo con orgullo. No me hace menos válida la vida que llevo, Sheena —la tranquilizó. Dio un sorbito a su *whisky* y prosiguió—. Lord Sheldon era amable y divertido, buen amante, generoso, y no me hacía daño. Eso ya es más a lo que alguien como yo podría aspirar, y por eso me enamoré perdidamente, ¿sabes? Errores de juventud que a día de hoy sigo pagando —el suspiro lento que emanó de sus labios se asemejó más a un lamento—. No es que él no fuese a renunciar a lo que le pertenecía por derecho de nacimiento, sino que me abandonó a mi suerte y me ofreció a un par de caballeros amigos suyos como si fuera un viejo mueble del que ya se ha cansado.

La escocesa se cubrió la boca con la mano, horrorizada. Nunca dejaría de sorprenderle la crueldad de muchos hombres a los que su institutriz insistía por humanizar pese a los escándalos que protagonizaban en lo ancho y alto del país.

—¿Accediste? —preguntó, y no se trataba de ansias por descubrir lo que pasó después, sino miedo a que se hubiera dejado engatusar por las malas artes de un lord despiadado—. ¿Permitiste que jugara así contigo?

—Por supuesto que no. Soy mucho más lista desde que dependo de los hombres para sobrevivir un mes más. Sé muy bien cómo manejarlos y engatusarlos para que hagan lo que yo quiera, y gracias a conocer las reglas del juego, no iba a permitir que lord Sheldon, ni ningún otro, me usara de moneda de cambio. El amor es bonito cuando a una la corresponden, Sheena. El resto del tiempo es solo un castigo divino. —Apartó el vaso de *brandy*, asqueada con esa parte de su vida que aún se le clavaba dentro igual a un puñal—. No, no accedí.

—¿Entonces?

—Él me abandonó y la madame se enfadó conmigo. Me dijo que era la única oportunidad que me quedaba para conseguir que alguno de ellos se casara conmigo. No todos los lores eligen una dama con la que construir un futuro, sino que prefieren el escándalo y la felicidad, por puntual y efímera que sea, así como la pasión, a cumplir con lo que la sociedad espera de ellos. —Pausa—. Opté por seguir con mi vida tal y como venía siendo antes de que lord Sheldon apareciera, y fue entonces cuando conocí a Raven.

—Así que él y tú…

Chloe se rio suavemente.

—¡Oh, no! Él y yo jamás hemos intimidado. Es cierto que le guardo muchísimo aprecio y considero que es un hombre muy atractivo, dulce cuando quiere, protector y noble, pero no he sentido más amor por él del que pueda sentir por mí misma.

—Es un contrabandista —dijo Sheena.

—Y un buen hombre. Cada uno jugamos con las cartas que Dios reparte para nosotros —lo defendió—. Raven apareció en el burdel para capturar a uno de los hombres que llevaba una temporada escondiéndose de ellos tras palmar una cantidad que no fue capaz de pagar. Resultó ser mi cliente esa noche, por lo que me tocó ver cómo se lo llevaban para saldar su deuda. Yo me quejé porque era un cliente generoso y no era cruel, ni olía especialmente mal. Raven me dijo que me quitara del medio y yo, que soy demasiado impulsiva la mayor parte del tiempo, me subí al carruaje con ellos y me negué a bajar.

»Me trajeron al Redemption y me tuvieron encerrada en el despacho unas cuantas horas. Cuando Raven apareció de nuevo, traía comida, ropa limpia y me dijo que volviera al burdel antes de que mi madame se quejase. Le expliqué que, en realidad, trabajaba por libre gracias a un hombre que se aburrió de mí. Eso pareció tranquilizarlo.

—¿Te salvó de seguir en un burdel? —preguntó Sheena, intuyendo hacia dónde se dirigía el relato.

—Me propuso trabajar aquí, en el Redemption, como cocinera. Le dije que no tenía ni idea de cocinar y que la limpieza se me daba fatal. Lo único que sé hacer es contentar a los hombres que me pagaban por ello.

—¿Cómo pudiste seguir vendiéndote… después de tener la oportunidad de dejarlo?

—Porque es mejor así, Sheena. Sé que jamás lo entenderás, pero necesito dinero, ¿entiendes? Todo el que pueda ganar. Por muy generoso que Raven sea, no me alcanzará para todo lo que planeo en el futuro. Además, la mayoría de mis clientes son hombres buenos. Infieles, por supuesto, pero nadie en esta ciudad le promete fidelidad a su esposa cuando pasan por el altar.

»A mí me basta con que me respeten y no me golpeen. Y te aseguro que Raven me cuida muy bien. Todos los chicos del Redemption, canallas o no, son buenas personas. Somos unas cuantas chicas que decidimos venir aquí a contentar a los caballeros aburridos que se emborrachan o apuestan, y no nos quejamos, Sheena. Simplemente es lo que hemos decidido.

Por más vueltas que le diese, no alcanzaría a descifrar las verdaderas intenciones de Chloe, porque ella no había vivido lo mismo y, por qué no decirlo, tampoco se planteó usar su cuerpo como método de sustento. El mundo de las prostitutas le quedaba grande y ajeno al mismo tiempo. Sheena jamás tuvo que preocuparse por lo que ocurría durante las largas noches escocesas, donde ella dormía en su cama, sin nadie que la tocase sin su permiso ni las tripas rugiéndole del hambre, por lo que no ahondó demasiado en ello.

Sin embargo, Chloe parecía simplificarlo muchísimo. Probablemente porque conocía muy bien la escasa información que llegaba a los oídos de las damas aristócratas. Algo que le agradecía, si bien no la calmaba del todo.

—¿Pensabas ofrecerme un puesto a mí también?

Chloe se echó hacia delante, totalmente fuera de sí.

—¿Cómo dices?

—Te sientes identificada conmigo, ¿no es cierto? Y me has contado tu historia para que me haga a la idea del futuro que me espera.

—Estás muy equivocada conmigo si crees que yo empujaría a nadie a seguirme en este mundo de perversión, Sheena. Precisamente porque no quería que acabaras aquí fue que le pedí a Raven

que te salvara. ¿Qué ganaría yo condenándote al infierno? Hay mujeres que soportan mejor que otras esta clase de rutina donde complacemos y entretenemos a hombres a cambio de unas monedas con la esperanza de que alguno llegue a nuestro corazón, nos arranque de raíz de este lugar y nos lleve a uno mejor. Pero sé que tú no estás hecha para esto.

»Me siento identificada contigo porque yo también me escapé de mi casa y busqué consuelo en el lugar equivocado. La diferencia es que tú has tenido la suerte de cruzarte en nuestro camino. Si realmente deseas un futuro brillante, será mejor que aprendas a desenvolverte lejos de la protección de un hombre y de un título, y te valgas por ti misma. Solo así hallarás fuerza cuando ya no te queden ganas de seguir.

Ambas mejillas se le colorearon de rojo al escucharla. ¡Vaya error más garrafal acababa de cometer! Chloe se empecinaba en ayudarla, en ofrecerle cierto consuelo, y ella se dedicaba a ofenderla. Dios, ¿cómo había sido tan tonta?

Sheena se lamentó profundamente por sus palabras. Tanto tiempo sobreviviendo en su infierno particular la habían arrojado a un lago de desconfianza tan frío y tan hondo que ya no lograba ver un atisbo de bondad en los demás. Ni de pensar bien de ellos. Sentía que se ahogaba y se hundía más y más en esas aguas. Pero… ¿podrían culparla? No fue ella quien eligió todo lo que vivió en los últimos meses. Algunas lecciones se aprendían por las malas, al igual que a endurecer la piel con la idea de no salir peor parada.

Se frotó la nuca con los dedos, sin saber qué decir. La vergüenza le quemaba bajo la piel, haciéndola sudar. Pedir perdón le costaba más que de costumbre, y todo por su incapacidad a la hora de relacionarse con alguien que no fuese su padre, su doncella y su prometido. Tres personas muy diferentes entre sí que, no obstante, la subestimaban y la reducían a ser un simple adorno en un salón muy grande.

—Lo lamento —se esforzó en pronunciar aquellas palabras—, todo esto es confuso y nuevo para mí. Me cuesta mucho confiar en las personas.

Chloe abandonó el sillón. Caminó hacia ella y colocó una mano sobre la de su compañera; apreció de inmediato la falta de guantes. Y eso en una dama no se podía permitir algo semejante.

—Tranquila. Lo entiendo. Estaría asustadísima de encontrarme en tu lugar. Solo intento que tengas una vida apacible mientras permanezcas en el Redemption. Este club es el hogar de muchas personas por diversos motivos, y si te sirve a ti, aunque sea un poco… —Sonrió con dulzura, sus ojos iluminándose por tal posibilidad—. Serías más que bienvenida.

Sheena optó por no responderle con sinceridad. Ella jamás elegiría un club de caballeros como un hogar en el que establecerse. Por no hablar que planeaba llevarse tanto dinero como fuese necesario antes de emprender su viaje hacia Irlanda. Aun así, valoró y apreció que Chloe no la juzgara duramente. Ese derroche de empatía ablandó ligeramente su corazón.

—Los vestidos son muy bonitos, pero…

—No son para una dama como tú.

Ella se lamentó por sonar como una señorita estirada.

—Tal vez pueda comprarme algunos con mi paga mensual. Hasta entonces, me servirán.

—Apuesto a que más de un hombre se quedaría embobado viéndote con ellos. Por si acaso lo dudas, no son de ninguna prostituta. Pertenecieron a la hermana de Penélope, la cocinera; de ahí que se vean algo viejos —explicó en tanto acariciaba los encajes del escote de uno de ellos—. Al verte, le recordaste a ella y pensó que te sentarían bien.

—En ese caso, transmítele mi agradecimiento.

Chloe rio de manera cantarina.

—Es probable que se alegre de ver que ha sido de ayuda. Hay mucha gente volcándose contigo ahora mismo, ¿sabes?

No le hizo sentir mejor esa realidad. Recordó a Caleb y su mirada resentida, junto a sus palabras, y un escalofrío descendió por su espalda. Definitivamente no todo el mundo le daba la bienvenida.

—Gracias —balbuceó.

Por toda respuesta, Chloe le dio un suave apretón en el brazo.

—Descansa, hoy tocan algunos combates importantes y te van a necesitar unas cuantas horas. Cuando conozcas a los dos imbatibles vas a entender por qué no todo es miel en el Redemption.

A decir verdad, Sheena no lamentaba haber terminado ejerciendo de enfermera para un puñado de caballeros de reputación cuestionable. No lo dijo en voz alta, mas lo pensó. Tal vez su destino estaba allí, en el mundo de la medicina, y aún no lo sabía.

¿Y si realmente servía para algo? ¿Y si sus manos eran capaces de hacer el bien?

Con ese pensamiento provocándole vértigo, asintió con la cabeza y se entretuvo guardando los vestidos en el armario mientras Chloe le explicaba las reglas del boxeo.

A juzgar por sus palabras, le tocaba una noche llena de sangre y gritos.

Pero no la embargó el miedo.

10

Le olían las manos a sangre y antiséptico. El doctor que se ocupaba de venir casi a diario les había abastecido con bastantes ungüentos, vendas e hilo de coser, así que no le costó demasiado hacerse cargo de los dos hombres que se jugaban la vida en el *ring* a cambio de un puñado de monedas producto de las apuestas. Si acaso, lo más difícil fue asumir que esa sería su rutina, estuviera o no de acuerdo con un deporte tan violento.

Raven no se había presentado frente a ella en todo el día. Era como si la rehuyese. Y tampoco le sorprendió, dadas las circunstancias. A él también le habían regalado unas cuantas heridas por culpa de sus malas decisiones.

En otro momento, la culpabilidad hubiera hecho mella en su temperamento, mas esa noche, mientras luchaba por limpiar sus manos cada vez que venía alguien a verla con un corte nuevo en el hombro o en el pómulo, se limitó a fluir. A no pensar. A ser una mujer más fuerte, más válida, más real. No una sombra asustada que contenía los gritos y las lágrimas contra su almohada, a la espera de un nuevo día.

Cuando acabó de rasparse bajo las uñas con el jabón, se secó con un trapo y abandonó la sala en la que se acopló unas horas antes, cerca de donde se llevaban a cabo los combates, para ir a tomar un poco de aire fresco. Por narices debía haber alguna ventana cerca que le permitiera refrescarse y apartar el sudor frío que le bajaba por la espalda cada vez que Caleb aparecía con el semblante serio, puños apretados y mirada de perdonavidas.

Sin embargo, no llegó a descubrir si existía algún rincón pacífico en el Redemption esa noche. En mitad del pasillo, con la boca manchada de mermelada, un niño de no más de cinco años la contemplaba con los ojos grandes y de color azul.

Sheena se quedó estática en el lugar al verle. ¿Qué hacía una criatura como esa allí, en un club de caballeros? ¿Quizá alguno de los lores había tenido la osadía de traer consigo a uno de sus primogénitos mientras perdía la dignidad y la cordura con el *whisky* importado?

—Hola —saludó en voz baja, como si temiera asustarlo—, ¿quién eres?

—Ollie —repuso el niño, y se acercó rápidamente a ella—. ¿Tú sabes dónde está mi mamá?

—¿Tu madre? No, no. Yo… —Sheena contempló a la criatura tirándole de las faldas y notó una punzada atravesándole el pecho—. ¿Dónde estabas?

—No lo sé. Mi mamá me dijo que me comiera el pastel y ya me lo he terminado.

—¿Estabas en las cocinas, entonces?

El niño negó con la cabeza.

—No.

—Bien. No pasa nada. Primero de todo, vamos a lavarte la cara, ¿de acuerdo?

Sheena le ofreció la mano y el niño la aceptó de buen grado. Por lo menos no armaría un escándalo.

Se lo llevó hasta la cocina y le obligó a sentarse en una de las sillas. El pastel del que hablaba seguía allí, tapado con un trapo, aunque le faltaba una porción. Sheena frunció el ceño. ¿Quién demonios sería la madre? ¿Y qué estaba haciendo en esos momentos? Dejar a un niño a su suerte en un club repleto de borrachos no era una idea demasiado inteligente, a su parecer. Había cosas que una criatura inocente no tenía por qué ver ni escuchar.

Agarró uno de los paños de lino y lo humedeció. Al regresar donde estaba Ollie, sonrió. Quería que se quedase tranquilo, no asustarlo más.

—¿Sueles venir mucho por aquí?

—No. A mamá no le gusta, dice que hay bebidas para mayores que yo aún no puedo consumir.

«Menos mal. Por lo menos se preocupa de él», pensó. Le retiró los restos de mermelada de la cara con suaves toques y le peinó los cabellos hacia atrás, ayudándose con los dedos.

—¿Qué son bebidas para mayores? —preguntó entonces, balanceando las piernas.

Sheena se quedó pensativa. Ese tipo de conversaciones no le correspondían y, aun así, se dejó caer en el borde de la mesa en lo que escogía las palabras correctas.

—¿Te gusta el zumo de naranja y el té?

—Sí, mucho —asintió Ollie.

—Bien, pues ese tipo de bebidas no tienen alcohol. Cuando sí lo llevan, son para mayores.

—¿Porque hacen que se duerman?

Ella escondió una risa al apretar mucho los labios y sonreír.

—Algo así, sí. Pero no es un somnífero, sino… una forma de divertirse y calentarse en las noches más frías.

«Así solo lo estás confundiendo más», le dijo una vocecita al oído. «Probablemente ni sepa lo que es un somnífero».

Ollie, con el ceño fruncido y sus pequeñas manitas al alcance de la boca, lo meditó unos segundos antes de asentir, dando por válida su explicación.

Los niños eran fáciles de convencer si respondías a todas sus preguntas lo más contundentemente posible.

—¿Puedo comer más pastel?

—¿No has tenido suficiente con una porción? Si comes más, te dolerá el estómago.

—¿Qué es el estómago?

Sheena se señaló la zona del abdomen con las manos.

—Esto de aquí. Seguro que alguna vez te ha pasado, ¿verdad?

—Cuando tengo mucha hambre —asintió enérgicamente con la cabeza—. Mamá dice que es normal, que nuestro cuerpo sufre si no comemos.

El calambre que le atravesó el pecho fue demasiado doloroso. Cuánto debió sufrir aquella criatura. Tenía pinta de ser uno de esos huérfanos que no comían durante días y se alimentaban a base de pan aguado con miel.

Totalmente afectada por sus palabras, por lo sencillo que hablaba y lo bien que se tomaba el tema, pese a ser algo terrorífico, se acercó y le acarició los cabellos con los dedos. Los mechones se sentían muy suaves bajo las yemas. Ollie le dedicó una sonrisa amplia, sincera, con un diente menos en la mandíbula inferior.

—Claro que te serviré un poco más de pastel. ¿Quieres un poco de té, también?

—¡Sí!

Sonriendo con dulzura, Sheena se ocupó de prepararle todo. Ver a Ollie comer con energía le hizo sentir mucho mejor. Como si los últimos acontecimientos en su vida no fueran más que una pesadilla funesta de la que ya no se acordaría en los próximos meses.

Mientras hablaban de cosas sin importancia, Raven entró en la cocina, con el ceño fruncido, y los interrumpió.

—¿Qué haces aquí?

Se había dejado barba de unos días, pero incluso con el vello salpicándole el mentón se veía igual de atractivo e imponente, con la mandíbula fuerte y un par de ojos azules que amenazaban con inundarla si no se ponía a salvo. No dejaba de proyectar la imagen de un triunfador que sabía qué decisiones tomar para ampliar sus negocios y engrandecer su fortuna. Vestido con camisa y chaleco, y una corbatilla que no había sido capaz de abrochar correctamente, o que alguien había deshecho en algún momento de la noche, se presentó frente a ambos como si tratase de discernir qué demonios hacían en la cocina a las tantas de la madrugada.

—Encontré a un niño pululando por los pasillos. ¿Es quizá mucho pedir que me explique cómo permitís que una criatura inocente se pasee por este lugar en pleno apogeo de apuestas y combates?

Raven no la miró a ella, sino que fijó su atención en el niño de cabellos oscuros y mejillas manchadas que devoraba el pedazo de pastel sin saber que era el protagonista de aquel intercambio verbal.

—Es Ollie, el hijo de Meredith. Hoy no ha podido dejarlo con su hermana, enferma de gripe, y ha decidido acomodarlo en mi despacho. Pero se ve que alguien ha decidido darse un paseo por las instalaciones.

—Tal vez porque nadie lo vigilaba. ¿Qué pasaría si se escondiera en el salón de apuestas y lo viese algún lord? Hay hombres muy crueles en el mundo.

—Si estás insinuando que alguno de mis clientes le pondrían una mano encima… Mira, esto no es Whitechapel, aquí nadie lleva a cabo ese tipo de depravaciones.

—¿Pondría la mano en el fuego por alguno de esos caballeros? —le cuestionó, barbilla en alto y una de sus cenas enarcadas.

Raven lamentó que se viera tan hermosa esa noche. Hermosa e insolente, como venía siendo costumbre. Porque la personalidad de Sheena McKenna no parecía variar demasiado. A sus ojos, se había convertido en la reina de los secretos. Una mujer dispuesta a pasarle por encima, incluso si no llevaba razón. Por eso mismo no quería caer prisionero de sus encantos y ablandarse; necesitaba de todas sus fuerzas para mantenerla al margen y dejarla ir llegado el momento.

—No la pondría ni por mí mismo, pero esa no es una cuestión que vaya a abarcar esta noche, y mucho menos contigo. Ollie es bienvenido al Redemption, al igual que su madre. Confía un poco más en que no le ocurrirá nada y regresa a la sala. Caleb ha terminado el último combate de la noche.

—Teniendo en cuenta que hay un niño desvelado a estas horas, y que Caleb acostumbra a lidiar con sus heridas noche tras noche, decidiré yo misma quedarme donde más se me necesite. Y es, por supuesto, aquí —colocó una mano sobre el respaldo de la silla donde Ollie devoraba su trozo de pastel.

Raven resopló.

Le dedicó una mirada oscura y cansada que Sheena tuvo a bien ignorar, o sus rodillas se habrían doblado allí mismo. Tal era el embrujo que ese hombre ejercía sobre ella en los

momentos más inoportunos.

—Te recuerdo que se te contrató para que curases las heridas de los boxeadores.

—Ya. Es cierto. Y lamento desatender mis obligaciones un rato, pero Ollie está solo y le haré compañía hasta que su madre regrese.

—Si tanto te preocupa el bienestar del niño, yo me ocuparé de él.

—¿Llevándoselo a ver cómo se emborrachan todos esos caballeros y apuestan sus fortunas sobre la mesa? Por favor, no me haga reír.

Por muy maleducado que quedase de su parte, le dio la espalda un momento y le terminó de limpiar las mejillas a Ollie. Otra vez. Un niño que no entendía de modales no sabría jamás lo desfavorable que quedaba ir por ahí con las comisuras de los labios manchadas de mermelada. Incluso si a Sheena le resultaba adorable la imagen.

Raven tardó en reaccionar unos segundos. Se preguntó qué demonios hacía aquella mujer cuidando de un niño que no conocía de nada. ¿Tendría hermanos pequeños? ¿Hijos? La simple posibilidad le provocó un cosquilleo muy molesto en la nuca. Frotó aquella zona con las yemas de los dedos, frustrado. ¿Qué más daba? Ella no era más que un problema temporal. Tarde o temprano saldría del Redemption, y se libraría de vigilarla y asegurarse que no se metía en problemas.

—Que ahora te apetezca ejercer de segunda madre no cambia en absoluto las circunstancias. Las cosas están como están, Sheena. Ve a ayudar a Caleb antes de que se le infecte alguna herida.

—Creo haberle dejado claro que Caleb esperará a que Ollie regrese con su madre. Solo entonces me moveré de aquí —repuso. No cedería ni un poquito en eso—. O dígale que venga y yo misma le atenderé aquí. De todos modos, no es como si tuvierais una sala totalmente limpia para ejercer esas labores.

—¿Te quedarías más tranquila si la preparásemos?

Sheena pestañeó, un poco sorprendida.

—¿Lo dice en serio?

—¿Por qué no? —Raven encogió uno de sus hombros. Si esas eran sus condiciones para dejar de protestar, las cumpliría más que gustoso—. Si tú me lo pides, le diré a los chicos que la dejen lista para mañana. Solo dime qué necesitas y lo tendrás.

No esperaba semejante respuesta, y mucho menos un despliegue de amabilidad que no se merecía. Y no era que Sheena se fustigara a sí misma por haber causado problemas a personas que no la conocían de nada, ni mucho menos; pero era consciente de que su paso por allí era tan breve que ninguno de ellos se tomaría la molestia de escuchar sus sugerencias y tenerlas en cuenta.

—Le haré una lista más tarde.

Raven cabeceó.

Bajó la mirada de sus ojos grandes y expresivos, de cervatilla cansada de huir por el bosque, a sus labios rosados y llenos. Tan suaves a simple vista que se le hizo agua la boca. ¿Sabría cómo se besaban con ellos? Y no solo en esa parte de la anatomía que se percibía a simple vista en su rostro, si bien ocultos bajo la incipiente barba que no se había dignado a afeitar. No. Hablaba de otras zonas igual de sensibles, capaces de erizarse, y que se deslizaban por su mentón y por su torso, muy al sur.

¿Conocería los placeres que a muchas damas se les ocultaba antes del matrimonio? ¿Sería consciente de lo atractiva que era cuando no fruncía el ceño y se quejaba de todo a su alrededor?

Probablemente sí, decidió Raven. Algunas mujeres, por muy de la aristocracia que fueran, aprendían pronto las artes de seducción y las ponían en práctica para conseguir todo aquello que se propusieran. Irónico cuanto menos, pues Sheena se esforzaba en cubrir su figura con aquellos vestidos que le quedaban algo estrechos. El escote ya presionaba de más sus pechos, abultándolos de manera lasciva y colocando en esa maravillosa V entre ellos el centro de la diana de cualquier mirada masculina, y la cintura… No llevaba corsé, pero tampoco lo necesitaba. Todo su ser poseía las curvas adecuadas para volver loco hasta al caballero más experimentado.

«No soy un caballero», pensó Raven. «Y no necesito perder el norte con una criatura impredecible».

—También sería muy respetuoso por su parte si decidiera mirarme a la cara —propuso ella, con las manos en las caderas—. Apuesto a que ha visto vestidos más atrevidos que este, señor.

—Ni afirmo ni desmiento que así sea, ya que considero la moda como algo demasiado personal. Si por mí fuera, la mayoría de las damas irían desnudas, pero nadie quiere que se resfríen, ¿no? —Una sonrisa socarrona apareció en su rostro al ver cómo se ruborizaba hasta la raíz del pelo—. No te preocupes, no miraba nada en particular.

Ella le dedicó una mirada que venía a decir «no le creo ni un poco, bruto», y Raven notó el picor de la risa en la garganta.

—En ese caso, dígale a Meredith que venga a buscar a su hijo cuando termine. Y entonces me ocuparé de las heridas de Caleb.

Pensó que la conversación estaba finalizada y respiró con cierto alivio. No obstante, Raven se acercó a ella y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

El simple roce de sus dedos contra el cartílago envió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Recógete el pelo mañana. Te servirá a la hora de curar las heridas. Nadie quiere que vayas por ahí manchada de sangre y ungüentos antes de ir a la cama.

—No tengo cómo hacerlo, señor —balbuceó ella, y lamentó profundamente sentir el temblor en sus entrañas y en sus rodillas al ser consciente de su cercanía. Eso sí que era un claro indicio de cómo su cuerpo la traicionaba—. No dispongo de enseres personales.

Raven se conmovió por su sinceridad. Que ya no sonara como una dama malcriada supuso un cambio de lo más gratificante. Y halló cierto placer en observar el temblor sutil de sus brazos, de sus dedos desnudos. No le era indiferente, y eso, por alguna extraña razón que escapaba a su entendimiento, le gustó.

—Me ocuparé de ello también. Hazme caso al menos en esto, mujer.

—¿Tanto le molesta verme con el cabello suelto? —lanzó la cuestión al aire, más que por curiosidad, por su ego herido, que porque le interesara su opinión. ¿La vería fea sin un moño elaborado despejándole la cara?

Raven chasqueó la lengua.

—Más bien me irrita ser consciente de hasta qué punto van a mirarte todos los hombres que se crucen en tu camino, mujer. Pasarás a ser una tentación para todos ellos, y no me apetece.

Una arruga apareció en su entrecejo. Sheena no comprendía el alcance de un piropo o un halago sincero porque nunca los había recibido con anterioridad, y porque le costaba comprender que algún hombre, ya fuese de la aristocracia o no, la viese hermosa.

Cuando se miraba en el espejo no recibía de vuelta el reflejo de una dama especialmente atractiva, sino la de una mujer menuda, con el pelo que no era ni rubio ni castaño, los ojos demasiado grandes y los labios gruesos. ¿Por qué iba a convertirse de pronto en la tentación de cualquier hombre?

—Es usted un tanto cruel en cuanto a bromas, señor —objetó ella con un calor desagradable aferrándose a su cuello, igual que una soga—. Me recogeré el pelo, siempre y cuando deje de balbucear tonterías respecto a mí.

—¿Tonterías? —La mano de Raven se congeló en el aire—. ¿De qué hablas?

—Ya sé que no soy hermosa, ya lleve la melena al viento no. —Se apartó con brusquedad. El aire apenas le llegaba a los pulmones—. Y que se burle de mí solo refuerza mi visión sobre usted.

—¿La de que soy un bruto y, además, un mentiroso?

—La de que solo se divierte burlándose de la aristocracia porque lamenta no pertenecer a ella.

Un bofetón a mano abierta le habría sorprendido menos. Raven se masajeó el mentón con una mano, sin saber muy bien qué responderle, porque cualquier palabra que abandonase sus labios en ese momento no solo iría acompañada de un tono hostil, sino que, por si no quedaba claro, sería un despliegue de palabrotas.

—Vaya, es usted más…

—¿Astuta?

—Iba a decir estúpida, pero no me gustaría ofenderte más de lo que ya lo hago con mi presencia.

Las mejillas de ellas adquirieron un tono rosado intenso.

—¿Sigue burlándose de mí?

—Jamás osaría tomarte el pelo. Está claro que vas un paso por delante y por eso entiendes lo que se le pasa a uno por la cabeza.

Por supuesto, ella no captó el tono irónico en sus palabras ni el brillo acerado de la rabia en sus ojos.

—Espero que no te entretengas demasiado con Ollie. Te doy media hora para que te ocupes de Caleb o mañana mismo estarás de patitas en la calle, sin dinero y sin carruaje, por incumplimiento de tu palabra —espetó de malos modos. Solo faltaba que encima le acusara de ser un tirano después de halagarla.

«Mujeres», pensó, cabreado.

Sheena, frente a él, abrió y cerró la boca igual que un pez fuera del agua. Ninguna réplica inteligente salió de ella. Simplemente no entendía qué le ocurría a aquel hombre, por qué buscaba humillarla cada vez que se le presentaba la oportunidad. A menos que tuviera razón y lo que de verdad le molestaba era su procedencia. Como si ella tuviera culpa de nacer en una familia adinerada.

—De acuerdo, señor —se obligó a pronunciar, con los dientes y los puños apretados.

Raven ni siquiera se dignó a mirarla una última vez. Zapateando con furia, abandonó la cocina, dejando tras de sí el rastro sutil de la miel y el limón.

—Tengo sueño —dijo Ollie entonces, bostezando y restregándose los ojitos con el dorso de la mano.

Aunque le hubiese encantado encarar a Raven un poco más y exigirle una disculpa por llamarla fea y, encima, estúpida, prefirió guardarse la rabia en lo más profundo de su ser y ocuparse de aquella criatura que se mecía sobre la silla.

No merecía la pena perder los nervios por un hombre que jamás le transmitiría nada bueno.

Curvando los labios en una sonrisa fingida que no le llegó a los ojos en ningún momento, se giró hacia Ollie y asintió.

—¿Qué tal si vamos a lavarnos las manos y la cara, y luego buscamos un lugar donde echar un

sueñecito?

Cuando la pequeña mano del niño quedó oculta en la suya, Sheena notó que el fuego que sentía en sus entrañas desaparecía gradualmente. Tal vez Raven fuera un bruto y un desconsiderado, pero jamás empañaría todo lo bueno que le rodeaba… y que no sabía valorar.

Incluida ella misma.

11

Raven se frotaba las uñas con el jabón para quitar los rastros de sangre y suciedad acumuladas. Trabajar en un club donde se celebraban a diario peleas de boxeo le empezaba a pasar factura. Con casi treinta y tres años a las espaldas, la edad comenzaba a pesar más que nunca. Y eso que no era él quien usaba sus puños para noquear al rival.

Hundido hasta más o menos la mitad del torso en la bañera, disfrutaba de la paz matutina del Redemption sin preocuparse de si alguien empezaba una pelea, hacía trampas o se emborrachaba tanto que acababa quedándose dormido en la silla. Situaciones a las que estaba más que acostumbrado desde que puso un pie en el club, años atrás.

Claro que en su cabeza sí que existían inquietudes aún más… intensas. Si es que le podía decir así. Pensar en Sheena, en su insistencia por ser una persona sin pasado ni futuro, le provocaba cierto resquemor que no lograba quitarse de encima. Por no hablar de la facilidad con la que lo despechaba sin que le temblara el pulso. Conocía a decenas de mujeres que se asustaban al verle aparecer, ya fuese por su estatura, sus músculos de acero, la cicatriz que le partía en dos la ceja izquierda o porque no se mostraba demasiado cercano normalmente. Pero Sheena no. Ella no lo miraba como si deseara salir corriendo por el miedo, sino como si estuviera obligada a desafiarlo y demostrarle que era tan férrea como él, y que no se dejaría manipular ni por error.

Y eso le gustaba.

Joder, era condenadamente hermosa. Los vestidos que Chloe le cedió no le hacían justicia alguna. A ratos se imaginaba qué esconderían debajo. ¿Un montón de curvas deliciosas y suaves? Seguro que sí. De un simple vistazo ya había captado la forma de sus caderas, el grosor de sus muslos y la forma de sus senos. Y eso le molestaba sobremanera. Lo último que deseaba era sentir atracción por una dama de la aristocracia. Todas ellas le producían urticaria.

No sería la primera vez que acababa rendido ante los encantos de una y terminaba temiendo por su cabeza. Muchas solo anhelaban sentir el placer de lo prohibido en tanto sus maridos se marchaban a beber, apostar o a retozar con sus amantes, y olvidaban que los demás tenían sentimientos, incluso si no compartían el mismo estatus.

¿Por qué iba a doblar las rodillas frente a Sheena? Tampoco es que se fiara del todo de ella. Aún no conocía su procedencia, ni la lista de problemas que cargaba a sus espaldas.

Terminó de lavarse las manos cuando un grito femenino, agudo y aterrador, cruzó el pasillo y llegó hasta el baño. Raven se tensó por completo. ¿Qué demonios…? Al caer en que solo podía tratarse de Sheena, la protagonista de sus sueños y pesadillas en los últimos días, abandonó la bañera y corrió en dirección a la habitación como alma que llevara el diablo.

Si alguien había osado entrar en sus dominios para llevársela o hacerle daño… Esperaba que tuviera buenos amigos para sujetar su ataúd, porque no saldría vivo de allí.

—¿Qué cojones[2] pasa? —espetó, abriendo la puerta de par en par.

La escena que dentro encontró no se parecía en nada a lo que tenía en mente unos segundos antes.

Sheena sujetaba un libro, gordo y pesado, y luchaba por golpear algo que solo ella veía. Cuando se giró hacia él y descubrió las condiciones en las que se encontraba, chilló de nuevo y se dio la vuelta… enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

—Pero ¿qué hace desnudo? ¿Es que no conoce los modales básicos, zopenco?

—¿Por qué gritabas? —preguntó Raven, totalmente indiferente a la desnudez que presentaba.

—¡Tápese con algo! —le increpó ella, para acto seguido chillar y tratar de golpear nuevamente el suelo con el libro—. Esto tiene… que ser… una… pesadilla…

—¿Vas a responderme o no?

—¡Hay una rata! ¡En mi habitación! Se ha colado una rata y… Y un hombre desnudo. ¡Oh, Dios mío! —Un nuevo grito rompió el silencio. Sheena corrió hacia el sillón más cercano, se subió en él y le dio la espalda a propósito para no seguir viendo las diminutas gotas que resbalaban por su torso desnudo, los hombros y los brazos; riachuelos que recorrían sus músculos sin compasión alguna—. ¿Le importaría taparse de una vez?

Raven movió la cabeza de manera que el pelo húmedo se le apartase de la cara. Observó la escena sin dar mucho crédito, y entonces, cuando la realidad de la situación caló en él, se rio. A carcajadas.

—¿Te has asustado de Fred? ¿En serio? Solo es una rata que se pasea por el Redemption en busca de comida o cobijo. No te hará nada.

—¿Tenéis una rata de mascota? ¿Es que no sois conscientes de la cantidad de enfermedades que transmiten?

—Fred no está enfermo. Es una rata espectacular.

Como si a ella le importase. Sheena solo quería librarse de los dos: del ratón y de él. Porque ser consciente de su desnudez la ponía muy nerviosa. Y pensar que dormía junto a un bichito que salía de las alcantarillas tampoco ayudaba a que su ritmo cardíaco volviese a la normalidad.

Vale que ya no le suponía una sorpresa la anatomía masculina, gracias —o, más bien, por culpa— de su prometido. Pero no había ni punto de comparación entre los dos. Donde el conde era delgado, casi todo huesos, Raven era músculos de acero bajo una piel bronceada llena de lo que parecían ser tatuajes y cicatrices. Un simple vistazo le permitió descubrir que, además, de cintura para abajo, era tan grande como aparentaba todo él. Y no precisaba de una clase magistral sobre sexo procedente de una cortesana para comprender lo mucho que eso solía gustar a una dama.

En el pasado, cuando aún vivía en Escocia, escuchó alguna que otra conversación entre sus doncellas. Una de ellas hablaba con entusiasmo sobre el gran miembro del mozo de cuadras y lo muchísimo que le gustaba retozar con él por ese mismo motivo. Todas suspiraban mientras describía a la perfección las emociones que despertaba en ella cada noche, cuando salían juntos y terminaban en su habitación, a oscuras y sin ropa, hasta que el alba los sorprendía unidos por los brazos y las piernas como si de dos esposos se tratasen.

Al final, nunca estuvo a salvo de ser corrompida.

—Bájate de ahí, mujer. Te vas a caer.

—No. Quizá usted encuentre atractiva una rata como mascota, pero yo no voy a compartir mi

espacio con ella.

—Teniendo en cuenta que te has hecho dama y señora de mi habitación, la acoplada eres tú. —Raven cogió al ratón nada más verlo corretear por debajo de la cómoda. Fred lo reconoció de inmediato, por lo que no chilló ni hizo ademán de morderle. Eran buenos amigos—. Él solo disfrutaba de su lugar favorito.

Salió al pasillo y lo dejó ir hacia las escaleras. A nadie le molestaba su presencia allí, ni siquiera a Penélope o Chloe. Después de un par de años se había ganado el cariño de todos.

—Solucionado. No volverá a molestarte. Y ahora baja de ahí.

—¿Sigue usted desnudo?

—Eso parece.

—Entonces no me moveré de aquí hasta que abandone la habitación.

—¿Tanto miedo te dan los hombres? —preguntó, burlón.

«No sabes tú cuánto. Y no es miedo, es asco», pensó Sheena, apretando la mandíbula.

El corazón le iba a mil revoluciones por segundo. Le ardía la cara, le sudaban las manos y notaba la boca reseca. Y lo peor es que no lograba sacar de su cabeza la imagen de Raven desnudo, mojado, igual que un titán que acabara de aterrizar en la Tierra. Tal vez un descendiente directo del mismísimo Poseidón.

Cuando los griegos hablaban de la belleza masculina, seguro que se referían a hombres como él. No aceptaba ninguna otra.

—Por favor, vístase o váyase. Me duelen las piernas de estar aquí subida —se quejó, mortificada.

Se negaba a que la viera mucho más tiempo en esa posición humillante, al borde de la histeria, únicamente por un ratoncito de color blanco que se había paseado por la cama donde dormía durante un buen rato. Y también por su desnudez, claro. Sobre todo, por eso último.

«Te estás comportando como una niña tonta», pensó, más avergonzada si cabía. «Seguramente se esté riendo de mí».

—Muy bien —suspiró Raven. Cogió una de las sábanas de la cama y se la enrolló alrededor de las caderas, cubriendo lo que más podría disgustar de su desnudez: la entrepierna—. Ya está.

—¿Seguro? Porque si me giro y le veo desnudo una vez más… no dudaré en lanzarle este libro a la cabeza.

Raven acortó una carcajada al imaginar el tomo cruzando la habitación mientras una Sheena enrojecida hasta la raíz del pelo chillaba de frustración.

En momentos como ese le gustaba ser un incordio para las mujeres más puritanas.

—Te lo prometo.

—Bien.

Tardó un minuto entero en recuperar las fuerzas en las piernas y bajar de nuevo al suelo. Cuando sus pies pisaron la moqueta, abandonó el tomo en la mesita auxiliar —donde aún se encontraba el vaso a medio beber de *brandy* de Chloe— y giró lentamente hacia él. Una sombra de decepción cruzó su mirada al descubrir que no había mentido: sí que estaba vestido. Más o menos.

—¿Ha tenido que usar las sábanas con las que me cubro por la noche… para ocultar su desnudez?

Los ojos de Raven chispearon con humor.

—Me has dicho que me tape, y eso he hecho. ¿Dónde está el problema? Las sábanas pueden cambiarse.

«Pero mi cordura no, y está a punto de hacerse añicos», se lamentó ella, nerviosa.

—¿Dónde ha metido al ratón?

—Por ahí. No creo que regrese en unos días.

—¿Eso quiere decir que me lo voy a cruzar más veces? —El horror creó una máscara en su rostro—. Por el amor de Dios, ¿es que no ve que es una criatura repugnante?

—Solo porque la mayor parte de su familia viva en las alcantarillas, la basura y otros lugares lúgubres no quiere decir que Fred también. Es un ratón de lo más inteligente y simpático. Y tú mejor que nadie deberías saber que no se ha de juzgar a nadie por su estirpe.

Sheena captó enseguida a qué se refería y apretó los labios. Sí, era cierto. Ella misma guardaba poca relación con su progenitor, por ejemplo; por no decir que no se parecían en nada. Ni siquiera físicamente. Todos sus rasgos físicos eran una copia idéntica de la madre que partió hacía algunos años, a causa de una gripe mal curada que la tuvo en cama demasiado tiempo. Ahora no era más que una imagen difusa en su cabeza.

—Espero que sepa darle un hogar más acorde a Fred que la cama de una dama que solo intenta recuperar horas de sueño.

—Es temprano, y harías bien en bajar a ayudar a Penélope.

—Ha rechazado mi oferta, si le soy sincera. Y no la culpo. Mis manos sirven para muchas cosas, mas no para cocinar o cortar alimentos. Así que, salvo que se requieran mis habilidades como enfermera, me temo que me queda un largo día aquí encerrada.

Le sorprendió que Penélope la hubiera expulsado de sus cocinas, con lo paciente que era. Tal vez se había apiadado de ella y las largas noches en las que se vería obligada a permanecer despierta, a la espera de que acabase un combate, y por eso le permitía dormir más que al resto. Solo por ello, y porque no le importaba demasiado lo que Sheena hiciera —siempre y cuando no fuese salir a hurtadillas y meterse en líos—, decidió dejarlo estar.

—En mi despacho hay incontables libros para leer. Más que aquí. Pertenecían a Jude —explicó, porque él no cogía uno de esos tomos ni para sostener la puerta en los días de mucho viento—, así que imagino que alguno te agradará. A él le gustaba demasiado pasar horas y horas leyendo sobre filosofía, historia…

Sheena sonrió. Se le antojó muy tierna aquella preocupación repentina por sus horas de encierro. Porque a fin de cuentas no era menos prisionera que cuando se encontraba en Escocia, con la diferencia de que allí nadie la molestaba en absoluto y bajo el techo de su padre existía una constante y silenciosa guerra que amenazaba con destruirla.

—Gracias. Bajaré en un rato a curiosear y elegiré una historia que sepa entretenerme.

Raven se tomó aquellas palabras como una invitación a que se marchara por donde había venido. Y teniendo en cuenta que había dejado su baño a la mitad y la sábana empezaba a clarear allí donde el agua se acumulaba, optó por asentir con la cabeza.

—Que pases una buena mañana.

Ella se dio el lujo de respirar profundo una vez se cerró la puerta. El corazón aún le latía tan rápido que hasta sus manos temblaban de la vergüenza y la frustración.

Por primera vez en su vida, la desnudez de un hombre la había alterado de un modo extrañísimo. No como un miedo infundado por lo que significaba que un caballero se bajase los pantalones, sino como si su propio cuerpo anhelara descubrir qué tan duros eran los músculos de sus brazos, si se sentirían fuertes alrededor de ella y si su piel era suave o algo rasposa bajo las yemas de sus dedos. ¿Aquello era lo que llamaban atracción? ¿Esa era la fuerte emoción que empujaba a hombres y mujeres a buscarse un amante que les calentara la cama por las noches?

Porque de ser así, esperaba que se le pasara pronto.

No planeaba seducir ni ser seducida por un canalla que se paseaba por ahí tal y como su madre lo trajo al mundo.

Un rato después, ya vestida y tras ingerir el té que Penélope, la cocinera, se empeñaba en prepararle dos veces al día, bajó al primer piso y se metió en el despacho de Raven. Curiosear entre los libros apilados en las estanterías se le antojó todo un despropósito. Siempre había creído que los libros pertenecían a sus legítimos dueños y solo estos podían prestarlos a gente de muchísima confianza. Cosa que no era su caso. Pero dadas las circunstancias, y pese a no conocerlo de nada, esperaba que a lord Jude Birdwhistle no le molestara que sus manos se dedicaran a colocar y descolocar todos esos libros que llamaban su atención.

Había demasiados, y versaban sobre muchos temas que no estaban del todo en su conocimiento: filosofía, historia del arte, matemáticas, astronomía… También contenía viejos clásicos, historias de amor y detectives, y otros tantos de terror.

Se paseó por el lugar unos minutos, curiosa e ilusionada, sin fijarse en qué sucedía a su alrededor. Fue así, sin planearlo, como se topó con la caja fuerte que descansaba en uno de los muebles de detrás del escritorio. Junto a ella descansaba una máquina de escribir polvorienta y una vieja botella de *whisky* que nadie había abierto en años. Sus ojos se movieron con interés hacia allí. ¿Escondería todo el dinero recaudado en ese lugar? Porque, de ser así, estaría provocando a todo aquel que entrara en aquel despacho.

Con el corazón en la garganta a causa de los nervios, y sin pensárselo demasiado —Sheena no era conocida precisamente por su tranquilidad—, trató de abrirla… sin éxito alguno. La clave solo la conocería Raven, claro. Pero la cantidad de monedas y billetes que contenía la caja era demasiado apetecible como para no querer coger un poco antes de marcharse a Irlanda. ¿Y si trataba de convencer a Raven de que podía echarle una mano con la contabilidad? ¿Se ganaría su confianza lo suficiente para que creyese en su palabra? Lo dudaba. Los hombres como él no eran tan necios.

Dispuesta a dar con algo que la ayudara, rebuscó en los papeles que tenía por encima del escritorio, intentando dejar todo tal y como lo encontraba, pero tampoco dio con la clave. Ni con información jugosa. Raven se limitaba a leer cartas y dejarlas allí, cogiendo polvo, al igual que el resto de objetos: un cenicero, una caja de latón con cigarrillos, los fósforos, un retrato de una mujer bellísima…

Sheena resopló y le dio la espalda a la puerta, lamentando no ser más astuta. Necesitaba una buena cantidad con la que marcharse de Londres y nunca regresar. Cuanta más larga fuera la distancia con su padre, más feliz sería.

—¿Aún no has elegido lectura?

Dio un respingo al oír la voz de Raven. Él, parado bajo el marco de la puerta, la observaba con interés.

—No, aún no. Le dejaré para que se ocupe de sus asuntos —hizo ademán de irse, pero él no se movió un ápice—. ¿Qué ocurre?

—No me molestas en absoluto. Solo venía a asegurarme de que habías hallado algo de tu agrado.

—Bueno, he leído muchos libros y algunos de los que aquí se encuentran escapan a mis conocimientos. Las matemáticas o la astronomía no me llaman especialmente la atención.

—¿Y qué hay de Oliver Twist? Conozco a algunas personas a las que les encantó.

—Oh, una historia de aventuras. Sí, la conozco. Mi doncella me lo hizo llegar cuando se publicó y me gustó, aunque no me fascinó.

—¿Así que eres de gustos exquisitos?

Sheena pensó que volvía a burlarse de su estilo de vida, de la educación recibida y del título de su padre, así que alzó la barbilla y le clavó encima la mirada como si quisiera dejar claro que no era una estúpida.

Incluso si él se lo había llamado ya dos veces.

—Exigir lo mejor es lo menos que podemos pedir, ¿no cree? En cuestión de libros, sobre todo. Dado que vamos a invertir parte de nuestro tiempo en una historia, ¿no sería recomendable que valiera la pena y nos dejara con una sensación agradable en el corazón una vez finalizada?

»De todos modos, no me considero a mí misma alguien exquisita. Me divierte cualquier historia, incluso las de terror.

—Pues estás en el lugar adecuado, ya que aquí, en los bajos fondos, hay historias de miedo para dar y regalar.

—Eso no lo pongo en duda. Aunque también hay sordidez en la aristocracia. Algo que usted ya sabrá —caminó despacio por el despacho, echando un vistazo a los libros. Si no miraba a Raven se le pasaría antes el nerviosismo que le arañaba las entrañas—. Tiene pinta de haberse inmiscuido entre ellos más de una vez.

—No demasiado. Lo evito cada vez que se me permite.

—Pero regenta usted un club hasta arriba de caballeros con fortunas indescriptibles, que fingen ser honorables y bondadosos a la luz del día, ¿no?

—Que me toque soportarlos no significa que yo me codee con ellos. —Raven por fin se apartó de la puerta—. Prefiero a esos caballeros borrachos que sobrios.

—¿Porque así son más fáciles de desplumar?

Él hizo una mueca.

—Porque un borracho solo insulta a otro borracho que le siga el juego, pero no intenta doblegar el mundo ante sus caprichos, ni mira por encima del hombro a los demás, ni se pavonean por las calles como si su mierda oliese mejor que la nuestra —la respuesta fue tan directa, tan cruda, que por un instante se arrepintió, creyendo que Sheena lo censuraría con la mirada. No obstante, ella solo lo miró con curiosidad—. Cuando entran en el Redemption pasan a ser igual que el resto, y aquí, en mi nivel, no tengo que demostrar absolutamente nada.

—Curioso. Todos los hombres que he conocido perdían la dignidad en clubs de este estilo. —Agarró uno de los libros que tenía más cerca y sus ojos brillaron—. Ah, Frankenstein.

—La dignidad se pierde en tantos sitios que no debería sorprenderte que eso se potencie una vez ingresan a una taberna o un club. —Pausa—. ¿Este no es el libro de terror que intentaron censurar?

—No lo sé, la verdad. Lo leí hace un tiempo, cuando mi doncella me lo trajo. Ella siempre abastecía mi curiosidad y suavizaba mi aburrimiento con libros y revistillas de cotilleos. Pero no se compara una buena dosis de aventura con las idas y venidas de las damas de postín. —Su nariz respingona husmeó entre las páginas del libro con interés renovado—. ¿Sabe de qué va Frankenstein?

—Un monstruo, creo.

Raven se preguntó a cuento de qué le importaba a ella si leía o no novelas de terror. La respuesta era que no, por supuesto, pero sí conocía algunos por Jude. Él siempre hablaba con

verdadero fervor de todo aquello que lo apasionaba, más allá de ocultarse de la sociedad, beber *whisky* escocés y desplumar a sus iguales.

Como Raven no era más que un pobre diablo, un bastardo, se limitaba a hacer lo que mejor se le daba: defender a los suyos, traficar con *whisky* y disparar. No siempre en ese orden. Y donde una vez habitó el orgullo, ahora se instalaba una sombra de vergüenza.

¿Qué pensaría Sheena de él? ¿Lo tomaba por un inculto o un pobre diablo?

—Sí, es sobre un monstruo. La gente señala a la pobre criatura, cuando el verdadero villano de la historia es Víctor Frankenstein. Él comete un error garrafal y luego huye como un cobarde, permitiendo que su experimento fallido vaya por ahí matando gente simplemente porque no soporta el desprecio de la humanidad. Nunca decidió nacer, mucho menos de la forma en que lo hizo, pero lo culpan igual. ¿Y dónde está Víctor todo ese tiempo? Viviendo una vida tranquila, en apariencia, hasta que las consecuencias le explotan en la cara.

»Es curioso, entonces, que el monstruo sea la verdadera víctima de la historia. Las circunstancias le hacen ser lo que es, y la sociedad no lo entiende. Al contrario, lo culpabilizan y lo desdeñan, empujándolo a ese lado oscuro que se extiende igual que una sombra sobre ellos.

—¿Siente lástima por un ser creado de la nada?

—Siento lástima por todas aquellas almas que anhelan una escapatoria y no la encuentran —corrigió ella. Volvió a dejar el libro donde estaba—. La mayoría de nosotros somos un poco esa criatura que el doctor Frankenstein decidió crear por su deseo oculto y perverso de ser Dios, ¿no cree? Venimos al mundo y pagamos los errores de nuestros padres, en su gran mayoría, y si no cumplimos con lo que se espera de nosotros… somos repudiados y avergonzados por la sociedad. Nos transforman en la visión más oscura de nosotros.

—Espero que al menos tú no pretendas destruir a todo el que se te cruce por delante —acotó Raven, con una de sus cejas enarcadas.

Sheena se ruborizó ligeramente.

—Claro que no. ¿Por quién me toma?

—Por si acaso, esconderé las armas. No me apetece abrir el ojo en mitad de la noche y ver el cañón de una pistola apuntándome. Morir con un tiro en la cabeza no es algo que entre en mis planes.

—Mientras sepa comportarse conmigo, no tengo motivos para empuñar una pistola contra usted. Excepto si vuelvo a verle desnudo, claro. En ese caso no me quedará de otra que apretar el gatillo.

Lo que dijo, le molestó y le fascinó a partes iguales, así como la coqueta sonrisa que curvó sus labios. Raven se había afeitado de nuevo, si bien aún quedaba una sombra de barba en su mentón, por lo que sus facciones se veían con mayor claridad y también destilaba un atractivo perverso. Como todos esos hombres que se paraban sobre las dos piernas, muy seguros de merecerse el mundo entero con solo chasquear los dedos.

Además, aún permanecía en su cabeza esa imagen, la de esa mañana. Apenas bastaron unos segundos para que un Raven desnudo y mojado se apoderase de su cordura, la hiciera añicos y la torturase a cada segundo. Como si fuera el único hombre sobre la Tierra. Como si lo hubiesen moldeado a conciencia para que ella cayese en la tentación igual que Lucifer cuando Dios lo expulsó del Cielo.

Sheena notó que el calor en la habitación se intensificaba. Dios mío, ¿es que su cuerpo planeaba traicionarla a la menor oportunidad? Ella no deseaba a los hombres. Mucho menos a uno como Raven, tan… fuera del prototipo de una dama. Le habían enseñado a valorar la

educación, el respeto y las normas básicas a la hora de escoger marido —más allá de su título y reputación—, y por eso no comprendía que Raven, tan alejado de eso, le supusiera una piedra en su camino. Una piedra llamada deseo.

Furiosa consigo misma, apretó los puños y tomó cierta distancia. El olor que él desprendía, a miel y limón, nublaba su mente.

—Descuida. La pasión que despierto en las mujeres no suele quitarme el sueño.

Sheena abrió y cerró la boca varias veces, ofuscada con su respuesta.

—Yo no le deseo. Ni un poquito.

—¿Y por qué montaste en cólera? No es la primera vez que ves a alguien desnudo.

—¿Cómo sabe usted…? —Frunció el ceño, y un pensamiento fugaz, o más bien un recuerdo, cruzó su mente—. El doctor.

Raven cabeceó.

—Él me comentó que no eras doncella.

—Es cierto, no lo soy. Pero eso no le da derecho a interrumpir en mi habitación como si fuéramos amantes y su desnudez me supusiera una imagen atractiva.

«Mentirosa», le dijo una voz en su cabeza. «Claro que te gustó».

El rubor de sus mejillas se extendió por toda su cara.

—Antes has hablado de los monstruos y los errores ajenos, y te doy la razón, Sheena. Hay muchos motivos por los cuales una persona es capaz de transformarse en un villano, en un ser oscuro, frío y despiadado capaz de destruir todo lo que alguna vez anheló tener. ¿Y quieres saber cuál es el motivo principal por el cual pierden la cabeza? El amor. El deseo. A veces van de la mano —admitió, cruzándose de brazos—, y a veces son totalmente opuestos.

»El amor corrompe y sana, depende un poco de lo que seas capaz de ofrecer. Pero el deseo… Dios, el deseo consigue que cualquier hombre pierda la cabeza.

—Soy consciente de que hay muchos, muchísimos hombres, capaces de todo por un ratito de placer con la dama de su interés. Incluso si ella no quiere.

Raven percibió una sombra que cruzaba sus ojos. Se preguntó si lo decía por una experiencia cercana… o porque ella lo conocía de primera mano.

—Ese tipo de monstruos son los peores —añadió Sheena.

—Sí, así es. Aunque conozco monstruos mucho más terribles. Son todos esos que se niegan a sí mismos la verdad y tratan de ocultarla a como dé lugar, hiriendo a sus allegados; transformándose en monstruos heridos que vagan por el mundo, ocultos tras un velo de frustración y de odio. Sus corazones están podridos, son solo piedras. ¿También los transforma la sociedad? ¿Crees que hay redención para ellos?

—No lo sé —murmuró ella, y aflojó ligeramente sus puños—. Supongo… que depende de la circunstancia de cada uno.

—Estoy de acuerdo —cabeceó Raven—. Por eso voy a darte un consejo que te vendrá bien: deja de reprimirte.

—Yo no me reprimo.

—Sí que lo haces, corazón. Todo el tiempo. Hasta cuando finges que no te llamo la atención ni un poquito, estás conteniéndote para que no se te note. Tres días a mi lado y ya has dicho más mentiras que en toda tu vida. —Raven acortó la distancia entre ellos y acarició los tirabuzones que enmarcaban su cara redonda, de mejillas llenas y labios carnosos—. Te dije que te recogieras el pelo.

Hiperventilar por culpa de un canalla no era de sus pasatiempos favoritos. Sheena se esforzó

por que no se le notase que estaba atacada. Al borde del desmallo. Tal era el temblor de su cuerpo que no logró apartar la mano de Raven de su cara de un manotazo, como quería.

—¿Insinúa que voy a ser el monstruo de mi historia únicamente por no decir en voz alta que lo deseo? ¿Qué clase de ego desmesurado posee usted? —Indignada, ladeó la cabeza y rompió el contacto con él—. Por supuesto que no es lo que anhelo. Y ya sé que me dijo lo del cabello, pero eso lo decidiré yo —con la barbilla en alto y un gesto de vanidad a modo de escudo, lo miró a los ojos… y se encontró de frente con una pasión desbordante y abrumadora—. Espero que no tome por costumbre darme órdenes, porque no le he otorgado ese derecho.

—No, no lo has hecho. Y sin embargo estás a salvo porque yo te protejo. Estás aquí porque siendo el malo, una criatura creada por unos cuantos Víctor Frankenstein, he hecho por ti más que todos esos que juraron protegerte. ¿O me equivoco?

Hablaba desde el desconocimiento, impulsado por el deseo a saber más, a descubrir qué escondía bajo aquella coraza de mujer fuerte e independiente que bamboleaba de un lado a otro. Realmente necesitaba respuestas para todas las preguntas que se almacenaban en su cabeza desde que se la cruzó en el carruaje, unas cuantas noches atrás.

Pero ella no cedió ni un poquito. En sus ojos aún se reflejaban la determinación y el miedo, aparte de un frío acero que ejercía el papel de protección.

—Le aseguro que yo también he tenido a mi propio Víctor Frankenstein, señor, pero no es de su incumbencia. Si solo va a *protegerme* —escupió la palabra con los dientes ligeramente apretados— con la idea de echármelo en cara, no lo siga haciendo. Sé cuidarme sola.

«No lo pongo en duda», pensó Raven. Deslizó los dedos por su pelo una vez más, ensimismado por esa rabia que ardía dentro de ella y que amenazaba con quemarle a él también.

—Si quisiera hacer algo para ganarme algún tipo de favor de tu parte, Sheena, ahora mismo estarías dispuesta a darme un beso y admitir que el deseo llama a tu puerta cada vez que me miras. Tal vez sea un bruto, como ya me has dejado claro, pero sé calar a la gente a la primera. Y tú, criatura, aparte de ser escurridiza como una culebrilla, también eres pasional. Y esa pasión empieza a consumirte.

Sí. No. Tal vez.

Fuera como fuese, no lo admitiría. Sheena prefería creer que no era deseo como tal, sino curiosidad. Todos los hombres que se había cruzado a lo largo de su vida se alejaban muchísimo de la imagen que exudaba Raven. ¿No tenía derecho una mujer a sentir cierta fascinación por aquello que se salía de lo normal? Solo era eso, curiosidad. Nada más.

Se apartó de él y se dirigió a la puerta en busca de las fuerzas que la abandonaban con cada exhalación. Ese hombre era un peligro para sus sentidos. La aturdía con su palabrería barata.

—Haría bien en no cruzar ciertas líneas, señor. A las damas se las respeta. Y yo sigo siendo una, le guste o no. Una dama que no dispone de interés o tiempo en todo eso de la seducción. Si quiere una amante, será mejor que busque en otro lado. Buenos días.

La mentira que brotó de sus labios reverberó por todo el despacho en cuanto se hubo marchado.

«No dispongo de interés en ser seducida». Menuda patraña, pensó una vez se sintió a salvo, en el pasillo.

Cualquier persona deseaba ser conquistada, aunque fuese por simple vanidad, y ella no era la excepción. Incluso si Raven se alejaba completamente del ideal de hombre por el que podría caer prendada, no dejaba de ser atractivo y sensual, y experto en mujeres. Si él se lo proponía, Sheena no tenía oportunidad alguna.

Y esa sí que era una gran verdad.

12

En la siguiente semana, Sheena descubrió que el Redemption no era un lugar tan terrible como pensaba. En realidad, se trataba de un lugar perturbadoramente familiar. Todos los que iban y venían se conocían a la perfección, desde hacía muchos años, y no se extrañaban de sus acciones. Ni siquiera de las más extravagantes.

No siempre había combates de boxeo. Dejaban descansar a la estrella del lugar: Caleb. El tipo era hosco y reservado. Al menos, con ella sí. Cuando se cruzaban por los pasillos, le dedicaba una mirada desdeñosa que a Sheena empezaba a incomodarla. ¿Por qué la veía como un incordio? Si ella jamás eligió pasearse entre aquellas paredes, para empezar; así como tampoco ser descubierta la noche que se subió al carruaje.

Su travesía desde Escocia la dejó tan exhausta que no logró defenderse con ferocidad. Las circunstancias la empujaron a ser rescatada por el villano de la historia. Y no es que Raven fuese un mal hombre con ella, pero seguía operando al margen de la ley, noche tras noche, y se llenaba los bolsillos de dinero gracias a eso.

Para una dama que se crio en un ámbito estricto, donde las mujeres no eran más que una moneda de cambio, ese estilo de vida le suponía una ruptura. Un bache en el camino. Y le costaba asimilar que ahora era testigo directo de los tejemanejes de Raven y sus hombres en la oscuridad, sin que la policía metropolitana se diera cuenta de lo que sucedía en Londres.

Lo que sí le otorgaba algo de paz y tranquilidad en mitad de una caótica rutina era las visitas de Chloe, Meredith y Ollie. Por las tardes solían acompañarla a beber el té y cotillear un poco. Sheena no entendía nada, porque no conocía a todos esos lores y todas esas damas de la aristocracia que protagonizaban los escándalos más sonados de la temporada. Pero, incluso si no colaboraba en las risas ni en las opiniones generalizadas, le gustaba gastar sus minutos con personas que no fueran hombres altos, herméticos y delincuentes.

Ollie era una criatura fascinante, además. Se paseaba por la cocina como si fuera el rey del lugar, con las mejillas sucias la mayor parte del tiempo, el pelo revuelto y juguetes que habían visto tiempos mejores. Abrazaba a todo el mundo que le ofrecía algún dulce. Y Sheena no fue la excepción. A ella se le caía la baba cada vez que las manitas del niño tiraban de la falda de su vestido, llamando su atención, y le pedía un poco más de pastel, zumo de naranja o simplemente jugar con los caballitos de madera.

Nunca se había planteado ser madre. Era uno de sus deberes como esposa, claro estaba, pero no un sentimiento arraigado en su corazón o un anhelo ardiente capaz de noquearla si no lo cumplía.

Entre las jóvenes que debutaron con ella y acudieron a la academia de señoritas de Mavery Aberdeen se topó con unas cuantas que soñaban con una familia inmensa. Todas se apoltronaban en los sillones de los salones y llenaban el lugar con cuchicheos, risas y susurros acerca de la maternidad, de lo feliz que eran las mujeres después de traer un par de críos al mundo. De lo mucho que brillaría sus vidas después de acunar al fruto de su vientre.

Sheena nunca compartió esa visión de la vida. Quizá por culpa de su padre, del concepto que guardaba sobre la familia, o porque ninguno de los hombres que la pretendieron le gustaba realmente y no se veía calentando sus camas o alumbrando a sus herederos. El deseo no le estrujaba las entrañas ni encendía sus mejillas al pensar en lo feliz que sería con un hijo entre sus brazos.

Excepto en el Redemption, con Ollie.

Él despertaba una faceta de sí misma desconocida. Como si se hubiese pasado demasiado tiempo oculta detrás de una máscara y por fin se la quitase.

Lo único que lamentaba, más allá de no saber que jamás enseñaría a su propio hijo a lavarse las manos o pronunciar la erre de manera correcta, era saber que su tiempo allí era limitado. Que algún día no muy lejano se despediría de Ollie y de Chloe y de Meredith. Ellas eran las primeras personas que se le acercaban con interés real y no por compasión en los últimos años. Y la sensación era tan agradable que le costaría soltar aquel lazo que se fortificaba día tras día.

Pero en el Redemption no todo era color de rosa. Más tarde o más temprano, se iniciaba alguna pelea de borrachos, de algún pobre diablo que había perdido una gran fortuna o de esos ladronzuelos que se colaban en el club con la idea de desplumar a los aristócratas mediante trampas. Fue así como Sheena descubrió que los hombres eran animales recluidos en una jaula, igual que los leones del zoo. Veían u olían algún trozo de carne fresca y se lanzaban de lleno a pelearse para conseguir el festín. Y ella, que debía ocuparse de los heridos, terminaba con las manos manchadas de sangre o doloridas de tanto vendar cabezas, dedos y costillas.

Sin embargo, fue mucho peor la noche en que Raven apareció en la cocina, con la camisa blanca manchada de sangre, al igual que el rostro, y una mirada feroz que encendió el miedo en su pecho. Sheena se preparaba un poco de té, con Meredith a su espalda, cuando él las interrumpió.

—Tienes que venir. Ya.

Sheena olvidó la tetera en el fuego y se lanzó a seguirlo. Cualquier pregunta le pareció realmente estúpida en ese instante. El pánico que le presionaba la garganta igual que una soga la acompañó todo el trayecto.

—¿Está usted herido? —preguntó, temerosa.

Con todos los trapicheos que llevaban a cabo durante la semana no le resultaba raro que alguno terminase en una pelea brutal. A juzgar por lo que Meredith y Chloe le contaban sobre el tráfico de *whisky* escocés, no sería la primera vez que alguien los interceptaba, ya fuese para robarles o quitarse la competencia del medio, y salían malparados.

—No. Yo no —espetó Raven, y la agarró de la muñeca antes de empujarla suavemente al interior de una sala que hasta el momento le era desconocida—. Maddox ha recibido un disparo en la pierna y está perdiendo muchísima sangre.

Los ojos de ella se desviaron hacia la mesa larga de madera donde habían acomodado al herido.

A Maddox en concreto no lo conocía. El trato se había limitado al resto de la tribu del Redemption y poco más. Pero a juzgar por la enorme cicatriz que atravesaba su cuerpo, desde el

costado derecho hacia el pectoral, no era la primera ni la última vez que se enfrentaba cara a cara con la muerte.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó ella, poniéndose en marcha. Odió descubrir que el alivio se apoderó de ella nada más comprender que la sangre que manchaba las ropas de Raven no era de él—. ¿Cuánto lleva en este estado?

—Tal vez media hora, más o menos —explicó Caleb; quien, por primera vez desde que la conocía, le habló en condiciones—. No ha pasado demasiado tiempo.

Sheena se recogió el cabello para que no le molestara mientras se ocupaba del herido. Aquella sería la primera vez que sus manos extrajeran una bala del cuerpo de una persona. Sí que sabía cómo hacerlo porque una vez ayudó a su único amigo de la infancia a salvar a un ciervo herido por los cazadores que se afanaban en apuntar con el rifle a cualquier animal alrededor de Rutherford Castle. Ese día aún permanecía en su memoria, un lienzo fresco que la obligaba a recordar la crueldad del ser humano y el sufrimiento de los inocentes.

No por ello la inundó la tranquilidad. La sangre brotaba de la herida del muslo, lenta e imparable, y el moribundo, el tal Maddox, se retorcía sobre la mesa a causa del dolor.

—¿Es su primera herida de bala?

—Sí —informó Raven.

—Desnúdenlo y tápenlo hasta la mitad del muslo. Y denle *whisky*, por el amor de Dios. No va a soportar el dolor de la extracción sin estar lo suficientemente borracho.

Tanto Caleb como Raven se pusieron en marcha en lo que ella les daba la espalda, no solo concediéndole la intimidad que el herido requería, sino también para ver con qué contaba en esos momentos. Bisturí, vendas, alcohol, aguja, hilo… No mucho más. Si no se infectaba la herida, sería un milagro. Y ella no era enfermera ni médico como para lidiar con una hemorragia o una sepsis.

—Bebe —ordenaba Raven, junto a su amigo, después de traer una botella de *whisky* de su despacho—. Traga para que sea más fácil.

—¿Qué más necesitas? —La voz de Caleb sonó tan cerca que Sheena pegó un respingo.

Lo miró por el rabillo del ojo y luchó con todas sus fuerzas para que no se notara su nerviosismo.

—Silencio de vuestra parte y que lo sujetéis con fuerza. Va a chillar y retorcerse a pesar de la embriaguez, y llorará como un niño —añadió, por si eso les suponía un acto vergonzoso por parte de un adulto—. Y calienta agua, vamos a sacarle la bala de la manera más limpia posible.

Sheena confiaba en sus conocimientos y en la delgadez de sus dedos. Teniendo en cuenta que tendría que introducirlos en la herida con el propósito de conocer la profundidad, era mucho más sencillo si no le provocaba un dolor excesivo.

Cubrió su rostro con un pañuelo, agradecida por no olfatear el intenso aroma a *whisky* y sangre, y se acercó a la mesa con todo lo necesario.

Fue casi una hora en la que su fortaleza se tambaleaba cada vez que Maddox lloraba, gritaba o trataba de apartarse. Sacarle la bala supuso una tarea titánica. Y eso que Sheena permanecía serena justo a su lado, hurgando en la carne, luchando por no tocar zonas peligrosas; ya fuese un tendón o una arteria.

Junto a ella, Caleb y Raven pegaban el cuerpo del paciente contra la mesa usando la fuerza bruta. Miraban la escena como quien sabe que está ante la muerte y solo puede ofrecer sumisión o, de lo contrario, las consecuencias serían terribles.

Ella se secaba el sudor con el dorso de la mano y continuaba extrayendo el pequeño objeto

metálico con la ayuda de unas pinzas. Por más horrible que fuese todo, luchó por mantener el control de su cuerpo y recordar lo que lord Calder le decía siempre sobre las heridas, los cortes, el dolor. Él fue su maestro junto a su doncella, y gracias a ellos ya no le daba pánico enfrentarse a las consecuencias de un hombre enfadado.

Vale que aquella situación era distinta, pues Maddox no era un ciervo y ella no era médico; pero logró cerrarle la herida y sacarle la bala sin accidentes de por medio. Sin que la parca lo reclamase.

Cuando acabó, sus ojos se desviaron hacia las manos ensangrentadas. No veía una sola porción de piel porque todo era de color rojo. Y olía a muerte. Esa simple visión la afectó tantísimo que la bilis le subió rápidamente por la garganta.

Antes de que alguno de ellos la apartarse para acomodar mejor al paciente, se alejó corriendo y se encorvó sobre la papelera, devolviendo toda la cena. Cada arcada le llenaba los ojos de lágrimas y le quemaba el esófago. Y le habría encantado no dar semejante espectáculo delante de tres personas al borde del colapso, con los nervios destruidos, mas su cuerpo iba por libre y los traumas se apoderaban de ella, empujándola de nuevo hacia el fondo.

Una mano masculina, suave y fría, le apartó algunos tirabuzones del rostro en tanto la otra la sostenía por la cintura.

Sheena se tensó por la cercanía de Raven —lo reconoció por su olor a miel y limón— y trató de apartarse, sin mucho éxito.

—Te he pedido demasiado esta noche, lo siento —se disculpó en un murmullo.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿A qué se refiere?

—Lo mejor hubiese sido llamar al médico. Pensé que podrías cerrar la herida hasta que él viniera. Jamás imaginé que tú… sabrías cómo extraer una bala. Y ahora siento que te he forzado a llevar el peso de una vida sobre tus espaldas.

Raven se mostró de lo más amable mientras le ayudaba a incorporarse. Le ofreció un pañuelo blanco para que se limpiara la boca. Ella obedeció sin rechistar porque dio por hecho la imagen tan lamentable que estaba ofreciendo. No obstante, sus dedos ensangrentados volvieron a provocarle una arcada.

Él se dio cuenta enseguida. Miró a Caleb por encima del hombro y le hizo un gesto con la cabeza.

—Voy a llevármela fuera de aquí. Tápalo y deja que descanse un poco.

—De acuerdo.

Sheena se dejó arrastrar por el oscuro y silencioso pasillo hacia el despacho. Un lugar que ya le resultaba familiar. Se dejó caer sobre el sillón, con el cuerpo laxo. En su boca aún notaba el regusto de la sangre y la bilis.

—Lo siento —volvió a decir Raven, acercándole una copa de *whisky*—. Bébetelo, te ayudará a asentar el estómago.

Poco alcohol había consumido en su vida y, sin embargo, esa noche se tragó por completo los tres dedos de *brandy* que Raven le sirvió sin que se le contrajese la cara a causa del calor abrasador que la inundó.

Tardó unos segundos en enfocarlo debido a las lágrimas que aún pendían de sus pestañas, pero, en cuanto lo logró, un sentimiento de caos y desolación se apoderó de ella.

—Estará bien. Él… —miró hacia la puerta, haciendo referencia a Maddox— se pondrá bien en unos días. Solo necesita descanso, que se le limpie bien la herida y alimentarse como es debido.

Mientras no le dé fiebre, no habrá problema.

—Le has salvado la vida.

—Usted me pidió ayuda y yo respondí —murmuró, restándole importancia, aunque sí la tenía.

—¿Cómo…? ¿Cómo has sabido qué hacer?

Raven se moría de ganas por ahondar en ella. La veía igual que un lago en el que sumergirse, a ver si en el fondo existía algún tesoro magnífico. Y resultaba que, para él, ese tesoro no era más que la verdad. Sus recuerdos, sus vivencias, sus emociones, sus pensamientos. Todo lo que la componía.

Viéndola allí, sentada en el sillón, se preocupó por lo que escondía detrás de una máscara de indiferencia en la que ya poco o nada confiaba. ¿Cómo iba una dama de la aristocracia a mancharse las manos de sangre? Sangre de un canalla y un bastardo, si se le permitía la apreciación. Justo la némesis de las damitas y los caballeritos que poblaban Londres, con sus clubs de campo, sus bailes y sus fortunas. Pero Sheena no, ella estaba por encima, y eso le causaba tantísimo interés que reventaría si no obtenía respuestas cuanto antes.

—Hace algunos años ayudé a sacar la bala de un ciervo. No es lo mismo, ya lo sé. No hace falta que ponga el grito en el cielo —explicó, cansada—. El animal sobrevivió porque la persona que lo encontró ya había visto heridas de ese tipo mucho antes. Después de todo, a los hombres les gusta mucho batirse en duelo cuando una dama es mancillada y no se desea afrontar las consecuencias con un matrimonio forzado.

—¿Me estás diciendo que te codeabas con bastardos mucho antes de llegar a Londres?

Ella le dedicó una mirada ofuscada.

—Claro que no. Lord Calder era mi único amigo en Escocia. Él sí que manejaba algún que otro negocio en las sombras; nada relacionado con peleas, apuestas o alcohol, sino… Lo que quiero decir es que… Milord tenía inclinaciones que no están bien vistas en la sociedad. Gustaba de visitar clubs de entretenimiento, donde, de manera discreta… —Al pensar en ello, las mejillas se le enrojecieron—. Ya sabe, disfrutaba de compañía. Masculina.

Raven entendió al vuelo a qué se refería. Como él no le prestaba atención a los gustos de los demás, no le supuso nada tan grave. La cantidad de hombres manteniendo relaciones con otros hombres era pan de cada día en aquellos callejones. Whitechapel era el ejemplo perfecto de que, si tenías dinero e influencias, te podías acostar con quien quisieras y dar rienda suelta a tus perversiones —fuese con alguien del mismo sexo o del sexo opuesto— sin que te juzgaran.

—¿Tú guardabas su secreto?

—Alguien debía velar por milord —explicó, y la sombra de un sentimiento amargo cruzó sus ojos verdes—. El caso es que se enamoró de un médico. Aprendió todo de él. Mi doncella era su hija, así que… no fue tan difícil que me enseñaran algunas cosas, dada mi curiosidad y mis ganas de aprender. Lord Calder era un buen hombre, ¿sabe? Nunca se metía con nadie y valoraba la tranquilidad que le otorgaba su título y su fortuna. Algo que planeaba compartir con su amante en la lejanía, allí donde nadie los descubriera.

—Ha dicho era —captó Raven—. ¿Él está…?

Sheena apartó la mirada de él, y un recuerdo la quebró por completo.

—Las historias de amor más bonitas son aquellas que terminan en tragedia. Eso es lo que he pensado siempre. Lord Calder me llamaba ingenua y se reía de mí. Sin embargo… —Una silenciosa lágrima se deslizó por su mejilla—. Una noche, él volvía de verse con el médico. Pero alguien decidió asaltar su carruaje y dispararle. Llegó a mi casa desangrándose y pálido como un muerto. Intenté salvarle, mandé llamar al médico, pero no hubo nada que hacer. Él… Milord…

—La interrumpió un sollozo—. Solo recuerdo el olor de la sangre y mis manos enrojecidas. Cómo tardé horas en sacarme la suciedad de debajo de las uñas; de dejar de oler a óxido, a muerte.

»Alguien descubrió a qué sitios iba y con quién, y lo quitó del medio para que el título pasara a alguien que no lo mancillara. Eso es lo que se rumoreó durante unos meses en los alrededores. Fuera quien fuese, me arrebató… a la única persona… que me quería y me enseñó… tantas cosas… —Sorbió por la nariz y se limpió la mejilla con la manga del vestido.

—Lo siento. Perder a un amigo es de las cosas más duras que hay en esta vida.

Pese a que Raven solía ser tosco e irónico la mayor parte del tiempo, en ese instante se le acercó, indeciso, y le limpió la cara con los pulgares. Sheena fue incapaz de sostenerle la mirada, avergonzada. No tanto por el hecho de estar llorando como por el calor que se extendió por todo su ser ante sus caricias.

—¿Nunca se halló al culpable?

—No. Milord murió porque la felicidad es efímera y la crueldad infinita. Y yo… Cada vez que recuerdo ese día…

Raven pasó la mirada de sus manos ensangrentadas a su cara contraída por el dolor, y se maldijo a sí mismo por ser tan tonto y por permitir que se pusiera al mando de una operación de ese calibre. ¿Cómo no iba a vomitar de los nervios? Seguramente le recordaba a su amigo, al hombre que la acompañó en sus mejores y peores días desde que era una niña. El hombre que le arrebataron porque, tal y como ella afirmó, el salvajismo de las personas era inmenso y carecía de límites.

—Dudo mucho que muriese sintiéndose defraudado con el amor. A ti te quería, y al doctor, y probablemente a su familia —intentó calmarla él. Que pensara en cualquier otra cosa, algo más agradable, era primordial si pretendía acortar su llanto—. ¿Por qué no te quedas con eso?

«Porque el amor solo me ha causado heridas», pensó ella, y se mordió el labio inferior con fuerza, ahogando un gemido lastimero.

—Quédate aquí, en el presente. Recuérdalo con cariño, que es como él querría.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque todos los muertos se van de este mundo con el anhelo de permanecer en la memoria de quienes amó en vida —murmuró Raven. Limpió otras dos lágrimas nuevas que bajaban por sus mejillas como un reflejo silencioso de todos esos amargos recuerdos que llenaban su mente —. Y porque dudo mucho que un hombre que va a buscarte en sus últimos momentos no supiera que serías tú quien le anclaría a este mundo, aunque él ya no se encontrara aquí.

Sheena abrió mucho los ojos, y luego los cerró con fuerza, grabándose a fuego en la cabeza sus palabras.

Nunca lo había pensado de ese modo. Solo supo que lord Calder murió entre sus brazos porque sabía que era la única que podría salvarlo. Su familia, al igual que la de ella, dejaba mucho que desear. Y Sheena poseía la certeza de que, de haber sido a la inversa, también hubiese ido a su encuentro.

¿Realmente lord Calder vivía porque ella lo recordaba a diario? Esperaba que así fuese, y que no se marchase en muchos, muchos años. Que incluso sus hijos, el día que los tuviera, supiera de él y de cómo vivió en libertad a pesar del odio generalizado de las personas que lo rodeaban.

—Voy pedirte que dejes de ocuparte de las heridas de Caleb y Marlon; o de cualquier otro miembro del club. A partir de ahora, te quedarás en tu habitación, o donde quieras de este lugar, pero no te expondré al peligro de nuevo.

Ella pestañeó, alejando las lágrimas, y negó con la cabeza.

El roce de sus dedos sobre las mejillas húmedas envió un escalofrío placentero por todo su cuerpo entumecido.

—Apartarme no cambiará nada. Lord Calder y mi doncella me enseñaron bien, ya lo ha visto. He sido más de ayuda que cualquier otra persona de este club en un accidente puntual.

—El asunto aquí es que no es algo fortuito, sino un riesgo constante. Cada vez que salimos a algún intercambio nos exponemos a ser heridos.

Recordó la larga travesía desde Escocia hasta Londres el día que decidió poner fin a la farsa en la que vivía sumida. Demasiadas cajas apiladas en un carromato, y luego en un barco, y luego en un carruaje algo más pequeño con un destino incierto, pero protegidas por un puñado de hombres que no se dejarían asaltar tan fácilmente. E incluso si así ocurría, se ayudaban los unos a los otros, y no temían hacer todo lo que fuese necesario para salir del paso. A ella le dieron esa sensación, al menos, mientras los oía discutir y hablar y beber sin que supiera que viajaban con una polizona a bordo. Y aunque escuchó obscenidades impropias de una dama, también notó el compañerismo y la amistad. La misma amistad que transmitían Raven y los demás dentro del Redemption.

Ella no encajaba en ese mundo, pero tampoco en el que nació. Cuanto más lo pensaba, más claro tenía que no existía un sitio real en el que seguir creciendo y avanzando. Le pasaba como a lord Calder, aunque por distintos motivos. Mientras que a él lo repudiaban por gustarle los hombres, a ella la acallaban porque la veían igual que un florero bonito que colocar en un rincón de la casa, donde no molestase, y que solo sería visible en las noches que su esposo la requiriese en su cama.

Solo de recordar aquellos episodios traumáticos, aquellos días de angustia, se estremeció. Y Raven debió pensar que estaba asustada aún por haber extraído una bala, pues ahuecó sus mejillas con ambas manos y presionó ligeramente, como si buscara decirle «estás aquí y eres real. Los monstruos no te van a alcanzar».

Y fue por eso, y no tanto por otros motivos, que decidió pelear por seguir aprendiendo sobre medicina. Porque la llenaba por dentro. La hacía sentir valiosa, de algún modo, y no un mueble que estorbaba en el interior de una biblioteca. Prefería seguir cosiendo o desinfectando heridas que huyendo de sus demonios tan lejos como sus piernas le permitieran.

Ya fuesen unos bastardos y unos contrabandistas, seguían siendo personas. Y personas que le demostraban, día tras día, que la tenían en cuenta.

—Entonces con más razón me necesitáis. Las heridas de balas no son algo habitual, a menos que seáis delincuentes —agregó, porque con ellos sí era capaz de aplicar esa ley—, y por mucho que paguéis a un médico, siempre existe el riesgo de que alguien os delate. Tal vez no poseo conocimientos muy extensos, pero… aprenderé —al decirlo en voz alta, se sorprendió hasta ella —. Estudiaré tanto como pueda y daré lo mejor de mí… si me lo permite —añadió, ya que Raven tenía la última palabra.

—De ningún modo voy a empujarte a ese camino.

—¿Por qué no? ¿Acaso no me ve capaz?

—Te veo capaz de todo eso y mucho más. Pero entenderás que no planeo que te rompas cada vez que llegues a tu límite y los recuerdos te acechen. La crueldad no es el arma que empuño… contra quienes considero inocentes.

Que él se preocupara de manera tan desinteresada por ella le llenó el pecho de un sentimiento muy cálido.

—Me gusta retarme a mí misma, señor —reconoció en un hilo de voz. Que la esperanza creciera a borbotones dentro de ella solo podía significar una cosa: las heridas de su corazón comenzaban a sanar—. Si no lo hago, comienzo a aburrirme y es mucho peor.

Para su sorpresa, Raven soltó una corta risa que empujó su aliento contra su cara. El olor a miel y limón se intensificó, envolviéndola igual que un manto. Sheena se ruborizó ligeramente, tan poco acostumbrada a que la gente tomara en serio lo que salía de su boca como a sus deseos.

—Descansa por hoy. Hemos cerrado el Redemption para que Maddox duerma y se recupere un poco. Ha perdido demasiada sangre.

—Soy incapaz de pegar ojo si sé que hay un paciente que necesita ayuda. No se preocupe, solo necesito un poco de té y respirar aire fresco.

A él le hubiese gustado que respirase su aliento. Cuanto más tiempo pasaba allí, tan pegado a ella que el aire comenzaba a escasear, más la deseaba. El brillo de sus ojos, a causa de las lágrimas, no eclipsaba el suave rubor de sus mejillas algo húmedas y de sus labios llenos, rosados. Apetecibles como nada más en ese mundo.

Los ojos de Raven se fijaron justo ahí, en el arco de cupido, en las esquinas ligeramente curvadas y en el hoyuelo que aparecía y desaparecía en la mejilla derecha. Era tan bonita. Aplastaba su cordura hasta hacerla añicos y lo incitaba a cometer locuras empujado por el deseo únicamente con existir. Y eso ya la convertía en la criatura más mortífera de todas.

Como Sheena no se movió del sitio —continuaba acorralada contra el sillón—, él se regodeó en su calor. Un calor que emanaba a borbotones de su cuerpo menudo, apenas cubierto por un vestido totalmente arruinado por las manchas de sangre.

Eso lo lamentó aún más. Ojalá hubiera sido él quien estropeara las faldas y el escote después de colar sus manos por todos lados. Seguro que su piel era suave y aterciopelada, un montón de seda que sus dedos serían capaces de reconocer incluso a oscuras.

—Será mejor que regrese a la cocina. He de lavarme un poco —balbuceó Sheena al comprender el significado del oscurecimiento de sus ojos.

Raven se apartó con pesadez, sin ser capaz de ocultar el hambre que se extendía por todo su cuerpo. Quería besarla y morderla y marcarla por todos lados. Hacerla suya y demostrarle que la dureza de sus pantalones no era un acto reflejo por la ausencia de compañía femenina de los últimos meses, sino la consecuencia de aquel encanto que ella exudaba.

—Bien. Te llamaré si te necesitamos.

Sheena llenó sus pulmones de aire y salió corriendo del despacho con los latidos del corazón palpitándole en los oídos.

¿Así se sentía una mujer deseada de verdad? ¿Al borde del desmayo?

No se quedó a averiguarlo porque el olor de la sangre y los recuerdos amargos aún hacía mella en su interior. Aunque la verdadera razón detrás de su cobardía no era otra que el terror a caer en las redes de una emoción que le era tan ajena como la lujuria.

Ella no deseaba a Raven. Jamás lo desearía.

Y, sin pensarlo demasiado, añadió otra mentira más a la lista que le impedía enamorarse del villano de la historia.

13

Maddox pasó las primeras cuarenta ocho horas sin problemas, y Sheena se sintió especialmente aliviada por ello. Lo que al principio fue una locura por su parte —nadie en su sano juicio se animaría a extraer una bala sin poseer conocimientos médicos básicos— se transformó en una medalla invisible que se colgó a sí misma en el pecho y que iba enseñándole a todos en el Redemption.

Todo eso gracias a Raven, el primero en confiar en ella. Porque de no haber sido por él, jamás se hubiese atrevido a fantasear con la posibilidad de ir más allá de sus límites y comenzar a leer toda clase de artículos o libros relacionados con la medicina en los días posteriores a la intervención.

Sheena era consciente de que jamás alcanzaría los conocimientos y experiencias de un médico porque no se le permitiría ir a estudiar a la universidad y hacer prácticas con uno, pero eso, muy lejos de asustarla, la animaba a seguir por ese camino sin miedo a lo desconocido. Las damas como ella existían para casarse y engendrar hijos, no para deslumbrar al resto con sus conocimientos. Sin embargo, eso no volvería a condicionarla.

Allí no había un solo hombre que la sometiera de nuevo y la redujese a ser un simple adorno bonito.

Y qué bonita era la libertad.

Llegó a olvidarse incluso que estaba en el punto de vista de un bastardo arrogante que planeaba vengarse de ella simplemente por no permitir que la prostituyera en su club noche tras noche. E incluso encontró cierto placer en pasar sus horas encerrada en su habitación, leyendo y empapándose sobre anatomía, remedios e intervenciones, totalmente entregada a su labor.

Y quien se lo facilitaba todo era Raven. Él empezó a dejarle libros en la puerta de su habitación, sin nota alguna, pero seguro de que ella los encontraría. Un gesto que Sheena apreciaba profundamente.

Por las noches bajaba y se ocupaba de Caleb y Marlon, y luego pasaba a ver cómo seguía Maddox, si no le daba fiebre y la herida continuaba limpia. Su máxima en esos momentos era que no se infectara bajo ningún concepto, o correría el riesgo de perder la pierna o terminar cojo.

No se relacionó demasiado con la familia del Redemption porque aún se mostraba reacia a ser parte de un lugar que abandonaría en cuanto se le presentara la oportunidad. Sus planes seguían intactos y no se mostraría débil ante los estímulos que recibía en ese club por parte de todos.

Alguna que otra tarde, Chloe y Meredith la obligaban a tomar el té con ellas, y por las noches, cuando abrían, se marchaban para seguir con su trabajo.

Solo hubo una ocasión en la que Sheena, más por curiosidad que por preocupación, decidió echar un vistazo a la taberna donde servían *whisky*, *brandy* y ron a todos esos caballeros apilados alrededor de las mesas de madera, con tapetes verdes y barajas de cartas o dados sobre ellas. Jugaban y se divertían como si no existiera otro tipo de vida fuera del Redemption. Además, el olor a sudor, a alcohol y tabaco llegaba a ser insoportable.

En el Redemption solo trabajaban tres chicas ofreciendo servicios sexuales a cambio de unos cuantos peniques, y, según le comentaron tanto Chloe como Meredith, era por propia voluntad. Ni Jude —el antiguo dueño del club— ni Raven las obligaba a ello.

—No logro entenderlo. Las dos podéis trabajar como doncellas en cualquier casa —les había dicho la tarde anterior—. ¿Acaso no es más digno?

—La dignidad no se pierde por acostarse con un puñado de hombres al año, Sheena —le dijo Meredith con expresión divertida—. Cómo se nota que no conoces el mundo exterior.

Sheena se tomó aquello último como un ataque y arrugó el ceño.

—Solo expreso lo que pienso.

—Y está genial —cabeceó Meredith, con sus ojos grandes, iguales a los de un gato, fijos en ella—. Pero se te olvida que la vida no es blanco o negro, sino una escala de grises de lo más enrevesada. Mi dignidad sigue intacta después de todos estos años, porque una persona solo la pierde en el momento que se deja usar por otros o comete actos crueles y malintencionados sin pararse a pensar en los demás. Y yo no atento contra nadie.

»Vivo mi vida muy cómodamente. Si me prostituyo es porque sé que mi cuerpo me permite obtener todo lo que deseo a cambio de engatusar a un par de caballeros atontados.

Por más que se lo explicaran, Sheena continuaba sin entenderlo.

—Además —intervino Chloe—, ser la amante de un caballero acomodado es mucho mejor que trabajar como doncella. Muchas de ellas son víctimas de los deseos de su señor y no tienen libertad para huir lejos, mientras que Meredith, yo y tantas otras sí somos libres de elegir. Relájate, aquí nadie sufre.

Y Sheena las creyó, por supuesto, si bien no compartía aquella visión lejana de las artes amatorias.

Por eso, y porque le picaba la nuca al pensar en lo beneficioso que pudiera ser para ellas, se dejó ver en esa parte del Redemption sin medir las consecuencias de sus actos.

No tardó en cortarle el paso un hombre alto, entrado en la madurez, que se movía haciendo eses y apestaba a *brandy* que echaba para atrás.

—Vaya, vaya. Qué novedad tan suculenta.

Sheena se apartó de él por acto reflejo.

—Lo lamento, milord, pero creo que se confunde.

El desconocido se relamió los labios en un gesto obsceno que le provocó náuseas.

Bajo la luz tenue que iluminaba la taberna, su rostro brillaba por el sudor y apestaba a vómito y a alcohol. Sheena se vio obligada a respirar por la boca para no ser noqueada en cuestión de segundos.

—Hacía tiempo que no pasaban por aquí jovencitas de tan buen ver. Tendré que dejar propina esta noche por la iniciativa —siguió con su discurso él, agarrándola de la cintura—. ¿Cuánto por una hora?

—Le vuelvo a repetir que no soy una cortesana, milord —insistió ella, apartándose de su lado con toda la firmeza de la que disponía. Esa noche le costó demasiado pronunciar aquellos *milord* que le quemaban en la boca—. Si lo desea, hay un par de jóv…

—¿Seis peniques? Es bastante para alguien como tú.

El hombre coló uno de sus dedos en el escote del vestido y tiró con energía, rasgando el encaje que lo recubría y dejando a la vista una porción de sus senos.

Sheena le dio un manotazo y trastabilló hacia atrás, asustada y enfadada a partes iguales.

—Insisto en que no soy una prostituta y de ningún modo voy a irme con usted. Soy una dama.

—Ah, así que ese es tu juego —eso pareció divertirle y atraerle aún más—. Planeas seducirme dándote aires de grandeza. Bueno, las damas son aburridas, pero una puta como tú sabe cómo entretener a los hombres. De eso no tengo dudas.

A punto de chillar con la intención de atraer toda clase de interés sobre ellos, Sheena se movió hacia la derecha y llenó sus pulmones de aire… aunque no fue necesario. Unas manos grandes y firmes agarraron al desconocido por la parte de atrás, lo apartó de allí y se interpuso entre ellos.

—Creo que la señorita ya ha dejado claro que no es una cortesana y que no quiere irse con usted, ¿verdad, lord Merquimel? —La voz de Raven, fría como el acero, llenó el espacio por completo—. Será mejor que vuelva a tu mesa antes de que tenga un problema.

Lord Merquimel bizqueó y asintió torpemente al comprender la situación. Incluso con el alcohol nublándole el juicio, y sabiéndose protegido por su título y fortuna, prefirió retirarse antes que meterse en problemas con Raven. Tal era su fama, después de todo.

—Gracias —balbuceó Sheena a su espalda.

—¿Qué haces aquí? ¿No te das cuenta que la mayoría de estos hombres van a tomarte por una prostituta? Ninguna mujer tiene derecho a cruzar esa puerta… exceptuando un par de ocasiones.

—¿Pascua y Fin de año? —preguntó ella, irritada por ese tono paternalista que usaba.

—No. En las fiestas de máscaras, cualquiera es bienvenido; pertenezca o no a la nobleza. El resto del tiempo no hay mujeres en el Redemption, aparte de Chloe y Meredith. Por dios, mujer, deja de buscar al peligro con tanta insistencia.

—Yo no busco nada, señor —se defendió ella, un tanto ruborizada porque en esa ocasión sí era culpa de su curiosidad—. Y le recuerdo que me han confundido con una fulana por el vestido que llevo, no porque esté aquí.

Un escalofrío se adueñó de todo su ser en el preciso instante en el que Raven la recorrió con la mirada desde la cabeza a los pies… y vuelta a subir. Fue una inspección tan intensa, tan íntima, que las rodillas amenazaron con doblársele allí mismo.

—En ese caso vamos a tener que buscarle solución de una buena vez.

Sheena no entendió su respuesta hasta que, a la mañana siguiente, después de despacharla y ordenarle volver a su habitación, se presentó en el Redemption con una modista de la mano. La mujer era muy guapa, con el semblante serio, sí, pero unas manos muy cuidadas y una voz aguda que atraía los sentidos de cualquiera.

—Romola, quiero que la vistas como a cualquiera de tus otras clientas. Tres vestidos de mañana, alguno de noche, algún camisón… lo que sea necesario —informó Raven a la mujer—. Elige colores que le favorezcan y no le hagan ver como a una prostituta. Aquí la señorita —señaló a Sheena con el índice— es una dama.

Romola cabeceó y sacó el metro de su maletín. Unos minutos más tarde, le tomaba medidas, le hacía preguntas, apuntaba datos en su libreta… Toda una profesional de la moda que no necesitaba mucho más para hacer que sus clientas resplandecieran con luz propia.

Tras aquel rato, Sheena acorraló a Raven en su despacho y le exigió respuestas.

—¿Por qué hace esto? ¿Planea reducirme la tarifa mensual a cambio de unos vestidos que no le he pedido?

—Ignoro por qué estás de tan mal humor, la verdad, pero no. —Raven la miró con una de sus cejas alzadas—. Solo intento que te sientas a gusto y que nadie vuelva a confundirte con una cortesana.

—Es absurdo. ¡Los hombres no regalan vestidos si no quieren algo a cambio! Todo tiene un precio.

—¿Y cuál es el tuyo? —Su pregunta la calló de golpe—. Que yo sepa, no te he pedido nada. He hecho esto porque me ha dado la gana. Valóralo y disfrútalo.

—Me hace sentir aún más una fulana que me trate como a una amante a la que complacer con regalos que el hecho de que se me acerque un borracho, en mitad de la noche, a pedirme un servicio —las mejillas le ardían al decir en voz alta sus pensamientos—. Es usted un… desconsiderado. ¡Ni siquiera me ha pedido permiso!

—¿De verdad estás armando un escándalo por unos vestidos? —Raven no daba crédito. Empezaba a sospechar que aquello era una broma de mal gusto.

—¡Por supuesto! No quiero que usted me pague nada… que yo no me haya ganado.

—Has salvado la vida de un amigo mío. ¿Es que eso no es suficiente?

—Lo hice porque quise.

—Y yo también —recalcó él, levantándose despacio. Apoyó las manos sobre la superficie del escritorio y clavó en ella aquellos dos ojos castaños como un día de otoño—. Pero empiezo a creer que contigo no sirve nada. Cualquier intento de amabilidad te lo tomas como un ataque.

«Porque todo el mundo que ha sido amable conmigo me lo ha hecho pagar con creces», pensó, estremeciéndose de pronto. Se sentía desnuda y abandonada, y no entendía por qué. Por qué le pesaba demasiado las heridas que ya creía cicatrizadas.

—Entonces dígale a la modista que no deseo esos vestidos. Devuélvalos.

—De ningún modo. Lo último que voy a tolerar es que se te trate igual que a una fulana y te sientas incómoda con esos vestidos que no te pertenecen.

—Pero ¿por qué? —aulló, desconcertada—. ¿Por qué esa insistencia en salvarme y en ofrecerme cosas cuando no me conoce de nada?

—Porque eso es lo que hacemos aquí, en el Redemption, con todo aquel que requiere de un poco de ayuda —zanjó Raven—. Todos hemos estado desnudos, sin techo y sin comida, y sobrevivimos gracias a la bondad de una sola persona que no miró hacia otro lado.

»No planeo convertirte en mi amante ni busco con todo esto que me complazcas lo más mínimo por las noches, maldita sea. Estoy haciendo contigo lo mismo que hicieron conmigo: salvarte.

Sus palabras se le clavaron dentro igual que un puñal. Sofocada y con la cara encendida, Sheena salió corriendo y se escondió en su habitación lo que restaba de día.

Y no solo se ocultó esa tarde, sino todas las demás, huyendo de Raven y de ese eco silencioso que representaba la esperanza naciente en su corazón. Era la primera vez en años que alguien le tendía la mano sin exigirle un sacrificio a cambio. Por eso mismo no confiaba en Raven y en los demás. ¿Cómo podían culparla? Si la bondad no era más que una ilusión. Un castigo. Una moneda de cambio.

Pasó una semana hasta que Romola llegó con un montón de prendas con las que Sheena no soñó vestir jamás. Se presentó en el Redemption a media tarde, cubierta por una fina capa que la resguardaba de la lluvia, y se encerró en la habitación con ella para comprobar que cada vestido, corsé, camisón y pololo le quedaba bien. Como si fueran una segunda piel.

—Es usted muy hermosa, *milady*. Y aunque admito que el verde le queda francamente bien, he

optado por otros tonos que realzan el color de sus ojos y el rubio de su pelo —dijo Romola, ayudándola a vestirse—. El rojo y azul marino son sus aliados. Desconozco qué clase de vestidos usaba antes de su llegada a Londres, pero, si desea volver a contratar mis servicios, usaré las mejores telas con usted y le haré sobresalir. Los hombres deben perder los sentidos al verte y no al revés.

El reflejo en el espejo le permitió sentirse en su piel de nuevo. Casi le entraron ganas de llorar. Aunque aún llevaba el pelo suelto, llenos de tirabuzones imposibles, debía admitir que el vestido que Romola había confeccionado era… increíble. Espectacular. Al igual que el resto, claro. La misma modista se encargó de colgarlos en el armario antes de centrarse en ella.

—Son… —Sheena no conseguía apartar la mirada del espejo—. Muchas gracias, de verdad.

Romola negó suavemente con la cabeza.

—Raven insistió en que le hiciera los mejores vestidos y me limité a cumplir su petición.

—¿Y no va a juzgarme por ello?

La modista enarcó una ceja.

—¿Debería?

—Me trata como una dama cuando sabe que no lo soy. O ya no, al menos.

—Mi trabajo no consiste en juzgar a quienes encargan mis servicios, *milady*. Solo usted posee el derecho de elegir cómo se ve a sí misma y qué imagen planea ofrecer al resto. Y si me permite el atrevimiento, a mí me parece absurdo que se preocupe de más por cómo la vean las personas que la rodean. Son nuestros seres queridos los únicos que deberían importar.

Sheena asintió, un tanto atribulada por sus palabras. En el fondo, tenía razón. Pero en el mundo ya no quedaban personas que la apreciaran. Ni siquiera su doncella, en quien había confiado tantísimos años, la echaría de menos ahora que ya no estaba en Rutherford Castle. Y lord Calder ya no se encontraba en el mundo. Solo se tenía a sí misma.

—Gracias —murmuró, acariciándose la cinturilla del vestido.

Romola la dejó a solas y ella aprovechó para sentarse a escribir una carta. O una nota, más bien. Era muy poco probable que la enviase, pero la necesidad por sacar de dentro cualquier emoción que la invadiese era muy superior a la sensatez que suplicaba porque olvidase su pasado de una vez.

Guardó la carta en una de sus mangas y abandonó su habitación.

En el Redemption se respiraba un ambiente más festivo gracias a la recuperación de Maddox. Aún no conseguía caminar mucho y se quejaba todo el tiempo del dolor que lo acompañaba día y noche, mas Raven y los demás, orgullosos de su fortaleza, festejaban a cualquiera hora del día.

Fue a él a quien encontró en su despacho, bebiendo un vaso de *whisky*, nada más cruzar el enorme pasillo oscuro con el corazón encogido.

Su mirada fue un latigazo. Prácticamente la recorrió con los ojos oscurecidos por el deseo, debatiéndose entre halagarla o maldecir por lo bien que le sentaba el vestido. De color azul marino, con encajes plateados, apretaba su menuda cintura al mismo tiempo que realzaba el contorno de sus senos y ocultaba por completo sus brazos. Incluso los guantes le conferían un toque a sus manos —unas que Raven ya conocía muy bien— de lo más suculento.

El cambio resultaba evidente. Sheena había pasado de lucir vestidos viejos, descoloridos y pequeños a parecer una reina. Todas las prendas encajaban a la perfección en ella, y Raven tuvo que maldecir finalmente, porque no era de Dios que una mujer se viese tan atractiva como Sheena en esos instantes.

—Vengo a ofrecerle una disculpa y un agradecimiento, antes de que se anime usted a soltar

uno de sus comentarios desafortunados —dijo ella, rompiendo el silencio. Se sentía expuesta, demasiado, y no pretendía alargar demasiado aquel escrutinio por su parte—. Por lo que ocurrió el otro día, cuando Romola vino a tomar mis medidas y…

—Descuida, no es necesario. Estoy acostumbrado a que la gente se irrite conmigo por cualquier motivo —intentó bromear él.

Sheena, aún tensa cual vara de sauco, no se permitió el lujo de devolverle la broma y aflojar aquel nudo que le apretaba el estómago.

—Pero fui desagradable con usted y no me gusta adoptar ese tipo de actitud con la gente de mi alrededor. Además… necesito que me haga un favor —añadió, y sus mejillas se enrojecieron ligeramente—. He escrito una carta que me gustaría que enviaran por mí.

—¿Una carta?

—Sí. —Le mostró el papel perfectamente doblado y lo dejó sobre su escritorio—. Lo único que le pido es que no se dedique a husmear en lo que pone.

—Si eso es lo que te quita el sueño, puedes estar tranquila —dijo él, haciendo una breve pausa —. No sé leer.

Sheena abrió mucho los ojos.

—¿Cómo no va a saber leer? Si cada dos por tres está con esas cartas y…

—Simplemente no fui a la escuela. Lo poco que aprendí fue cuando era un niño y mi madre aún vivía. Mi nivel es el de un infante de seis o siete años, nada más. Y mis cartas son mapas en su mayoría —explicó, y ahora era Raven quien lucía incómodo—. Ubicaciones a tener en cuenta, en realidad.

—Lo lamento. Soy… Bueno, ya ve que se me da bien meter la pata. Es que no sabía…

Raven hizo un aspaviento con la mano, restándole importancia.

Su incapacidad para leer y escribir no le había impedido prosperar a lo largo de su vida. Sabía comunicarse de mil formas distintas, sin necesidad de empuñar una pluma. Sin embargo, con Sheena justo delante, vestida como una verdadera dama de la aristocracia, experimentó un atisbo de duda. Como si de pronto fuese muy poca cosa y no se mereciera respirar el mismo aire que ella.

—Le diré a Chloe que entregue la carta por ti al cartero —fue toda su respuesta.

Ella aspiró el aire por entre los dientes, sin saber muy bien cómo reaccionar sin parecer una tirana.

—¿Le gustaría aprender? A leer y a escribir, digo. No me supondría un problema enseñarle.

—¿Y eso no es ofensivo?

—¿Por qué habría de serlo? —preguntó ella, confundida.

—No te lo he pedido, ¿no? —Con una ceja enarcada y la sombra de una sonrisa canallesca en la cara, Raven la dejó sin aliento por unos segundos—. Voy a pensar que me trata igual que a un amante a quien debe compensar por sus artes amatorias.

Enseguida comprendió que estaba burlándose de ella. Sheena apretó los puños, indignada. ¿Cómo se atrevía a usar las palabras entonadas unos días antes para darle una lección?

—Es usted un…

—Bruto, ya lo sé. Y un zopenco.

—Es más que eso —añadió ella, y apoyó las manos sobre el escritorio. Raven lamentó muchísimo que llevase guantes—. Solo intentaba ser amable.

—Igual que yo el otro día, ¿te acuerdas?

—¡Pero es diferente! Sabe que tengo razón al insinuar que parecíamos… Que usted y yo

éramos…

Se ruborizó ante la posibilidad. Y no solo porque Raven estaba especialmente apuesto ese día, con la mirada encendida y los labios ligeramente enrojecidos a consecuencia del *brandy*. Es que todo en él era pecaminoso: el botón desabrochado de la camisa, el chaleco a medio poner, el pelo revuelto. Parecía un amante que acabara de salir de la cama después de complacer durante horas a su amante de ese día.

Y su frágil mente no lo soportaba.

—¿Y por qué lo es? ¿Tu amabilidad posee algo más que la mía? ¿Nos diferenciamos porque tú eres una dama y yo un bastardo?

—No he insinuado tal cosa.

—A mí me da que sí —Raven se levantó y se apoyó en la mesa, al igual que ella, de forma que sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia—. Siempre actúas de esa manera conmigo, como si tuviera que darte las gracias yo a ti por estar en mi presencia.

—Pues se equivoca. Además, venía a disculparme y… Mire, no importa, creo que será mejor que…

—Enséñame a leer y escribir, si así lo deseas. Porque está claro que eres una caja de sorpresas. Prefieres empaparte de conocimientos médicos y enseñar a un pobre diablo como yo a simplemente vivir en la comodidad de tu casa.

—¿Qué importan las comodidades si no hay espacio para la felicidad? —contraatacó ella, sus sentidos enturbiados por su cercanía.

—¿Y la verdad? ¿Qué hay de la verdad?

—Solo existe una en mí, señor, y es que soy Sheena McKenna y deseo ser libre —balbuceó, pues Raven se había inclinado más sobre ella.

Dios, ese olor a miel y limón…

Sheena pensó que perdería la batalla contra su cordura.

—Estupendo. Entonces Sheena McKenna planea ser enfermera, como mínimo, y también maestra.

—De algún modo tendré que ganarme la comida y estos vestidos.

—Podrías darme un beso y estaría todo solucionado. Lo de los vestidos, claro —agregó él, con una expresión lobuna que a ella no le pasó por alto.

Sheena abrió y cerró la boca igual que un pez fuera del agua.

—¿Cómo se atreve a insinuar siquiera…? ¡No estamos sellando ningún trato!

—¿Cierras los tratos con un beso?

—Claro que no. Es solo que… Usted es…

Quería hacerse la digna, sí, pero su cuerpo la traicionó temblando por completo. Incluso sus ojos se desviaron por un instante a su boca hinchada y roja, apetecible como ningún otro festín. Ese hombre era un completo delirio. El diablo en persona que se presentaba frente a ella para enseñarle lo que era la tentación y el deseo.

—A mí me parece que estás ansiosa por uno. Lo veo en tu cara, en tus ojos, en el rubor de tus mejillas. Y créeme —bajó la voz un poco— que nada se compara a ser besada por alguien que sabe lo que hace.

Recordaba pocos besos que fueran de su agrado. El primero se lo dio a lord Calder cuando ambos contaba con doce años y jugaban en el jardín, sin vigilancia alguna. Fue un juego inocente de dos niños que no volvieron a repetir. Luego le tocó el turno al mozo de cuadras, con quien Sheena adquirió cierto rodaje, si bien no fue más allá y acabó guardando su pureza para su futuro

marido. Y el último, lord Murray, había sido un bruto y un descuidado. Cada vez que se apoderaba de su boca, Sheena terminaba asqueada; ya no solo por la imagen que tenía de él, de su prometido, sino por el sabor amargo de su saliva y por lo mal que la trataba mientras la besaba.

No existía un solo beso que le hubiera erizado la piel, encogido las entrañas y engrandecido su corazón. Y en el fondo le daba curiosidad descubrir qué tan pasional podía ser la entrega entre un hombre y una mujer que se deseaban hasta el tuétano de los huesos.

Y Raven debió percibirlo a través de sus gestos, pues cubrió su nuca con una mano y la acercó todo lo que pudo. Hasta que sus bocas amenazaban con rozarse la una con la otra; fundirse como las llamas del fuego que crepitaba en la chimenea o como la espuma de la orilla con la arena.

—No eres consciente de la clase de embrujo al que me sometes, criatura. Pero quemaría toda una ciudad por un minuto de tu atención.

A Sheena no le dio tiempo a reaccionar, porque él se adueñó de su boca y de sus cinco sentidos como si fuera el legítimo señor de todo. En cuestión de milésimas de segundos, su fuego le quemaba las entrañas, la boca, la piel, la lengua, los huesos. Era cenizas consumiéndose bajo un fuego abrasador al que, sin embargo, no guardaba miedo alguno. Porque una mujer como ella jamás temería ser codiciada como el mejor de las recompensas.

Sus dedos se afianzaron alrededor del brazo que Raven mantenía estirado, agarrándola como si temiera que se alejara demasiado rápido, y se aferró a él con la misma fuerza y el mismo ímpetu con el que Raven la besaba. Descarnado, brutal y, aun así, muy suave.

¿Eso era lo que sentía una mujer al ser besada de verdad? ¿Que ardería si continuaba aspirando el mismo aliento, bebiendo los mismos suspiros del otro? Ojalá no la hubieran besado antes, entonces, porque ahora no tendría con qué comparar y no se sentiría totalmente estafada con el mundo y con los hombres por los besos tan insípidos y crueles que le prodigaron en el pasado.

Con los ojos cerrados, se quedó muy quieta; la espalda lo suficientemente encorvada hacia delante para no caer sobre la superficie de la mesa. Correspondía al roce de su lengua con la torpeza de quien jamás eligió ser besada por nadie, y quien ahora, maldita fuese, anhelaba que le enseñaran cómo derribar los muros y las dudas con solo un gesto tan íntimo.

Raven besaba tan bien que no tuvo más remedio que mentirse a sí misma. Coger con las manos aquella mentira que se grabaría en el alma: no sentía nada por Raven. Ni por su beso. Ni por la sutil caricia de su pulgar en el mentón cuando se hubo alejado a fin de contemplar su expresión.

Si él estaba dispuesto a quemar una ciudad entera por ella, Sheena vendería todo lo que era y lo que tenía porque ese delirio no fuese a más. Porque su corazón se quedase tal y como estaba, sin más heridas ni cicatrices. Sin más dolor que la asfixiara por las noches.

—Eres un bruto y un desconsiderado, y harías bien en no volver a tocarme sin mi permiso —balbuceó ella, apartándose con las mejillas coloradas y los ojos más abiertos de lo normal.

Se marchó del despacho con el corazón desbocado.

No sentía nada. No sentía nada. No sentía nada.

Y, aun así… ni siquiera fue consciente de su momento de debilidad. No el beso, sino el tutearlo. El tomarlo como a un igual. Como si fueran dos peones peleándose sobre el mismo tablero.

Dos personas bailando en el filo de la tentación y la pasión.

14

El tiempo era demasiado frío. Raven se colocó mejor el abrigo y comprobó que aún sentía los dedos. Los gruesos guantes le protegían lo suficiente mientras aguardaba junto al muelle el siguiente cargamento. Parecía mentira que hubiese transcurrido cinco semanas desde la última vez que estuvo allí. Más de un mes desde que Sheena apareciera en su vida.

Y seguía siendo un misterio andante. Una mentira cuya fachada era hermosa.

—Deberías mandarla de vuelta a Escocia —dijo Caleb pasado un rato.

Fumaba apoyado en una de las paredes de ladrillo húmedo del edifico más cercano, y lo miraba indiferente, pero calculando su reacción.

A nadie le sorprendía que Raven empezara a sentir debilidad por la criatura escocesa que ocupaba su habitación en el Redemption y lo ignoraba desde hacía unos días, como consecuencia del beso.

El maldito beso.

—Creo que eso es decisión de ella.

—Está volviéndote loco. A todos. Chloe y Meredith se han encaprichado de ella, y no me extrañaría que intentaran convencerla para que se quedase. Hasta Penélope le ha cogido cariño. Y tú… —Su amigo bufó—. Jamás habías perdido el norte por una mujer.

—Que tú sepas.

—Te conozco desde hace años y sé cómo eres con el género femenino. Las mujeres son un problema que evitas a propósito. Al igual que Maddox o yo mismo —agregó aquello último para incluirse en el lote—. ¿Qué tiene ella que la hace diferente?

Cómo se notaba que Caleb no trataba con ella, o él mismo hubiera descubierto la respuesta a esa pregunta unos cuantos días atrás.

Sheena era la caja de Pandora de la que los griegos hablaban en el pasado; solo que ella no contenía todos los males de la humanidad, sino sus propios demonios. Sus heridas y miedos, agazapados en un rincón, pero sometiéndola constantemente. Y no necesitaba escucharlo de sus labios para darse cuenta de que no iba desencaminado en lo absoluto. Algunos rasgos eran comunes entre las personas que crecieron en un entorno hostil, falto de confianza y amor, donde cada día se transformaba en una carrera a contrarreloj en la que sobrevivir.

Ella no se daba cuenta, pero él sí. Raven lo veía, lo sentía, lo oía. El rumor de sus miedos flotando a su alrededor igual que una nube amenazando lluvia. A veces, se quedaba quieta, con la mirada perdida, y de pronto se tensaba y se marchaba a su habitación con la misma rapidez que una liebre en el campo tras ver a un posible cazador. Tal vez fuera un recuerdo, o

simplemente una herida que aún sangraba, pero eso le impedía llevar una vida tranquila o, como mínimo, normal.

Raven ya lo había visto en el pasado. No solo en sí mismo, sino también en Caleb y en Maddox y en Chloe y en Meredith. Todos ellos tenían sus propias heridas de guerra. Sus propios fantasmas. Soñaban con ellos, con sentirse atrapados de nuevo. Y a Sheena le ocurría lo mismo.

Sin embargo, era astuta e inteligente. Dulce, incluso, y poseía un toque maternal. Cuando se juntaba con Ollie, sus hombros se relajaban y sonreía más a menudo. A él le gustaba admirarla de lejos y soñar que algún día le dedicaría una sonrisa similar. También lo desquiciaba, claro. Su soberbia era tan grande como él, y no se dejaba amilanar por nadie. Bastaba una orden de su parte para que ella hiciera justo lo contrario. Y aunque Raven no soportaba la insubordinación, tampoco le molestaba especialmente en ella. Era como si lo retase a ir más allá, a salir de su zona de confort y conocer lo que había fuera.

¿Qué hacía especial a Sheena? ¿Qué la diferenciaba de otras mujeres?

Todo.

Esa era su respuesta.

Sheena era la mujer más increíble del mundo, y solo esperaba que sus secretos no la destruyeran por el camino.

Notando la mirada de Caleb encima, se decidió a responderle cualquier patochada que le callase la boca, mas sus hombres aparecieron de golpe y la barca, repleta de botellas, atracó junto al muelle. Ninguno parecía contento esa noche.

—¿Qué pasa? —Raven miró a uno de ellos, el que siempre solía hablar sin parar, y aguardó a que le dijese algo.

Los tres se miraron entre ellos. Miradas nerviosas que intranquilizó aún más a Raven.

—¿Y bien?

—Tenemos un problema, jefe —repuso el chico, con la mejilla izquierda manchada y los ojos algo rojos a causa del opio—. Martin ha estado moviendo cielo y tierra por averiguar quién es la desconocida que tú le robaste.

—No le robé nada —gruñó Raven.

—Pero él cree que sí —se excusó el chico—. Hay rumores de que ha desplegado a muchos de sus hombres para encontrar un hilo del que tirar, y, al parecer, ha dado con algo.

—Cuenta —le dijo Caleb, quien tenía mucha menos paciencia.

El joven asintió y se aproximó a ellos, como si estuviera contándoles un secreto que no podría salir de allí jamás.

—Sheena McKenna es hija de un marqués. Al parecer, su padre la está buscando por todas partes. Hay una recompensa muy jugosa por cualquiera que le dé información o se la lleve sana y salva. Según he oído, porque Martin es incapaz de mantener la boca cerrada cuando cree que ha hecho el negocio del siglo, ella está comprometida y alguien ha lanzado el rumor de que la secuestraron en uno de sus paseos. Pero no es cierto. Nosotros sabemos que no es así.

Raven notó que un músculo le palpitaba en la mandíbula. Si Martin sabía la verdad, significaba una sola cosa: haría lo que fuese por conseguir a Sheena y devolvérsela a su padre a cambio de una suma desorbitada de dinero. O a lo mejor negociaba por algo distinto. Tierras, más dinero, un título… ¿Quién sabía? Con las ratas nunca había que dar nada por supuesto.

—¿Y cómo sabemos que la información es verídica? —Caleb lanzó la pregunta al ver la estoicidad de su amigo.

—Es lo que se rumorea —el chico encogió los hombros—, pero Martin no es el único que lo

ha dicho. Hay gente de la aristocracia que habla de la pobre hija del marqués desaparecida. No tienen familia en Londres, pero sí conocidos y amigos. Todos están buscándola.

Eso era un maldito problema. Sheena no podría abandonar el Redemption ni aunque quisiera. A menos que correr el riesgo de ser encontrada y devuelta a su padre no le pareciera un precio demasiado alto.

¿Por qué escaparía una dama de esa manera? ¿Solo porque su padre pretendía que se casara? Al final tenían razón todos: solo era una dama huyendo de sus responsabilidades.

Pero… ¿por qué le decepcionaba? ¿Acaso no era lo normal? Si Sheena tenía más de dieciocho años, lo lógico es que hubiese sido presentada en sociedad y hubiese pasado los últimos meses u años buscando marido.

¿Quién sería el hombre al que le dieron su mano? ¿Valdría la pena o solo era un rico más?

—Raven —lo llamó Caleb, y posó una de sus manos enguantadas sobre su hombro—, no podemos seguir actuando a modo de escudo de una dama que ha escapado por propia voluntad.

—¿Y qué se supone que hagamos? ¿Entregarla y cobrar la cifra que ofrece su padre?

—Es lo correcto —insistió Caleb.

—Es condenarla —corrigió Raven, y se zafó de su agarre—. Y yo no mando a nadie a la horca.

Se alejó de ellos, con la cabeza dándole vueltas. No salía de su mente todo lo que ocultaba Sheena. Pero había algo que no le cuadraba. ¿Por qué huir? ¿Por qué arriesgarse a viajar sola, entre botellas de *whisky*, y rodeada de hombres desconocidos? Ese era un riesgo demencial para una dama. Para cualquier mujer, en realidad, sin un hombre que la protegiese de cualquier tipo de peligro.

¿Tanto odiaba su futuro marido? ¿Y a su padre?

Raven regresó al club después de asegurarse de que Caleb y los demás guardaban el cargamento donde siempre —el viejo y polvoriento almacén—, y se encaminó directamente hacia la primera planta. ¿Estaría despierta Sheena? Lo dudaba. Esa noche no había combates. Había cerrado el club por descanso. Una vez al mes lo hacían, con la excusa de reponer bebidas, limpiar a fondo y reparar los muebles que se rompían. Era verdad, y era mentira.

Como todo lo que le rodeaba últimamente.

Se detuvo en mitad del pasillo, a oscuras, sin saber qué hacer. ¿Serviría de algo encararla? ¿Obligarla a hablar? No. Era probable que Sheena fuese hermética hasta con el peligro respirándole de cerca.

Tras varios minutos de espera silenciosa, se resignó a la realidad —no sería capaz de sacarla de la cama, comportándose como un desalmado con ella—, por lo que dio media vuelta y se encaminó hacia su despacho. Otra noche en que no dormiría en su casa.

Sin embargo, no había dado dos pasos cuando los gritos de Sheena resonaron por todo el espacio que existía entre ellos.

Raven ni siquiera lo pensó dos veces, lanzándose hacia la habitación, abriendo la puerta y, obligándose a ver en la oscuridad, buscando lo que alteró a la escocesa de mirada verde. Pero allí no había nadie. Solo ella, removiéndose entre las pesadas mantas; totalmente presa de sus pesadillas.

Él se encaramó sobre la cama y, con toda la delicadeza de la que fue capaz —y no era mucha —, la agarró por los hombros y trató de calmarla.

Sheena abrió los ojos de golpe, transcurridos unos segundos. Nada más percibir su sombra, luchó por salvarse, empujada por ese instinto de supervivencia que todo el mundo tenía. No

obstante, Raven no la soltó.

—Solo era un sueño —dijo él. La voz enronquecida, baja—. Estás a salvo.

Sheena respiraba muy deprisa; su pecho subiendo y bajando al mismo ritmo que sus latidos.

—¿Qué hace aquí?

—Escuché que gritabas.

—Lo lamento. Yo…

—Las pesadillas funcionan así, criatura. Todos hemos sido víctima de alguna.

Ella guardó silencio.

Los dedos de Raven continuaban sobre sus hombros cubiertos por la fina tela del camisón que Romula había confeccionado para ella, incapaz de romper el contacto ahora que ella se había incorporado un poco y sudaba a mares. Ninguno de los dos dijo en voz alta lo bien que le sentaba aquella prenda hecha a medida; algunas verdades debían morir ahogadas bajo el peso de sentido común.

—¿Podría… traerme un poco de agua?

Aunque no tenía por qué, se tomó su petición como un intento sutil de decirle que mantuviera las distancias. Y Raven comenzaba a sospechar por qué. ¿Fiarse de él entraba en sus planes, a sabiendas de que su padre la buscaba y la aguardaba un destino desesperanzador en Escocia?

Volvió con un poco de agua recién servida de la jarra que descansaba sobre la mesita auxiliar y encendió una de las velas del candelabro más cercano. A Raven le sorprendió descubrir que no había dejado la chimenea prendida en una noche tan fría como esa.

—Gracias por despertarme, señor.

—¿Hoy no me tuteas?

Ella notó el sofoco repentino al recordar la última vez que se quedaron a solas. Bajo el camisón, su piel se erizó sutilmente y el calor se acumuló en partes de su anatomía totalmente impúdicas; el pecho, las mejillas, entre los muslos.

—Eso fue una descortesía de mi parte.

—¿También lo es que no me cuentes quién eres?

—Sabe quién soy. Me llamo Sh…

—Sheena, tu padre te está buscando. Sabe que estás en Londres. Y Martin está dispuesto a dar contigo y enviarte de vuelta con él a cambio de una recompensa. Toda la ciudad está pendiente de ti.

Su rostro se contrajo por el miedo y la ira. En sus ojos brilló un sentimiento intenso de vergüenza por lo que ocurría a su alrededor. Controlar los eventos del futuro y del presente no era más que una tarea imposible, un sueño estúpido, y Sheena empezaba a ser consciente de ello.

—Entonces, deberé marcharme a Irlanda cuanto antes.

—No lo entiendes: te están buscando. Cualquiera se venderá por unas monedas.

—Les pagaré el doble —se apresuró a aclarar. Comprendía que incluso los chóferes de Londres eran propensos a ganar dinero fácil—. Conseguiré que guarden silencio y…

Raven la miró con cierta lástima.

—¿Por qué no me cuentas de qué huyes? Solo así podré mantenerte a salvo.

—No necesito su ayuda, ni tampoco su compasión. Soy capaz de cuidar de mí misma.

—Ya lo he visto —Raven se tensó al ver que no cedería ni un poco—. De no haber sido por Chloe, ahora mismo estarías encerrada en un prostíbulo donde cada noche te harían cosas inimaginables.

—Solo fue un error. Estoy segura de que en Irlanda…

—Tu padre no es estúpido.

—Usted ni siquiera lo conoce —espetó Sheena.

—Tampoco me hace falta. Un hombre capaz de poner recompensa a cualquier pista sobre su hija, es un hombre listo que no se detendrá en Londres. Seguirá buscándote en Irlanda, en Francia, en España… Cualquier lugar donde crea que estás ocultándote. Y dudo mucho que no tenga conocidos en todos esos países. ¿O me equivoco?

Sheena ni siquiera se molestó en desmentirlo. No se consideraba una mentirosa. ¿Alguien capaz de esconder uno o varios secretos? Sí. Pero no una embustera redomada. Mucho menos cuando Raven le hablaba siempre con una franqueza hiriente y descarnada, capaz de calar en ella igual que una molesta gotera; el agua abriéndose paso a través de la piedra y la madera. La verdad colándose por entre sus grietas y alcanzando su sentido común sin que pudiera evitarlo.

—Por favor, consígame ese carruaje. Necesito salir de aquí. No puedo… No puedo volver con él.

—¿De qué tienes tanto miedo, Sheena?

Vio en sus ojos cómo se rompía en pedazos al recordar.

—No puedo.

Raven chasqueó la lengua, decepcionado.

—Ni yo puedo garantizar que estarás a salvo, indiferente de si te vas o te quedas, si no colaboras con nosotros.

Se alejó de la cama para poder respirar con normalidad. El calor era sofocante allí dentro. Y Sheena no hablaría mucho más. Cuando el miedo se transformaba en un monstruo de grandes dimensiones, capaz de extender su sombra hasta donde alcanzaba la vista, no había mucho que hacer. Los demonios ganaban la partida en esta ocasión, y Raven no era tan déspota como para sacarle información a raíz de torturarla o engañarla.

—Intenta descansar un poco. Aún faltan unas horas para que amanezca —dijo, de espaldas a ella.

Se inclinó y apagó la vela, sumiéndolos a ambos en una oscuridad que, en realidad, jamás se marchaba.

Cuando hubo alcanzado la puerta, la voz de ella viajó hasta él junto a un sentimiento de asfixia que no le era ajeno.

—Si dejo que él gane y permito que me atrape sin pelear, sin intentar correr todo lo rápido que mis piernas me lo permitan, sé que no me lo perdonaré jamás. Ningún pájaro entra por propia voluntad en la jaula, Raven. Pensé que ya lo sabrías.

15

Sheena abrió los ojos demasiado tarde. El sol ya estaba muy alto en el cielo cuando decidió abandonar la cama y frotarse la cara con un poco de agua fresca. En aquel club siempre contaba con ropa perfectamente limpia y ordenada, intimidad y, sobre todo, seguridad. Esa mañana, además, la esperaba una bandeja con el desayuno en la mesita auxiliar junto a la chimenea ya encendida.

Le sorprendió no haberse percatado de que Penélope ingresó en la habitación mientras ella dormía. Tal vez le pesaba demasiado el cansancio, la conversación que tuvo con Raven unas horas atrás, y ningún ruido consiguió despertarla a pesar de que solía tener el sueño ligero.

Una vez se hubo sentado en el sillón, cogió la flor que descansaba sobre la bandeja, junto a la taza de té, con el ceño fruncido. ¿Por qué iba Penélope a dejarle un regalo tan dulce y bonito? Solo cuando agarró la tarjetita de color ocre que había junto al platillo del azúcar, sin más garabatos que una R mal dibujada, comprendió que se trataba de Raven.

Él no sabía ni escribir ni leer más allá de lo básico. O eso le dijo. Así que tenía lógica que aquella tarjeta no llevase mucho más.

Sheena acercó la flor a su nariz y olisqueó con suavidad. En Escocia también crecía muchísimas flores de colores muy vívidos y olores muy penetrantes. Le gustaba sentir que vivía en un bosque constante, como el que solían describir en ciertos libros que leía a escondidas, en su habitación, cuando nadie la molestaba. A veces le hubiera gustado ser como esas princesas que iban a rescatar y que después de recibir un beso de amor verdadera, el primero de todos, volvían a ser felices y comían perdices.

Raven le había dado un beso unos días atrás. Aún soñaba con él. Aún se estremecía ante el recuerdo. Pero Raven no era un príncipe azul. En realidad, era el villano. Siempre lo sería.

Incluso si su corazón se empecinaba en latir más rápido y en regocijarse con cada detalle que él tenía hacia ella.

Pero lo de ellos era imposible. Raven no sería jamás el príncipe que la rescataría de la más alta torre, justo después de vencer al dragón. En este caso, el dragón no era otro que lord Murray.

Esa mentira también la añadió a su larga lista. La mentira de que no permitiría que Raven se colara entre sus grietas igual que el agua se abría paso entre la roca, buscando una salida, un lugar donde desembocar y fluir.

Desayunó todo lo rápido que pudo, se vistió con lentitud —sin su doncella ayudándola, siempre le costaba más—, recogió un poco la habitación y bajó a curiosear lo que se cocinaba en el Redemption después de una noche de descanso.

—Buenos días, escocesa —la saludó Maddox, un tanto renqueante todavía, tras cruzársela en el salón donde solían hacer vida normal—. ¿Vienes a torturarme con tus curas?

Ella mantuvo la actitud recta y formal de siempre, a pesar del buen humor que se gastaba uno de los hombres de Raven.

Exactamente el que ayudó a salvar unas semanas atrás.

Le sorprendía un montón que fuese tan alto. Más que ningún otro hombre que hubiese conocido. Y sus ojos azules, dos zafiros que brillaban incluso en la oscuridad, eran inquietantes y profundos. Su pelo negro y desordenado, sus hombros anchos, sus brazos nervudos y las cicatrices que adornaban su piel no lo hacían menos atractivo. De un modo oscuro y letal.

Pero, aun con todo, a Sheena le caía mejor que Caleb.

—Buenos días, señor. No, solo… paseaba un poco.

Maddox la miró con cierta compasión.

Ella dedujo que todos conocían ya la historia de su padre y la recompensa.

—Anímate a conocer nuestras magníficas vistas. En la planta baja, el *ring*. La primera planta, el salón de apuestas y el bar. En la sala de arriba, habitaciones. Y al fondo, el almacén y las cocinas. Te aseguro que esas son las mejores. Nada que envidiar a un amanecer en la India.

—¿Ha estado usted en la India?

Enseguida se percató de su tono y las mejillas se le enrojecieron rápidamente. No había querido sonar como si dudase que alguien capaz de traficar y pegarse con varias personas durante la noche no fuese capaz de viajar, de conocer el mundo más allá de los bajos fondos de Londres. Pero tenía entendido que los viajes tan largos costaban muchísimo dinero y no todo el mundo se lo podía costear.

—Mi medio hermano es marinero. Se conoce los mares mejor que nadie. Y a veces lo he acompañado en algunos de sus viajes.

Sheena agradeció que no la mirase como lo hacía la gran mayoría; odiando a la aristocracia solo por existir.

—Eso suena… muy bien.

—Te invitaría a algún viaje de pocos días, pero me temo que un barco nunca será un lugar apropiado para una mujer.

—Aun así, creo que sería una aventura imposible de olvidar —repuso con sinceridad.

De pronto imaginó el viento salado azotándole la cara, revolviéndole el pelo, mientras su cuerpo se balanceaba suavemente junto al barco, y notó que se le erizaba la piel. Algunas aventuras se quedarían siempre en sueños sin cumplir.

Maddox pasó por su lado y le dedicó una sonrisa tranquila.

—Raven está fuera, pero no tardará mucho en volver. Puedes esperarlo en su despacho.

Ni siquiera le preguntó por qué suponía que iba a ver a Raven, pero como se marchó, dejándola allí sola, no tuvo más remedio que asumir que la mayoría de las personas que vivían en el Redemption ya daban por supuesto que entre los dos existía un lazo cada vez más férreo.

Y odió sobremanera no ser capaz de enfadarse por ello.

Se metió en el despacho y curioseó los libros que lord Jude —un hombre al que no tenía el placer de conocer aún— guardaba con celo sobre altas estanterías de caoba. Había muchísimos títulos. Eligió uno sobre astronomía que llamó bastante su atención. Tal vez le ayudaría a descansar mejor por las noches y a evitar pesadillas.

Luego se dirigió hacia su escritorio, y vio que descansaban algunas libras debajo de una pesada figura con forma de ciervo. Sheena se mordió el labio. ¿Qué pasaría si cogía algo de

dinero? Solo un poco, para que nadie se percatase. Eso le ayudaría a escapar de Londres cuanto antes.

Si la sombra de su padre era tan larga como para empañar los días soleados de Londres, entonces ella huiría aún más lejos. Tan lejos como se lo permitieran sus piernas.

El corazón le latía muy rápido durante los segundos que tardó en tomar el dinero suficiente y esconderlo debajo del corsé. Como nadie le prestaba la suficiente atención, no se percatarían de nada. Solo esperaba que Raven no se diera cuenta de que acababa de birlar un porcentaje de los beneficios que daba el club de caballeros al que se aferraba con verdadera devoción.

Porque ese lugar era su verdadero hogar.

Cogió el libro y decidió devolverlo. Justo cuando lo dejó en el mismo hueco donde lo encontró, entró Raven.

—¿Por fin te has decidido?

Ella tragó saliva.

El corazón le latió aún más rápido.

—Lo cierto es que no —pausa—. Buenos días, señor.

—Buenos días, Sheena.

Que la tutease con tanto encanto no ayudó en nada a que su ritmo cardíaco volviese a la normalidad. Sheena trató de mantenerse serena, aun así, solo por no ofrecer la viva imagen de la dama que se desvivía por ser recibida en los brazos del canalla una vez más.

—¿De paseo matutino?

Él sonrió de medio lado.

Sheena se preguntó por qué se empeñaba en mantener aquel rastro de barba sobre el mentón tanto tiempo como le daba la gana. A los hombres no les quedaba bien. Solía ser símbolo de poco cuidado, de que no le importaba ir desaliñado por el mundo. Pero en Raven era diferente. En él se veía… atractivo.

—Algo así. Meredith está algo enferma y fui a llevarle algunos medicamentos.

Eso sí llamó su atención. Le caía especialmente bien la madre de Ollie.

—¿Y su hijo?

Raven enarcó una ceja.

—Está siendo cuidado por la hermana de Meredith.

—Oh, entiendo. Quizá… pueda transmitirle mis deseos por que se mejore.

—Por supuesto.

Sheena no sabía cómo proceder. Le había dejado una flor preciosa junto al desayuno y ella acababa de robarle. No se comportaba de manera justa con Raven y, aun así, él no parecía despreciarla.

Escuchaba sus pecados repitiéndose con eco en su cabeza.

Mentirosa. Mentirosa. Mentirosa.

—¿Tiene algo que hacer?

Él la miró como si de pronto hablaran el mismo idioma.

A Sheena no le hizo falta que él soltase alguna grosería fuera de lugar para comprender qué se le pasaba por la cabeza.

—Podría enseñarle a escribir durante un rato —añadió, más seria y firme.

Por toda respuesta, Raven se acomodó en su escritorio, aunque no en su sillón, sino en una silla auxiliar, y le hizo un gesto con la mano para que lo acompañara.

Ella sí que se encargó de acoplase en el sillón que lo había visto utilizar decenas de veces, en

su fuero interno suplicando por que no se percatase de que le faltaba dinero, y sonrió un tanto forzada en el instante que Raven le ofreció hojas en blanco y el tintero.

—Me dijo usted que sabía lo básico, ¿verdad?

—Casi nada.

—¿Te parece bien si empezamos con el abecedario? Letra por letra, así nos encargaremos de que las aprendas a escribir con cierta regularidad antes de completar palabras.

—Soy todo tuyo.

La manera en que lo dijo fue tan sincera, tan directa, que sus mejillas se enrojecieron al mismo tiempo que su ser se estremecía de gozo.

—Bien —tragó saliva, repitiéndose constantemente que Raven le era indiferente y no había dobles intenciones entre ellos—. La a tiene un rabito al final y es importante marcarlo bien para que no se confunda con la o —dijo, con la voz más firme que pudo encontrar.

Raven no le quitó los ojos de encima. Perseguía con la mirada los delicados trazos que ella formaba sobre el papel, ayudándose con la pluma, sin mancharse ni una sola vez los dedos o la mano con tinta. Su letra era preciosa, como todo en ella. Como su perfil, de mentón algo alzado, sus mejillas llenas, su nariz de princesa. Su pelo recogido —al fin le hacía caso— y su cuello de cisne.

Dios, le hubiera encantado acariciarlo con los dedos, de principio a fin, y seguir por la espalda, por sus hombros y sus brazos. Sentir que su piel se derretía bajo las yemas de sus dedos igual que la mantequilla.

¿Cómo se podía adorar tanto a alguien que no era más que un puñado de secretos?

Durante dos horas, Raven se dedicó a escucharla y a imitar los trazos que ella le mostraba con mucha calma. Se le daba muy bien enseñar. Tanto, que sus dedos se movían por libre y no le costó en absoluto aprender la mitad del abecedario sin muchos problemas.

Ella, satisfecha, le dedicó la primera sonrisa sincera en muchos días.

—Creo que por hoy es suficiente.

Él le ayudó a recoger las cosas, mas sus manos se rozaron en el mismo instante que ambos fueron a sujetar la hoja de papel llena de tinta. Raven notó que la garganta le ardía, y Sheena percibió los latidos de su corazón en sus oídos. No oía nada, pero lo *sentía* a él.

Y… Dios, deseaba tanto ser besada de nuevo. Ningún beso anterior le había removido las entrañas ni acelerado su ritmo cardíaco como el de Raven. Soñaba con ser otra mujer, sin pasado ni futuro, ni miedos que la obligaran a esconderse bajo las sábanas igual que una cobarde. Si tan solo fuera alguien distinto… ella podría pedirle otro beso y mucho más.

Pero no se lo permitirían.

—D-Debo irme. Hasta luego.

Se levantó tan rápido que la silla recorrió varios centímetros hacia atrás, debido a su ímpetu. Raven la sostuvo de la mano antes de tenerla demasiado lejos. Una corriente cálida se extendió por todo su cuerpo. Sheena tragó saliva.

—Lo siento, no puedo —se disculpó al ver las intenciones de él acerca de retenerla, de darle eso que anhelaban ambos con la fuerza de un huracán.

Prácticamente salió corriendo, el corazón palpitándole de manera dolorosa.

¿Dónde estaba su lista de mentiras cuando la necesitaba?

16

Debido a que Meredith llevaba unos días enferma, Ollie se quedaba en el club por las noches, al cuidado de Chloe y Penélope y Sheena. Esta última se escaqueaba de sus obligaciones como enfermera siempre que podía. Si bien era cierto que cada vez le gustaba más leer libros de medicina y poner en práctica lo aprendido —dentro de sus límites—, también le apasionaba ser la niñera de un niño tan inteligente como dulce.

De él aprendía muchas cosas. La imaginación de los niños no alcanzaba límites. Y Ollie era de los que inventaban historias de absolutamente todo lo que sus ojos captaban a su alrededor; ya fuese un caballito de madera o una de las botellas de *whisky* vacía que descansaba en la cocina.

Mientras se lavaba las manos con un trapo en un intento por quitar cualquier mancha de sangre de las mismas, Sheena escuchaba cómo Ollie parloteaba sobre lo mucho que le gustaban los caramelos que ella obligó a Raven a comprar esa misma mañana.

—¿Por qué debería traer dulces? Ollie no forma parte del club —le dijo, lanzándole una mirada furibunda.

—Los niños también merecen vivir una infancia plena. Y hay dulces de fruta que están deliciosos —fue su respuesta.

Pensó que la ignoraría, como con casi todo, pero a las horas apareció en la cocina, dejó la caja con los caramelos en la mesa y, sin despedirse, se marchó a su despacho.

Una sonrisa bobalicona apareció en su rostro al comprobar que, en el fondo, Raven sí la escuchaba y tenía en cuenta todo lo que decía.

—Sheena —dijo Chloe al aparecer de pronto, el pelo algo despeinado y las mejillas coloradas —, Caleb ha terminado su combate. Le han dejado la cara como una coliflor.

Ella trató de no sentir cierta satisfacción porque esa noche Caleb sufriera un poquito más. Se lo merecía por todas las miradas desdeñosas y los comentarios mordaces que le dedicaba todas las veces que se cruzaban por el club.

Conteniendo un suspiro, Sheena se dirigió a la sala que Raven y los demás tuvieron a bien decorar con todo lo necesario: una camilla, vendas, alcohol, agujas… Todo lo que ella usaba a diario para que los cortes y los moretones se quedasen en una sencilla anécdota que no perjudicase a los boxeadores del Redemption. Los mismos que cada tarde salían de sus habitaciones y se comían casi su peso en carnes rojas, pescados, legumbres y cerveza. Ella jamás había sido testigo de semejantes festines para solo dos o tres personas, pero ellos eran capaces de soportar una comida tan copiosa y no engordar un solo gramo.

Si lo pensaba fríamente, gracias a los canallas del Redemption aprendía muchas cosas que

antes desconocía por completo. Y no solo por lo patéticos que eran los hombres de la aristocracia con unas copas de más encima, dinero de menos y totalmente enfadados por ser incapaces de ganar a los dados o a las cartas. Se trataba de la vida en sí. De la rutina que las personas llevaban a cabo ya no solo para sobrevivir en un mundo hostil, sino también repleto de oportunidades que, desde luego, ellos jamás dejaban escapar.

Entró en la sala y comprobó que Caleb estuviera ya acomodado en la camilla. Los dos mantenían esa rutina silenciosa donde ella limpiaba la sangre de sus heridas y él se limitaba a mirar el techo, certero a la hora de fingir que no la acompañaba.

No obstante, esa noche cambió muchas cosas, al parecer, y él no se tumbó, sino que se quedó sentado en lo que ella acercaba la mesita auxiliar y desinfectaba sus manos con alcohol.

—¿Hasta cuándo planeas esconderte? —le cuestionó así, directo cual bala recién disparada.

Sheena se quedó quieta un segundo y, asumiendo a qué se refería, inspiró profundo por la nariz y presionó el algodón recién empapado en alcohol contra el cortecito de su pómulo derecho.

Caleb ni se inmutó, como si el dolor le fuese totalmente ajeno.

—No me estoy escondiendo, señor. Estoy aquí mismo —le dijo Sheena, sus dedos moviéndose despacio por su frente para calcular los daños de aquellos moratones.

—Ninguno de nosotros tiene la culpa de que seas una inconsciente y pretendas huir lejos de tu familia.

—¿Acaso usted nunca ha querido correr tan lejos como para olvidar el pasado?

Le costaba mantener la calma mientras la increpaba. Con Caleb jamás resultaba fácil la comunicación. Era cruel y directo, tosco como acariciar un tronco recién cortado mientras las astillas se clavaban en la carne. Pero si le daba el gusto de verla temblar de rabia o miedo, sabría que la tenía en la palma de su mano, y Sheena ya no se dejaba amedrentar tan fácilmente.

—Nunca se puede correr tanto como para olvidar quiénes somos. Y si crees que sí, eres muy estúpida.

—Es usted la segunda persona que me lo dice. Supongo que tomar nuestras propias elecciones nos convierte en necios.

Le dio la espalda apenas un segundo en tanto iba a coger más algodón limpio y más alcohol.

—Conozco a las personas como tú —siguió diciendo Caleb, sin quitarle los ojos de encima—, porque he convivido con ellas.

Hubo sorpresa en su rostro al comprender que se refería a sí mismo, a un pasado lejano o cercano donde él pertenecía a la aristocracia y se pavoneaba con ellos en bailes selectos y domingos de críquet. Por su físico, por lo alto e imponente que era, por su manera de hablar y su oscuridad, jamás lo hubiera descubierto. Caleb no encajaba demasiado en el mundo donde el dinero lo movía todo y donde había normas que cumplir. Claro que ella tampoco se parecía en nada a la mujer que recorría los bosques de Escocia mientras su padre la protegía bajo su techo.

Las personas eran volátiles y cambiantes como un río. En primavera florecía con fuerza, fluía con calma y arrastraba las malas hierbas, las ramas frágiles, y renacía una vez más. Pero no era el mismo río que el año anterior, en la misma época; quizá esta vez llevaba agua más limpia, más sucia, con corrientes más intensas o más suaves. Y Sheena y Caleb eran idénticos a esos riachuelos. Eran agua abriéndose paso en la tierra y la hierba, por más difícil que fuese, en un intento por sobrevivir y adaptarse a su entorno.

—El señor Davenport también cree conocer muy bien a la aristocracia, pero me temo que vuestra animadversión se debe más a vuestras vivencias que a algo común y global. —Presionó

de más el algodón sobre la herida de su frente y lo miró, por fin, a los ojos—. ¿Me considera usted una estúpida solo porque elegí sobrevivir? Pensaba que solo los débiles se dejaban morir sin pelear.

—A veces la muerte es mejor futuro que vivir escondido.

—La muerte no será jamás el futuro de nadie, dado que es el fin de la vida, de los sueños y el amor, de los lazos que nos unen a nuestros seres queridos. ¿O no tiene usted a nadie que lo aprecie lo suficiente?

Caleb sonrió de medio lado, y Sheena apreció que, al igual que el resto de canallas que vivían en el Redemption, era atractivo. Un hombre hecho de pecado, lujuria e ira. La antítesis de todo lo que Biblia predicaba.

—Vas a ser su ruina —fue su respuesta. Al ver que ella fruncía el ceño, añadió—: Raven no se merece que le destroces la vida, pero él ya ha elegido. Te ha elegido —rectificó.

Hizo caso omiso al revoloteo de su estómago. No quería regodearse en esa verdad absoluta. Una sentencia de lo que le esperaba si asumía de una buena vez que entre Raven y ella jamás habría paz.

No se podía vivir en calma con una persona que te agitaba el corazón como si quisiera robártelo.

—Apuesto a que Raven jamás se dejaría vencer por una mujer como yo. Solo soy una necia, ¿verdad?

Caleb cerró los ojos cuando ella comenzó a limpiarle los restos de sangre con una gasa.

—Todos los que estamos aquí guardamos un enorme secreto en el arcón. ¿Sabes cuál es el de Raven?

—Algo me contó el señor Davenport.

—¿También que le debe su vida a lord Jude Birdwhistle y que no lo abandonará por nada en el mundo? ¿Ni siquiera por una damita a la que llenar de su simiente cada vez que le dé frío?

Las mejillas le ardieron tanto y se sintió tan mareada que sencillamente dejó todo sobre la mesa auxiliar de golpe. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? Como si ella fuese una… Como si ella fuese la amante de Raven Davenport. Cosa que no era cierta. Ella jamás traspasaría esa línea.

—No vuelva a hablarme así.

—¿Cómo? Ya no formas parte de la aristocracia. Si te vas, dejas atrás el título y la fortuna, y también las joyas, todo lo aprendido y lo vivido, Sheena. Así es como se huye de verdad: rompiendo con todo. No tienes derecho a coger lo mejor de ambos mundos y quedarte justo en el medio, como si la vida fuera justa o la gente amable.

»En cuanto salgas al exterior y te cruces con ellos, con los que consideras tus iguales, te darás cuenta de que ya no son tus aliados. Te mirarán por encima del hombro y murmurarán sobre ti. Verán a una pobre indigente que se gana el dinero y los vestidos porque un tal Raven Davenport la trata igual que su amante, pero sin acostarse con ella. Ya no eres lady Sheena. Eres Sheena a secas.

Pocas palabras le hirieron tanto como esas. Porque eran verdad. Una verdad dolorosa que se extendía dentro de ella igual que un veneno letal.

Con lágrimas en los ojos, se agarró los bajos del vestido para no tropezar y salió de la habitación todo lo rápido que pudo.

¿Cómo no había caído antes en algo tan obvio?

¿Quién sería a partir de entonces?

Sheena estaba tan nerviosa que ni ella misma se percató del camino que escogió hasta que fue demasiado tarde y se encontró cara a cara con esa parte de la sociedad que prefería mantener lo más alejada posible. En la parte del club donde las mesas se apilaban unas con otras, a rebosar de caballeros con la ropa a esas alturas arrugadas, envueltos en el aroma dulzón del *whisky* y el *brandy*, así como del tabaco, y donde ella se rehusaba a entrar por obvias razones.

Se secó las lágrimas con unos manotazos airados de las manos y comprobó que nadie la había visto. Tal vez ninguno de los presentes conocía a su padre. O, de hacerlo, no tenía por qué asociarla al marqués. Después de todo, llevaban muchísimo sin pisar Londres en uno de sus viajes por cortesía. Y no guardaban parentesco con nadie de la capital.

En un intento por serenarse, se movió como si nada por el club, sin levantar sospechas, hasta que lo vio.

Sería imposible no reconocer a Frederick White en mitad de tantísimas personas por dos razones contundentes: era alto y ancho como una puerta, y la cicatriz de su cara, una grotesca y retorcida porción de carne que iba desde el ojo izquierdo hasta la comisura de la boca, era su marca de identidad.

El señor White trabajaba para el conde Murray. Su prometido. Y solo existía un motivo por el cual se alejaría de su amo: la buscaba a ella.

Los rumores tal vez habían alcanzado al conde y ahora sabía dónde se ubicaba, y qué hacía allí.

No podría escapar. Volvería a atraparla y a encerrarla en su jaula de oro y seda. De demonios que la asechaban noche tras noches mientras él se divertía azuzándolos.

Solo de pensarlo, el corazón se le cayó a los pies. Las manos le temblaron con cierta violencia al comprender que la sombra de su padre y de su prometido era tan larga como el camino que recorrió para escapar de ambos. Y ni siquiera eso sirvió, a la vista estaba.

Ellos siempre la encontrarían.

Eran más astutos, más fuertes, más rápidos.

Y ella… ella solo era una mujer queriendo obtener su libertad sin comprometer lo poco que le quedaba a su corazón o su cordura.

El hormigueo que nació en sus dedos y en sus labios se extendió rápidamente por el resto de su cuerpo. Enseguida le costó respirar con normalidad, como si alguien le estuviera comprimiendo la caja torácica con el único propósito de romperle todas las costillas. Su corazón palpitaba dolorosamente. Y su mente se nubló por completo. Sheena se sentía como si de un segundo a otro fuera a perder el conocimiento y vomitar y gritar al mismo tiempo.

Le costó al menos un minuto entero tomar la fuerza requerida para obligar a sus piernas a moverse y salir corriendo de allí. Corrió y corrió y corrió hasta toparse con el principio de las escaleras que la llevarían a la habitación. No su habitación, dado que no le pertenecía; sino a la habitación de Raven. La misma que olía a él, a pesar de las semanas transcurridas, y que aún conservaba algo de su ropa y sus abrigos y los restos de *whisky* que solía beber.

Pensar en él le provocó un relámpago de dolor que la dobló en dos y, finalmente, sus rodillas cedieron y tuvo que apoyarse en la barandilla de madera para no caer del todo.

¿Por qué su padre no la dejaba en paz?

¿Por qué su prometido no asumía de una vez que no quería casarse con él?

¿Por qué la obligaban a ser la marioneta de un hombre que no la amaba ni la respetaba?

¿Por qué la libertad era un sueño tan efímero?

Cuanto más pensaba en ello, más y más crecía su dolor, su miedo, su rabia… y más se

ahogaba en ese pozo oscuro en el que se metía de vez en cuando.

—¿Sheena? —La voz de Raven sonó a su espalda.

Y para ella fue como una luz en mitad de la oscuridad. Una estrella en el cielo oscuro que la guiaba por el camino correcto.

Giró la cabeza hacia él, gruesas lágrimas manchándole la cara. Raven chasqueó la lengua y no dudó en acercarse para sostenerla como si quisiera compartir la carga con ella.

—¿Qué pasa? —sonó tan suave, tan impropio de él, que Sheena se dejó arrullar a pesar de que quería salir corriendo de allí.

No fue capaz de hablar. Le temblaba demasiado el mentón. Raven, paciente, se quedó en esa postura hasta que los temblores hubieron cesado lo suficiente.

Sheena se empapó de su calor y de su olor —miel y limón— hasta que no le quedó nada más encima que eso. Ni el vestido, ni el corsé, ni los guantes… nada de eso le protegía tanto de los peligros del mundo exterior como lo hacía Raven con su abrazo.

—Él está aquí —fue todo lo que pudo decir—. En este club.

Aunque le hubiese gustado entender de una buena vez qué demonios ocultaba, quién era esa persona que tanto le asustaba, Raven se quedó en silencio y asintió con la cabeza. Le bastaba por el momento. Sheena no necesitaba que la zarandearan en busca de respuestas, sino que la acunaran mientras ponía en orden todo ese aluvión de emociones que la azotaban con la fuerza de una tormenta.

La acompañó hacia su habitación y le ayudó a sentarse en el sillón, junto a la chimenea.

—¿Cómo es?

Sheena balbuceó un par de indicaciones. A él le bastó con la cicatriz de su cara. Eso le ayudaría mucho más que un nombre que no le sonaba de nada.

—Le diré a Chloe que te traiga un poco de té y se quede contigo.

Mordiéndose el labio inferior con demasiada fuerza, ella accedió con un seco movimiento de cabeza. No tenía derecho a pedirle que fuese él quien se quedara a su lado, velando sus sueños y sus pesadillas, mientras la protegía de las largas y afiladas garras del conde Murray. Demasiadas cosas pasaron entre ellos dos, y demasiado injusta fue con Raven, como para que él le prestase su calor un poquito más.

No lo necesitaba. No lo necesitaba. No lo *necesitaba*.

Solo… quería un poco de té y dormir. Y olvidar las palabras hirientes de Caleb, los rumores de que Raven la tenía de amante, y el hecho de que lord Murray no la soltaría jamás. A veces, escapar del dolor era lo más humano.

—Gracias —murmuró.

Raven no se marchó como si nada, sino que se acercó a ella, le dio un beso en la coronilla y se alejó como si un calambre los hubiera golpeado a la vez.

Ese lazo que se había creado entre ellos era un error. Una equivocación.

Y, sin embargo, Sheena se aferró a él para mantenerse cuerda.

Su lista de mentiras no le ayudaría esa noche.

17

Sheena sabía dónde lo encontraría incluso sin preguntar la información. A fin de cuentas, Raven era un hombre más predecible de lo que le gustaría admitir, y su amor por el Redemption, por sus instalaciones, sus negocios y su gente era muchísimo más intenso que la luz del sol en pleno verano. Y si se encontraba de mal humor o estresado, corría a la parte baja del club, se escondía allí hasta que se le pasaba o hasta que caía la noche y le tocaba ser receptor de todas las peticiones desmesuradas de sus clientes; los mismos que apostaban títulos, tierras y fortunas a causa de su adicción al juego.

El problema de aquel día era que Sheena también sentía una enorme culpa oprimiéndole las costillas. Desde hacía dos días, cuando se cruzó al señor White en el club, no conseguía dormir ni comer apenas. Su mente no se concentraba en nada que no fuese su prometido y su secuaz; el mismo que recorrió todo el camino hacia Londres con la intención de hallar y llevársela de vuelta.

Y sabía —porque lo vio en sus ojos oscuros— que Raven necesitaba respuestas. Pero ella jamás podría dárselas… ¿verdad? La verdad era demasiado pesada y dolorosa, demasiado íntima, y le provocaba cierta vergüenza que los demás supieran a qué clase de vida la expusieron los dos hombres que debían cuidarla y protegerla.

Lord Murray se presentó frente a ella como el héroe de su historia… y resultó ser un farsante.

Un monstruo.

Nada más cruzar las puertas que daban al amplio espacio donde Caleb y los demás combatían casi cada noche a cambio de una buena fortuna, se encontró con Raven. No vestía nada de cintura para arriba; su torso musculoso, de vello oscuro y rizado, totalmente empapado por el sudor. También brillaba la piel de sus hombros y sus brazos y su cuello. El pelo negro se le pegaba a la cabeza. Sus mejillas azoradas por el esfuerzo no eran nada comparadas con el rojo de sus nudillos desnudos. No llevaba nada que los protegiera; ni vendas ni guantes. Aunque eso parecía ser justo lo que buscaba: sentir. Sentirlo todo.

Y Sheena lo entendió a la perfección. A veces el dolor era lo único a lo que uno se veía capaz de aferrarse cuando todo lo demás se desmoronaba.

Sus ojos claros siguieron con atención el rítmico movimiento de sus pies sobre la tarima, sus manos golpeando el saco que colgaba del techo con gruesas y pesadas cadenas. Él ni siquiera reparó en ella. Y Sheena lo agradeció al notar el revoloteo traicionero de su corazón extendiéndose por su estómago y por su garganta.

Semanas atrás, todo su leve contacto con los hombres se limitaba a lord Murray y sus amigos.

A veces, su padre también hacía reuniones en casa a las que ella no asistía por obvias razones. Pero casi nunca se codeaba ya con personas fuera de su círculo más cercano. En parte, por sí misma; ella lo eligió debido a la rabia y a la ansiedad que la consumía. Y también por su prometido, quien se encargaba de mantenerla en una cajita de algodón donde nadie la mirase demasiado.

Tanto tiempo la tuvieron igual que a una muñeca de trapo que ya no conocía con exactitud quién era en realidad, o quién sería en el futuro.

Pero estar en aquel club le había ayudado bastante a entender mejor el mundo en el que vivía. A veces no era demasiado amable, y otras era una maravilla. Las personas que menos lo esperaba le tendían la mano como si la conocieran de toda la vida y hubiesen crecido juntos. Como su mejor amigo. Como esa persona que la apoyó en todo, hasta que lo mataron. Porque los que se hacían llamar amigos también clavaban puñales, también envidiaban y mentían, y eran capaces de dispararte.

Raven no había hecho nada de eso.

Desde el primer minuto, le tendió la mano y la salvó en muchos sentidos. Y ella… Dios, cómo le hubiera gustado no decir tantas mentiras. Una, dos… trece. Trece mentiras para no enamorarse.

¿Para no enamorarse?

—Si te vas a quedar ahí, al menos siéntate. Estarás más cómoda —le dijo Raven, interrumpiendo sus pensamientos.

Sheena notó el súbito calor que subía por su cuello y sus mejillas, y carraspeó, colocando sus manos sobre su vientre y acercándose a donde él estaba.

—Lo siento, no quería interrumpirle.

Él resopló y se detuvo, con ambas manos agarrando el saco para que dejase de balancearse.

—No estoy haciendo nada en particular.

—Salvo dejarse los nudillos en carne viva. Luego tendrá que pasar por mi consulta a que le vende las manos.

—Esto no es nada —le restó importancia con un gesto. Sus ojos se oscurecieron incluso más al fijarse en ella. Llevaba un vestido rojo, y su piel pálida y su pelo casi rubio resaltaba aún más —. ¿Qué haces aquí?

—B-Bueno… No lo sé —admitió en un murmullo—. Solo quería… darle las gracias por ayudarme la otra noche.

—No hice nada.

—Apuesto a que se encargó de que el señor White no pisara más este club.

—Eso habría levantado sospechas. Nos limitamos a darle otra dirección. Un club de un colega que se las apañará para darle esquinazo.

—¿Y si eso no sirviera?

—Entonces buscaremos otra forma de quitárnoslo de encima. No es el primero ni el último que llama a nuestras puertas con la esperanza de llevarse a la fuerza a una mujer.

Aunque la curiosidad burbujeaba en ella igual que el té recién hecho, prefirió no preguntar más acerca de esas historias. Su salud mental lo agradecería al final del día.

Caminó hasta que quedó junto a las cuerdas, y miró a Raven como si quisiera transmitirle muchas emociones de golpe. Pero él ya no le prestaba la misma atención. Se le veía… ¿dolido? Tal vez decepcionado.

Y cómo le escocía a Sheena saberlo.

—Lamento todos los dolores de cabeza que estoy causando.

—Lo sé.

Ella presionó sus labios. ¿Lo sabía? ¿Y por qué no la miraba con ese cariño velado de antes? ¿Por qué no la perdonaba por su falta de sinceridad?

—¿Por qué golpeaba el saco? —preguntó en un intento por desviar la atención. No quería hablar de sus miedos, de su prometido, de nadie que viviera en Escocia—. ¿Qué clase de placer encontráis los hombres en pegaros cada noche?

—Supongo que la violencia que reporta beneficios está mejor vista que la violencia a secas. En mi caso, no practico boxeo. Solo me gusta golpear el saco para quitarme el estrés de encima. Es mucho más factible que beber hasta emborrarme. Necesito que mi cabeza esté despejada la mayor parte del tiempo.

—A mí una copita de *brandy* ya me dejaría totalmente aturdida —reconoció con cierto pesar —. Casi nunca me permitían tomar bebidas alcoholizadas, ni siquiera para mojarme los labios.

—La dura vida de la aristocracia.

—Tiene sus cosas buenas, si me permite recordárselo. Pero es cierto que no soy una de las privilegiadas.

Raven se alejó del saco y bajó del ring. Cuando estuvieron a la misma altura, Sheena notó que su corazón se aceleraba y la garganta se le secaba de golpe. Nunca llegaría a acostumbrarse ni a comprender por qué su cuerpo reaccionaba así ante la cercanía de un hombre que lucía peligroso y dominante.

—¿Por qué estás aquí, Sheena?

Escuchar su tono de voz ronco, bajo y envolvente hizo que sus sentidos colapsaran por completo.

¿Qué iba a confesarle? ¿La verdad? ¿Una verdad a medias?

—Sheena…

Ella se abrazó más fuerte a sí misma. No comprendía por qué el calor trataba de asfixiarla a medida que Raven acortaba la distancia entre ellos, hasta que su olor a miel y limón, y a sudor fresco, viajó hasta su nariz y la estremeció de la cabeza a los pies.

—No sabía a dónde ir. Y me sentía culpable por lo que ocurrió la otra noche —susurró, al fin reconociendo qué la empujó a bajar hasta la última planta del club. Un lugar que jamás visitaba —. La culpa me está consumiendo.

—¿Crees que te odio?

—Sí, sí que lo creo.

Él chasqueó la lengua. Cogió un tirabuzón rebelde que se mecía sobre su mejilla y lo enganchó detrás de su oreja. Ambos notaron el súbito calor que los envolvió igual que un manto.

Al ver que ella no se alejaba, Raven le rodeó la cintura con una de sus grandes manos, y la empujó para que se pegara a su pecho. Sheena aspiró con fuerza por sus labios entreabiertos. El dulce rubor de sus mejillas le resultó tan adorable como el hecho de que alzara la barbilla con el único deseo de recibir un beso.

Raven jamás había tratado con mujeres que necesitaran un cortejo más sutil y delicado. Normalmente eran mujeres experimentadas —viudas, sobre todo— que buscaban el calor de un hombre en las noches de invierno, atención masculina para seguir avivando el fuego de su vanidad, y que estaban ansiosas por entregarse. Con Sheena, en cambio, debía medir cada movimiento para no asustarla. Sabía de artes amatorias, pero… ¿hasta qué punto?

Presionó los dedos sobre su espalda baja y la tomó del mentón antes de besarla. Y ese beso no

guardaba parecido alguno al que compartieron en su despacho. Ese era mucho más descarnado, más fogoso. Un choque eléctrico que los sacudió con la misma fuerza de un tsunami.

Sheena se entregó de inmediato. Lo había echado tanto de menos. El olor de Raven. El sabor de Raven. El calor de Raven. Todo de él. Todo. Hasta el cosquilleo sutil que su pelo húmedo le hacía entre las cejas a medida que la besaba como si quisiera consumir todos sus demonios y darle algo de esperanza a cambio.

Su mente se vació por completo y, sin percatarse de nada, comenzó a gimotear a medida que Raven profundizaba en el beso y la iba encorvando ligeramente contra las cuerdas del *ring*. Enseguida notó el roce de su mano libre sobre la línea del escote de su vestido, subiendo a su cuello y de ahí bajando de nuevo hasta que rozó uno de sus senos sobre la tela. A pesar del corsé, sus pezones se endurecieron y un escalofrío recorrió su espina dorsal, encogiéndola del placer que experimentaba.

Pero Raven no se detuvo ahí. Pronto fueron sus besos los que abandonaron sus labios y bajaron por su mentón, su cuello y esa V que se marcaba entre sus pechos. A Sheena jamás la habían profesado tantísima devoción y no supo cómo reaccionar.

¿Cómo se entregaba una mujer? ¿Cómo correspondía una mujer?

La pasión era tan enrevesada. Una caja de secretos que ella desconocía.

Aun así, enredó los dedos en su cabello húmedo y se lanzó de lleno a esos escalofríos placenteros que la recorrían, la erizaban y la calentaban.

—Raven…

Pronunció su nombre, totalmente ida por el placer. Pero eso debió activar algo en él, pues Raven se alejó de golpe; sus labios hinchados y enrojecidos y húmedos por los besos. La mirada desenfocada por el placer que lo nublaba.

—No puedo —dijo, y retrocedió un par de pasos.

Sheena notó que el corazón se le saldría por la boca.

El calor de la vergüenza la consumió tan rápido como la llama a una cerilla. ¿Que no podía? ¿Que no podía qué, exactamente? Porque ella… Ella no era una cortesana, ni una prostituta. No era nadie, a decir verdad. Solo Sheena. Y se había entregado a él con una fe ciega que casi le explota en la cara.

Dios, ¿qué había hecho?

—Lo siento —dijo ella, y también se alejó, cada vez más abochornada y herida en su orgullo.

—Me encantaría hacerte el amor aquí mismo, sin preocupaciones, y recorrer todo tu cuerpo con la boca y con las manos. Y así enseñarte cómo un hombre es capaz de hacerte vibrar sin importar su procedencia. Pero sería una locura, Sheena —trató de explicarse, respirando aún de manera agitada—. Porque no sé quién eres y quién te busca, y no sé cuánto tiempo te quedarás aquí. Y sería un precio demasiado alto a pagar —pausa—. Acostarme con una mujer que se marchará en cuanto pueda.

El silencio que se instaló en ellos fue tan denso como una sopa recién servida. Se mantenían la mirada en aquel espacio que los separaba de pronto. Él respiraba un tanto agitado, y ella sonreía con cierta tristeza.

Llegó a la conclusión, mientras se quitaba los guantes, que las mentiras se mantenían con elegancia hasta cierto punto. Para ellas no había un final feliz. Tampoco para las personas que anhelaba cambiar su presente y futuro. Así como en el juego de azar todo dependía de los dados o las cartas que te tocaran, en la vida era más de lo mismo: si nacías en la familia equivocada, te tocaba pagar por pecados que no te pertenecían. Por emociones que te eran ajenas y, aun así, se

te clavaban en la piel igual que una aguja.

Sheena dejó los guantes colgados de una de las cuerdas del *ring* y procedió a deshacerse de la lazada del vestido. Fue algo dificultoso porque no acostumbraba a hacerlo ella. Desde que vivía en el Redemption, sí; pero cuando aún estaba en Escocia lo hacía su doncella. Allí, en Londres, le pedía ayuda a Penélope por las mañanas para que le abrochara el corsé. Y por las noches se lo quitaba a duras penas.

Frente a un Raven impasible, que casi no parpadeaba, no tardó demasiado en dejar caer el vestido a sus pies como un charco de tela roja. Roja como la sangre. Luego le siguió el corsé, aunque no se quedó completamente desnuda. Ayudándose de las manos, cubrió sus senos con tal de no exponerse ante el hombre que acababa de rechazarla.

Acto seguido, e ignorando el deseo que brillaba en los ojos de Raven y la acariciaba en la lejanía, se giró y le mostró su espalda.

—No podemos decidir dónde nacemos. Es algo que he tratado de decirte desde el primer momento —empezó a decir, tuteándolo al fin. Si iba a abrir su pecho y exponerse por completo, prefería ser una mujer cualquiera y no lady Sheena—. Tal vez la aristocracia sea un completo despropósito para ti, Raven, y lo entiendo mejor de lo que crees. Pero no es mi culpa que mi padre sea un marqués. Así como tampoco era culpa mía el trato que me daba.

»Las cicatrices de mi carne ni siquiera me molestan —prosiguió con una sinceridad cruda e hiriente—, pues son solo marcas que no se borran. Pero las del alma… esas son las que más me dolían y me duelen. Son las únicas que no conseguía sanar.

Raven no la miraba a ella, en realidad, sino a las líneas de carne rosada que llenaban su espalda; desde unos centímetros por debajo de la nuca hasta los hoyuelos que marcaban sus glúteos. Y aunque en otro momento hubiese besado aquel caminito que marcaban sus vértebras hasta el límite de los pololos, mientras sus dedos hurgaban en la tela para quitarla, en esa ocasión solo tuvo energía para controlar el estallido de rabia que lo invadió.

—Empezó a pegarme desde que era muy pequeña. Por eso mi doncella me enseñó a curar y coser heridas. Era mucho más fácil si nos encargábamos en casa, sin nadie que hablase a las espaldas y revelase ciertos secretos. Y mi madre estaba demasiado enferma para darse cuenta de algunas cosas que pasaban su techo. Según mi padre, el gran marqués de Rutherford, me enfermaba a menudo porque era una niña débil. Resfriados que se alargaban a lo largo de días y semanas y meses, incluso.

»Menos mal que tenía a los Calder, o me habría vuelto loca. Nada conseguía que mi estancia en aquella casa fuera totalmente satisfactoria. Vivir allí era como vivir en una constante pesadilla de la que jamás despertaba. Y empeoró a medida que se acercaba mi presentación en sociedad. Si cualquier hombre veía mis cicatrices, haría preguntas.

—¿De verdad nunca se dio cuenta tu madre de lo que él te hacía? Pensaba… que las mujeres de la familia solían verse desnudas alguna vez, ya fuese en un baño o en la modista.

Sheena notó el frío rozándole la piel, pero también el esfuerzo sobrehumano que hacía Raven por no maldecir; por hablarle con una calma que no sentía.

—Ella murió unos años antes de que me presentaran en sociedad. Entonces se hizo cargo mi tía, principalmente, pero no era una mujer que atendiese demasiado mis necesidades. Prefería pasearse por aquí y por allá en busca de un nuevo amante.

—Lo siento, Sheena —murmuró él.

Ella todavía no se dio la vuelta. No sería capaz de contarle la verdad, su verdad, si le veía la expresión de lástima que seguro que tenía.

—No fue mal, al principio. Había caballeros interesados en mí y yo me sentía a gusto siendo cortejada. Pensaba de verdad que alguno de ellos me sacaría del infierno en el que vivía, que con un marido que me protegiese y se convirtiera en mi héroe, ya nada malo me ocurriría. Mi padre solo tenía potestad sobre mí mientras alguien no reclamase mi mano; pero si eso cambiaba, tal vez el futuro sería algo más amable y más dulce. Formar una familia donde el amor floreciera… y donde los golpes no fueran más que ecos del pasado.

»Todo lo que anhelaba era poder casarme cuanto antes. Me valía cualquiera —reconoció con pesadez y vergüenza—. Lo único positivo de la temporada, era que mi padre no me golpeaba ni me hacía heridas incurables. Necesitaba que yo presentara mi mejor imagen para que alguien decidiera casarse conmigo. Al no tener más hijos, si él moría, el título y todo lo demás pasaría a manos de mi marido. Eso era lo único que le importaba.

Recordó las incontables ocasiones en las que el marqués de Rutherford le insistía porque eligiera a un buen marido; joven y con ideas claras, y con interés por administrar unas tierras que algún día serían suyas también. No quería a los que parecían más amables con ella porque consideraba que Sheena de verdad necesitaba un hombre que la metiera en cintura todo el tiempo posible. No confiaba en ella, y solo la veía como una yegua a la que montarían y sacarían beneficio, como lo serían sus hijos y futuros herederos. Y aunque le dolía que hablara de ella como poco más que un despojo, aún mantenía la suficiente fe de enamorarse de verdad. De escoger al héroe de su historia. El hombre que la salvaría de su eterna pesadilla.

Qué equivocada estuvo todo el tiempo.

—Como no conseguí marido el primer año, estuvo torturándome y castigándome por ellos los meses restantes. Había ocasiones en las que mi doncella ni siquiera conseguía curarme las heridas. No solo están sobre mi espalda —murmuró, aguantándose las lágrimas de impotencia—; también las hay sobre mis muslos y mis caderas. Porque su cinturón siempre se abría paso a través de mis brazos. Golpeaba tantas veces que ya no recuerdo… No logro recordar dónde… —Apretó con fuerza los muslos, aún cubriendo sus senos—. Entendía muy bien por qué mi doncella no quería ni acercarse a mí en los peores días. No presentaba mi mejor imagen, y me tocaba coser y curar en la oscuridad de mi habitación. Vendar aquellas zonas que el vestido cubría cuando era de día y me tocaba ocuparme de mis obligaciones.

Raven comenzó a ver en rojo; tan intensa era su rabia mientras escuchaba el testimonio de Sheena.

¿Cómo era capaz un padre de hacer algo semejante? Bueno, qué pregunta más absurda. Él ya había sido testigo con anterioridad de progenitores que no sabían controlar su ira. A los que se les iba la mano en castigos por actos que se solucionaban con una charla preventiva. Con un «intenta no hacerlo más». Ningún individuo estaba a salvo cuando se trataba de nacer en el seno de una familia desestructurada o cruel. Y él ya conocía eso a la perfección.

Al haberse criado en los bajos fondos, rodeado de huérfanos y bastardos, de caballeros que perdían el dinero y la decencia al mismo tiempo que los pantalones, vio suficiente para entender que Sheena decía la verdad. No sobre las palizas que su padre le prodigaba; más bien era su intenso deseo por huir lejos de allí. Lejos de su carcelero y torturador.

—Solo se detuvo cuando, en mi segunda temporada, me prometió a lord Murray. Un conde de lo más atento y dulce e inteligente. A mi padre le encantó desde el primer minuto. Y yo pensé de verdad que él me salvaría de aquella cárcel de seda y oro. Qué necia fui —pausa para suspirar bajo—. Lord Murray era aún peor.

—¿También te golpeaba?

Los nudillos de Raven palpitaban por su deseo de partirles la cara al marqués y al conde; a los dos a la vez, para que aprendieran la lección.

¿Qué tipo de pecados expiaba Sheena para que le tocaran dos monstruos al mismo tiempo? A veces perdía la fe en Dios.

—No. Su manera de tratarme fue mucho más sutil. Al principio no me daba cuenta, porque vivía emocionada con la boda y el compromiso, y los vestidos que me regalaba, las joyas y las flores. Era tan atento que no me fijaba en nada más. Ni en las largas horas que pasaba en el despacho, junto a mi padre, ni las ocasiones en las que viajaba a Londres con la compañía del señor White. Para mí, el conde era especial, mi futuro marido, y no osaría ponerme una mano encima.

Raven se apoyó en uno de los pilares del *ring* para escuchar lo que se venía. Intuyó que no le iba a gustar en absoluto.

Y no se equivocó.

—La primera prueba de amor que pidió fue al mes de nuestro compromiso. Acababa de acompañarme a dar un paseo por los alrededores de Rutherford Castle, bajo la supervisión de mi tía, y cuando esta se marchó dentro, en busca del mayordomo, él aprovechó el momento y me dijo que le diera un beso. Pensé que era algo normal. ¿Por qué no iba mi futuro marido a querer un gesto de amor de mi parte? Como ya había dado algunos antes, por simple curiosidad, no me desagradó. Lord Murray era algo tosco besando, mas pensé que era el ímpetu y la emoción lo que lo espoleaba a besarme de aquella manera. Como si quisiera… poseerme.

»La segunda prueba de amor fue diferente. Sucedió al segundo mes y medio, más o menos —Sheena se abrazó a sí misma todo lo fuerte que pudo cuando su cabeza se llenó de imágenes de aquella noche en la que todo cambió. En la que el cuento de hadas se fracturó en mil pedazos—. Mi padre estaba demasiado ebrio y no se percató de que lord Murray no se había marchado aún de casa. Y él sabía cómo ganarse al mayordomo y a mi doncella. Un simple truco de mago que utilizó para quitárselos de encima y llevarme… a mi habitación.

—Sheena… No es necesario que…

—Tienes que saber toda la historia —lo cortó suavemente ella. Su voz sonaba nasal—. Era lo que querías, y te lo daré —repuso—. Esa noche tuve que entregarme a él. Lord Murray no quería esperar a estar casados. Me expresó, mientras me llenaba de saliva el cuello y los hombros, mientras sus dedos me retiraban la ropa, que debía asegurarse que se casaba con una mujer de verdad, porque en el pasado ya intentaron engañarlo.

»Ni siquiera me preguntó por las cicatrices. Fue como si… ya supiera de dónde provenían —balbuceó, temblando con violencia—. Y entonces me rompió. Me quebró en tantos sentidos que ya no veía salida, ¿entiendes? Esa rutina se repetía constantemente. Él engañaba y engatusaba a todos a mi alrededor, se metía en mi lecho y luego me recordaba que solo era diferente a una fulana porque tenía el título de mi padre. Porque mi dote era inigualable. Porque le haría a él mucho más poderoso.

»Cuando no me obligaba a servirle, me menospreciaba por todo. Si comía de más, si no bailaba lo suficiente, si usaba colores llamativos en los vestidos, si no adelgazaba más, si no sonreía para que todos vieran lo felices que éramos, si no obedecía a mi padre en cualquier cosa que me pidiera, si no lo recibía con ansias… Para él, yo no era más que una marioneta. Una muñeca de trapo. Y, justo cuando pensé que todo mejoraría, que el casarnos haría que el conde se relajara y viera que yo sí merecía ser condesa, comenzó con su tortura favorita: traer las amantes a casa.

A Raven le tembló un músculo en la mandíbula.

¿Cómo se podía ser tan miserable? No conocía la identidad del tal conde, pero si osaba a entrar en sus dominios, se encargaría de enviarlo al Infierno antes de tiempo. Ningún hombre merecía seguir respirando y torturando a los demás solo porque le divertía el sufrimiento ajeno. Y lo peor de todo era que Raven conocía a demasiados como lord Murray.

De donde él venía, ese tipo de juegos perversos, esos intentos por alcanzar un trono de soberbia desde el que azotar al resto y mirarlos por encima del hombro, era una rutina asfixiante que acabó con la vida de muchos inocentes. Que Sheena formara parte de las víctimas solo acentuó la ira que se extendía por su cuerpo con la rapidez de un veneno.

—Intenté resistir porque me pareció menos doloroso saber que lord Murray tenía amantes que los golpes de mi padre. Que ambos se preocupaban por mí, que me querían a su manera, que deseaban verme brillar y ser una buena esposa y una buena hija… Cuántas mentiras me decía a mí misma, noche tras noche, después de ser menospreciada y manejada igual que un ramo de flores que no termina de entrar en un jarrón demasiado bonito —cerró los ojos para reprimir las lágrimas que ya se acumulaban en ellos—. La última noche que lord Murray me puso la mano encima, no trajo a una de sus amantes, sino a dos. Dijo que así sería más divertido. Me obligó a mirar y a tocar y a soportar caricias que no quería… ¿Cómo podía ser eso algo normal? Traté de preguntarle a mi doncella, pero ella solo me miró con lástima y me advirtió que no le contara nada de lo que pasaba en mi lecho a nadie, o se correría la voz y mi reputación se vería manchada para siempre.

»¿Quién iba a casarse conmigo si rompía mi compromiso? Mi padre ni siquiera lo permitiría. Antes él… —un sollozo la interrumpió—. Lo único que me quedaba era quedarme allí y tratar de ser feliz los escasos ratos en los que me encontraba sola, o huir. Y sabía, por el mozo de cuadras, que a veces venían carruajes desde Londres para ir a cargar las botellas de *whisky* de la destilería que teníamos más cerca. No sé por qué me subí a uno de ellos, pero se me presentó la oportunidad y… Creí que era mucho más heroico huir lejos de Rutherford Castle, lejos de mi padre y mi prometido, y fingir que me había muerto, que hablar con mi tía de lo que ocurría. Ella jamás me entendería. Nadie lo hacía. Y no era capaz de soportar más caricias de ningún tipo. Más sonrisas taimadas. Más golpes. Quería mi libertad a cualquier precio. Por eso llegué en tu carruaje. No esperaba que tú ni nadie dieran conmigo.

Raven no lo soportó más; se acercó a ella y colocó una mano con toda la suavidad posible sobre su espalda desnuda. Notó que ella se encogía como acto reflejo. Aquellas cicatrices ya no le dolían, pero eran el recordatorio de que, durante mucho tiempo, un hombre al que llamaba padre le abría la carne y el alma con el único propósito de destrozarla.

Sintió tanta pena por ella.

—Lamento que tuvieras que pasar por todo eso. Ninguna persona se merece esto.

—Lo sé —murmuró—. Ahora lo sé.

—Lord Murray y tu padre no se irán de rositas.

—Claro que lo harán. Son nobles, y los nobles siempre consiguen lo que se proponen. No hay nadie en este mundo capaz de defender mi honor. Y ellos siguen detrás de mí, porque saben que no sería capaz de lanzarme al Támesis y acabar con mi vida. Ni siquiera sirvo… para… eso… —Las lágrimas caían gruesas y saladas por sus mejillas, goteando por su barbilla hacia sus brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Entiendes por qué debo irme? N-No quiero v-volver a Rutherford Castle… No q-quiero ser la m-meretriz de un hombre c-capaz de…

—Jamás volverás con él. Me encargaré yo mismo de que te quedes aquí, a salvo —aseguró

Raven, la rabia tiñendo su voz—. Eres demasiado valiosa, Sheena.

Ella negó con la cabeza. Por muchas palabras bonitas que él le dijese en un intento por reparar el daño y calmar su congoja, no serviría; Sheena sabía la verdad. Y la verdad era que no podría ponerse a salvo jamás, porque su padre no descansaría hasta dar con ella y demostrarles a todos que una McKenna no se marchaba de casa y deshonraba a la familia. Así tuviera que levantar la tierra con sus propias manos, la sacaría de cualquier tumba, de cualquier cueva, y la arrastraría de vuelta a casa; demostrándole que su poder y su influencia era envidiables.

—Por favor, no me retengas más aquí —suplicó ella—. No permitas que ellos…

La mano de Raven, grande, rasposa y cálida, se deslizó por su espalda. Sheena tembló más que antes.

Podría haberse quedado allí, si su corazón se lo hubiese permitido, mas no quería que Raven la viera llorando y tiritando por el miedo que sus recuerdos le provocaban. Así que agarró el vestido del suelo, el corsé, y salió corriendo sin mirar atrás.

De haberlo hecho, se hubiera cruzado con la mirada de lástima de Raven, y eso la mataría. Cualquier persona en el mundo que la contemplase así no le causaría ni la mitad de daño que si lo hiciera Raven Davenport.

Porque él sí le importaba.

18

El regusto amargo en su paladar no desapareció de inmediato. Después de la historia que acababa de escuchar, Raven dudaba muchísimo que su vida volviese a ser normal, porque a partir de entonces, y hasta que el marqués y el conde estuvieran bajo tierra, se encargaría de darles caza con la única intención de hacerles pagar cada herida que le provocaron a Sheena.

Todo lo demás ya le daba igual… excepto ella.

No tuvo que tomarse un tiempo excesivo en asimilar los motivos que la empujaron a subirse al primer carruaje que la llevaría a Londres porque, en su lugar, él hubiera hecho lo mismo. Cuando se activaba el modo de supervivencia, el resto ya no importaba; ni una cama caliente, ni un plato de comida, ni el dinero. Nada de eso te hacía feliz si desfilaban a tu alrededor un puñado de serpientes a la espera de morderte.

Y por Dios que la ira lo cegaba como nunca antes. Comprender al marqués de Rutherford no sería jamás una de sus tareas, pues no podría empatizar con un hombre capaz de dejar a su hija llena de cicatrices rosadas y otras totalmente invisibles en su corazón.

Algunos hombres no se merecían la bendición de recibir hijas y madres y esposas de valía como Sheena. Ellos manchaban todo lo que tocaban con sus manos. Lo destruían como si fuese una hoja seca recién caída de la rama de un árbol.

Raven caminó por el Redemption y se fue al único lugar donde lo necesitaban. Tal vez no estaba en sus manos reparar el daño que le infringieron, ni sanaría sus temores, ni apartaría sus demonios; pero sí le daría algo mucho más valioso: su libertad.

La libertad de elegir y decidir. Así como él lo hizo en el pasado.

Sheena estaba en el sillón, a medio vestir aún, con las lágrimas empapándole la carita ovalada y encendiendo sus ojos claros. Un nudo pesado se instaló en su pecho al verla así de frágil. Le hubiera gustado que su historia fuese más simple. Que ella sufriera lo indecible se le antojó el peor pecado de todos; incluso si no aparecía en la Biblia.

—N-No necesito que m-me consueles —le dijo ella, entre balbuceos e hipidos.

Raven cerró la puerta detrás de él.

—He venido a muchas cosas, mujer; pero consolarte no es una de ellas.

Sheena abrió muchísimo los ojos.

Un nuevo hipido la interrumpió.

—¿Y a q-qué has venido?

—A abrazarte. A besarte. A adorarte. A hacerte el amor.

La crudeza y la sinceridad de sus palabras le provocaron un calor repentino de lo más

satisfactorio. Ella se presionó más las telas contra su desnudo pecho. No había sido capaz de volver a vestirse mientras nadaba en el profundo lago de recuerdos que creaba su pasado en Escocia. Pero en ese momento lo agradeció. Así no tendría que esperar por sentir los dedos de Raven, rasposos y cálidos, en esos lugares que necesitaban ser acariciados.

Aun y con todo, le costó demasiado moverse del sitio y permitir que Raven tomara la iniciativa al sostenerla de la cintura y, de un simple gesto, tirar el vestido y el corsé al suelo para descubrir a la mujer que habitaba bajo aquella máscara de soberbia e insolencia que llevaba mareándolo desde el principio de los tiempos. Y la vista no debió desagradarle en absoluto, dedujo Sheena, pues sus ojos la miraban con el brillo de un carbón encendido.

—Eres la mujer más increíble que he tenido el placer de conocer —murmuró Raven, sus dedos meciéndose por aquellos dos hoyuelos marcados al final de su espalda—. Y no estoy seguro de conseguir borrar un porcentaje aceptable de la tristeza y el miedo que te invaden, pero prometo intentarlo.

—No es necesario —adujo ella, con la barbilla en alto. Se negaba en rotundo a perderse uno solo de sus gestos en lo que quedaba de día—. No pierde usted nada.

—¿Vuelve a tratarme como si fuese alguien de valía?

«A mis ojos lo eres», pensó ella, aunque se limitó a negar sutilmente con la cabeza a modo de respuesta.

—Dime que estás lista, Sheena. Si no es el caso, tendré que apartarme. Y no digo *tengo* y no *quiero* porque jamás desearía estar a menos de un centímetro de distancia de ti.

Ella dudó unos segundos. Suficiente tiempo para que Raven pensara que se alejaría. Y se lo hubiese permitido, sin dramas absurdos, porque ahora ya conocía lo que habitaba en el corazón de oro de Sheena.

—Conozco lo que es acostarme con un hombre —eligió aquellas palabras y no otras porque dudaba muchísimo que lord Murray le hubiera hecho el amor alguna vez—, pero no lo que es compartir mi cama contigo, Raven. Y no sería una mujer feliz si no aprendiese que hay besos y caricias que no queman ni dejan marcas sobre la piel.

Raven exhaló de golpe.

Sus dedos se presionaron más sobre su espalda y la pegó a su pecho. Solo le quedaba los pololos y las medias, y aquel moño que no demoró en deshacer con el único fin de ver la cascada de rizos rubios caer sobre sus hombros, sobre su carita ovalada de princesa.

—Creo que jamás permitiría que otra persona te viera con el pelo suelto. Eres como un maldito ángel recién caído del cielo.

—Mi padre odiaba este color. Lo heredé de mi abuela materna. Él decía que los escoceses de verdad no nacían rubios.

Un pensamiento fugaz cruzó su mente al plantearse cierta posibilidad. ¿Y si el marqués de Rutherford creía que Sheena no era hija suya porque no se le parecía en nada? Aunque Raven no lo había visto con anterioridad, solo por sus palabras ya intuía por dónde iban los tiros. No sería el primer ni el último marqués —o cualquier otro lord con título y tierras— que castigaba a su prole por los pensamientos intrusivos que lo asaltaban por las noches. Y bien sabía Dios que Raven no perdonaría jamás que le hiciera pasar un completo infierno a Sheena solo por la descabellada posibilidad de verla como a una bastarda.

Sheena acarició sus brazos al notar cómo se tensaba. Lo miró con una sonrisa trémula, por si había cambiado de opinión. A lo mejor ya no quería estar con ella. Si lo pensaba fríamente, Raven no hallaría nada emocionante en hacerle el amor.

Como si él hubiera escuchado sus pensamientos, la tomó de la barbilla y la besó de nuevo. El choque de sus labios fue mucho más intenso que la vez anterior. Fuego y carne y deseo mezclándose en la danza más bonita y privada de todas, donde sus lenguas y sus labios eran los protagonistas.

Mientras la besaba como si fuera una fuente inagotable de agua y él un maldito sediento que llevaba siglos sin probar gota, sus dedos le desataron los pololos y dejó que cayera también al charco de ropa que ya se acumulaba a sus pies.

Sheena enrojeció por completo; hasta su cuello y su pecho adquirieron una tonalidad rosada que la hicieron ver aún más dulce.

—Tú y tu pelo rubio sois mi debilidad. Todo de ti me gusta, Sheena. A mí sí —declaró con la voz ronca—. A mí sí.

Se apartó para colocarse de rodillas y así terminar de desnudarla. Las caricias sobre sus piernas le provocaron un cosquilleo que casi le arrancó una risa. Se contuvo al presionar la mano contra su boca, mas Raven aprovechó ese instante de naturalidad para dejar un reguero de besos en sus muslos.

—¿Te sentirías incómoda si yo también me desnudara?

Sheena se lo pensó unos segundos. Apenas recordaba qué vio o qué no cuando lord Murray visitaba su dormitorio. Muchas veces ni siquiera se desvestía cuando la tomaba. Y si venía acompañado, era su otra amante quien, diestra a la hora de llevar a cabo su cometido, le quitaba la ropa y lo cubría con su cuerpo.

¿Qué sentiría al ver a Raven? ¿El mismo tipo de pavor que la acompañaba en las noches que compartió con lord Murray? ¿O con él, en cambio, sería dulce como la miel?

—No lo sé —admitió en voz baja.

—¿Me dejas probar? Prometo que no haré nada que te haga sentir incómoda.

Ella solo cabeceó, y Raven depositó un último beso sobre su abdomen antes de retirarse y comenzar a desnudarse. Los zapatos, los pantalones, el chaleco, la camisa. A medida que su cuerpo quedaba a la vista, los ojos de Sheena se agrandaban más y más; en su memoria refrescándose el recuerdo de aquella mañana en la que él apareció en su cuarto sin nada más encima que una fina película de agua y una mirada burlona. Esa noche, sin embargo, no goteaba sobre la moqueta, aunque sí la dejó igual de desconcertada y acalorada.

El cuerpo de Raven era imponente, de músculos marcados en sitios estratégicos como el abdomen y las piernas y la espalda, vello oscuro que salpicaba su pecho y desembocaba en la entrepierna, y venas que sobresalían en sus brazos y en sus manos. La barba de varios días, que en cualquier otro hombre quedaría como una falta de respeto, en él solo era un aliciente más para caer en la tentación. Sencillamente era espectacular. El villano de una historia de la que ella quería ser la protagonista.

—¿Estás bien?

Sheena se reprimió para no negar con la cabeza y verse obligada a explicarle que junto a él jamás se sentiría cómoda… básicamente porque todos sus sentidos se veían alterados y su cuerpo dejaba de pertenecerle para reaccionar solo a él.

—Sí —graznó entonces, y su primer pensamiento en frío fue cubrirse los pechos con las manos.

Ese gesto provocó en Raven toda la ternura del mundo. Aquella mujer que se paraba delante de él no era sino el cúmulo de recuerdos que la asaltaban en cuanto bajaba la guardia, pero también el deseo hecho carne. La tentación que un hombre como él jamás sería capaz de

esquivar.

En el pasado la trataron como si no fuera más que una muñeca de trapo, obligada a satisfacer las necesidades y los caprichos de un conde despiadado al que no le importaba nada. Esa noche, con Raven, ella no sería menos que una mujer que se merecía todo. Absolutamente todo.

Caminó despacio hacia ella y le acarició el lateral de la cara con los nudillos. La primera reacción de Sheena fue temblar. En sus ojos percibió el calor y el anhelo, mas no el miedo. Solo por eso, Raven bajó lentamente por su cuello, sus clavículas y deshizo el agarre que suponían sus brazos.

—Conmigo no hace falta que te avergüences de tu desnudez —murmuró—. Me sigues pareciendo la mujer más hermosa del mundo.

—La desnudez nos hace débiles y serviciales. Y yo…

Raven alzó su barbilla con el índice al verla agachar la mirada.

—Tú —dijo, muy seguro— eres increíble, *milady*.

Sus ojos se abrieron más de lo normal al oír la última palabra. Vocabulario que no entraba en la rutina de Raven, desde luego, y que para ella significó mucho. Como si hubiese hecho las paces al fin con la aristocracia únicamente por ella.

El labio inferior le tembló un poco, y Raven, incapaz de resistirse más, volvió a besarla. Mucho más dulce, más íntimo. Buscando la manera más efectiva de que Sheena entendiera que hacer el amor no era sinónimo de vergüenza ni humillación; ni tampoco de dolor. El sexo suponía un rato agradable si se compartía con la persona adecuada. Y él estaba más que dispuesto a ser el primero —y, en su corazón, anhelaba ser el último— que le mostrara las mieles del placer carnal.

A Sheena le gustaban los besos, él lo notó desde el primero que le dio. Besos que le dejaran las rodillas temblando, las mejillas enrojecidas y el corazón latiendo a mil revoluciones por segundo. Y Raven no escatimó en darle cientos de ellos; tiernos, profundos, exigentes, crudos, suaves. Un montón de ellos a medida que enredaba los dedos en sus tirabuzones rubios, un poco enmarañados por su culpa, y jugaba con su pelo como si fuera la mejor seda de todas.

Cuando la tuvo temblorosa por un motivo más interesante, la tumbó sobre la cama y se colocó sobre ella. El rubor en sus mejillas fue mucho más intenso. A pesar de la poca iluminación con la que contaban en la habitación, Raven tuvo el placer de observar sus labios rojos e hinchados, las mejillas algo maltratadas por el roce constante de su barba. Pero a ella eso no debía importarle en absoluto.

—Quiero seguir dándote besos.

—Dámelos —los ojos vidriosos de ella se clavaron en su boca con hambre.

—No ahí —dijo, y la sonrisa de Raven se transformó en una mucho más juguetona—, no en tus labios. En otros lados.

Ella se ruborizó con más intensidad.

—¿Otros l-lados…?

—Hay muchas formas de besar, Sheena —aseguró él, y depositó un beso en el valle que formaban sus pequeños senos—. Muchos lugares que te harán retorcerte y pedir más.

Lo dudaba, pero le dejó hacer. Sentía demasiada curiosidad por lo que insinuaba Raven y, al mismo tiempo, le servía de aliciente para mantener a raya los malos recuerdos de sus encuentros con lord Murray.

—¿Me lo mostrarías?

—Una y otra vez, Sheena.

Cerró los ojos nada más posar la boca alrededor de uno de sus pezones erizados y notar el sabor dulce de su piel, la calidez y la suavidad de la misma, estallando contra su lengua. Sheena pegó un respingo, sobresaltada. Como única respuesta, Raven succionó un par de veces, demostrándole que no mentía; que el sexo no era solo bajarse los pantalones y subirle las faldas a una dama para calmar el escozor de la entrepierna con un vaivén rápido y descuidado. En cuestión de placeres, él conocía muchos trucos que la dejarían tan blandita como la mantequilla, y totalmente saciada.

La tomó de la cintura a fin de mantenerla quieta y se pasó varios minutos besando y lamiendo y mordisqueando sus pechos. Jugaba con los pezones, los acariciaba con la lengua y con los dedos, y de vez en cuando subía a su boca para acallar algún que otro quejido que soltaba. Música realmente increíble para sus oídos.

Raven de verdad deseaba mostrarle que solo los monstruos usaban a las mujeres para desfogarse sin más, sin plantearse siquiera su placer y su satisfacción. Y si ella planeaba largarse muy lejos, él le dejaría un recuerdo único en su mente: la de un encuentro que jamás pudiera olvidar.

—¿Me dejas seguir besándote, Sheena?

No tuvo fuerzas para decir que sí o que no. En realidad, solo logró rozar su pecho con los dedos, en una tierna y silenciosa petición de que le permitiera acariciarle. Como si quisiera asegurarse de que Raven era real y no fruto de su imaginación.

—Eres… muy cálido.

—Y tú una delicia.

—Me gusta tu olor a miel y limón —balbuceó ella, envuelta en una neblina que embotaba sus sentidos y cubría de mador sus sienes y su cuello—. Siempre me ha gustado.

Él dejó ir el aire en sus pulmones. Agarró su mano y la presionó más fuerte contra sus pectorales. Que tocara tanto como le diese la gana; a fin de cuentas, le pertenecía en muchos más sentidos de lo que estaba dispuesto a admitir.

Sheena dejó ir los dedos por el vello rizado y oscuro que salpicaba su abdomen y su pecho, los brazos y, no sin cierta curiosidad, su entrepierna. Era la primera vez que se fijaba por propia voluntad en la desnudez de un hombre y, aunque imponente, Raven no dejaba de ser el protagonista de sus pasiones más íntimas y oscuras.

—No sé… cómo hacer que tú… Oh, Raven, no tengo ni idea de…

—Estás aquí conmigo —la interrumpió él, comprensivo—. Con eso me basta.

No requería de atenciones específicas para disfrutar de su compañía. La mayoría de sus amantes alababan esa cualidad de él; lo mucho que se entregaba a hacerlas disfrutar, más allá de culminar. Para él era importante que las mujeres tomaran un rol más activo entre doseles y no se marcharan de su lado totalmente desilusionadas.

—Sé que nunca te han tratado como te mereces —continuó, colocándose entre sus piernas al separarlas suavemente—, y que no te preparaban como merecías. —Ante su mirada interrogante, él rozó su sexo brillante y un tanto húmedo con los dedos—. Pero voy a intentar que sea lo más cómodo y placentero para ti.

Sheena ignoraba a qué se refería. Sus escasos conocimientos le aterraron demasiado tiempo. Sin embargo, Raven se mostraba tranquilo y dulce, y no llevaba a cabo actos dolorosos que le dejaban secuelas durante días.

De hecho, un jadeo escapó de sus labios al sentir la boca de Raven justo donde sus dedos estaban segundos antes. Sheena sintió que explotaría de vergüenza. ¿Por qué él…? Se le olvidó

enseguida qué iba a preguntarle. Un relámpago placentero la recorrió al mismo tiempo que su piel, ya húmeda y caliente, se erizaba por todos lados y su espalda se arqueaba involuntariamente.

¿Aquello era… posible? ¿Ese cosquilleo que nacía de las caricias indecentes de su lengua?

Sheena se cubrió la cara con ambas manos y suplicó porque no se detuviera nunca. Era maravilloso. Raven pasaba la lengua entre sus pliegues, mordisqueaba aquella zona prohibida que se mojaba más y más, y no solo por la espesa y cálida saliva del canalla. Había algo distinto en ella, en su cuerpo; una respuesta instintiva a todo lo que le hacía.

—¿Raven…?

—Tranquila, no te contengas. Se llama éxtasis —le explicó él al separarse unos centímetros y observar, no sin hambre voraz, las expresiones de ella—. Y es lo mejor de este mundo.

«Después de ti», estuvo tentado a decir.

Aunque Sheena luchaba por cerrar las piernas, él se lo impedía con la ayuda de sus hombros. No perdía detalle de sus expresiones, de sus gemidos, de su cuerpo retorciéndose sobre la cama a medida que él ahondaba con su lengua entre los pliegues de su húmedo y cálido sexo. Si a ella le gustaban los besos, le daría cientos de ellos. Miles. Repartidos por todo su cuerpo menudo y precioso.

Cuánto disfrutaba Raven viéndola así, entregada. Ambas manos descansaban sobre las caderas femeninas a medida que ella soltaba más gemidos lastimeros y le tiraba del pelo. Esa fue la clave para que Raven supiera que su orgasmo se acercaba. Tal vez el primero de su vida, dadas las circunstancias, y él era el bastardo afortunado que lo disfrutaría como nada más en esa vida.

No detuvo el movimiento de su lengua y de su boca hasta que Sheena clavó los talones sobre el colchón y, de un segundo a otro, el éxtasis la barrió como si de un relámpago se tratase. Durante unos cuantos deliciosos segundos, su cuerpo era un cúmulo de convulsiones y humedad y calor. La escocesa se aferraba a él como si estuviera muerta de miedo ante la reacción más humana de todas a los estímulos adecuados. Y Raven, con la mirada encendida, fue testigo absoluto de tan hermosa imagen.

—¿Cómo has hecho… eso…?

—Con paciencia, Sheena. Que es lo que siempre te mereciste.

«Y también por el deseo que me quema en las venas», pensó, poco a poco trepando de nuevo por su cuerpo hasta acorralarla contra la cama. Sus brazos crearon una cárcel alrededor de ella.

Los ojos de Sheena se fijaron en él y, aunque aún respiraba errática, no se reflejó en sus pupilas ningún tipo de temor. A él no le tenía miedo, y Raven se lo tomó como la mejor de sus victorias.

—Me encantaría prometerte que no será… incómodo a partir de ahora. Al menos, al principio. Luego mejorará, te lo prometo.

Nunca antes una promesa le dio tantísimo miedo como esa. Sobre todo, porque no estaba del todo seguro de si podría cumplirla. Y no por él, sino por los recuerdos amargos que asolaban a Sheena desde que su padre la comprometiese con el bastardo de lord Murray y él decidiera acogerse a su derecho de copular con su prometida incluso antes de pasar por el altar. Ese tipo de hombres —en caso de que se les pudiera llamar así— no se merecían respirar mucho más tiempo. Pero no permitiría que su sombra llegase hasta aquella cama. Entre los doseles que los cubrían solo había espacio para ellos dos.

—Confío en ti, Raven —aseguró ella.

«Más que en nadie», pensó, y el corazón se ensanchó dentro de su pecho al recibir un nuevo

beso de su parte.

En el pasado, lord Murray siempre había sido tosco con ella. Muchas veces ni esperaba a que se quitase toda la ropa; sencillamente la colocaba sobre sus rodillas y manos, y se desquitaba con ella hasta que la humedad de su simiente se resbalaba por entre sus nalgas. Una situación que le provocaba náuseas y un intenso deseo de desaparecer durante días y semanas y meses. Con el conde, los encuentros no eran más placenteros que recibir una paliza de su propio padre.

Sin embargo, Raven le mostró que había espacio para el placer y la dulzura. Que la humedad entre sus piernas no era algo de lo que avergonzarse, como tampoco que su piel ardiera y sus pezones no dejaran de rozarse contra su pecho musculoso.

Con él era simplemente magia.

No hubo atisbo de miedo en el instante que Raven entró en ella despacio, temblando y con los músculos de los brazos tensos. Se aseguró de que, mientras Sheena lo recibía con un gemido ahogado, también notara atenciones en otras partes de su cuerpo. Depositó besos en su mentón, en la sien, en la barbilla, en su oreja, en su frente. Besos que calmaron el escozor inicial y el dolor sutil de quien no había disfrutado jamás de un encuentro parecido. A todas luces, Sheena tomaría aquello como su primera vez. La primerísima de todas.

Y no la olvidaría nunca.

Cuando Raven se hubo encajado en su totalidad dentro de ella, entreabrió sus ojos y la contempló desde arriba.

Sheena lo miró con cierta timidez de vuelta.

—¿Todo… bien? —preguntó, a duras penas conteniéndose.

—Sí —susurró—. Muévete, Raven.

Raven empezó a moverse con golpes rítmicos y sensuales de cadera que le arrancaron más de un gemido placentero. El mismo tipo de placer que unos minutos antes volvió a golpearla, esta vez un poco más tarde, pero potenciado por los besos que él iba abandonando por toda su cara y sus labios, sin perder el ritmo de las embestidas. Ella atinó a abrir más las piernas y, finalmente, rodear la cintura de Raven con ellas.

Como único anclaje, él agarró uno de sus muslos y se movió algo más rápido, extasiado por el calor y la estrechez de Sheena. Nunca había conocido mayor placer que el de tener a una mujer como ella a su completa merced. Confiándole su cuerpo y su alma y sus recuerdos.

¿Sería capaz de entender lo muchísimo que lo valoraba? ¿Lo muchísimo que… la quería?

Presionó su boca en un beso más profundo y tomó una de sus manos para ubicarla sobre su cabeza, apretándola con fuerza, mientras sus caderas seguían ese vaivén turbadoramente sensual que provocaba en ella un cosquilleo más intenso. Su cuerpo hablaba por sí solo; le decían a Raven todo lo que necesitaba. Y él respondía al instante con más besos, más gemidos enronquecidos, más caricias de sus labios sobre la curva de su cuello y el hueco detrás de la oreja.

Enseguida supo que ella alcanzaría el orgasmo porque apretó más las piernas alrededor de él y echó la cabeza hacia atrás. Raven se quedó prendado de sus expresiones a medida que el clímax se apoderaba de ella una segunda vez y la rompía en mil pedazos… antes de reconstruirla.

Era tan hermosa…

Raven no tardó en seguirla, y le costó horrores tener que retirarse para derramarse sobre su abdomen. Jamás la expondría a un embarazo no deseado. Incluso si por una milésima de segundo fantaseó con ello.

Sudoroso y enrojecido y totalmente satisfecho, se dejó caer en la cama, junto a ella, y la atrajo

para que no dudase ni por un segundo que para él también lo significó todo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó pasados unos minutos, besando su sien y abrazándola por la cintura.

Sheena tardó en responder. Su cabeza estaba sumida en un completo caos.

—Viva —respondió entonces—. Me siento viva.

Él escondió el rostro en la curva de su cuello y besó aquella zona donde los latidos de su corazón se percibían con mayor facilidad. Le hubiese encantado quedarse en esa cama toda una vida, pero la burbuja se rompió demasiado pronto.

Apenas un rato después, cuando Sheena comenzaba a dormirse, unos golpes en la puerta los sacó por completo de la burbuja que ambos crearon a su alrededor.

—Raven —la voz de Maddox sonó al otro lado—, tienes que bajar. El señor White ha vuelto.

El dueño del Redemption soltó una maldición baja al notar cómo Sheena se tensaba entre sus brazos al comprender que hacer el amor con él no cambiaba nada.

Su pasado siempre volvía.

—Quédate aquí y no salgas —casi suplicó, de rodillas sobre la cama—. Me ocuparé de esto.

En los ojos de Sheena brilló la rabia. No porque el secuaz de su exprometido siguiera insistiendo en encontrarla, sino porque acababan de romper el momento más importante y bonito de su vida.

Y eso jamás lo perdonaría.

19

El señor White era, ante todo, un matón. Raven lo notó en su postura, en el abrigo largo que ocultaba casi toda su figura y en esa expresión de lobo sigiloso que no paraba de recorrer con la mirada su alrededor para buscar tanto una salida como un recoveco en la defensa que habían creado los bastardos del Redemption.

Por lo menos no era un inconsciente. Se presentó allí, sin más compañía que la de la pistola que ocultaba bajo el abrigo, porque ya sabía que nadie lo mataría. Y porque probablemente más personas conocían su procedencia y se vengarían en su nombre. Eso era lo que se estilaba en los bajos fondos: vigilarse las espaldas en un intento por sobrevivir o ser desagraviado.

—¿Alguien va a invitarme a una copa? —White lanzó la pregunta al ver que ninguno de los cuatro hombres que tenía delante mostraba la cortesía que esperaba—. Tengo la garganta seca.

—Aún no hemos abierto al público. Tal vez te interese venir más tarde, cuando haya gente a la que desplumar y con la que brindar —sugirió Maddox, algo más tranquilo que el resto; en parte porque aún renqueaba un poco al caminar y no le vendría muy bien pelearse con un tipo como ese.

—Si vamos a mantener una conversación, esperaba al menos un poco de alegría. Pero veo que me equivoqué —repuso el aludido con un encogimiento sutil de hombros.

El único de los presentes que lo miraba como si de verdad ansiara clavar los dedos alrededor de su garganta, apretar muy fuerte y disfrutar del espectáculo hasta que se muriese de asfixia era Raven. Para él se trataba de un asunto muy personal. Quien lo miraba a escasos dos metros no era otro que el guardaespaldas del hombre que obligó a Sheena a entregarse antes del matrimonio y soportar degradaciones que no le correspondían, como ser testigo de juegos perversos que solo se llevaban a cabo en los clubs más selectos y más turbios de Whitechapel.

¿No se suponía que solo la gente que regentaba lugares peligrosos contrataba a un matón para que le cubriese las espaldas? ¿Por qué lord Murray mantenía al señor White tan cerca? ¿Dónde metía las narices para necesitar que lo protegiesen?

Tantas preguntas en su cabeza, y ninguna respuesta. Lord Murray no se presentaría allí, en el Redemption, a reclamar a Sheena, a menos que su amigo errase en su propósito. Y no dudaba en que ocurriría, porque Sheena no saldría de allí.

Caleb se movió y se dirigió hacia la barra, sirvió un vaso de *whisky* escocés para todos, y lo dejó en la mesa más cercana. Los cinco se sentaron alrededor de la misma, tensos como nunca antes. Alertas por si entraba más gente de improvisto y los sorprendía sin más defensa que un par de boxeadores ilegales, un hombre que mantenía una única bala escondida en el bolsillo de su

abrigo y otro que cojeaba por una herida de bala.

Se hallaban en desventaja, y todos eran conscientes de ello.

Tantas experiencias pasadas no les ayudaría a manejar esa situación todo lo bien que esperaba Raven. No era lo mismo lidiar con un lord que acababa de perder alguna tierra o una fortuna considerable que un lord decidido en recuperar a su prometida antes de que el escándalo salpicase su nombre. Porque, al parecer, era mucho más importante que su reputación no quedara en entredicho que la felicidad de Sheena.

No lo soportaba.

—El *whisky* es espectacular. En Escocia solemos beberlo bastante, pero a nosotros nos cobran el doble —un brillo acerado brilló en su ojo bueno; el que no se deformaba por la enorme cicatriz que cruzaba su cara—. Deberíais plantearos la posibilidad de vendérnoslo vosotros.

—A ti te lo venderíamos al triple de su precio original —repuso Caleb como si nada.

El señor White sonrió de medio lado. O tal vez solo podía sonreír así, pensó Raven, debido a la cicatriz.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Planeas convencernos de que dejemos de comerciar con *whisky*? —prosiguió Caleb, totalmente metido en el papel de hacerse el tonto y no hablar directamente del tema que los reunía allí en realidad.

—Sabes muy bien lo que vengo a buscar.

—¿Un negocio brillante? —insistió el boxeador, sus ojos brillando con interés.

—Lady Sheena McKenna. Sé que está aquí.

—No me suena. No solemos comerciar con fulanas… normalmente. Tenemos nuestras favoritas, por supuesto —Caleb le restó importancia al tema con un movimiento de la mano—. Y son exquisitas. ¿Tal vez te has equivocado de club? Normalmente podemos hacer una excepción con la gente que pisa nuestro hogar por primera vez, claro está. Y tienes pinta de no dejar tus deudas sin pagar —añadió, y su mirada se movió a través de su cicatriz—. Pero solo te ofreceremos alcohol ahora mismo. Ninguno de nosotros juega.

—Me alegra ver que *milady* ha hecho buenas amistades, y muy leales a su persona. Estoy seguro de que a lord Murray le encantará saber que su prometida no ha sufrido agravio alguno.

Raven notó que veía en rojo de nuevo. Quería golpear a ese tipo hasta que le sangrara la boca, la nariz, los ojos. Sacarle los dientes uno a uno, romperle los huesos y, cuando suplicase por ser ejecutado de una vez, lo tiraría al Támesis para que se ahogase de una puñetera vez.

¿Él hablaba de agravios? ¿El mismo que permitía que su amo golpease y vejase a su prometida?

Caleb le lanzó una mirada sutil llena de advertencia. «Ni se te ocurra meterte en problemas. Déjamelo a mí», parecía decirle.

Pero Raven no era idiota. Jamás pondría en peligro a Sheena de manera intencionada, y tampoco al club. Se sacaría de encima a lord Murray y a su secuaz cuanto antes. Y luego… Dios, prefería no pensar en ello; en Sheena marchándose tan lejos que sus manos no lograran alcanzarla.

—Insisto en que no trabajábamos con fulanas. Nos ha llegado rumores de que estás buscando a alguien, es cierto, pero no vas a encontrar a nadie aquí. Bajo este techo solo vive una mujer, y es la cocinera —añadió Caleb, como si nada.

El señor White suspiró con resignación.

—No me gustaría tener que desmantelar este club y levantar piedra a piedra para dar con el paradero de *milady*. Sería una pena que os vierais en la obligación de rehacer vuestra vida en otro

lado, y con varios miembros menos.

Caleb se rio ante su amenaza poco o nada sutil, y bebió su copa de *whisky* de un trago.

—Es gracioso, ¿sabes? No eres el primero que nos amenaza con quemar el Redemption hasta los cimientos. Con nosotros dentro, claro. Y aquí seguimos.

—¿Dónde está? —Volvió a preguntar, ya sin rastro de sonrisas.

—Pues no lo sé. ¿La has buscado en todo Londres? ¿Qué te hace pensar que está aquí? Si realmente eres un bastardo como nosotros, ya deberíais entender que los rumores aquí abajo no valen nada si no provienen de la fuente adecuada. Cualquiera que nos odie te dirá lo que deseas oír —dijo Caleb—. Ahora bien, si necesitas ayuda para encontrar a una dama, te echaremos un cable por un módico precio.

El señor White pegó un golpe en la mesa.

Raven pensó que sacaría la pistola y le pegaría un tiro a Caleb en la frente, mas se limitó a inclinarse hacia él; de verdad confiando en que era el dueño del sitio y el que tenía la voz cantante.

—Jugar al despiste no te servirá de nada conmigo. Sé de buena tinta que *milady* se encuentra aquí. Las mujeres no son especialmente inteligentes y dejan muchas pistas de sus crímenes por el camino. Así que te ofrezco un trato mejor: tú me la devuelves y olvidaré todo lo que ha pasado. Pero si sigues negándote, os pegaré un tiro a todos y cada uno de vosotros, y me quedaré este club para llenarlo de putas y borrachos dispuestos a follárselas a todas por una cantidad que me hará más rico que cualquier duque.

A ninguno de ellos le sorprendió el lenguaje tan sucio y vulgar, tan poco común, que usó el secuaz del conde. En los bajos fondos no existía el protocolo, mas sí un montón de palabras que la aristocracia ignoraba que existieran o que no conocían su significado. Por eso las usaban, en gran medida; porque les pertenecía a ellos y nada más. Era como un lenguaje común de los bastardos, los huérfanos y las fulanas.

Sin darse ni cuenta, el señor White revelaba muchísima información de sí mismo: de dónde venía, de dónde era, dónde había nacido. Para obtener un puñado de palabras malsonantes y la valentía de un suicida se requerían solo dos cosas: nacer en un nido de ratas y crecer con la mierda hasta los tobillos día tras día.

Y eso Raven lo sabía muy bien.

—Me encantaría ayudarte, pero me temo que te informaron las personas equivocadas —Caleb chasqueó los dientes—. Meredith, por favor, entra.

La mujer, que había aguardado detrás de la puerta, escuchándolo todo, salió de su escondite y se mostró frente a todos con un vestido totalmente espectacular. En color verde oscuro, resaltaba su piel blanca, los lunares de su cuello y el pelo rubio castaño que competía con el de Sheena. Quizá el de la prostituta era un poco más claro, pero a nadie pareció importarle, en realidad; pues así vestida no solo parecía una dama de la aristocracia, sino que se daba un aire a la escocesa.

El parecido con Sheena era impresionante… si la veías a oscuras y totalmente ebrio, claro. Y esa era la baza que usaba Caleb en un intento por proteger a la única mujer que había alcanzado el corazón de Raven en treinta y tres años. La única que lo hacía más humano y más amable. Como si ella tuviera el poder en sus manos de rebajar todo aquel odio que acumuló durante tantísimo tiempo hacia la aristocracia; la misma que le dio la espalda el día que su madre quedó embarazada de un marqués que no dudó en enviarla lejos con la esperanza de que jamás se presentara en las puertas de su casa con un bebé en brazos y exigiendo compensación.

—Te presento a Frederick White. Está buscando a una mujer llamada Sheena McKenna. ¿Tal

vez es alguna de tus fantásticas compañeras?

Meredith se llevó un dedo a los labios en un gesto pensativo de lo más coqueto y negó con la cabeza.

—Lo siento, pero me temo que no hay nadie con ese nombre.

—Al parecer, le están diciendo a nuestro amigo que es una de nuestras chicas. ¿No te sientes un poco decepcionada al ver que te confunden con otra mujer?

—Un poco, señor. Sobre todo, porque yo sé hacer cosas que muchas otras no —dijo ella, y sonrió con esa dulzura inquietante que tanto llamaba la atención de los hombres.

—¿Lo ves? —Caleb atrajo a Meredith e hizo que se sentara sobre su regazo—. Ya te advertí que no trabajamos con putas. Pero tenemos nuestras excepciones, claro. Y Meredith es mi chica favorita.

Ella le agasajó con una caricia un tanto provocativa sobre el cuello.

—Muchas gracias, señor.

Frederick se quedó mirándola largo rato, tal vez decidiendo si decían la verdad o le tomaban el pelo. Pero Meredith y Sheena se parecían tanto que era complicado no creer que algún lord borracho las confundiera basándose solo en su apariencia. Huelga decir que ninguno de ellos conocía a la escocesa fugitiva en persona, mientras que Meredith era la compañía favorita de muchos asiduos del Redemption.

—Eso sí —la voz de Caleb cortó el silencio—, si deseas pasar tiempo con ella, tendrás que demostrarme que no le harás daño. No eres el primero que se enfada porque no encuentra a la chica de sus sueños y lo acaba pagando con las demás.

—No tengo interés en revolcarme con fulanas —el señor White se levantó con pesadez, y no se movió hasta que hubo vaciado el vaso de *whisky* de un trago—. Y será mejor que *milady* no se encuentre en este club pordiosero, o…

—Que sí, que nos vas a pegar un tiro a todos —Caleb se rio con cierto desdén—. Guárdate las amenazas. Somos más que tú, y te ganamos en inteligencia y en balas. Estaría bastante bien que no vinieras a mi club a faltarme al respeto o a amenazarme por una dama que no he visto jamás, ni me importa dónde esté.

»Y ahora lárgate —exigió, y se le borró de la cara todo rastro de cordialidad—. Mis hombres y yo queremos cierta intimidad.

Frederick no dudó en abandonar aquel lugar, y no por miedo, sino porque le cabreaba sobremanera que le hubiesen tomado el pelo. Si bien no se marchaba del todo conforme con la explicación acerca de la joven de pelo rubio y ojos claros que se pavoneaba por el Redemption con vestidos de lo más lujosos. Las prostitutas le caían mal, en general, y sabía que *lady* Sheena no se hallaba lejos. Pero de nada le servía enfrentarse a un grupo de hombres si no habían visto a la mujer en cuestión. Siempre existía una probabilidad, por pequeña que fuera, de equivocarse en sus cavilaciones.

En cuanto se fue, Raven dio un golpe en la mesa con el puño cerrado, liberando toda la tensión acumulada.

Cómo le hubiera gustado decir algo y callarle la boca a ese bastardo. O matarlo directamente. Se lo merecía. Dios sabía que él no se tomaba la justicia por su propia mano, a menos que fuese totalmente necesario, y con Sheena lo era; ella más que nadie se merecía que reparasen su dolor de alguna manera efectiva. Y solo se sentiría a salvo si quitaban del medio a los sádicos que se hacían llamar padre y prometido.

—Esto no va a funcionar —Caleb le dio la mano a Meredith para que se levantara con

suavidad. No le gustaba demasiado tratarla como si fuera un objeto sin valor, pero había sido necesario en ese pequeño teatro en el que el único objetivo era convencer al rufián de White de que Sheena no se encontraba bajo el mismo techo—. Tarde o temprano volverá al Redemption, y… ¿qué haremos entonces, Raven? ¿Qué crees que ocurrirá?

«No lo sé, pero no se llevarán a Sheena», pensó, levantándose y secándose el sudor de ambas manos en los pantalones. Pensar rápido se le daba francamente bien cuando no tenía que conseguir salvar a una dama. No obstante, la cosa cambiaba ahora que el conde y su secuaz habían dado con el paradero de Sheena y planeaban llevársela de cualquier manera del lugar.

Y él se había preocupado por Martin y su venganza. Qué estúpido había sido. Martin jamás abriría fuego directo contra él por una sencilla razón: le tenía miedo. Nadie le apoyaría si atacaba al Redemption por un motivo tan absurdo como lo era una mujer. Él conseguía mensualmente una nueva remesa de todos los lugares del mundo y las ocultaba bajo su techo después de engañarlas con una vida fantástica que jamás tendrían. A él le importaba muy poco Sheena o cualquier otra; su único problema había sido que entrasen en su club a llevársela a la fuerza.

Como consecuencia, le dio la dirección del Redemption al único hombre que la buscaba. Porque toda información valiosa pasaba siempre por Martin. No ocurría nada en Londres de lo que él no se enterase. Y Raven solo lamentaba su mala suerte. Se había enfocado tantísimo en lo que ocurría dentro del club que olvidó lo que pasaba fuera.

—¿Nosotros nos veremos obligados a dar la cara por la mujer de la que te has enamorado? —prosiguió Caleb ante su insistente silencio. Fue el único de todos que abandonó la silla después de que Raven lo hiciera—. ¿Cuál de nosotros es el elegido para recibir un tiro? Porque seguramente ese ridículo de White no se quedará quieto mucho tiempo. En cuanto sepa que le hemos mentido, se presentará aquí y su saludo será meternos una bala en la cabeza a más de uno.

—Caleb, cálmate —le dijo Maddox—. Nadie ha dicho que vayamos a abrir fuego contra un conde aburrido.

Pero Caleb no lo miraba a él, sino a Raven. Una expresión de rabia como única máscara en el rostro.

—El problema es que no se trata de un lord aburrido. Los vemos a diario, y ese tal Murray no parece de los que ceden ante cualquier complicación. Si quiere a su prometida de vuelta, no cederá ni un poco. Los hombres como él saben lo que pasa cuando tu esposa o prometida sale corriendo para no tener que convivir bajo tu mismo techo. Si los rumores se extienden, entonces se quedará sin prometida fértil que lo aguante. ¿O es que ninguno de vosotros sabe cómo funciona la aristocracia?

—Ya lo sé, Caleb —repuso Raven con una calma que en absoluto experimentaba. Las emociones que burbujeaban en su interior no eran más que un cúmulo de ira que acumulaba en las últimas horas y amenazaban con explotar en cualquier instante—. Y no os voy a pedir que me ayudéis en este asunto.

—Ya lo hemos hecho. Y solo por ti —recalcó Caleb, implacable—, porque te apreciamos. Porque eres el dueño del Redemption. Y porque todo el mundo confía en ti. Pero no te pienses que voy a convertir mi cuerpo en una diana para un hombre que está ansioso por pegarnos un tiro.

—¿Y cuál es tu plan, Caleb? ¿Dejamos que se la lleve y la obligue a vivir un infierno? —Raven apretó tanto los puños que sus nudillos se tornaron blancos. La barba de varios días no impedía que se viera la mueca rabiosa que formaba su boca—. ¿Acaso sabes lo que ha tenido que vivir Sheena todos estos años?

—¿Qué me importa a mí? ¡Todos nosotros venimos de un pasado de mierda, Raven! ¡Y aquí estamos!

—Porque alguien creyó en nosotros. En mi caso, fue Jude. Y en el tuyo, fui yo. Yo te saqué de aquel burdel donde te encargabas de echar a los clientes que no trataban bien a las chicas y que te vomitaban encima cada dos por tres, ¿o ya se te ha olvidado? —Raven odiaba echar en cara sus acciones del pasado. Lo hizo de corazón, todo, y no planeaba discutir de esa manera con Caleb o cualquier otro de sus hombres. Pero si Sheena dependía de él, entonces actuaría como un escudo —. Si miras a tu alrededor, ninguno de nosotros eligió este futuro, ni este presente, pero es mucho mejor que el que nos esperaba. ¿Cómo demonios me echas en cara que elija salvarla? ¿Tú me lo preguntas?

Maddox se levantó y se colocó en medio de ambos al ver que la tensión crecía igual que enormes y furiosas olas. Incluso Meredith se quedó allí, atenta, por si había que separarlos. No sería la primera vez que Caleb y Raven discutían por un desacuerdo; pero jamás habían visto al actual dueño del Redemption tan cegado. Totalmente dispuesto a salvar a la mujer que le insuflaba vida a su corazón frío.

—Menudo despliegue melodramático —se quejó Maddox con un suspiro—. ¿Por qué estamos peleando, exactamente?

—Porque Raven no sabe mantener la cabeza fría cuando la sangre se le acumula en otro lado —escupió Caleb—. Y sé que eres un hombre increíble y fiel a los tuyos, Raven, pero en esto te equivocas. Esa… mujer no merece todo lo que hemos hecho por ella. ¿Crees que se quedará contigo solo porque la cuides?

No. Sabía que no. Y le dolía como el infierno. Esa verdad, dolorosa y fría, no la diría en voz alta porque entonces terminaría de romperse.

Lanzó una mirada de cansancio a Caleb, también de comprensión, y apretó la bala que guardaba en su bolsillo entre los dedos. Era su talismán.

—He tomado mi decisión, Caleb. Y ya sabes cuál es. Tú eres libre de hacer lo que quieras.

No discutiría más con él. No valía la pena romper una amistad de tantos años por un desacuerdo de ese tamaño. Él protegería a Sheena porque sí, estaba enamorado de ella, y también porque no soportaba la idea de que volvieran a golpearla y humillarla de mil formas distintas. Solo de imaginarlo sentía que la carne se le abría y sangraba y ardía.

—Piénsatelo bien, Raven —le respondió el boxeador—. Si alguno de nosotros corre peligro…

—Te salvaré el trasero, como siempre —fue lo único que dijo Raven, su expresión de cansancio más pronunciada que antes—. Porque eso es lo que hace la familia.

Caleb fue incapaz de soltarle otro comentario preñado de amenazas o enfado. Le había dado donde más le dolía. Estaban en paz.

Meredith, viendo la escena como si de una obra de teatro se tratara, cogió a Caleb del brazo y lo sacó de allí para que la tensión entre ambos no fuera a más.

—Lo siento —se disculpó Raven con Maddox—. No puedo hacer otra cosa.

—Lo sé. Cuídala. Diría que nadie ha sido amable con ella antes de conocerte.

Raven asintió sutilmente con la cabeza.

Probablemente Sheena jamás conocería lo que era el amor de verdad. El amor incondicional, el sano, el que no te hacía llorar ni sufrir. Y de eso estaba completamente seguro porque ella jamás aceptaría sus sentimientos.

Todo lo que la escocesa anhelaba era huir tan lejos como sus piernas le permitieran.

20

Un ruido sordo en el pasillo fue lo que sobresaltó a Sheena cuando se disponía a meterse en la cama y dormir. La noche había sido demasiado larga e intensa y, por qué no decirlo, también solitaria.

Caleb y Sinclair pelearon, como cada noche, y permitieron que ella les curase las heridas. Pero, a diferencia del resto de días, ninguno le dirigió la palabra. Como si la estuvieran castigando por algo. Y no necesitaba poseer una inteligencia superior a la media para comprender qué ocurría.

La visita inesperada de Frederick White causó cierto revuelo en el Redemption. Había dividido a los canallas que vivían en el club en dos bandos: los que estaban a favor de protegerla y los que no querían más problemas innecesarios.

Sheena intentó hablar en un par de ocasiones con Raven para pedirle que la dejase ir a Irlanda de una buena vez. Si ella desaparecía, sus problemas también. Y Dios sabía que su corazón se transformaría en un órgano inservible en cuanto tomara cierta distancia de él; sobre todo, después de entregarse a Raven como si fuera su esposa.

No era tan ingenua, y si en el futuro conocía a un hombre bueno y amable que no se relacionara con la aristocracia, tendría que contarle que había pasado por el lecho de dos caballeros diferentes. Que no era pura y que conocía lo que acontecía en el dormitorio cuando la ropa caía al suelo. Si después de eso no la quería cerca, entonces lo asumiría sin más.

Que lord Murray la tocase no fue su decisión. Que Raven Davenport la quisiera durante unos minutos, sí.

Y no se arrepentía de sus elecciones.

Aun y con todo, esperaba no verse en la encrucijada. Su corazón no anhelaba enamorarse… quizá porque ya se encontraba ocupado. O porque el miedo era demasiado grande.

Indiferente de los motivos, el haberse acostado con Raven lo cambió todo. Y sus pensamientos se tambaleaban como las hojas secas en las ramas de los árboles en pleno otoño. De un momento a otro se caería, pero aún conservaba la esperanza de que no fuese así.

¿Estaría Raven igual de inquieto? ¿Por eso no la había recibido en su despacho? ¿La detestaba porque sus amigos lo odiaban en esos instantes por su culpa?

Tantos pensamientos le rondaban la mente, y todos eran aciagos.

Por eso decidió meterse en la cama y dormir. Dormir tanto que su cuerpo y su alma encontrasen algo de alivio.

Hasta que un gruñido, seguido de un golpe, la instó a salir de debajo de las mantas y correr

hacia el pasillo, preocupada. Y lo que vio la dejó petrificada unos segundos que se le antojaron horas y semanas y meses.

—¿Raven?

No le salía natural volver a tratarle con cierto respeto. Después de todo, habían compartido demasiadas cosas para no tutearlo.

—Mgh… —la voz de él sonó gutural—. Creo… que me he equivocado… ¿Meredith?

Sheena tragó saliva.

La misma Meredith le había contado unas horas atrás la estrategia que había llevado a cabo Caleb para quitarse de encima al secuaz de su prometido. Gracias a que el boxeador tuvo una idea brillante y la ejecutó sin problemas, contaban con algo más de tiempo para disuadir al marqués de Rutherford y a lord Murray de seguir buscándola allí, en Londres y, más concretamente, en el Redemption.

Sheena nunca imaginó que el mismo Caleb que la despreciaba y la ignoraba, sería capaz de tenderle la mano y evitar que la arrastraran de vuelta a Escocia. O simplemente lo hizo por Raven y sus amigos. Pero, incluso si ese era el caso, ella se lo agradecería toda la vida.

—Mhh… Meredith, deberías… irte a casa ya…

Dado que a oscuras era fácil confundirlas, no se tomó a malas que Raven también pensara en ella como primera opción.

Incluso si un ligero resquemor se abría paso en su pecho al comprender que no llenaba sus pensamientos del mismo modo que él llenaba los suyos.

—Soy Sheena. ¿Estás borracho?

Raven hizo un esfuerzo titánico por enfocarla con la mirada, sin éxito alguno. El alcohol lo había tumbado casi por completo.

—Sheena… Tú…

No era la primera vez que lidiaba con un borracho. En ocasiones, su padre también se presentaba tambaleándose y balbuceando incoherencias, y le tocaba ser testigo de cómo el mayordomo y el mozo de cuadras lo subían hasta su dormitorio, lo desnudaban y lo metían en la cama para que no se dedicase a armar escándalos a altas horas de la noche. Por eso, y porque le debía a Raven tantísimas cosas que él ignoraba, se agachó y lo tomó con fuerza del brazo para que se levantara.

—Jamás entenderé qué placer encontráis los hombres en beber hasta caeros —jadeó ella en tanto arrastraba a un pesado Raven hacia la cama—. Vuestra imagen queda reducida a cenizas en cuanto se os pone la nariz colorada y no sois capaces de hilar dos palabras seguidas.

Raven pestañeó, luchando por enfocar la habitación, mas el alcohol nublaba demasiado su mente y sus sentidos.

Lo único que percibía en aquel pequeño espacio era el olor dulzón de Sheena.

—¿De verdad…? —Tragó saliva y se quejó cuando ella lo dejó caer sobre la cama—. ¿De verdad eres tú?

—Eso creo. Hasta el momento, sigo llamándome *lady* Sheena.

—*Milady*…

Sheena trató de no estremecerse. Que él la llamase así se sentía totalmente diferente a cuando lo usaban otras personas.

—Soy solo Sheena. Creo recordar que me tachaste de estúpida hace unas semanas.

—El único estúpido… soy yo…

Ella tiró de la manta y lo cubrió para que no se enfriase durante la noche. Solo faltaba que

también pescara un resfriado por culpa de una borrachera. Sucedían demasiadas cosas malas últimamente como para añadir otra más.

—¿Por qué piensas eso?

Acomodándose en el borde de la cama, se quedó mirándolo con cierta curiosidad, y también temor. Su cercanía aturdía sus sentidos, le embotaba la mente y la forzaba a centrarse únicamente en la forma de sus labios, oculta detrás de la barba, y también en sus ojos, oscuros como boca de lobo. O en sus manos, que eran grandes y cálidas, y encajaban perfectamente con ella.

—Tendría que… Tendría… protegerte mejor… Cuidar… Cuidarlos…

—No entiendo lo que tratas de decir, Raven —murmuró ella.

Pero él comenzaba a quedarse dormido. El alcohol era más fuerte que su deseo por hablar. Y Sheena no se sintió en la potestad de mantenerlo lúcido un rato más con la única finalidad de sonsacarle información. A lo mejor su día había empeorado significativamente después de abandonar su habitación, y pese a que ella también lamentaba que el instante en que sus cuerpos se fundían, cálidos y sudorosos, acabara demasiado pronto, no se lanzó a beber como si no hubiese nada más.

—Hombres —suspiró, y se acurrucó a su lado.

Quizá esa era la única noche que pasaría junto a Raven. ¿Qué ocurriría mañana? Solo dios sabría. Así que, con el corazón pesado y el miedo entumeciéndola, apoyó la mejilla en su hombro y cerró los ojos.

Soñar que aquella podría ser su rutina era un deseo oculto que se llevaría a la tumba.

Los primeros rayos de sol cayeron sobre él con todo el peso de la responsabilidad. Raven se frotó los ojos y gruñó mientras decidía, en mitad de la neblina que envolvía su mente a causa de la resaca y la somnolencia, que jamás volvería a beber de esa manera. Ya no tenía edad para seguir emborrachándose como si eso supusiera el final de sus problemas.

Además, apestaba a *brandy* y a *whisky* y a tabaco. Ningún otro olor le repugnaba más que esa mezcla típica de los clubs de caballeros.

Al girarse sobre la cama, se encontró de lleno con el rostro más bonito que alguna vez hubiera visto. Sheena descansaba junto a él, cubierta por la misma manta, aunque a una distancia prudencial. Sus labios entreabiertos se le antojaron el mejor desayuno que un hombre pudiera desear, pero no hizo nada. Respetaba a todas las mujeres, pero a la escocesa mucho más.

Aun y con todo, se permitió acariciar su cara con las yemas de los dedos y recolocar mejor su cabello rubio de manera que no la molestase. Era… tan hermosa. Tan dulce. ¿Cómo pudo alguien hacerle tantísimo daño? Cuanto más lo pensaba, más crecía la ira dentro de él.

Por eso bebió tantísimo la noche anterior. Le sobrepasaron los acontecimientos: la visita de Frederick White, acostarse con Sheena a sabiendas de que jamás se quedaría a su lado, la discusión con Caleb. A veces, él también flaqueaba. Y dios sabía que intentaba con todas sus fuerzas mantenerse firme para que a sus amigos no les faltara ni les ocurriera nada.

Con cierta pesadez, besó la frente de Sheena y se marchó de su dormitorio para darse un baño. Lo primero de todo, era quitarse ese olor a destilería. Y luego… Luego pensaría en cómo mantener a Sheena a salvo, al igual que al resto de bastardos del Redemption.

Una vez se hubo vestido con ropa más formal y completamente limpia, bajó a las cocinas en busca de un remedio eficaz contra el dolor de cabeza. Sin embargo, nada más entrar por las puertas se topó con las dos únicas personas que no esperaba encontrar allí.

—Buenos días. ¿Se te han pegado las sábanas? —inquirió lord Jude Birdwhistle con un tono jocoso y una de sus cejas enarcadas.

—Oh, querido, no te burles de él —intervino a su favor *lady* Olivia Birdwhistle, su esposa—. Es obvio que no ha pasado muy buena noche. ¿No es cierto, Raven?

Le costó asimilar que lo que sus ojos captaban no era una ilusión ni un sueño; realmente estaban allí.

—¿Qué hacéis en el Redemption?

—De visita —Jude se acercó y le dio una suave palmada en la espalda—. Teníamos que viajar a la capital para arreglar unos asuntillos con la hermana de Liv —miró a su esposa por el rabillo del ojo—. Está claro que en la familia Lennox siempre habrá escándalos relacionados con los matrimonios fuera de lugar.

Raven recordó que le llegaron ciertos rumores al respecto unos días atrás. Gwyneira Lennox, la hermana mayor de Olivia, se hizo con el protagonismo absoluto de los chismes, corriendo por las calles como polvorilla, a consecuencia de un matrimonio nada conveniente. Claro que a él no le importaba en absoluto lo que se dijese por los salones más selectos y las tiendas de las modistas; por eso no le prestó la debida atención.

Pero lady Olivia parecía algo tensa. Después de todo, ella tampoco tuvo un matrimonio bien recibido en su familia y en la aristocracia. Si bien ya nadie hablaba de eso, ninguno de ellos olvidaba que se casó en Gretna Green con un hombre que no era su prometido.

—Ya le he dicho que no es el más indicado para hablar sobre ello —dijo Penélope, sirviendo el desayuno en la mesa para todos los presentes—, dadas las circunstancias.

Jude se rio por lo bajo.

—Y no me quejo. Solo vengo a hacer acto de presencia. Adoro cómo mi cuñado me mira cada vez que me tiene cerca. Si matar fuera legal y no conllevase ciertas consecuencias, mi cabeza llevaría meses separado de mi cuerpo —se frotó el cuello con los dedos—. En fin, veo que por aquí las cosas también están algo tensas.

—Caleb te lo ha dicho —dedujo Raven, sentándose en la silla más cercana.

Penélope colocó delante de él un café y un té que olía muy mal. Pero como ya lo había tomado antes, no dijo nada y se lo bebió de un trago. Eso aliviaría el constante martilleo de su cabeza.

—Fue Maddox —corrigió el lord, ocupando el asiento de al lado—. No está del todo conforme con tus últimas decisiones, pero no haría nada en tu contra. Y lo sabes.

Raven cabeceó. Confiaba en sus amigos más que en ninguna otra persona. Por eso le contó a Jude Birdwhistle todo lo que venía ocurriéndoles desde que Sheena apareciera en uno de sus carruajes. No se dejó nada en el tintero, ni siquiera que el día anterior se acostó con ella.

Eso último lo contó de pasada, ya no solo por la intimidad de Sheena, sino porque *lady* Olivia estaba presente y no acostumbraba a escuchar conversaciones que implicaran dos personas desnudas.

Aun así, ella no puso mala cara. Solía ser muy dulce y empática, a diferencia de su marido, que lo miraba como si no supiera qué insulto le quedaba mejor.

—Así que tenemos a Martin y a un conde cabreados porque te has enamorado de una fugitiva —fue el resumen de Jude—. Hacía tiempo que no echaba de menos este lugar, la verdad.

—Nada de esto es divertido —le echó en cara *lady* Olivia, con los labios algo apretados—. Esa pobre mujer está siendo acosada por hombres que no merecen compartir ni el aire que respiran.

Raven agradeció que alguien más estuviera de su parte, para variar.

Echó un vistazo a *lady* Olivia y le sorprendió gratamente ver que no había cambiado nada en los últimos meses. Si acaso, se la veía algo más subida de peso por su último embarazo, pero el pelo rubio y perfectamente recogido en un moño, sus ojos claros y su expresión risueña seguía allí. Un claro recordatorio de que ella tuvo suerte de que el hombre del que se enamoró no dudó en luchar por ella y por un futuro en común.

Mientras que Raven… dudaba de sí mismo y de si lo correcto era mantener a Sheena muy cerca, incluso si ella no quería.

¿Lo elegiría por encima de todo? ¿Se quedaría si se lo pedía?

—En ningún momento he afirmado que lo sea, mi señora —Jude trató de suavizar aquel ceño fruncido de su esposa regalándole una sonrisa encantadora—. Pero sí es cierto que me siento otra vez en casa. Hacía mucho tiempo que no consideraba la capital como mi hogar.

Raven sabía a qué se refería con exactitud. El Redemption lo construyó Jude Birdwhistle a escondidas de su familia y amigos. Poca gente conocía ese pasado turbio. Incluso a día de hoy, la mayoría de los londinenses que visitaban el club creían firmemente que fue Raven el que lo fundó para salir de la calle. Ninguno era consciente de que él solo entró a trabajar como matón porque lord Jude le tendió la mano cuando se encontraba en las últimas. Y no solo a él, sino a todos los demás.

Le debía su vida por completo a Jude. Eran amigos, por supuesto, pero mucho más que eso. Lo consideraba el único hombre sobre la Tierra capaz de intuir solo con una mirada lo que se le pasaba por la cabeza y, aun así, por más peligroso que fuera, no lo juzgaría.

Por eso Jude y todos los que pasaron tantísimos años dentro del Redemption lo veían como un hogar al que regresar siempre.

—Si el tal lord Murray es un conde, tal vez podamos conseguir algo de información extra —dijo entonces Jude, como si nada—. Mi hermano es duque, seguro que lo conoce. Se ha codeado con tantísima gente que no entiendo cómo es capaz de acordarse de todos sus nombres.

—Probablemente porque sabe muy bien cómo hacer bien su labor —repuso *lady* Olivia con una sonrisa juguetona.

Jude suspiró.

—Lástima que ya no me codee con todos esos pomposos que se paseaban por las fiestas y los bailes a fin de conseguir una esposa acorde a su estatus. Estoy seguro de que más de uno ha compartido una copa con lord Murray. ¿Tan terrible es?

—Metía a sus fulanas en la misma cama que Sheena —dijo Raven con los dientes apretados.

Las mejillas de *lady* Olivia se tiñeron de rojo y Penélope, la cocinera, soltó un jadeo de sorpresa.

—¿Cómo es posible? ¡Se supone que era su prometida! —exclamó lady Olivia, indignada—. ¿Qué clase de monstruo tortura de esa manera a su futura esposa?

Ninguna mujer que perteneciera a la aristocracia era tan necia como para pensar que sus maridos no les sería infieles. Por eso *lady* Olivia no se ofendió por ello, sino porque lo hiciera entre los mismos doseles donde dormía Sheena. Para todo el mundo con algo de humanidad era una decisión repulsiva y escandalosa; totalmente impropia de un conde o de un caballero.

Y Raven sentía la misma repulsa, sino más que eso, al recordar los temblores y las lágrimas de Sheena, el dolor de su voz, cuando le relataba todo a lo que le sometieron tanto su padre como su prometido.

Por eso, y porque sentía por ella tantas cosas, no permitiría que la regresaran a Escocia.

Incluso si eso le costaba su corazón.

—Me temo que no todos los hombres son caballeros, Liv —dijo entonces Jude, con los codos apoyados sobre la mesa y el ceño ligeramente fruncido—. ¿Has pensado en algo?

—Ella quiere marcharse a Irlanda.

—¿Por qué a Irlanda?

Raven encogió los hombros.

—Supongo que considera que allí estará a salvo.

—Eso no es del todo cierto. En Irlanda también podrían dar con ella —repuso el menor de los Birdwhistle—. A lo mejor deberías convencerla de que se quede y, no sé, vigilarla.

—¿Y mantenerla encerrada en contra de su voluntad y obligarla a vivir en un club de caballeros? —Raven apretó tanto los puños que sus nudillos se pusieron blancos—. Este no es lugar para una dama.

—Es mejor que ser la sirvienta de un imbécil con dinero que se aproveche de ella —repuso Jude con calma—. Al menos, aquí, en el Redemption, estaría cuidada.

—Ella no quiere quedarse —insistió Raven.

Jude sonrió de medio lado.

—Y tú respetarás sus decisiones sin importar nada más. Porque siempre eres así de amable con todos.

No se trataba de amabilidad, en realidad, sino de humanidad. Raven jamás la retendría allí, porque entonces se estaría comportando igual que su padre y el conde. Y Sheena no se merecía ser tratada igual que un jarrón de flores que estorbaba en todos lados. Si ella había decidido continuar su vida en Irlanda, entonces él la ayudaría a llegar allí y asegurarse de que sería feliz.

Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Porque la respetaba. «Y porque la quiero», pensó, con el corazón en un puño.

—*Lady* Sheena tiene derecho a elegir su destino —repuso Olivia con calma, dedicándole una mirada a su marido que venía a decir «no insistas en algo que no va a pasar»—, y Raven hace bien en respetarla.

—¿Y por qué escoger una vida llena de servidumbre y soledad? Entiendo que esté asustada y enfadada por las cartas que le tocó en la vida, pero hay más opciones.

—¿Cómo cuáles? —preguntó *lady* Olivia, obstinada—. ¿Quedarse con el villano del cuento?

—Cuando no puedes casarte con el héroe, elegir al villano es la mejor opción —dijo su marido, y todos se sumieron en un silencio sepulcral—. ¿Qué? Es cierto —los ricitos oscuros de Jude, que de normal llevaba perfectamente peinados, se bambolearon cuando se echó a reír al ver las caras de los presentes—. Mi propia esposa eligió al villano —se señaló a sí mismo—, y es feliz. ¿Por qué Raven no puede darle una vida plena y satisfactoria a Sheena? Es lo que él desea.

—Pero ella no —zanjó Raven, molesto. Se levantó con pesadez de la silla—, y la respetaré.

—Raven, vamos…

—Iré a ocuparme de unos asuntos. Si me disculpáis —dijo, mirando a Olivia en concreto.

Ella sonrió con suavidad. De los que estaban en la cocina, era la única que lo comprendía.

—Descuida, Raven. Nos veremos más tarde.

Él abandonó la cocina y se encerró en su despacho.

No quería hablar de Sheena, de su partida a Irlanda, de su bienestar. Porque hablar de eso significaba asumir de una buena vez que él jamás la haría feliz, que nunca se casaría con él ni formarían una familia. A fin de cuentas, Raven se enamoró como un idiota de la mujer inalcanzable por excelencia. Y eso era su culpa, no la de ella.

A veces, amar requería sacrificios dolorosos e importantes. Y su mayor condena sería ver

marchar a la mujer de su vida.

Capítulo 21

Cuando Sheena entró en la cocina una hora más tarde, le sorprendió sobremanera descubrir que no solo estaba Penélope allí, como siempre, sino también Chloe, Meredith… y una mujer que no reconoció en absoluto.

—¡Buenos días, Sheena! —saludó alegremente Chloe, con una sonrisa que eclipsaba todo lo demás—. ¿Tienes algo de hambre? Penélope ha preparado bizcocho de limón y está muy bueno.

Las tripas le rugieron de manera muy descortés. Sheena, con las mejillas algo sonrosadas, asintió y se sentó en la silla más cercana.

—Buenos días —fue su respuesta, aceptando con una sonrisa la taza de té que le sirvió la cocinera.

—Esta es *lady* Olivia Birdwhistle —dijo entonces Meredith, señalando a la desconocida con una floritura de la mano—. Es la esposa de lord Jude, el fundador del Redemption.

Le sorprendió muchísimo conocer por fin a la mujer que consiguió arrancar a lord Jude del club. Y no solo eso, sino también descubrir que era hermosa, dulce y afable. De pelo rubio claro, ojos grandes y una figura muy femenina. Hasta su vestido azul oscuro le quedaba bien, como si fuera su color y nadie más pudiera lucirlo a partir de entonces, porque desentonaría demasiado.

—Es un placer, *milady* —dijo entonces, aturullada—. Soy *lady* Sheena McKenna.

—No es necesario que me hables con florituras, Sheena. Aquí todas nos conocemos demasiado bien para ese tipo de conversaciones aburridas que ya me toca sufrir a diario fuera del Redemption —repuso entre risas—. Es un placer también, la verdad. Me han hablado tanto de ti, y tan bien, que ya sentía deseos de conocerte.

—¿Quién ha podido hablar de mí? Apenas tengo… amigos —la voz de Sheena fue apagándose al no estar segura de eso.

¿Tenía amigos, después de todo? ¿Chloe y Meredith lo eran? ¿Incluso Raven?

—Claro que los tienes, y de los que merecen la pena —respondió Olivia—. Caleb se encarga de enviarle cartas semanales a mi marido y no ha pasado ni una sola, desde que apareciste, en la que no llegasen noticias acerca de ti y tu situación.

—Pensaba que a Caleb le caigo fatal. No me soporta.

—A Caleb no le cae bien nadie, pero tolera a todos. Es como un señor refunfuñón que todo le molesta —intervino Meredith, sonriendo juguetona—. Lo conozco bien.

—¿Te has acostado con Caleb? —*Lady* Olivia la miró como si hubiese cometido el peor crimen de todos y, al mismo tiempo, se hubiese alzado con la victoria.

Meredith arrugó la nariz e hizo una mueca.

—Claro que no. Es como un hermano mayor. Caleb no es de los que ceden tan fácil, de todos modos. Es muy selectivo con las mujeres.

A Sheena no le sorprendió en absoluto. Si trataba a las damas como la trataba a ella, era muy probable que ninguna quisiera compartir el lecho con Caleb; incluso si era atractivo.

—Dicen por ahí que a Caleb le gustan los jueguecitos —dijo Chloe, divertidísima con la conversación.

Meredith y ella intercambiaron una mirada, y rompieron a reír.

Al otro lado de la mesa, *lady* Olivia suspiró.

—Esto es lo que detesto de que a las mujeres no se nos permita obtener un poco de variedad antes de casarnos. Nos perdemos un montón de cosas. Y que conste que adoro con todo mi corazón a Jude, porque es el mejor marido que podría desear, pero escucharos hablar así me causa tanta envidia… —confesó, sus dedos desmigando un trozo de bizcocho antes de llevarse un poco a la boca.

—Te aseguro que no siempre es un trabajo divertido o gratificante. Pero los hombres como Caleb son un punto a favor por el cual agradezco que a nadie le importe a qué me dedico o con quién comparto mi cama —la voz de Meredith era suave y calmada, como todo en ella—. Si me apetece ser la amante de un lord experimentado y apuesto, nadie me mirará mal.

—Pero Caleb no es un lord… ¿verdad? —preguntó *lady* Olivia, pensativa.

—Sí que lo es. O lo era. Nadie conoce muy bien su historia —dijo Meredith. Se levantó para asegurarse de que Penélope no le echaba zanahorias al guiso que preparaba. Odiaba las zanahorias—. Cuando llegó al Redemption ya llevaba varios años dando tumbos y metiéndose en peleas ilegales. Fue idea de lord Jude contratarlo como boxeador del Redemption.

Olivia suspiró y apoyó la mejilla en una de sus manos. De ningún modo le sorprendía saber que su marido se mezclaba con personas conflictivas, aunque de buen corazón, porque se fiaba más de los canallas y los bastardos debido a que siempre iban de frente que de la aristocracia, quienes solían ser más sibilinos y, por qué no decirlo, también más Judas.

—Dicen por ahí que su familia… fue asesinada —Chloe bajó la voz, como si aquel secreto fuera de la reina Victoria y no de un hombre cualquiera—, y que él perdió la cabeza por el dolor.

—Bobadas —Meredith hizo un aspaviento con la mano, restándole importancia—. Caleb no presenta la imagen de un hombre capaz de pasar todos sus días encerrado.

«A mí me parece que es, en efecto, un hombre imponente y que asusta», pensó Sheena, aunque tuvo a bien cerrar la boca y no dar su opinión al respecto.

—Lo que más me molesta es que no se deje seducir tan fácilmente. Parece que necesita una mujer inalcanzable que le baje los pies a la Tierra de nuevo —prosiguió Meredith—. Una princesa, tal vez.

—Los hombres suelen conformarse con una mujer capaz de calentar su lecho por las noches. Si es bonita, tanto mejor; pero si no es muy agraciada, aunque sí dulce, la mantendrán cerca de igual modo —añadió Chloe con una sonrisita—. Por supuesto, las hay con suerte —sus ojos se dirigieron hacia Sheena—. He escuchado que Raven y tú…

Sheena enrojeció hasta la raíz del pelo. Jamás había hablado en voz alta de su vida privada, mucho menos delante de otras mujeres, porque todos sabían que era descortés y ordinario. Pero Chloe y Meredith eran prostitutas, y la vergüenza no entraba dentro de su vocabulario. Para ellas, debía ser lo más normal hablar sin tabúes; ponerse al día de todas esas anécdotas que acumulaban a lo largo de los días y las semanas y los meses.

—¿Quién…? Oh, Dios —se llevó las manos al rostro para cubrir su vergüenza—. ¿De verdad

ha sido tan indiscreto para… contarlo?

—No. Pero no hay muchos secretos que se puedan ocultar en el Redemption —expuso Chloe —. Todo el mundo sabe que vosotros habéis pasado un rato juntos y sin ropa.

Eso significaba que no sería capaz de mirar a la cara sin sentir que algo quemaba dentro de ella a nadie del club. ¡Menudos alcahuetes!

—Doy fe que no ocurre nada en este club sin que los demás se enteren —salió Olivia a echarle una mano tras verla muy incómoda—. Ojalá no fuera el caso, pero…

Las tres se miraron entre sí y rompieron a reír.

—Oh, qué mal me sienta siempre compartir cuchicheos con vosotras dos —les reprochó Olivia—. Pierdo los modales y la compostura.

—Cuando una dama pasa por la vicaría, los secretos dejan de ser secretos. Y las vergüenzas no son más que anécdotas puntuales. Además —agregó Chloe—, a nosotras nos interesa qué siente Sheena respecto a lo ocurrido. ¿Te trató bien?

¿Bien? Fue muchísimo mejor. Nunca imaginó que hacer el amor con un hombre la transportase a un sueño del que no quería salir. Raven le demostró que el placer, aunque efímero, solo era la guinda del pastel. Los abrazos, los besos, las sonrisas cómplices, las caricias… todo lo que le precedía era lo que importaba de verdad. El simple hecho de que la hiciera sentir cómoda y muy femenina, incluso deseada, calmó sus temores y borró de un plumazo todas esas ocasiones en las que lord Murray le puso las manos encima. Como si fuera otra persona quien se entregó al conde y no ella. Para Sheena, acostarse con Raven había sido su primera vez.

Su única vez.

—Fue muy bien —susurró, con la mirada perdida—. Jamás pensé que el deseo quemase de esa manera. Yo… de verdad que nunca… B-Bueno, solo tuve otra experiencia anterior, y no fue demasiado amable. Pero Raven…

—El deseo mueve montañas —Chloe le dedicó una sonrisa.

—Y atonta a los hombres —añadió Meredith.

—Por favor, chicas, no la asustéis —les reprendió *lady* Olivia, con el ceño fruncido y la boca torcida—. Quizá para vosotras sea algo más natural, pero a las mujeres de la aristocracia nunca nos preparan para esto. Es un secreto lo que ocurre en el dormitorio una vez te desposas con tu prometido, y asusta muchísimo.

—¿Tu madre jamás te habló de eso? —Chloe la miró asombrada—. Pensaba que era lo mínimo que deberíais saber, para… ya sabes, no pasar miedo.

—No siempre ocurre de ese modo. Hay… cierto pudor a la hora de hablar de los placeres carnales —fue el turno de *lady* Olivia para sonrojarse—. A mí me lo contaron mis hermanas y mi madre, y se lo agradezco… Aunque no saliera como esperaba.

—Lord Jude parece un buen amante. No creo que te arrepientas de haberlo elegido —y Meredith sonó entre tierna y un tanto envidiosa.

Lady Olivia cabeceó en señal de asentimiento.

—Por eso sé que *lady* Sheena no lo ha pasado muy bien. Intimar con un hombre después de una mala experiencia hace que el mundo se vea desde otro ángulo y, además, te obligue a replantearte muchas cosas —se dirigió entonces a la escocesa y, para su sorpresa, le tomó de la mano y la presionó como si fueran amigas de toda la vida. Sheena lamentó que ambas llevaran guantes y no pudiese sentir el calor directo de su piel—. ¿Te arrepientes de lo ocurrido?

—No —murmuró Sheena—. Jamás podría arrepentirme.

Lady Olivia sonrió.

—Entonces quédate con eso. La mayoría de nosotras no tenemos tanta suerte. Conozco casos de mujeres que se han visto obligadas a intimar con un marido cuarenta años mayor que ellas, y, después de eso, nunca volvieron a ser las mismas. Si Raven cuidó de ti, si fuiste feliz por unos minutos, quédate con eso. Hay demasiada vida por delante para vivir arrepintiéndose de todo aquello que nos alegra el corazón.

Sheena sonrió. Por fin alguien comprendía lo que ocurría dentro de ella. El caos que se abría paso en su pecho a medida que diseccionaba toda esa lista de mentiras que se repetía constantemente, igual que un mantra, para no caer perdidamente enamorada de Raven Davenport.

Porque nunca saldría bien.

El conde y su padre seguirían buscándola hasta el fin de los tiempos, y ella no expondría a más peligros a la gente que apreciaba, como lo eran Chloe y Meredith y, por sorprendente que fuera, también los canallas del Redemption.

Solo de imaginar que Raven salía herido por su culpa… le erizaba la piel y despertaba en ella sus mayores temores.

Pero la compañía de aquellas tres mujeres tan diferentes entre sí la ayudó a relajarse un poco y disfrutar incluso en mitad de la tormenta. Tal vez fuese la última vez que compartieran una charla animada que no solo abarcó el tema del sexo, sino también de los chismorreos de la capital, cómo terminó lady Olivia enamorada de Jude —un escándalo del que se seguía hablando — y por qué odiaba mantenerse alejada de sus dos hijos cada vez que viajaban hasta Londres por algún motivo de peso.

Pasaron horas allí encerradas, riendo y compartiendo el té, y luego un estofado riquísimo y, por último, a petición de Chloe, una copita de *brandy* que a Sheena le aturdió todos los sentidos. Pero fue un día tan bonito y tranquilo que lo atesoró dentro de su corazón.

Porque a los amigos los llevaría siempre consigo.

22

—¿Te molesto? —preguntó Sheena tras dar un par de golpecitos en la puerta abierta del despacho—. He pensado que quizá querrías avanzar un poco más en las lecciones.

Raven alzó la mirada y la invitó a pasar con un gesto de cabeza.

Cuando ella se sentó frente a él, dispuesta a seguir enseñándole a escribir y leer con mayor fluidez, notó que algo le arañaba el pecho y le retorcía las entrañas. Nunca imaginó que una mujer lo tendría en jaque todo el maldito tiempo. Como si no fuera a respirar con normalidad a partir de entonces, porque ella era el aire y el viento, el sol y el agua.

—Creo que hoy podríamos empezar a escribir ciertas palabras más complejas —explicaba ella con calma—. Aprendes muy rápido.

«No tanto como me gustaría». Aquel pensamiento resbaló por su cabeza, apretando aún más el nudo dentro de su pecho.

Aun y con todo, no la interrumpió mientras escribía con tranquilidad algunas palabras básicas: árbol, casa, club, silla, mesa, mañana, anochecer. Su letra era preciosa, como todo en ella. Estaba tan concentrada que ni cuenta se dio de que Raven se mordía la lengua todo el rato a fin de calmar todo aquel aluvión de palabras que se agolpaba en su garganta.

—Puñal —leyó él con algo de dificultad—. ¿Por qué llevabas uno el día que nos conocimos?

Raven se negaba en rotundo a hablar de esa noche como si fuera un accidente fortuito que les cambió la vida a ambos. Prefería tomarlo como si Dios hubiera decidido mezclarlos a pesar de sus diferencias.

—Es la única arma que sé usar. También he disparado alguna vez, pero no confiaba en mí misma. Un puñal es más discreto y rápido a la hora de defenderse.

—¿Alguna vez lo usaste contra tu padre o el conde?

—No —murmuró—. Ellos son más fuertes y altos, y sabía que, de amenazarlos, me lo harían pagar muy caro.

—¿Por qué pensabas que sería diferente con algún asaltante?

—Porque ya no perdería nada. Ese viaje era todo lo que me quedaba para evitar casarme con lord Murray.

Un silencio espeso se instaló entre ellos. Sheena toqueteaba las esquinas de la hoja de papel en un intento por concentrar sus pensamientos e ideas en algo que no fuera todas las veces que permitió que la humillaran y la golpearan.

—Aún no logro comprender cómo demonios… Has hecho un viaje imposible y peligroso, y has salido ilesa. A veces me pregunto si no estabas destinada a llegar al Redemption.

Por extraño que fuera, ella también barajó esa posibilidad.

—Tus hombres fueron amables. Creo que ninguno sabía de mi existencia hasta que me vieron en el carruaje, pero ahora que los conozco mejor, dudo mucho que me hubiesen hecho algo.

—Confío demasiado en ellos. Y no, probablemente te hubieran dejado en el pueblo más cercano.

—Sobreviví robando fruta y carne seca de las tabernas donde paraban a dormir —reconoció con pesadez. No estaba orgullosa de ello—. Nadie me prestaba atención y era bastante rápida. Pero enseguida se terminó la comida y…

—¿Cómo calmabas el hambre?

—Bebía *whisky* —admitió—. No debieron ser más de dos o tres botellas, pues las iba racionando. El alcohol me embotaba los sentidos —hizo una pausa—. Me ayudaba a dormir y a calmar mis nervios.

—Así que también me robaste *whisky*.

Ella sonrió de manera triunfal.

—¿Vas a cobrarme las que me bebí?

—No, porque no me importa. Estaba pensando que te iría muy bien si te lanzaras a vivir en el mar, como hacen los marineros. Seguro que te gustaría.

Sheena recordó su deseo por conocer el mar y, quizá, navegar algún día, y el revoloteo de su estómago se intensificó.

—No te burles de mí —pidió ella, aunque no lucía enfadada; solo cansada—. El mar está fuera de mi alcance.

Raven pensó que no había nada que pudiera negarle. Si le pedía cualquier cosa, él haría lo necesario para conseguírselo, indiferente de cuál fuera el precio. ¿Su corazón? Lo entregaría en bandeja, tras arrancárselo del pecho, para que Sheena fuese feliz.

Y eso le asustaba muchísimo. Jamás había experimentado tal furor de emociones por una mujer. Claro que muchas pasaron por su cama y por su vida; algunas para ser solo un rato pasajero y divertido, y otras para compartir algo más con él. Pero con ninguna de ellas decidió apostarlo todo a una carta. Básicamente porque conocía su vida y no podría ofrecerles algo de valor. Un bastardo solo se tenía a sí mismo. El dinero, la reputación… nada de eso servía cuando se trataba de hacer feliz a otra persona y que esta no se sintiera avergonzada.

Por eso no podría pedirle jamás a Sheena que se quedara a su lado. Eso sería egoísta e injusto.

—Algún día, si quieres, visitaremos el mar. Estoy seguro de que te gustaría.

Ella sonrió con dulzura.

—Me encantaría.

Cogió de nuevo la pluma y siguió escribiendo con fluidez, pero Raven ya no prestaba atención alguna a la lección. En su lugar, se lanzó a ofrecerle una alternativa más que válida a su deseo por huir todo lo lejos que se le permitiera; allí donde su padre y el conde no la encontraran.

—He pensado que deberías irte con lord Jude y *lady* Olivia a las afueras de Londres —soltó de sopetón. No existía un modo amable de decirlo—. Ellos están protegidos por el duque de Villiers, lord Nathaniel Birdwhistle, así que nadie pondrá en duda tu virtud si él cede por ti. Tal vez podrías casarte con alguien que haga oídos sordos a todo lo que ha pasado con lord Murray —las palabras le quemaban en la lengua como carbones encendidos—. Y si no deseas casarte, vive con ellos. Ayudarías con los niños, en las labores del hogar… Allí nadie te molestaría.

Sheena abrió y cerró la boca varias veces, turbada. ¿Cómo que quería que se fuese con Jude y Olivia? ¿A dónde? ¿A un lugar en el que jamás volviera a verlo? ¿Eso era lo que le tenía inquieto

y desaparecido?

Notó que le faltaba el aire de golpe. Maldita fuese, ¿por qué le dieron ganas de llorar? Ella… no había pensado en huir en las últimas horas. Todavía no agarraba la decisión con sus manos, como si no deseara soltarla. A lo mejor existían más alternativas, ¿no?

Pero, al parecer, Raven ya había elegido por ella. Hablando a sus espaldas con lord Jude para que tuviera un poquito de caridad. ¡Como si los demás también necesitaran mirarla con lástima!

Enfadada y decepcionada, se apartó de allí y le dio la espalda. El pecho le subía y le bajaba con rapidez en cada uno de sus intentos por respirar con normalidad.

De nuevo se sentía como si estuviera cayendo en un pozo muy profundo, oscuro y frío, del que jamás volvería a salir.

—¿Eso es todo? ¿Me envías fuera de Londres y limpias tu conciencia?

Raven pestañeó. ¿De qué hablaba?

—Solo intento darte una alternativa mucho menos peligrosa que enviarte a Irlanda sin una mano amiga.

—Pero prefieres mantenerme lejos.

—Tú misma has repetido cientos de veces que querías irte —le recordó él, desconcertado. Se había levantado y la miraba desde el otro lado del escritorio, con las manos apoyadas ahí—. ¿Qué otra cosa puedo hacer, salvo respetar tus deseos?

—¡No decidir dónde debo ir, por ejemplo! —exclamó ella, temblando como una hoja al viento —. ¿Acaso me has preguntado si es la clase de vida que deseo?

—No sé qué deseas, Sheena —confesó él—, más allá de alejarte de los dos hombres que te hicieron daño.

—Pero yo… pensaba que tú… Después de lo que ocurrió entre nosotros…

—Lo que ocurrió entre los dos fue de mutuo acuerdo y de ningún modo influye en mi petición por que vayas con *lady* Olivia y lord Jude —aseguró.

—Ese es el problema, Raven. Que después de acostarte conmigo me estás mandando tan lejos como te es posible. ¿Es que una vez conseguido lo que querías… ya no me necesitas aquí?

A él le costó unos segundos asumir sus palabras.

—¡Maldita sea, mujer! —exclamó tan tenso como una vara—. ¿Qué demonios dices? ¡Solo intento protegerte!

—Y para ti protegerme es que me largue —se dio la vuelta, los ojos repletos de lágrimas—. Eres… eres… un…

Raven se apresuró en moverse por la habitación para ir hasta ella y tomarla de los hombros. No permitiría que se marchara de allí con una idea equivocada en la cabeza. Él no había elegido que se fuera, solo la respetaba. ¿Tan difícil de asumir era? Al parecer, sí. Terca como ninguna otra persona que conociera, Sheena no admitiría ni asumiría que él estaba tan atrapado como ella en esa situación límite, donde en cualquier momento lord Murray y su secuaz moverían ficha.

La agarró de los hombros y la obligó a alzar la mirada. Sheena gruñó por su ímpetu.

—¿Qué soy, Sheena? Más allá del hombre que se pasa día y noche pensando en cómo mantenerte a salvo.

—Vas a mandarme lejos —le echó en cara. Le dolía demasiado—. Y nunca más volverás a verme.

—¿De verdad has llegado a la conclusión de que eso me hace feliz?

—Has tomado la decisión sin preguntarme siquiera.

—Te lo estoy sugiriendo ahora mismo.

Ella negó con la cabeza. Sorbió por la nariz.

—Pero no es lo que… —hipido— a mí me hace feliz, maldito bruto.

—Bien, pues dime de una vez qué quieres.

«No lo sé. No lo sé. No lo sé», pensaba, con la garganta irritada por las lágrimas que no derramaría delante de él. Se había cansado de llorar y ser débil frente a los hombres que le importaban.

—No es justo —balbuceó—, que te acuestes conmigo y aproveches la visita de tu amigo para mandarme de vuelta con él. ¿Cómo no eres capaz de ver que la idea es absurda? ¿Crees que lord Murray no conoce a lord Jude?

—Es el hermano pequeño del duque de Villiers.

—¡Eso no cambia nada! Conozco la reputación del duque.

—Hace mucho tiempo que ya no es un libertino. Se casó y tiene una familia, y cumple con todas sus obligaciones —Raven hacía un esfuerzo sobrehumano para no ser tosco con ella, ni hablarle mal, debido a su desconcierto—. Y es la única persona que nos podría brindar algo de protección.

Pero Sheena se negaba a verlo, porque su corazón la cegaba y sus emociones la inundaban. Pensar en que Raven desaparecería de su vida le provocaba un miedo atroz. Casi el mismo miedo que suponía el hecho de quedarse allí y que lord Murray diese con ella. Dios, estaba en mitad de una encrucijada, y no sabía cómo salir de ella.

—Entonces, cásate conmigo —dijo de pronto Raven, viendo que ella ya no le decía nada y solo temblaba—. Vayamos a Gretna Green y casémonos. De esa manera, lord Murray jamás podrá reclamarte en público. Vivirás en un escándalo constante, hasta que se olviden, pero al menos serás feliz.

«Y podré quererte como deseo hacerlo», añadió él en su mente. Su corazón latía frenético.

Sheena abrió tanto los ojos que de pronto su bonita cara se deformó por la sorpresa. Negó varias veces con la cabeza y se alejó para que el calor y el olor de Raven no influyeran en ella a la hora de darle una respuesta.

¿Casarse? ¿Por qué querría él casarse con ella? Ese matrimonio sería una farsa. Raven no la amaba y solo intentaba cumplir su promesa de que la pondría a salvo sin importar el precio. Pero Sheena sería incapaz de vivir bajo el mismo techo del hombre que le dio vida y calor a su corazón y saber, muy a su pesar, que jamás la correspondería. Que solo sería una mentira más en su larga lista.

—Sheena…

—No puedo —musitó ella, al borde del llanto. Tan grande era su impotencia—. No puedo casarme con alguien… como tú.

Raven retrocedió como si sus palabras le hubieran dado un bofetón.

—¿Alguien como yo? —Repitió. Enseguida se le pasó una idea por la cabeza y se rio con desgana—. ¿Tanto te molesta que sea un bastardo sin tierras ni títulos?

Ante su reproche, ella no supo qué responder. No se refería a eso, sino a que él era el único hombre sobre la tierra capaz de poner en jaque sus emociones y manipularla como nadie logró hacer antes. Si ya le asustaban las malas prácticas de su padre y el conde, por obvias razones, ¿cómo no iba a sentir miedo de la influencia que suponía Raven para ella? ¡La tendría en la palma de su mano! ¡Y ella estaría dispuesta a todo con tal de conseguir unas míseras migajas de cariño de su parte!

Pero Raven no le permitió explicarse; enseguida se movió por la habitación y se dirigió a la

puerta, su gran mano sujetándola con fuerza.

—No es necesario que sigamos con esto. Vete.

A ella le temblaron muchísimo las piernas cuando se giró hacia él, mirándole con los ojos anegados de lágrimas, en un intento silencioso porque entendiera su postura. Pero Raven ni siquiera la miraba.

—De acuerdo —dijo él al ver que no se movía—. Ya me quito yo de su presencia, *milady*.

Escupió la última palabra con rabia, como si ella fuera una de esas damas insoportables de la aristocracia que se empeñaba en despreciarlo solo por ser un canalla, y Sheena notó que le ardía el pecho como si estuviera en llamas.

¿Por qué no lo entendía? ¿Por qué aquel nudo en la garganta le impedía hablar?

Lo vio salir de allí sin dedicarle una sola mirada, y el mundo se rompió a su alrededor.

¿Qué se suponía que iba a hacer? ¿Correr detrás de él y decirle lo que sentía, incluso si él no la correspondía y la humillaba con un «yo no te quiero»? ¿O largarse sin decirle nada a nadie?

Tardó unos minutos en darse cuenta de que estaba llorando a mares y que sus rodillas se habían doblado. Soportando el peso de todo su cuerpo sobre las piernas, permitió que el miedo y el dolor la inundasen… junto al millón de dudas que se agolpaba en su cabeza.

23

El silencio en el carruaje hacía que lord Jude se divirtiera de lo lindo. Había pasado demasiado tiempo desde que compartió una charla tensa con el que consideraba el mejor hombre que había conocido: Raven Davenport. Y no por ello le daría la razón a esa expresión de funeral que llevaba arrastrando los dos últimos días, mientras hacía sus labores y se escaqueaba el resto del tiempo para no tener que cruzarse a *lady* Sheena por los pasillos del Redemption.

Un hombre aprendía por las malas que, en temas del corazón, al igual que en el juego, no siempre se ganaba. A veces, fueras mejor o peor, todo ocurría fruto del azar.

Y bien lo sabía él, que pasó de rehuir el amor a terminar completamente enamorado de una damita de lo más peculiar como era *lady* Olivia.

—Me encantaría saber qué pasa por tu cabeza —dijo Jude con una sonrisita socarrona en los labios.

Para él, todo lo que ocurría a su alrededor no era más que una función de teatro.

—Nada.

—¿Por eso llevas desde hace días huyendo de tus responsabilidades?

—De ser el caso, no me encontraría aquí —adujo como si nada, los brazos cruzados y la mirada perdido en la ventanilla que le permitía saber qué se cocía en el exterior.

—Has venido obligado, Raven. Y tú nunca pones malas caras cuando te invito a beber entre otros caballeros solventes y repletos de información. Pensé que te alegraría saber que el tal White no sigue metiendo las narices donde no le llaman.

De todo lo que pasaba en su vida últimamente, eso era lo único que le preocupaba más que ninguna otra cosa. No ponía en duda que lord Jude no fuera capaz de ver que aquel silencio solo era un pequeño remanso de paz previo a la tormenta que se desataría sobre sus cabezas en cuestión de días o semanas. Lord Murray, como conde que era, lleno de dinero y con una reputación que mantener, jamás permitiría que se rieran en su cara. Y mucho menos si se trataba de una mujer.

De su prometida.

De la mujer que había salido corriendo de su lado porque cualquier espacio que compartieran le suponía una maldita cárcel; una tortura digna de las peores cárceles.

¿Es que no se daba cuenta de que los hombres con un título que mantener jamás permitirían que le echaran a perder cualquier posibilidad de otro matrimonio solo porque los peores chismes se extendían a su alrededor igual que un veneno letal?

—Que White esté tranquilo no me va a obligar a bajar la guardia.

—Y no te he dicho que lo hagas, amigo mío. Solo que trates de pensar en frío.

—Ya lo hago.

Jude Birdwhistle se rio.

Los dos eran muy diferentes, tanto físicamente como en cuanto a personalidad. Mientras que el más joven de los Birdwhistle tenía el pelo casi negro y muy rizado, los pómulos marcados y un cuerpo más bien delgado, aunque fibroso, Raven era alto e imponente. Puro músculo de acero. Y su barba, esa misma que se empeñaba en llevar a pesar del aspecto desaliñado que le daba, no hacía más que endurecer sus facciones.

Pero nada de eso importaba. En realidad, Raven era terco y fiel como un perro guardián. Y Jude veía la vida de manera más bien cómica. Se reía de todos sin que los demás se percataran de ello. Era astuto, por supuesto, pero no conocía tan bien los bajos fondos como Raven. Por eso chocaban a veces.

—¿Sabes? Enamorarse puede ser una gran catástrofe si la dama en cuestión es un poquito indomable.

—¿De qué hablas?

—De Sheena y de ti, claro. No te creas que no me he dado cuenta de lo que ocurre.

—Debe ser que ahora ves amor en todos lados. Incluso en los que solo hay un colegueo sin más.

Jude se rio con ganas.

—Eres, y te lo digo con todo el respeto del mundo, el peor mentiroso que he conocido, Raven Davenport.

Ante tal despliegue de palabrería, Raven resopló y por fin le prestó atención.

—¿Qué quieres?

—La verdad.

—La verdad es sencilla: Sheena considera que soy un bastardo y que eso me quita automáticamente de la lista de posibles pretendientes.

El más joven de los Birdwhistle se quedó pensativo unos segundos.

—¿Le has pedido matrimonio a la damita?

—Sí —gruñó Raven, incómodo de pronto.

—¿Y te ha rechazado?

—Dijo que no podía casarse con alguien como yo.

Cada vez que lo recordaba, su corazón se rompía un poco más. Nunca llegó a avergonzarse de su procedencia, hasta esa tarde, en la que Sheena lo miró como si hubiese perdido la cabeza.

Estaba claro que para ella solo era el hombre que la protegía. ¿Existía deseo entre ambos? Sí, pero acostarse no cambiaba nada. Para Sheena, él solo era algo temporal. Una parada más en su camino. Y Raven fue tan tonto que pensó de verdad que ella compartía el mismo interés.

En realidad, lo de casarse lo dijo sin pensar. Le salió de dentro. Para él, el matrimonio era una bobada. Pero si con eso conseguía salvarla de un destino peor, con gusto se enlazaría a ella y trataría de hacerla muy feliz.

—Tienes agallas, amigo mío.

—Soy imbécil, pero no es necesario que me lo recuerdes.

Jude chasqueó la lengua.

—Te aseguro que es mucho más valiente pelear por la mujer que se ama que recibir una paliza. Y lo sé porque viví las dos cosas, y ambas provocadas por el mismo error. O la misma elección —hizo una pausa—. Jamás me arrepentiría de haber seducido a *lady* Olivia mientras era

de otro. Ese bastardo no se la merecía, del mismo modo que lord Murray no se merece a *lady* Sheena.

—Tu posición y la mía son completamente diferentes. Mientras tú eres hermano de un duque, con un apellido más o menos relevante dentro de la aristocracia, yo soy…

—Un tipo increíble, Raven —lo cortó, antes de que dijese algo horrible de sí mismo—. Leal, fuerte, cercano, buen amigo… Diría que buen amante, pero jamás he conocido a alguna de tus mujeres —bromeó—. ¿Por qué habrías de venirte abajo solo porque *lady* Sheena te ha rechazado?

—No tengo nada que ofrecerle. Ella es hija de un marqués, e iba a ser condesa, mientras que yo solo podría darle una casa alquilada en un barrio no muy recomendable de la capital.

—A mí me parece que le darías incluso más. Ganas mucho dinero con el Redemption. ¿Por qué no te retiras de una buena vez? Aceptaría darle el mando a cualquier otro. Caleb, tal vez. O incluso Maddox.

Casi se echó a reír ante tal ocurrencia.

—Esos dos te volverían loco. Se les da bien recibir órdenes, no darlas.

—Pues ya me las arreglaría. Tú eres la prioridad ahora mismo, Raven. ¿De verdad no te has planteado la posibilidad de sentar la cabeza y formar una familia?

Mentiría si dijese que no. Alguna que otra vez fantaseó con tal posibilidad, sobre todo cuando veía a Jude con Olivia y sus dos hijos, o a Meredith con Ollie. Se les veía tan felices, tan unidos, que se preguntaba cómo sería tener su propia descendencia. Una mujer a la que abrazar cada noche, después de hace el amor, y con la que formar recuerdos que no se borraran de su cabeza. Pero los hombres como él no estaban destinados a ser el cabeza de familia.

—¿Intentas llegar a alguna parte con esta conversación? —Fue su respuesta.

—Sé que *lady* Sheena te ha tocado el corazón. Y juraría que ella también siente cosas por ti. Pero la situación es complicada —admitió por fin Jude—, y debe estar muy asustada. Y si le has ofrecido casaros, seguro que también se halla algo confusa.

—Solo trataba de ayudarla.

—Ya lo sé. Pero las mujeres de la aristocracia han crecido con ciertos valores y normas, Raven. No la culpes por eso. Ella solo desea ser libre y ser feliz, y en estos instantes ambas cosas parecen demasiado lejanas.

—No la culpo. Sé que le gustaría casarse con alguien que esté a su altura.

Jude resopló.

—Tú estás a su altura. Deja de pensar que el dinero lo es todo. Mi hermano Nathaniel era un cretino antes de casarse, y le costó mucho dejar de serlo. ¿Y sabes quién le ayudó? Su esposa, *lady* Ava. Porque creyó en él. Porque no se rindió. ¿Crees que el destino es inamovible? Por favor —se rio—, eso es un cuento para niños. El destino lo forjamos nosotros a base de elegir.

»¿Qué decisión vas a tomar tú, Raven?

Lo fácil hubiese sido admitir en voz alta que no deseaba rendirse en cuanto a Sheena. La quería, esa era la verdad. La única verdad a la que alguien como él sería capaz de aferrarse durante los años de vida que le quedasen. Pero también la respetaba como a ninguna otra persona. Sheena había cruzado un país entero, encerrada en un carruaje, con la idea de seguir su camino hasta Irlanda y empezar a ser feliz tal y como anhelaba su corazón. ¿Y quién era él para cortarle las alas?

Por dios, no se merecía tener otro verdugo al lado. Otro hombre en el que confiar y que aprovechaba su posición para someterla.

Sheena eligió no casarse con él, y lo asumía.

Pero… ¡cómo deseaba correr hasta ella y suplicarle para que lo pensara de nuevo!

«Ojalá fueras capaz de ver lo que hay en mi corazón», pensó, desanimado y furioso. Desanimado porque no entendía cómo Dios, o quien fuera, le colocaba frente a sus narices a la mujer más increíble… y luego la alejaba como si nada. Y furioso consigo mismo, por no haber trabajado más duro y labrarse una reputación intachable.

Justo cuando iba a responder a Jude, el coche se detuvo de golpe, el caballo relinchando y el chófer soltando una maldición. Lord Jude cayó hacia delante, amortiguando el golpe gracias a apoyarse en el asiento con las manos justo a tiempo. Pero Raven no tuvo tanta suerte. La portezuela de la izquierda, donde iba apeado, se abrió de golpe y una figura oscura, alta e imponente le apuntó con un revólver antes de accionar el gatillo.

La bala hubiese impactado en la mitad de su pecho de no ser porque Jude lo empujó un segundo antes hacia el lado contrario. Se armó un gran revuelo, el chófer se bajó y trató de dar caza al desconocido, mientras que el menor de los Birdwhistle socorría a su amigo. El mismo que se desangraba sobre el piso del carruaje mientras su gran mano presionaba el hombro.

—Joder —maldijo, con los ojos cerrados debido al dolor y a haber visto pasar toda su vida frente a sus narices—, creo que tengo adicción a que me disparen siempre en el mismo lado.

A pesar de la tensión, y de que la escena era de todo menos cómica, Jude soltó una carcajada.

—Míralo por el lado positivo, amigo: esta vez será más fácil, dado que ya tenías un agujero ahí.

Raven temblaba por el frío y el dolor. El vaho se alzaba sobre sus labios a consecuencia de la brisa que se colaba a través de la portezuela abierta. Jude se quitó el abrigo y presionó la herida con él. Sangraba demasiado.

—No he podido alcanzarlo —se disculpó el chófer un minuto después, sofocado y sudoroso —. Lo siento, señor.

—¿Has visto qué aspecto tenía?

—No. Solo… creo que… Diría que una enorme cicatriz cruzaba su cara.

Raven maldijo de nuevo.

—Llévanos al Redemption. Ya —ordenó Jude.

El chófer asintió y se puso en marcha enseguida.

—Voy a matarlo —gruñó Raven—. En cuanto le ponga las manos encima…

—Primero recupérate, y luego, si quieres, abres fuego contra ese malnacido.

No fue capaz de decirle que no. El dolor prácticamente le hacía gritar cada dos por tres, y la pérdida de sangre, junto al frío y la rabia, lo entumecían.

¿Sabría ese bastardo que había atacado a la persona equivocada?

Sheena volvió a la habitación después de haberse pasado media hora frotándose las manos y los brazos con un trapo húmedo y jabón a fin de quitar los restos de sangre de su piel. Soportaba el olor y el tacto porque estaba más que acostumbrada, pero que fuese de Raven, precisamente, la aturdía y la entumecía a partes iguales.

Cuando aparecieron en el Redemption, con un Raven inconsciente y un Jude pálido como un muerto, el corazón se le subió a la garganta y casi vomitó sobre sus pies ante la impresión. Si le hubiera pasado algo peor, o la bala no hubiese salido limpia, tal vez estaría de rodillas, en cualquier iglesia de Londres, suplicándole a Dios que no se llevara al único hombre que se ganó

su aprecio. El único que jamás le puso un dedo encima por lastimarla.

Pero, por suerte, o gracias a sus habilidades médicas —que dictaban mucho de ser las que un médico en ciernes poseería—, consiguió detener la hemorragia y administrarle un antibiótico que el mismísimo doctor Victor le dio al verla tan alterada.

Todo el mundo se volcó en ayudar al actual dueño del Redemption. Caleb canceló todas las visitas de ese día y prometió compensar a los caballeros asiduos al club por las molestias. Meredith y Chloe se quedaron en las cocinas, junto a Penélope, para cocinar y preparar té para todos. Maddox, por el contrario, no se separaba de Raven, y Sheena iba y venía cada poco tiempo, completamente segura de que el tiempo pasaba demasiado lento cuando la parca se acercaba a ella.

—Tranquila —le dijo el doctor nada más verla aparecer—, está estable. Ha sobrevivido a heridas peores.

—Sangraba demasiado. Y tiene algo de fiebre —tanteó la frente de Raven con los dedos—. ¿Sería conveniente administrarle algo más?

—No, querida. Con los paños fríos y el antibiótico debería bastar.

Ella asintió, silenciosa, y se acercó a escurrir de nuevo el trapo y colocarlo sobre su frente. Raven se removió por el dolor y la molestia. Las ojeras bajo sus ojos, los labios llenos de pielecitas y cortes, las mejillas sonrojadas… todo en su rostro parecía indicar que casi no lo contaba esa vez. Y Sheena se moría de miedo.

Permaneció a su lado durante algunas horas más. Justo cuando el amanecer despuntaba sobre Londres, Maddox decidió irse a dormir un rato y el doctor prometió que los visitaría por la tarde. Sheena, una vez a solas, agarró la mano de Raven con fuerza y apoyó la cabeza sobre la cama donde descansaba. Apenas consiguió cerrar los ojos unos minutos cuando él se despertó.

—¿Raven? —Alertada, ella se reincorporó y le tocó la cara con suavidad—. ¿Puedes enfocarme?

—Sheena…

—Sí, soy yo —sonrió a pesar del esfuerzo que le supuso—. ¿Cómo te sientes?

Raven tragó con dificultad. Intentó hablar, mas no lo consiguió. Ella, advirtiendo que tendría la garganta seca, le acercó un poco de agua y lo ayudó a incorporarse para que bebiese a sorbos pequeños.

—Te han disparado. Ayer, por la noche. Jude te trajo al Redemption enseguida —explicaba Sheena con lentitud—. Tanto el doctor Victor como yo hemos logrado sacar la bala y cerrar la herida. No podrás usar el brazo con normalidad hasta que transcurran un par de semanas, pero creo que eso ya lo sabes.

Absorbió la información y la mezcló con sus últimos recuerdos: el viaje en carruaje, la figura encapuchada, la pistola, el disparo. Luego todo se volvió negro. Lo único que sí se quedó grabado en su memoria, aparte del dolor inmenso que sentía —y que ahora se veía potenciado—, fueron las palabras del chófer: «…lo único que logré ver es la cicatriz de la cara».

Había sido un ajuste de cuentes entre lord Murray y él. Quizá una advertencia de que sabía muy bien dónde se encontraba Sheena y que no le importaba el precio a pagar por recuperar a su prometida. Matarle, o quitárselo del medio, era el menor de sus preocupaciones.

La rabia lo invadió con la misma intensidad que el dolor que cruzaba su hombro y se extendía, sin remedio, hasta las yemas de sus dedos y su cuello.

Tendría que tomar cartas en el asunto, pero lo primero era calmar a Sheena, quien lo miraba con tanta culpabilidad que amenazaba con ahogarlo.

—Estoy bien —trató de tranquilizarla—. He sobrevivido a cosas peores.

Ella ahogó un gemido lastimero.

—El doctor dijo lo mismo.

—¿Ves? —Tragó con cierta dificultad. La boca la tenía pastosa y el dolor era insoportable—. No estoy mintiendo.

—Lo siento. —Un sollozo quebró la voz de Sheena—. Lo siento mucho.

Supuso que Sheena ya se encontraba al tanto de quién le había disparado unas horas atrás. Las noticias volaban igual de rápido que la polvorilla en aquel club. Solo lamentaba no ser capaz de estrecharla entre sus brazos y darle un beso en la frente antes de prometerle que todo iría bien. Que la protegería.

En realidad, y por más que le pesara, entendía su reticencia a la hora de permanecer en Londres. Y por fin era consciente al cien por cien de sus motivaciones. Ya no le cegaba el amor que lo inundaba por dentro, sino el dolor y el miedo que la hacían temblar y sollozar en tanto apretaba su mano sana como si deseara transmitirle, con un simple gesto, todo lo que pensaba.

—¿Sabes? —hablaba con cierta dificultad, sus ojos entrecerrados por la molesta luz procedente de los candelabros que iluminaban la habitación—. Quien lo lamenta soy yo, por cómo me comporté contigo la última vez que hablamos.

—Raven, no…

—Fui egoísta y no tuve en cuenta tus emociones, tu dolor y tus deseos, y te forcé a elegir un camino que no está entre tus opciones.

Si iban a hablar en algún momento de lo que pasó, prefería que fuese ese; así ninguno escaparía antes de que todas las cartas estuvieran sobre la mesa.

—Olvida eso, Raven. Es…

—No voy a olvidar nada que tenga que ver contigo, Sheena. Y ahora entiendo, mejor que nunca, por qué no anhelas una vida junto a mí. Esta no es una vida para nadie —sonrió con tirantez, también con vergüenza—. Un club de caballeros, tráfico de *whisky*, peleas, disparos… Te mereces algo muchísimo mejor. Siento no haberlo visto antes y haberte obligado a elegir lo que yo creía que era lo más sensato.

Sheena negó con la cabeza, sus ojos anegados de lágrimas que le emborronaban la mirada.

—Tranquilo, sobre eso…

—Sobre eso —la cortó suavemente Raven—, he decidido que voy a ayudarte a escapar. De una vez por todas. En cuanto me recupere —su mirada se desvió por un segundo a la herida de bala—, te buscaré la mejor escolta y el mejor carruaje, y te llevaré a Irlanda. Allí serás libre.

Lo hacía por amor, y no por el que sentía hacia las personas que luchaban, incansables, por obtener aquello que les pertenecía y les era arrebatado de manera injusta. Lo hacía, sencillamente, porque amaba a Sheena. Pero la amaba libre y suya, sin cadenas, sin máscaras, sin mentiras.

Perplejidad y agradecimiento se reflejaron en su bonito rostro cuando entendió lo que le decía. No la retendría más allí, en Londres, sino que le brindaba su pasaje a la vida que tanto tiempo había anhelado cuando aún vivía en Rutherford Castle, a las órdenes de su padre. Y eso… eso tocó el corazón de Sheena de una manera tan intensa y real y dolorosa que por fin permitió que las lágrimas bañasen sus mejillas.

Se encorvó sobre la cama, la frente apoyada sobre su brazo, y sollozó porque Raven no pensara que era una mujer inmadura y caprichosa, además de desagradecida.

Mientras lloraba, su lista de mentiras se deshizo como si hubiese mojado el papel en agua.

—Gracias.

Raven cerró los ojos con fuerza, conteniendo su propia pena. Pero asintió, dándole a entender que todo estaba bien. Que estaría bien.

—No tienes que dármelas, cariño —pausa—. Allí conseguirás ser feliz, estoy seguro.

Tan cansada como se encontraba a causa de no dormir, de la preocupación y de todos los últimos acontecimientos, no se percató de que, en realidad, no la embargaba la misma emoción y las mismas ganas que semanas atrás, cuando ideaba su viaje. Pero Raven se las ingenió para soltarse de su agarre y acariciarle la cara, y ese dulce toque, repleto de cariño, calmó un poco su pesar.

Calmó la inquietud y la cantidad de palabras que se atascaban en su garganta, y que Raven ya no escucharía jamás.

24

Las siguientes dos semanas fueron decisivas para todos en el Redemption. Sobre todo, en cuanto la noticia de que Sheena se marchaba, al fin, tal y como ella deseaba.

Lady Olivia y lord Jude se quedaron unos días más en Londres por si acaso había alguna afrenta y, sobre todo, porque el menor de los Birdwhistle habló con su hermano, el duque de Villiers, por si podían hacer algo al respecto. Nunca prometía algo en vano y luego se olvidaba, por no hablar de que le debía demasiado a Raven como para no gastar todas las balas que tuvieran a su alcance.

Sin embargo, Nathaniel Birdwhistle, el duque, les dijo que necesitaría tiempo para tomar una decisión que no perjudicara a nadie. El hecho de que una dama escapara de su casa y también de sus responsabilidades, como le ocurría a Sheena con su compromiso, era un asunto delicado. La mayoría de las personas creían que era culpa del hombre, y su nombre quedaba manchado para siempre. Mientras que, a la dama en cuestión, si daban con ella, solían condenarla de muchas maneras. Y nadie deseaba que el marqués de Rutherford castigara a su hija encerrándola para siempre.

Era un hombre tan frívolo, tan poco dado a proteger a su única hija, que les aterraba la posibilidad de que se vengara de la peor de las maneras.

Y eso provocó un enorme pesar en Raven.

Sheena, por otro lado, no permitió que el miedo la paralizara de nuevo. Por las noches solía despertarse continuamente por las pesadillas que la asaltaban, repletas de hombres muy similares al conde, armados con una pistola que casi siempre era disparada. Y cuando abría los ojos, el sudor hacía que el camisón se le pegara a la espalda y el corazón amenazara con salírsele del pecho.

¿Alguna vez superaría lo ocurrido? ¿O sería siempre prisionera de su pasado?

La última velada que compartió con *lady* Olivia le ayudó a calmar sus nervios. La esposa del joven Birdwhistle le aseguró que las tormentas no duraban eternamente y que ella era más fuerte de lo que pensaba.

—No temas por nosotros —le murmuró cerca del oído cuando le dio un abrazo—. Ya hemos pasado por esto.

Y Sheena le creyó.

Al parecer, en el Redemption era común que de vez en cuando un desconocido los amenazara de un modo u otro. Ya fuese por culpa de Raven, de una trifulca casual o de algún lord desesperado por recuperar lo que era suyo por derecho, y que perdió apostando a los dados o por

inconsciente.

A pesar de que continuaba curando a los boxeadores del club por las noches, la mayoría de ellos mantenían las distancias, y Raven se pasó una semana entera encerrado en su casa, sin querer ver a nadie, después de delegar las funciones básicas en Maddox.

Por otro lado, las chicas —Penélope, Chloe y Meredith— no la dejaban sola por demasiado tiempo. Pasaban el mayor número de horas a su lado, hablando de tantas cosas que las risas y los llantos se convirtieron en una rutina dentro de las cocinas del Redemption. Y a nadie pareció molestarle. Todas se apreciaban demasiado a esas alturas como para negar que les dolía la pérdida de una de ellas.

—¿Y qué harás en Irlanda? —preguntó Chloe la noche antes de su partida—. ¿Crees que te acogerán en algún orfanato?

—No lo sé —reconoció Sheena con pesar—, pero buscaré algún trabajo que me ayude a sobrevivir. No debe ser tan difícil —añadió con la mirada clavada en el techo de la cocina—, si muchas mujeres, como yo, huyeron de sus maridos y rehicieron su vida.

Esa noche se acostaron realmente tarde. Chloe fue la última en marcharse a casa, porque se acopló en la habitación de la escocesa para regalarle algunas cosas: un par de cartas, un collar hecho de manera artesanal y un puñal.

—Esto último te vendrá bien si algún caballero indecoroso trata de propasarse contigo —le dijo en voz muy bajita—. Escóndelo bien bajo las enaguas.

Con lágrimas en los ojos, Sheena asintió y le dio un abrazo. La echaría tanto de menos.

Durmió unas horas, pero las pesadillas la visitaban y no le daban nada de tregua. Finalmente, le tocó abandonar la cama, darse un baño y ponerse uno de los vestidos que Romula trajo para ella a petición de Raven. Dios, cómo le dolía la despedida. Con él, más que con ningún otro.

¿Le echaría de menos, después de todo? ¿O se alegraría de que se esfumaran todos los problemas gracias a su partida?

A ella el dolor se le antojaba un compañero igual de fiel que un perro amaestrado. Y no entendía por qué el corazón le gritaba que se equivocaba si había luchado tanto por alcanzar su sueño de una nueva oportunidad en Irlanda, lejos del conde y de su padre, de su fortuna y de las personas que alguna vez la conocieron.

Se suponía que era aquello lo que necesitaba y, aun así, no dejaba de notar que el alma le pesaba como si de mil toneladas de hierro se tratase.

Sinclair y Maddox se encargaron de meter el baúl con sus escasas pertenencias en el carruaje que los llevaría a Irlanda en los próximos días. Sería el segundo de ellos, junto al chófer, quien la protegería. Una dama que viajaba sola y, sobre todo, una dama a la que buscaban en todos lados, era demasiado apetecible para cualquiera con malas intenciones.

Y a ella no le molestaba, en realidad. Si se marchaba de Londres y no había nadie cerca con quien hablar, con quien compartir sus emociones, tal vez se volvería loca.

El único dolor que se quedó con ella, casi como si fuera un manto que la protegía y le recordaba constantemente las elecciones que había tomado, y que tal vez no eran las correctas, fue el de Raven. O, más bien, la ausencia de él.

Una ausencia que se extendería hasta el último de sus días.

Y convivir con ello se le hizo en extremo insoportable las últimas noches, cuando al fin tocaba la almohada con la mejilla y se sentía capaz de dejarse llevar por sus emociones. Las mismas que contenía para que nadie supiera que ella también los echaría muchísimo de menos y jamás olvidaría todo lo que hicieron.

En el Redemption convivía muchísima gente, pero todos se llevaban bien. Una pequeña familia por elección y no por obligación. Sheena jamás había conocido algo similar. En su vida, las amistades eran más bien lazos que te mantenían cuerda y te permitían salir de casa de vez en cuando, chismorrear un poco y nada más. Pero los canallas del Redemption le habían demostrado que la confianza de verdad, la que se instalaba en el corazón, era aún más valiosa que la fortuna de un duque. Que la fortuna de cualquier persona.

—Gracias —repuso cuando todo su equipaje estuvo acomodado en el carruaje y Maddox se enjugó la frente con el dorso de la mano.

Todos se habían reunido allí con la finalidad de despedirla. Y el adiós fue agridulce. Los abrazos, las promesas, la cartas que escribirían, las visitas que tal vez algún día serían una realidad… El corazón de Sheena se encogía más y más a medida que se alejaba de ellos.

El único que no se hallaba allí era Raven.

—Está en su despacho —fue Caleb quien se lo dijo, para su sorpresa—. Quizá no quiera una despedida en público.

Sheena asintió y sorbió por la nariz.

—Gracias.

Se dirigió al despacho y vio a Raven allí, como siempre, pero con el rostro escondido entre sus manos y un olor a tabaco que sobrevolaba por el aire, llenándole los pulmones.

Dios… era tan hermoso, pensó. Tan atractivo. Tan fuerte. Tan único.

Se alegraba muchísimo de haberle conocido. Cuando lo miraba, la lista con las mentiras que se repetía constantemente para no caer rendida a sus pies se difuminaba y se convertían en un borrón dentro de su mente. Las emociones se abrían paso en su interior como si de un amanecer se tratase, inundándola de una calidez que nunca antes había experimentado, y eso… eso no lo hallaría en otro lugar, ni en otros brazos.

—Hola —saludó con la voz algo ronca y nasal—, mi carruaje sale en unos minutos.

Raven alzó la mirada y clavó en ella sus dos ojos oscuros como la noche. Pero cálidos y llenos de vida, de pasión, de emociones similares a las suyas.

—No quería despedirme de ti —reconoció él—. Me parecía demasiado cruel.

—Lo siento…

Él chasqueó la lengua.

Dios, cómo la echaría de menos. Todo de ella; desde su insolencia a sus besos y a sus sonrisas a destiempo.

Había imaginado una vida donde ella durmiera a su lado cada noche, pegada a su pecho, y ahora solo le quedaban los recuerdos y un vacío tan grande que jamás volvería a ser llenado.

Ninguna mujer le tocaría el corazón del mismo modo en que Sheena lo había hecho.

—¿De verdad deseas esto?

—No me hagas esa pregunta —suplicó ella—. No ahora.

—Es ahora cuando debo hacerlo, Sheena. Luego no habrá más opciones.

Esa verdad se sacudió dentro de ella como si de un terremoto se tratase. Dios sabía que su intención no era hacerle daño al hombre más increíble que había conocido. Pero si no se marchaba… causaría más dolor y más heridas, y el miedo jamás le soltaría. Se convertirían en grilletes alrededor de su corazón.

—Es algo que… que sabíamos que ocurriría…

Raven soltó todo el aire contenido en sus pulmones de golpe.

—Dudaba en si sería necesario decirlo en voz alta, Sheena, pero yo… —Tragó saliva. Se

levantó de su sillón y rodeó la mesa—. Quiero que te quedes.

«Sé mía. Elígeme», suplicaba, todo su cuerpo tenso por la rabia de no ser suficiente para la única mujer que le tocó el corazón.

—Raven… yo…

—Por favor —fue su turno para suplicar—. Quédate.

Raven la abrazó con fuerza nada más verla temblar con violencia. Al parecer, él no era el único que necesitaba que el otro soportara todo el peso de sus sentimientos con estoicidad. No era el único que, en un silencio que quemaba como mil soles, suplicaba al otro por un futuro que no se haría realidad.

El calor de Sheena traspasó la tela y llegó hasta él veloz como un rayo. La escocesa entornó los párpados y apretó los labios con más fuerza de la necesaria.

—Aún hay posibilidades para nosotros.

—Sabes tan bien como yo que no es cierto. La herida de tu brazo dice lo contrario, Raven.

—Solo es una herida.

—Las heridas sangran y duelen y dejan cicatrices. Uno jamás olvida el dolor que le causaron —balbuceó con la barbilla temblándole y los dientes castañeándole—. Miente todo lo que desees, pero no cambiará nada.

—¿Tampoco lo que ambos sentimos?

Sheena cerró los ojos y aspiró con fuerza por la boca.

—¿Por qué lo complicas todo? ¡Estoy a punto de marcharme!

—Porque he decidido que no quiero que te vayas, mujer.

Sus manos grandes y callosas se deslizaron por su cintura, su espalda y sus brazos, apretándola con tanto ímpetu que estuvo a punto de quebrarla en mil pedazos. Pero ella no emitió queja alguna, porque, en su fuero interno, suplicaba por que no la soltara jamás.

—Tú no eliges por mí.

—Pues elígenos a nosotros dos, Sheena, por favor —besó su barbilla, su cuello, su escote—. Quédate y solucionáremos lo que sea necesario.

—Raven… No lo entiendes… ¡Soy un peligro para todos!

—Eras un peligro para mi cordura, mujer, desde el primer día que te cruzaste en mi camino —sus dedos tiraron de la lazada del vestido y lo deshizo rápidamente—. Has roto mi mente y me has hecho creer en cosas que antes me eran ajenas. ¿Cómo describirías eso, *milady*? ¿Acaso la maldición no ha sido bilateral?

—¿Soy una maldición? —Jadeó ella, y trató de alejarse un par de pasos. Que de nada sirvieron —. ¡Y pretendes que me quede a tu lado!

—Pues claro que lo pretendo —la miró con el fuego en la mirada—. Y claro que eres una maldición. La peor de todas, la que se queda siempre contigo, aunque no estés físicamente. ¿O vas a decirme que no te ocurre igual? —Atacó—. ¿Vas a reconocerme que no recordarás todas las veces que mis manos y mi boca estuvieron sobre ti?

Sus labios acariciaron su boca con suavidad, aunque también firmes, en una provocación más que obvia para que le diese la respuesta que sus oídos necesitaba escuchar. Al segundo siguiente, Sheena se vio consumida por esa lava espesa que recorría su torrente sanguíneo y quemaba su piel, la ropa que llevaba, su propio aliento. El deseo era tan intenso que la asustó casi tanto como el hecho de que estuvo a un segundo de ceder a sus peticiones. Tal era el embrujo al que la sometía ese canalla.

—Espera… Nosotros… —Sus besos la derretían por completo—. Yo…

—¿Nosotros… qué? Dímelo, Sheena.

—Es que no puedo… Aunque mi corazón dijese que sí, mi cabeza…

—Hay maneras de acallar lo que la razón grita a veces.

—¡Pero también hay que hacerle caso!

Una vez el vestido quedó totalmente desabrochado, Raven se las apañó para subirlo y luchar con el resto de endiabladas prendas que las damas se empecinaban en llevar bajo aquellas faldas pomposas para redondear aún más su figura y sobresalir. Menos mal que era diestro a la hora de desnudar y vestir a las mujeres, o se habría desquiciado allí mismo.

Como Sheena no se lo impedía, siguió llenándola de besos. Besos tiernos, desesperados, húmedos que se desperdigaban por la larga curva de su cuello y su escote —lo que el corsé le permitía alcanzar— y sus hombros. Ella suspiraba de placer. Raven siempre supo dónde tocarla para que todas sus defensas se vinieran abajo como si de un castillo de naipes se tratase.

—¿Crees que yo debería hacer caso a lo que dice mi cabeza y mi corazón? Ambos me gritan que te tome a cada minuto, que te suplique por que te cases conmigo y quieras formar una familia conmigo. Dios, te haría el amor cada noche, Sheena. Cada maldita noche recorrería tu cuerpo con mi boca y mis manos, te regalaría tanto amor, tanto placer… que no querrías pensar en nada más.

Y ella estaba segura de que así sería.

Las rodillas le temblaban a medida que él hurgaba entre sus enaguas y buscaba con destreza la hendidura entre sus muslos. Tocó la humedad de sus pliegues, ahora hinchados de necesidad, y le arrancó un gemido plañidero que él se tragó al subir de nuevo a su boca y besarla.

—Raven… por favor… —rogaba ella.

Desesperante, así era el calor que se agolpaba entre sus piernas, y Raven no hacía nada por aplacarlo. Al contrario, potenciaba esa necesidad febril por estallar.

Pero él no se veía demasiado misericorde.

—No soporto la idea de que te vayas, Sheena.

«Ni yo. Pero es lo mejor para todos», pensaba, aferrándose a esa verdad como a un clavo ardiendo. Si permanecía cerca de Raven y los demás, habría más disparos, más amenazas y, si no vigilaban sus espaldas, algún funeral. Y se negaba en rotundo a ser partícipe de aquella locura en la que ella misma se metió la noche que optó por subirse a un carruaje desconocido con la idea de desaparecer de Escocia. De alejarse tanto como fuera posible.

Sus elecciones, sus consecuencias.

Pero Raven no parecía dispuesto a rendirse. Volvió a sobornar su boca con besos que se volvían cada vez más agresivos y demandantes. Su cuerpo menudo se amoldó al suyo, suaves senos presionándose contra su duro pecho. El calor envolviéndolos de manera asfixiante. Sheena cerró los ojos y dejó de sostener el vestido que amenazaba con caer al suelo, y permitió que aquel hombre, aquel canalla, aquel villano… le tocara donde quisiera.

Porque todo le pertenecía.

Los dedos de Raven siguieron acariciando su sexo húmedo y caliente con movimientos perezosos en tanto devoraba su boca hasta dejarle los labios hinchados. Rojos como sus mejillas. Sheena lo miró con ojos vidriosos y gimoteó en cuanto él presionó el lugar exacto que activaba ese relámpago de placer efímero que se formaba en su bajo vientre.

De todas las historias que le quedaban por imaginar, hacer el amor con Raven en mitad de una disputa para ver quién de los dos hacía ceder al otro, no era la principal. Pero, aun así, se entregó como solo una dama encaprichada y conquistada podía hacerlo.

Entregándose por completo a la pasión, abrazándola como si fuera una prima cercana, Sheena ladeó la cabeza y le dio espacio a Raven para que recorriese con los labios y la lengua la curvatura de su cuello. Él continuaba acariciándola, acrecentando aquel placer intenso que se concentraba en una sola parte de su cuerpo y amenazaba con doblar sus rodillas. Respiraba por la boca y, aun así, notaba el aire cargado; caliente y espeso como una sopa.

Aquel hombre le nublaba el juicio.

Raven dejó impresa la marca de sus dientes sobre su piel al morderla no demasiado fuerte en la zona de su hombro y volvió a subir para amoldarse a su boca en un beso cruento que fue acompañado por un orgasmo demoledor por parte de ella. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por sostenerla con el brazo libre, rodeándola por la cintura, y absorbió cada gimoteo, cada jadeo, hasta que ella se quedó laxa por completo.

Y ni siquiera entonces le dio tregua. Le quitó el vestido y todo lo demás, excepto el corsé, y la tomó en brazos con la energía que en otro momento le faltaría. Sheena se sorprendió al ver que sus pies se separaban unos cuantos centímetros del suelo. Nunca la habían tomado prisionera de esa manera, pero se sentía tan bien. Como si se hallara en el sitio correcto.

«No, no vayas por ahí», se reprendió. No podía dudar ahora.

El beso que él presionó sobre su sien la distrajo del todo. Sheena le rodeó el cuello con ambos brazos, aferrándose más por el temor a que se esfumara, a que solo fuera un sueño, que por miedo a caer de bruces contra el suelo. Raven la miró con los ojos teñidos de un deseo que le quemaba igual que un carbón encendido. Había tanto anhelo en esos dos irises. Dios mío.

Ambos sabían que, de haber tenido algo más de tiempo, se habrían entregado a la tarea de besarse y tocarse durante horas. De recorrer el cuerpo del otro hasta aprendérselo de memoria. Pero el tiempo apremiaba, y Sheena aún no daba su respuesta, así que Raven se desabrochó el botón del pantalón y liberó su miembro unos segundos antes de adentrarse en ella por completo, de una sola estocada. Los dos gimieron casi a la par.

—Raven…

—Estoy aquí. Siempre voy a estar aquí.

Le dieron ganas de llorar por sus palabras.

Sheena escondió el rostro en su cuello y permitió que él moviese las caderas con el mismo ímpetu con el que ella gimoteaba. La colmaba por completo, y la sensación no podía ser más maravillosa. Solo él sabía cómo tocar su alma y su cuerpo hasta convertirlos de su propiedad.

Notaba sus manos grandes afianzándola contra la estantería más cercana mientras entraba y salía de ella, haciéndole el amor, que era lo único que podrían hacer ellos dos. Sus dedos se clavaban en la tierna carne de sus muslos, su boca se paseaba por su rostro, por su cuello y por la porción que el corsé dejaba a la vista de sus senos. Besos que se transformaban en un ligero hormigueo muy cálido después que abandonara esa zona de su cuerpo a fin de centrarse en otra.

Sheena curvó los dedos de los pies cuando el placer volvió a crecer dentro de ella ante la furiosa invasión de su miembro. A diferencia de la vez anterior, Raven no estaba siendo suave ni considerado; estaba moviéndose con una rapidez desconcertante. Pero a ella le gustaba esa desesperación, pues era la misma que la invadía a ella. Quería atesorar cada minuto que les quedara juntos.

Solo hubo un minuto en el que Raven la miró a los ojos. Y ella supo lo que le decía en ese silencio roto únicamente por sus embestidas: *te quiero, te quiero, te quiero*. Era todo lo que repetían sus ojos. Sus bonitos ojos de canalla imposible. De un hombre que apostaba todo a una carta y no sabía si ganaría.

Algunas lágrimas le emborronaron la mirada. Y cómo lo odió. Necesitaba ver a Raven. Grabarse a fuego su cara, para que nunca se borrase de su memoria.

Él le apartó algunas con suavidad, y ella gimoteó.

Eso bastó para que Raven entendiera qué necesitaba su escocesa. Porque era suya. Incluso se marchaba lejos, no dejaría de pertenecerle una parte de ella. Una parte muy importante.

Conteniendo su propio dolor, la besó y arremetió contra ella en embestidas que se duplicaron por diez, por veinte; todas profundas, furiosas. Hasta que el clímax la barrió por completo y Sheena estuvo segura de que esta vez sí que se caería y se rompería.

Pero nada de eso ocurrió.

Lo único que lamentó fue que Raven saliera de su interior, intensificando la sensación de vacío, y se derramara entre sus muslos, pero no dentro. Hubiese sido un error garrafal viajar hasta Irlanda con su simiente atrapado en su cuerpo. Ninguna criatura se merecía el destino que le esperaba en ese caso.

Por eso mismo, porque no parecía que hubiese esperanza alguna, Sheena sollozó más fuerte y tomó la cara de Raven entre sus manos.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repetía.

Él sonrió con tristeza, aún enrojecido y sudoroso.

—Lo sé, Sheena. Pero voy a querer por los dos. Hasta que dejes de tener miedo.

Fundiéndose en un abrazo tan intenso como lo que acababan de vivir, permanecieron así unos minutos, bebiéndose el calor del otro. Hasta que Chloe, algo apenada, llamó a la puerta y les avisó de que el chófer no esperaría mucho más.

Solo entonces le ayudó a vestirse y le dio un último beso. El peor de todos, porque significaba un adiós que jamás superaría.

—Suerte, milady.

Ella apretó los labios y asintió con la cabeza.

«Yo también te quiero», quiso decirle. Pero optó por llevárselo consigo. Como todo lo que vivió a su lado en las últimas semanas.

Eso nadie, ni siquiera su padre o el conde, o los miedos, podría arrebatárselo.

25

El silencio se instaló dentro del carruaje a medida que avanzaban fuera de Londres. La despedida fue tal y como esperaba: una mezcla de abrazos y buenos deseos y lágrimas. Hasta Caleb se despidió de ella, y eso que no era santo de su devoción. Ni siquiera cuando aún vivían bajo el mismo techo fue capaz de mirarla como si no quisiera echarla a cajas destempladas de sus dominios. Pero supuso que, incluso un canalla y un bruto como él, tenía sentimientos y no sería capaz de ensombrecer su partida con sus comentarios desafortunados.

Aun así, el nudo de su estómago no se evaporó en ningún momento. Algo le decía que estaba en el lado incorrecto del camino y que cometía un error imperdonable.

Lo que más le dolía era Raven, por supuesto. Finalmente se había enamorado de él, y su lista de mentiras no sirvieron de nada. Por más que se las repitiese, una y otra vez, no tuvieron el impacto suficiente como para proteger su corazón de su villano favorito. De su canalla.

Cuanto más pensaba en ello, más le dolía el corazón. Un dolor sordo que se extendía por todo su ser y le impedía tranquilizarse.

¿Qué sería de ella sin sus tiras y aflojas con Raven? ¿Sin sus comentarios toscos? ¿Sin sus besos? ¿Sobreviviría a pesar de ello?

«Dios mío, ¿qué he hecho?», pensó, los ojos anegados de lágrimas y las manos férreas contra su regazo.

A pesar de que Raven era diestro vistiendo a una mujer, todo el mundo se percató de lo que había ocurrido entre ellos dentro del despacho. El único que dio muestras de no querer decir nada, ni siquiera que había sido un error, fue Maddox. Sentado frente a ella, mantenía los ojos cerrados y se dejaba mecer por el suave bamboleo del coche.

—¿Hasta qué punto es imperdonable que una mujer como yo corretee hasta Irlanda en lugar de quedarse donde habita su corazón?

Maddox abrió los ojos de golpe y torció el gesto.

—Si deseas hablar de amor, me temo que soy la persona equivocada.

—¿No crees en el amor?

—Claro que creo, mujer —se rio él, algo seco—. Pero sé que no está hecho para mí y, por tanto, no le doy importancia.

—¿Nunca se ha enamorado?

Una sonrisita enigmática curvó sus labios.

—¿A qué te refieres con enamorarte? ¿A sentir que me oprime el pecho no tener cerca a esa persona o algo así? Me gusta disfrutar de compañías divertidas y apetecibles, no lo niego, pero

no lleno mi cama ni mis días con mujeres que no serían capaces de estremecerme.

—Por tanto, su respuesta es que no.

—Mi respuesta es que estoy maldito y no voy a ser amado jamás —corrigió él, sin alterarse ni un poquito—. Y la respuesta a tu anterior pregunta: Raven te perdonaría hasta que le arrancaras una pierna.

Se ruborizó enseguida.

Tampoco le cogía por sorpresa que a esas alturas ya todo el mundo supiera con certeza que los dos sentían cosas el uno por la otra. Las emociones, aunque volátiles, se le reflejaban a las personas en la cara, en la voz y en los gestos. Y estar enamorado implicaba muchas cosas.

—A ratos pienso que el amor es una maldición en sí mismo.

—Tal vez. Pero no debería ser tan difícil. Si le amas, ¿por qué te vas?

—Porque solo le haría daño.

—¿De verdad piensas que a Raven le preocupa sentirse amenazado por un conde aburrido? —Se rio Maddox—. Hemos pasado por momentos más oscuros y complicados, créeme. Vivir en los bajos fondos te enseña que siempre hay un arma apuntando hacia ti, sobre todo en tipos como nosotros. Demasiada competencia. Si supieras lo que hemos visto y oído…

—Puedo hacerme una idea —susurró, recordando la herida de bala de Maddox y la de Raven.

Él suspiró.

—Entiendo que es difícil para ti, porque no perteneces a este mundo.

—Tengo miedo de que lord Murray consiga lo que quiere. Dudo mucho que se trate de mí, que no soy más que una dama, a fin de cuentas. Una dama arruinada —hizo una pausa—. El conde es demasiado orgulloso y tratará de vengarse de vosotros por habernos burlado de él. A estas alturas ya debe saber que la treta con Meredith no era más que una provocación.

—Caleb lo hizo bien. Nos dio tiempo, escocesa.

No le molestaba que Maddox le hablara de esa manera tan… cercana o coloquial. Desde el primer día se dirigió a ella como escocesa y no como *milady*, o por su nombre.

En cierto modo, le hacía sentir mejor que las miradas desdeñosas de Caleb.

—Pero… eso no lo frenará. Lo conozco.

—Hay mil maneras distintas de disuadir a un hombre. No eres la primera mujer que escapa de su marido o de su prometido por temor al matrimonio.

—Y todas acaban encerradas, repudiadas o asesinadas. He oído historias al respecto.

—Serán las que no han encontrado una mano amiga, escocesa. Y tú tienes unas cuantas.

Como apenas salían de la capital, y solo llevaban casi dos horas de trayecto —quedándoles unas cuantas más, incluso días—, rellenar el silencio con alguna conversación le parecía mejor idea que lidiar con sus propios pensamientos. Esos que amenazaban con destruirla.

—¿Una mujer debe aceptar esas manos amigas… incluso si las pone en peligro?

—Te preocupas demasiado por lo demás y muy poco de ti misma, escocesa. Tanto Raven como yo o cualquier otro dentro del club te aceptamos porque no eras una amenaza. En el Redemption no entra nadie que no sea aprobado por todos. Puede que lord Jude construyera el club, pero nosotros lo sacamos adelante mes a mes. Y hemos tratado con incontables caballeros que merecían la pena y otros que eran unos malnacidos. Nos hemos enzarzado en discusiones violentas con muchos de ellos, hemos recibido palizas y disparos por parte de lores que perdían sus bienes y se volvían locos en cuanto se le pasaban la embriaguez. Si vieras a Caleb desnudo, por completo, te percatarías que no es un engaño. ¿Y eso nos ha frenado? No, porque es la vida que nos ha tocado vivir.

»Si tú escogiste huir de tu hogar, ¿por qué no confías más en Dios? Él te colocó en el Redemption por algo.

Sheena presionó los labios y se rehusó a pensar demasiado en ello. No lo había planteado antes de esa manera porque dio por hecho que sus propios demonios también le darían caza a las personas a las que conoció en el club. Y eso le provocaba un pánico paralizante.

Conformista por naturaleza, volvió a caer en la vieja trampa de repetirse una y otra vez que era mejor así, que no alcanzaría la felicidad si no se largaba a Irlanda, o a cualquier otro país, y ponía tanta tierra de por medio como fuera necesario. Pero incluso ella sabía muy bien que no siempre se ganaba a base de mentiras. A la vista estaba que inventó trece mentiras para no enamorarse y, sin embargo, su corazón se hallaba en manos de Raven.

Dios, ¿cómo podía ser tan necia?

—Soy una blasfema —confesó, y sus ojos se clavaron en sus manos, que descansaban aún sobre su regazo—, y no confié en que Dios me ayudaba en cada decisión que tomaba. Pensé que él me había abandonado después de que… Eligiera a lord Murray porque me encandiló por completo, y decidí que no sería tan terrible como mi madre.

—No es necesario que me cuentes tu vida, escocesa. Aunque no lo creas, tu voz y tus palabras ya dicen mucho de ti, y sé que, fuera lo que fuese, no te marchaste por un capricho.

—Pero es verdad, he pecado al no confiar. Lord Murray era horrible y yo… no podía más. Pensé que Dios ya no me amaba. Y yo dejé de rezar y de suplicar por que me sacara de allí y me diese algo más dulce.

—Todos hemos pasado por ahí. Creer que no tenemos ayuda de ningún tipo, ni siquiera del altísimo. Pero, escocesa, no es así. Dios elige el camino que sabe que podemos llevar a buen término.

Sheena notó el pinchazo de las lágrimas detrás de los párpados.

—Y yo he vuelto a contradecirlo.

Para su sorpresa, Maddox se rio.

—Aún estamos a tiempo de regresar, Sheena.

¿Quería volver sobre sus pasos? ¿Correr hacia los brazos de Raven y no salir de ellos jamás?

Lo meditó unos minutos y, cuando por fin iba a hablar con la verdad, el carruaje se detuvo de golpe y Maddox soltó una maldición.

Ninguno tuvo tiempo de hablar o preguntar porque las portezuelas se abrieron y tres hombres ocuparon el espacio de inmediato. Uno de ellos agarró a Sheena y la sacó de golpe del carruaje, a pesar de sus chillidos, y le cubrió la boca con una mano. Los otros dos, en cambio, se hicieron con un Maddox que forcejeaba con más ímpetu, si cabía.

—No te recordaba como una fiera, la verdad.

Un escalofrío bajó por su espina dorsal al entender que se trataba de lord Murray.

Estaba allí, y no era fruto de sus pesadillas ni de sus miedos. Era él, en persona, con el mismo aroma y la misma fuerza, y la misma sonrisa soberbia que le provocaba náuseas.

Sheena pensó que perdería la consciencia allí mismo. Todo se nubló a su alrededor y el aire no llegaba con normalidad a sus pulmones.

¿Por qué estaba en Londres? ¿Por qué había dado con ella?

¿Por qué no se había quedado junto a Raven?

—Tranquilízate, amor mío —la voz del conde se deslizó como agua por su oreja cuando este pegó la boca a su piel—. Por fin estás conmigo.

Sheena gimoteó contra sus dedos, que apretaban su boca, y aunque sabía que el puñal bajo sus

enaguas sería suficiente como para quitárselo de encima, las fuerzas le fallaron y todo se quedó negro.

Recobró el conocimiento un rato después. Ya no se encontraba en el carruaje, sino en una casa que antaño fue un hogar cálido y acogedor, y ahora solo era un montón de polvo y muebles viejos, llenos de marcas, pero sin un alma.

Sheena trató de acostumbrar sus ojos a su entorno. Olía mal, como a agua estancada. La única iluminación provenía del exterior, pues aún era de día, y bañaba con calidez el interior del saloncito donde alguien la había atado. Gruesas cuerdas que se aferraban a sus muñecas, haciéndole daño.

¿Dónde se encontraba? ¿Y por qué le dolía tantísimo la cabeza?

—Al fin abre de nuevo los ojos, *milady* —la voz del conde, esa que tanto se esforzó en olvidar, se extendió por el aire y llegó hasta ella igual que una sentencia a muerte—. Voy a desatarle las cuerdas, pero intente no hacer nada fuera de lugar.

«Como si me fuese a quedar quieta, bastardo», pensó. Y de pronto echó en falta no haberle pedido a Raven que la ayudase a defenderse en caso de ser necesario.

¿Aún llevaría encima el puñal que Chloe le dio? Ojalá que sí, pues presentía que lo necesitaría en pocos minutos.

—¿Cómo se atreve… a tratarme así? ¿Quién cree que soy? —exclamó ella con los ojos encendidos por la rabia y el temor.

Lord Murray se rio secamente.

Mirándolo de cerca, se sorprendió que siempre hubiese sido un hombre apuesto y astuto. De cabellos negros, ojos azules y tan alto como una torre, el conde era el sueño de cualquier muchachita que buscase un marido del que presumir. A fin de cuentas, no siempre se llenaba el palco de los solteros con caballeros agraciados. Pero lord Murray, Ian Murray, se salvaba por completo. Y cuando sonreía, una llegaba a pensar que los príncipes de los cuentos se basaban en él.

Pero no era más que una mentira. Lord Murray poco o nada se acercaba a la idea del héroe o el príncipe azul. En todo caso, era un monstruo al que debían vencer para que nunca más se extendiera su maldad.

Lamentablemente, Sheena no fue capaz de verlo. Le cegó demasiado la idea de ser esposa de un hombre tan atractivo y dulce, que la escuchaba y la tenía en cuenta, y no se asustaba de las cicatrices de su espalda. Las mismas que Raven acarició con devoción la primera vez que hicieron el amor, e incluso después, cuando yacían abrazados bajo las mantas. En sus ojos jamás apareció el asco, mientras que el conde, en todas aquellas veces en las que la tomó a pesar de sus protestas, jamás tuvo la necesidad de regalarle una caricia sutil para recordarle que era hermosa incluso con las líneas de color rosado que cubrían su espalda.

—Eres mi prometida. Y bastante has jugado ya a la caza del ratón y el gato —la tuteó. A fin de cuentas, compartieron demasiadas cosas—. No creas que ha sido fácil mantener las apariencias después de que te marchaste. Pero he hablado a tu favor, ¿sabes? La gente te perdonará que huyeras en busca de una amiga que estaba a punto de fallecer a días de nuestra boda.

—¿Eso le has contado a los demás? ¿Que tu futura esposa ha corrido detrás de una amiga que no existe?

—Y que alguien te raptó por el camino. Algún maleante. Por eso di la orden, junto a tu padre, de buscarte por todo Londres. —Hizo una pausa en la que la miró con los ojos azules, fríos como el acero—. Enseguida se apiadaron de nosotros. Una dama a la que no permitían regresar a su casa, pura e hija de un marqués… Curioso, ¿verdad? Cómo la gente se cree rápidamente cualquier chisme que sobrevuele sus cabezas.

—Tal vez hubiese sido más honesto de tu parte que les dijeras la verdad —escupió ella.

—¿Y cuál es la verdad, querida? —la animó a hablar él, con una floritura de la mano.

—Me convertiste en una mujer infeliz con tus malas acciones. ¿No es suficiente para que me marchara?

—Jamás te he golpeado, a diferencia de muchos de mis compañeros, quienes se empeñan en meter en cintura a sus esposas más… difíciles. Confiaba en que serías una buena mujer y una buena madre, por eso te elegí.

Sonaba sincero, mas Sheena ya no le creía nada. Había visto su maldad en primera persona, así que no permitiría que la engañara.

—Conocías lo que mi padre me hacía y te aliaste con él. ¿Puedo saber cuál fue el precio? A lo mejor debería sentirme ofendida o halagada.

El conde caminaba despacio por la habitación, pensativo. Ella no se levantó del sillón, a pesar de que él le quitase las cuerdas de las manos. No escaparía… aún, porque había asuntos pendientes entre ambos.

—No hubo precio alguno. Considero que lord McKenna te educó como creyó conveniente.

—¡Me golpeaba hasta hacerme sangrar! —exclamó ella, rabiosa—. ¿Es que nunca has pensado en mi sufrimiento?

Lord Murray suspiró.

—Te voy a hacer mi esposa porque deseo liberarte de él, querida. También porque eres hermosa y decidida, y me darás buenos hijos. Es todo lo que necesito. ¿O pensabas que el amor surgiría entre ambos?

Por más que le pesara, sí, lo pensó. Y añoró que el conde se enamorase de ella como en las historias que en ocasiones leía. ¿No se suponía que el amor lo significaba todo? ¿Que movía montañas?

Dado que a él se le daba genial intuir lo que los demás pensaban, vio la verdad en sus ojos y volvió a suspirar.

—Lamento que no recibieras de mi parte eso que tanta falta te hacía, pero el amor no entraba ni entra en mis planes. Aunque sería bueno negociar algunos términos, si gustas. —Se detuvo para colocarse mejor el abrigo—. Visitaré tu habitación siempre que yo desee, pero si alguna noche estás cansada o simplemente no te apetece, no me importará cambiar de planes o irme con alguna amante, siempre y cuando no se convierta en una rutina. Serás amable con nuestros hijos y me darás, mínimo, dos. Con poca diferencia, a poder ser, dado que me gustaría que se educaran por igual y con las mismas facilidades. En caso de darme solo mujeres, tendré que seguir intentándolo y, si no se sucediera, tendría algún bastardo con otra mujer. Lo educaríamos como si fuera nuestro y no podrías tratarle de forma cruel —advirtió, de verdad creyendo que Sheena aceptaría todo sin rechistar—. Asistirás a todas las invitaciones que nos hagan, sin malas caras, y les harás ver a todos que eres la mujer más feliz del mundo a mi lado. A cambio de todo eso, te daré vestidos y joyas, te alejaré de tu padre, si tanto te molesta, e incluso evitaré que se quede a solas con nuestros hijos. Podrás hacer y deshacer dentro de nuestras propiedades y, en caso de querer un amante, no me importará. Pero solo después de que me hayas dado mis herederos.

»¿Te parecen mejores condiciones que las que tenías al comienzo, querida? ¿O deseas aportar algo más?

No supo por qué, y no se molestó en averiguarlo, pero Sheena notó que le picaba la cara y los brazos, y que una carcajada irónica se abría paso a través de sus labios. La contuvo a duras penas y observó a quien todavía era su prometido. O no. Porque ya no les unía nada. Ni siquiera su vana esperanza por ser amada.

—Jamás seré tu esposa, maldito seas.

El conde se acercó a ella y la alzó del sillón tras sujetarla de los hombros. Su contacto le provocaba náuseas.

—No te queda más elección. He pagado a muchísima gente para que me dijese dónde estabas, a dónde ibas y en qué carruaje. Si supieras lo fácil que es corromper a las personas —se rio, y ya no se mostraba afable—. Eres mía, y seguirás siéndolo. No he obviado a otras mujeres por ti para que ahora me desaires de esa manera delante de toda la aristocracia.

Sheena no quiso ni pensar en quién era la persona que los había traicionado. Probablemente era alguien relacionado con Martin. Todavía le dolía en su ego que Raven ganase la apuesta y le robara a su estrella del mes de un plumazo. ¡Como si ella fuera una maldita caja de *whisky*!

—Seremos la vergüenza de toda Escocia. O seríamos, porque de ningún modo voy a volver contigo, conde. Escapé de tu lado porque no me casaría contigo… jamás.

—¿Crees todavía que te quedan elecciones? ¿No ves que te he arrastrado a mitad de la nada y no he tenido que despeinarme? En cuanto anochezca, cuando nadie nos vea, volveremos a Escocia y te casarás conmigo. Agradece que no te exponga frente a todos como una fulana. ¿O es que vas a decirme que no te has abierto de piernas para nadie en este tiempo?

Si bien trataba de avergonzarla por haberse entregado a Raven, no lo conseguiría. Ya no quedaba nada de aquella Sheena que se aferraba a las normas y al protocolo con uñas y dientes. En todo ese tiempo aprendió demasiadas cosas para darle importancia al sexo. Sobre todo, cuando la única persona que le hizo el amor fue Raven.

—¿Ese es tu juego perverso, conde? —Apretaba los dientes y le costaba hablar, así como librarse de su agarre. Le quedarían moretones en los hombros—. ¿Decirles a todos que me salvaste y eres un héroe?

—Soy un hombre que ha recuperado a su futura esposa. La gente hablará de nosotros, pero se apiadarán de ti, estúpida —la zarandeó en un intento por controlarla—. Hasta tu padre ha accedido a hacer la vista gorda. ¿Qué más esperas, querida? No eres nadie sin un padre o un marido que te meta en vereda. Además… no me molesta que hayas obtenido algo de práctica en la cama; así dejarás de lloriquear y de temblar cuando estemos a solas.

Sheena le escupió y le clavó las uñas en la cara. El conde soltó un alarido.

—¡Quédate donde estás! —la amenazó en cuanto vio que trataba de salir corriendo, ahora que ya no la sujetaba—. ¡Ahí fuera no hay nada ni nadie! ¡Nadie sabe dónde demonios te encuentras, salvo yo! Y ese bastardo que viajaba contigo se quedará aquí, pudriéndose, por sacarte de Londres sin mi permiso.

Dios… Maddox. Lo había olvidado por completo.

—¿Qué has hecho con él?

—Nada, de momento. Pero no me interesa en absoluto, y menos que vaya poniendo al corriente a tus amigos respecto a mis decisiones. Por lo tanto, mañana se quedará aquí.

—¿Vas a convertirte en un asesino… solo por mí?

El conde la miró como si estuviera loca.

—Por favor, no mancharía mis manos de sangre por un bastardo. En todo caso, White y Lynch se encargarán de dejarlo por aquí y borrarlo del mapa. Tú no te preocupes, querida —se acercó de nuevo y la tomó por la cintura, pegándola a él de manera muy brusca—. En unos días serás mi esposa y ya no temerás nada.

—Claro que tendré miedo. A ti. Eres peor que cualquier villano que haya conocido. Y no te deseo, ni te amo. Ni te elijo.

Las risas de él le erizaron la piel.

—Veo que aún no lo entiendes…

—¡Lo entiendo perfectamente! ¡Y me niego a casarme contigo! Has llegado demasiado lejos por… por una simple boda.

—Es más que eso. Si no apareces, Sheena, la gente pensará que huiste por mi culpa y que soy un hombre terrible. Ninguna madre querrá que depose a sus hijas. ¿Sabes lo que les pasa a los hombres cuyas esposas salen corriendo y nunca más se vuelve a saber de ellas? —El tono acerado de su voz se le clavó muy dentro, igual que la hoja de un cuchillo—. ¿Tan terrible te parece ser mi esposa? —Añadió al notar su reticencia.

—¡Es el peor de los castigos! Me das… asco y… te odio. Y a mi padre también.

—Tu padre es un hombre terrible, estamos de acuerdo.

—¡Al igual que tú! ¡Has llegado al punto de intentar matar a un hombre solo porque no soportas ver tu ego herido! ¡Eso es lo único que pasa por tu mente! Y ahora… ahora va a matar a otro. Dos muertes sobre mi conciencia, ¿y piensas de verdad que seré feliz a tu lado?

—A veces hay que hacer ciertos sacrificios, Sheena.

—¡Pues yo no deseo hacer ninguno!

Lord Murray le propinó tal bofetón que no solo la mejilla le ardió de inmediato; también le pitó el oído y le sangró la boca por dentro y la esquina del labio inferior.

—Cállate ya, puta. Bastante paciencia he tenido estas semanas. La gente no hace más que cuchichear sobre mí. ¿Te haces una idea acertada de cuántas mentiras he tenido que decir para que no parezca que has escapado y nadie hable mal de nosotros en cuanto nos casemos? Claro que valoro mi ego y mi reputación, ¡soy un conde! ¡Y necesito herederos! Y si tú no colaboras por las buenas, te ataré a la cama y no te soltaré hasta que hayas parido unos cuantos.

Sheena, aunque temblorosa, sacó el puñal que escondía bajo las enaguas y lo coló por la manga de su vestido.

Él no le ayudó a levantarse, tuvo que hacerlo sola. Pero cuando quedaron cara a cara, supo que no había vuelta de hoja. Si no se defendía, él convertiría su vida en un infierno.

—Me das lástima —dijo ella, dedicándole una mirada de odio—. Solo eres un cobarde.

Esas palabras terminaron de encender la ira del conde, quien, con una rapidez pasmosa, la agarró del pelo y trató de tirarla al suelo. Era más fuerte y más alto, pero Sheena no permitió que el miedo le ganase la partida; sacó el puñal y se lo clavó en el brazo.

El conde chilló y trastabilló hacia atrás, mirando la sangre que goteaba por el suelo.

Como no le quedaban más opciones, corrió a la habitación de al lado. Pero allí ya la esperaban White y Lynch. La bilis le subió por la garganta. Se sentía igual que la noche en que los hombres de Martin la arrastraron hacia el burdel pese a sus protestas.

—¿Dónde crees que vas, ratita? —preguntó White, divertidísimo.

Lynch aprovechó para ir a ayudar al conde, que no dejaba de sangrar.

—Apártate —gruñó ella.

White chasqueó la lengua.

—Me temo que no funciona así la cosa.

Dado que los dos se lanzaron a detenerla, se olvidaron por completo de que Maddox estaba solo y sin vigilancia. Y él, experto en situaciones límites donde la ventaja no jugaba a su favor, se las ingenió para aplacar a Frederick White por la espalda y lanzarlo al suelo.

Sheena chilló, pero Maddox, totalmente ensangrentado y lleno de cortes feísimos, la miró.

—¡Corre y busca ayuda!

El corazón se le dividió en dos al comprender que solo le quedaban dos opciones: ayudarle y correr el riesgo de que los mataran a ambos, o huir y rezar porque alguien los socorriera.

Pensó en Raven, en las palabras de Maddox en el carruaje, y no lo dudó más. Solo esperaba que él supiera cómo contenerlos hasta que llegaran los refuerzos.

Abandonó la casa tan rápido como el vestido y las piernas se lo permitieron, y corrió por el camino de tierra y los árboles que rodeaban la casa sin mirar atrás. Escuchó un disparo y gritos de advertencia que tuvo a bien ignorar. Si se detenía, nunca más sería capaz de correr. Así que continuó durante minutos, en línea recta, con la mirada buscando algo, lo que fuese, aunque allí solo había maleza.

No fue hasta diez minutos después, cuando el dolor en sus pulmones era insoportable y sus brazos y piernas escocían por los arañazos profundos que le provocaron las ramas secas de los árboles, que divisó un conjunto de casitas. El corazón se le subió a la garganta.

«Tengo que encontrar a alguien. Ya», pensó, y se lanzó a la primera de todas, la más alejada, y llamó a la puerta con fuerza.

Unos segundos más tarde, una mujer regordeta y con los ojos muy abiertos por el desconcierto, le abrió la puerta… y Sheena supo que iría bien.

Que todo tenía que salir bien.

26

El corazón le palpitaba tan rápido que se aferró a la mujer que abrió la puerta como si fuera la mismísima reina y la única capaz de ayudarla en una situación como esa. La campesina, cuyo rostro se contraía por el desconcierto y el miedo, trató de zafarse, aunque en vano.

—¡Por Dios, suélteme! —exclamó ella.

Pero entonces Sheena cayó al suelo, su pecho subiendo y bajando de manera irregular, y se abrazó a sí misma con fuerza. Sabía que, de marcharse, Maddox sufriría las consecuencias y luego le darían caza a ella.

Si es que el señor White todavía no se había vengado de Maddox, claro estaba.

—Lo lamento. Por favor, por favor… ayúdeme…

—Pero ¿qué le pasa? ¿Cree que es cortés aparecer en la casa de otra persona y montar un escándalo?

—Lo siento. Es que m-me han secuestrado y… Yo… n-necesito ayuda… N-Necesito llegar a Londres y hablar c-con Raven o Chloe o alguno del Redemption y…

—¿Chloe? ¿Chloe Redfield? —La mujer abrió mucho los ojos, y solo entonces dejó de forcejear con la desconocida—. ¿Raven Davenport?

Sheena alzó la barbilla y asintió.

—¿Los conoces?

—¡Claro que sí! Raven ayudaba en el orfanato donde trabaja, y Chloe fue vecina nuestra hace un par de años. Una muchacha muy amable y… Ay, Dios. —Se apresuró a ayudar a Sheena a sentarse en una silla—. Lo siento, es que… no acostumbro a recibir visitas así. Y ha aparecido tan…

Ella sacudió la cabeza. ¿Cómo culparla, si no la conocía de nada y, muy probablemente, creyó que intentaba asaltarla?

—Ha sido culpa mía. Y es una historia larga de contar, pero… debe decirme cómo llegar a la capital.

—Está algo lejos. A unas horas en carruaje. —La mujer se alejó un momento y regresó con un poco de agua—. Bebe, anda. Te vendrá bien. ¿Eres amiga de Chloe? ¿quizá de algún….? —Se sonrojó al pensar en ello—. Bueno, no es asunto mío.

—No, no me he escapado de un burdel. Trabajaba en el Redemption, para Raven. Y de verdad que necesito comunicarme con él de inmediato. Es… de vital importancia. Por favor.

La mujer sentía algo de lástima por ella. Ignoraba de dónde provenía, pero si conocía a Raven y Chloe era de fiar. Ellos no se mezclaban con personas capaces de hacer daño de manera

gratuita. Fue por eso que se fio de ella y le permitió tomar algo de aliento en el interior de su casa.

—¿Qué te ha ocurrido, criatura?

Sheena le contó rápidamente todo lo que sabía. Todo lo que había ocurrido desde que abandonaron Londres y lord Murray, junto a su mano derecha, los detuvo y se la llevaron a rastras a una casa cercana. Polvorienta y vieja, sin vida en su interior. Pero no le preocupaba tanto eso como el hecho de que Maddox seguía con ellos, indefenso, y sin nadie que le echara una mano.

Tras oír su relato, la mujer se santiguó y le dio un apretón en la mano para que se calmara.

—Voy a buscar a mi marido, a ver qué podemos hacer. No salgas de aquí —le advirtió—. Si te buscan, es mejor que no sepan que te encuentras entre estas paredes.

Sheena cabeceó, si bien su mente se encontraba muy lejos. ¿Cómo estaría Maddox? ¿Le habrían matado? La simple posibilidad le erizaba la piel y le provocaba unas inmensas ganas de llorar. Él no se merecía ningún tipo de represalia únicamente por ayudarla a escapar. Quien debía recibir una advertencia era el propio lord Murray. ¿Cómo se atrevía a llegar tan lejos? ¿Solo para salvar su reputación?

Su mente no dejó de trabajar a medida que pasaban los minutos. Si tan solo tuviera un carruaje, o un caballo… a lo mejor… No, no. De ningún modo. White o el conde debían estar buscándola por los alrededores. Eso hizo que se moviera lejos de la ventana, así no darían con ella.

Lo que le pareció una eternidad más tarde, la puerta volvió a abrirse y entró un hombre, algo ajado por el tiempo y el sol, aunque de mirada afable. Se fijó en ella y asintió a su mujer, quien iba a su lado, un chal cubriendo sus hombros y sus brazos regordetes.

—Buenas, señorita. Encantado de conocerle. Soy Benedict Martin. Mi esposa me ha explicado tu situación y queremos ayudarla, pero tendrá que escribir en un papel todo, porque yo solo puedo enviar a uno de mis chicos a caballo hacia Londres. Tardará un par de horas en llegar, pero estoy seguro de que es alguien confiable.

Sheena se mordió el interior de la mejilla con tanta saña que notó el sabor de la sangre en el paladar.

¿Dos horas? Demasiado tiempo. Y ellos no tenían tiempo.

Pero era mejor que quedarse cruzada de brazos, a sabiendas de que el conde se paseaba como si nada por los alrededores, o estaba dando la orden de ejecutar a Maddox. O de volver al Redemption y ajustar cuentas con Raven o con quien se pusiera por delante.

Solo de pensarlo, un escalofrío la recorrió por entera.

—Gracias, Benedict. Si me da papel y tinta, lo escribiré enseguida.

Tardaron casi media hora en enrollar la carta y decirle al muchacho, de no más de veinte años, dónde debía ir y a quién entregársela. Los minutos contaban, y ella no estaba nada segura de si serviría de algo. Porque Frederick White era tan aterrador como su padre y el conde. Y si quería llevársela de vuelta a Escocia, tal y como le dejó claro, no dudaría en levantar piedra a piedra todo Londres hasta dar con ella.

Pero el miedo no le serviría de nada. Por más que temblara o llorara, la situación no iba a cambiar. Además, Benedict y Mary, bondadosos como nadie, le tendieron la mano y la mantuvieron encerrada en su casa toda la tarde. En ningún momento fueron groseros o la miraron con hastío por presentarse en su casa después de que la asaltaran.

Y eso… eso jamás lo olvidaría.

Raven percibía el rumor de la sangre en los oídos. Había recibido la carta de Sheena unas horas atrás y, a pesar de su herida en el hombro aún sin cicatrizar, de la rabia que creaba una máscara sobre sus ojos y del miedo, se lanzó de inmediato a buscar la casa donde se hallaba Maddox.

Sheena había conseguido describirla bastante bien, y Caleb, que fue quien la leyó, porque era más diestro con las letras, le indicó que se marcharían enseguida. Solo necesitaron reunir a sus hombres y subirse en dos carruajes que los trasladaron por los polvorientos y oscuros caminos.

No podía soportar la idea de que Sheena hubiese estado atrapada por más de unos segundos. Que lord Murray diese con ella, con el coche que la trasladaba, era su culpa. Pecó de demasiado inocente, quizá; o de poco previsor. Fuera como fuese, a ella le costó muchísimo eso error. Y no solo a la mujer que amaba, sino a Maddox. Su amigo, su hermano.

¿Cómo demonios había dado el conde con Sheena? ¿Es que tenía ojos y oídos en todos lados? ¿Hablaba con las ratas?

Por más que lo pensara, no hallaría la respuesta. Algunos hombres nacían con una astucia nunca antes vista, y estaba claro, a juzgar por sus movimientos, que el conde era uno de ellos. Astuto y cruel, dos adjetivos que emponzoñaba cada vez más la imagen que tenía de él.

Ninguno de ellos habló mientras buscaban el lugar. Les costó bastante dar con él porque se trataba de una casa abandonada y oculta en el camino. Tal vez perteneció a una familia en el pasado, pero ya no era de nadie.

—¿Seguro que es esa de ahí? —preguntó Caleb nada más bajar de un salto.

—No lo sé —Raven miró a través de la suave niebla que se instaló poco a poco a los alrededores de la capital—, pero es la única que hemos visto por la zona.

Caminaron con el mayor sigilo posible. Raven luchaba por mantener el dolor a raya. Su hombre seguía inservible, a fin de cuentas; no sería capaz de hacer gran cosa con él. Pero la adrenalina le ayudaba a mantenerse en pie, con los sentidos a flor de piel, y la pistola oculta detrás de su abrigo, y con eso le bastaba.

No necesitaba más.

Había hecho esto decenas de veces. Meterse en peleas para salvar o defender a una persona a la que apreciaba con todo su ser. Cuando nacías y crecías en los bajos fondos, cuando te amistabas con el dueño de un club de caballeros, con personas que vivían al límite de la ley o incluso en el otro lado, cuando tu deber era recibir las balas… no veías como algo inusual esas situaciones límites. Eran habituales. Y la única manera de que nadie tratara de asesinarte a la mínima ocasión por unas monedas o simplemente por enfado.

Pisó suavemente por el suelo, tratando de que ninguna rama se quebrara y el ruido los alertara, y se encaminó junto a Caleb, Sinclair y el resto de sus hombres: los tres muchachos que les ayudaban en el muelle cuando tocaba traer un nuevo cargamento. Todos se reunieron alrededor de la casa y agudizaron el oído. Había algo de movimiento dentro. Fue Caleb quien se asomó a la ventana y apretó los puños al comprobar que Maddox se hallaba dentro, tirado en el suelo, de espaldas a ellos. Pero también estaban tres hombres con él: White, con la pistola en la mano, otro hombre de similar envergadura y otra pistola, y quien debía ser el conde Murray.

Raven sabía que las emociones no eran positivas en momentos como ese, pero le cegó tanto ver al prometido de Sheena allí plantado, con su ropa impecable, su pelo perfectamente peinado hacia atrás, como si no fuera un miserable y un cabrón, que sencillamente se lanzó hacia delante y lo derribó de un empujón.

El caos se desató alrededor de él. Escuchó gritos y golpes y disparos, también insultos, pero nada de eso le importó. Era impermeable a lo que ocurriese dentro de la casa abandonada, porque sus manos, grandes y férreas como si estuvieran hechas de hierro, se aferraron al cuello de ese hombrecillo que lo miraba con los ojos muy abiertos, sin entender nada.

—Eres un hijo de puta. Tu posición de conde no te va a exculpar de todo lo que has hecho —aseguró Raven antes de darle un golpe con la única mano funcional que le quedaba—. Ella no se merecía que fueras un monstruo con ella —gritó, y le dio otro puñetazo—. Sheena es amable y buena y dulce, una mujer que no te merecías y que no supiste valorar. ¡Y deberías dejarla en paz, miserable!

—¿Crees que ella se quedaría contigo por propia voluntad? —Se rio el conde, la boca llena de sangre—. Por favor, ni tú eres tan necio para asumir que ella te elegiría por encima de todo lo demás.

—Ella se ha elegido a sí misma. Ni a ti, ni a mí; ha escogido a la única persona que la escuchó y la quiso mientras vosotros la hundíais en la absoluta oscuridad —el siguiente puñetazo le quebró la nariz y a él le dolieron los nudillos, mas no se detuvo. Le cegaba la rabia de una manera que jamás experimentó—. Maldito hijo de puta… malnacido…

Cada insulto era un nuevo golpe. Lord Murray no se quedó quieto, tirado cual muñeco de trapo, ni mucho menos; también le devolvió algún que otro puñetazo. Nada comparado con la fuerza sobrehumana de un Raven espoleado por la rabia, más que acostumbrado a pelear en absoluta desventaja o con heridas abiertas en su cuerpo.

Además, contaba con el aliciente de que amaba a Sheena y quería verla a salvo de una vez por todas. Y solo por eso, y porque lo prometió, agarró del cuello al conde, ignorando el color rojo que iba adquiriendo su rostro magullado, y lo mantuvo contra el suelo el tiempo suficiente para que hablaran.

—Tus insultos… —tosió el conde— no cambian… nada… eres… un bastardo… un sintecho…

—Escúchame bien, basura: vas a dejarla en paz. A partir de ahora, contarás delante de todos que *lady* Sheena rompió vuestro compromiso y decidió casarse con otro hombre en Gretna Green. Y pobre de ti si decides ignorar esta oportunidad de seguir respirando que te estoy otorgando, malnacido. —Raven apretó de más su cuello, aunque sin privarle del aire necesario para seguir consciente—. Tal vez ella ya tenga la reputación manchada, pero no le vais a quitar nada más. A partir de ahora, eres un hombre libre. Y si decides enviar a más sicarios a matarme a mí o a alguno de mis hombres, a buscarla por el país o donde demonios sea, y haces algo contra ella… te buscaré. Yo o cualquiera de los míos. Y el duque de Villiers te acusará frente a la reina como único responsable, ¿me oyes? —A pesar de que el hombro herido le dolía como el infierno, le dio un bofetón con esa mano para que dejase de mirarlo fijamente—. Sheena está completamente protegida por personas a las que tú jamás verás en persona ni le llegarás a la altura de los zapatos, bastardo miserable.

»Díselo a su padre de mi parte. Ya no tiene ninguna hija. Él mismo la perdió al provocarle un sufrimiento innecesario. Y si sabe lo que le conviene… lo que os conviene —corrigió—, no os acercaréis a Sheena nunca más.

Por si acaso, y dado que Caleb ya había acorralado a White contra la pared, maniatado sus manos y arrebatado la pistola, Raven se limitó a escupirle en la cara y soltarlo. Matar a un conde todavía estaba penado por la ley, y no sería él quien manchara sus manos de sangre por un ser miserable como ese. Todavía le quedaban muchas cosas por hacer, y una de ellas, y la más

importante, era sacar a Maddox y al resto de sus hombres de allí.

—Espero que me hayas oído palabra por palabra, lord Murray —pronunció las últimas palabras con un desdén que se le reflejaba en los ojos inyectados en sangre y con profundas ojeras bajo los mismos—. Sé que eres un hombre inteligente y harás lo correcto. Ya has visto que jugar con pistolas no es lo tuyo.

Se apartó de allí y fue a comprobar que todos estuvieran a salvo. Solo Sinclair había recibido una bala en el muslo, pero solo le había rozado, por lo que podía caminar incluso cojeando. Caleb soltó a White y agarró a Maddox del suelo, ensangrentando y lleno de golpes, y lo arrastró fuera de la casa con la ayuda de los demás.

—¿Crees que esto servirá de algo? —le preguntó Caleb cuando se dirigían de nuevo a los carruajes.

—Es un conde, no sabe el código de los bajos fondos. Y valora demasiado su reputación y su título —repuso Raven, seguro de eso—. Dudo mucho que tras este breve encuentro se arriesgue a perder más cosas. Ya ha perdido a la única mujer que parecía dispuesta a seguir sus juegos, en apariencia, así que solo le queda volver a fingir frente a la sociedad y rezar porque no aparezca más en su vida.

Caleb cabeceó. Él, mejor que nadie, era consciente de cuánto cambiaba la vida de una persona de la aristocracia como consecuencia de las malas elecciones de otros. Y si el conde era inteligente, no tiraría más de la cuerda. *Lady* Sheena solo era una mujer que escapó de sus garras y como castigo recibiría un sinfín de chismorreos y críticas que jamás le permitirían regresar a Escocia con la cabeza en alto. A partir de ahora no era más que Sheena McKenna, una dama caída en desgracia y sin posibilidad de aspirar a un marido y un título. Y lord Murray sería el hombre cuya esposa escapó de su lado, pero, si movía bien los hilos, quedaría como la víctima y eso ablandaría el corazón de todas las jóvenes debutantes que anhelaran casarse con él.

Y Raven conocía bien toda esa parafernalia porque trabajaba en un club donde los caballeros hablaban de más y donde los chismes se movían de un lado a otro, igual que los vasos de whisky y las cartas.

Por lo menos, esa parte de la historia estaba cerrada. Solo les quedaba volver a construir lo que un hombre ciego de rabia y con un ego demasiado grande destruyó por su miedo a ser el hazmerreír de toda Escocia.

—¿Volvemos a Londres?

—Tenemos que buscar a Sheena. Buscaremos ayuda en el pueblo más cercano.

En esta ocasión, Caleb no le reprochó que pensara en ella también, porque por fin veía claro el amor desinteresado que su amigo sentía por la mujer desconocida que una noche apareció de improvisto entre las botellas de *whisky* que importaban. Y no quería ser él quien les arrebatara el deseo de unir sus corazones una vez más; ya fuera para despedirse o para pegarse aún más, les deseaba lo mejor.

27

Sheena no pegó ojo en toda la noche. ¿Cómo podría, ante la ausencia de noticias por parte de Raven o cualquier otro miembro del Redemption? A pesar de que Benedict y Mary fueron muy amables con ella, cediéndole no solo su casa, sino también un plato de sopa, té y una cama mullida donde dormir —que anteriormente perteneció a su hijo, quien desde hacía meses trabajaba como mozo de cuadras para un marqués—, su ansiedad crecía por momentos y sus pensamientos eran cada vez más negativos.

Rezó tanto como le permitieron sus fuerzas. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que sus heridas tuvieran que ser curadas hasta que Mary, con cierto tacto, se presentó frente a ella y le limpió los restos de sangre y le ofreció un vestido limpio que, si bien le quedaba grande, era mucho mejor que el que llevaba consigo; todo lleno de jirones y tierra y hojas secas.

Durante algunas horas, Mary le contó de qué conocía a Chloe y Raven. Ambos se volcaron en ayudar el orfanato que había al final de la calle donde se alzaba el Redemption, y ella, que trabajó allí algún tiempo, se sentía en deuda por ellos por la cantidad de dinero, ropa y comida que donaron a los niños invisibles de Londres.

—Tuviste suerte de que terminaras en esta casa y no en cualquier otra. Quizá Dios te tiene muy en cuenta, Sheena —le dijo antes de irse a dormir—. Que no se te olvide.

Y no se le olvidó, por eso rezó toda la noche. Por ella, por Maddox, por Raven y por todas las personas que, durante las últimas semanas, le demostraron que la bondad habitaba en los corazones puros y no en los modales ni en los títulos. La aristocracia no había hecho nada por ella, mientras que un grupo de canallas, de personas que sobrevivían cada día sin saber qué pasaría al día siguiente, le tendieron la mano como si fuera alguien importante y valiosa. Jamás olvidaría el miedo que pasó junto a lord Murray, las pesadillas que convivieron con ella cuando aún vivía con su padre, en Rutherford Castle, pero eso no eclipsaría todas las muestras de amor y amistad y lealtad que sus ojos vieron en el Redemption.

Por la mañana, cuando el amanecer despuntaba en el horizonte y una espesa niebla se abría paso por el valle, escuchó un par de carruajes acercándose. El corazón se le subió a la garganta al pensar que sería lord Murray. No le extrañaría que hubiese pasado toda una noche buscándola por los alrededores. A fin de cuentas, no era de los que se rendían fácilmente. Pero cuando Mary y Benedict fueron a recibir a los desconocidos, todo atisbo desapareció de golpe.

Eran Raven y los demás. E incluso Maddox se encontraba con ellos. Inconsciente y magullado, pero aún respiraba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Estaban vivos! ¡Y habían ido a buscarla!

—Lamentamos haber venido aquí directamente —escuchó que se disculpaba Raven ante el matrimonio Martin—, pero necesitábamos asegurarnos… ¿Ella está bien?

—Sí, cielo —Mary lo tomó de las manos y sonrió—. Hemos cuidado de ella.

—Gracias, Mary. De verdad. Te debo…

—Sh, no. —Ella lo acalló colocando un dedo sobre sus labios—. Tú hiciste lo imposible por el orfanato cuando estábamos al límite de nuestras fuerzas, y por eso, y por el aprecio que te tengo, ella será bienvenida siempre.

Sheena notó una calidez muy dulce envolviéndola.

Nunca imaginó que Raven era capaz de ganarse a la gente con tanto ímpetu, al punto de que prestaban su hogar, su comida y todo lo necesario para que estuvieran a salvo. Porque el matrimonio no le debía nada, y podrían haber escogido echarla a cajas destempladas de allí; sin embargo, la resguardaron del frío y la ocultaron de su prometido, y le ayudaron a enviar una nota al dueño del Redemption para que supiera lo ocurrido. Eran personas que valoraban la lealtad por encima de todo, y ella empezaba a ver el mundo del mismo modo.

—Gracias —dijo Raven—. ¿Podemos dejar a Maddox en algún lugar cómodo? ¿Y llamar a un médico?

—Ahora mismo voy al pueblo a buscarlo —se apresuró a decir Benedict—. No tardaré.

Todos entraron en la pequeña casa como si fueran la suya. Sheena, escondida en la cocina, salió con las mejillas ardiéndole y los ojos brillantes a causa de las lágrimas que llevaba toda la noche queriendo derramar.

La primera mirada que recibió fue la de Raven. Directa, oscura, letal. Las piernas le flaquearon y el corazón le latió a mil revoluciones por segundo. ¿Ese era el poder del amor? ¿Reconocer a la persona correcta incluso cuando las fuerzas te fallaban?

—Sheena —murmuró él.

Los ojos de la escocesa se fijaron en la rigidez de su hombro herido, en los nudillos pelados y ensangrentados, en las gotas rojas que salpicaban su mentón y mejillas, y en lo brillantes que eran sus iris esa mañana. Se quedó prendado de ellos, de la gratitud que la embargaba al comprobar que él no salió herido. Que estaba bien, después de todo, y no la miraba con odio.

—Lo siento —sollozó ella, fuerte y entre hipidos—. Lo siento tanto.

Raven se apresuró a acercarse y abrazarla con tanta fuerza que sus huesos crujieron y el alma se le recompuso de golpe. Sus pequeñas manos se aferraron a su abrigo, que olía a niebla y a bosque y a sangre y a miel y a limón. Olía al hombre que amaba, sin más. Solo un poco más asustado y tembloroso que de costumbre, pero igual de amable como recordaba.

—Ha sido mi culpa. Lo subestimé por completo.

—Tenía información de nosotros. Estaba aliado con Martin y sus hombres. Me lo confesó ayer, entre risas.

A pesar de todo, Raven prefirió no pensar en ello. Porque si lo hacía, se vería obligado a pegarle un tiro a Martin y buscarse más enemigos de los que tenía. En todo caso, ya le pondrían en bandeja la posibilidad de vengarse de él, en el futuro, cuando menos se lo esperase. Por el momento, prefería disfrutar del calor de Sheena. De su olor. De su dulzura. De que estuviera *viva*.

—No pasa nada. Todo se terminó.

—¿Qué… ha pasado? —Se atrevió a preguntar.

—He desfigurado al conde, aunque se pondrá bien. Y le he advertido que te deje en paz. La condición es que tu reputación se vea manchada por los suelos. Contra eso no he podido hacer

nada. Lo siento, Sheena.

Negó con la cabeza, y se separó un poquito para acariciar sus mejillas con los dedos temblorosos y fríos.

—Tú no has hecho nada malo, Raven. Me has dado la oportunidad que necesitaba. Tú… eres increíble.

Él no sonrió.

—¿Entiendes que esto significa que no podrás casarte con ninguna persona de la aristocracia, a menos que le dé igual tu pasado y tu mala reputación?

Sheena iba a decirle que no planeaba casarse con ningún lord, mas el señor Benedict llegó junto a otro hombre, y los interrumpió de golpe. Eso la hizo entrar de lleno en la realidad: estaban en una casa rodeada de personas, y no era el momento de hablar. Aunque su corazón lo necesitase como el respirar.

—¿Dónde está el herido? —preguntó el doctor, dejando el maletín sobre la mesa.

No era como Victor, pero serviría.

Raven le lanzó una mirada de disculpa a Sheena y se dirigió hacia la habitación. Allí descansaba Maddox, aún inconsciente, lleno de cortes y golpes, pero vivo.

Fueron minutos largos y duros donde el silencio se extendió por todo el lugar. El doctor lo reconoció con toda la delicadeza de la que disponía, limpió sus cortes y vendó algunas zonas fracturas, pero, a juzgar por su expresión, no parecía preocupado en exceso. Y eso era bueno.

—Sobrevivirá —repuso una vez finalizó su examen—. Hay que vigilar que despierte en las próximas horas, pero diría que lo han drogado para que quedase inconsciente. El olor que destila es inconfundible. He visto esto antes. Algunos asaltantes de la zona utilizan esos polvos para que no los recuerden o no armen demasiado ruido —hizo una pausa—. Será cuestión de un par de días que vuelva a la normalidad.

—Gracias, doctor —dijo Raven.

Él asintió y se marchó con él para hablar de sus honorarios, de cómo proceder y de si era conveniente llevárselo de vuelta al Redemption esa misma noche o, a más tardar, al día siguiente.

Fue Sheena la que se quedó en la habitación con Maddox, cuidándolo, mientras los demás se organizaban o dormían un rato. Había sido una noche demasiado tensa para todos. Ninguno de ellos quería repetirla. Y Sheena se sentiría mejor si se ocupaba en algo que no fuera ir hacia donde se encontraba Raven y soltarle a borbotones todo lo que guardaba en su corazón.

Todo había salido bien. Después de todo, sus elecciones la llevaron hasta esa casa, ese día, junto a un grupo de personas maravillosas. Y aunque le provocaba cierta lástima descubrir que jamás volvería a Escocia, ni a la vida que alguna vez la acunó, tampoco lloraría. Su reputación no la haría feliz.

¿Qué diría su padre cuando se enterase de la verdad? ¿La odiaría más aún? ¿Y el conde? ¿Quién heredaría su título? Aunque su padre ya tenía cierta edad, aún podía volver a casarse y engendrar otro hijo. Uno a su imagen y semejanza.

Solo lamentaba que le hiciera la vida imposible, como a ella, y lo llenase de golpes y pesadillas.

A lo mejor se limitaba a cederle su título a algún pariente cercano. Alguien debía quedar de los McKenna que quisiera hacerse cargo del título, a pesar de su escándalo.

Sheena se cubrió la cara con las manos y se permitió derramar algunas lágrimas. No era feliz con eso, pero lo sobrellevaría. Y algún día, quizá, su padre y Dios la perdonarían por haber salido huyendo de Rutherford Castle sin mirar atrás.

Hasta entonces, se esforzaría en devolver la misma clase de amor y bondad que recibió en el Redemption.

Maddox abrió los ojos por la noche, pasadas las doce, cuando ya todo el mundo dormía y recuperaban fuerzas para el regreso a Londres a la mañana siguiente. La única que siguió cerca de él, fue Sheena. Tan terca como acostumbraba a ser, no permitió que la movieran del sitio y se quedó allí, vigilando que sus constantes vitales eran normales y que las heridas no supuraban demasiado.

Era lo menos que podía hacer, después de que él la ayudó a escapar a pesar de que lord Murray podría matarle por semejante osadía.

Lo único que lamentaba era que Raven y ella apenas habían disfrutado de unos minutos a solas. Tenía tan que decirle… y el tiempo no apostaba por ellos. Pero sabía que ya no importaba nada de eso. Tarde o temprano tendrían esa conversación pendiente, la que lo decidiría todo, y después… Lo que ocurriera después, no importaba. Porque los últimos acontecimientos le enseñaron que solo el presente tenía relevancia, y el futuro era incierto.

—¿Dónde estoy?

Sheena se levantó de golpe y se acercó a la cama, la cara contraída en una mueca de preocupación evidente.

—A salvo —susurró ella—. ¿Cómo te sientes?

—Cansado. Y dolorido.

—Al parecer, recibiste unos buenos golpes —Sheena notaba las lágrimas poco a poco agolpándose en sus ojos y el alivio extendiéndose por su pecho con suma calidez—. Por mi culpa.

Maddox se quedó unos minutos en silencio, procesando todo lo ocurrido, y sonrió a pesar de los cortes y la hinchazón de su cara. No parecía enfadado, sino tranquilo.

—Me encantaría otorgarte el honor de ser la primera mujer en este mundo en conseguir que me golpeen con saña, pero me temo que no es el caso. Siento decepcionarte, escocesa —se rio suavemente, y acto seguido tosió—, pero ese puesto ya lo ostenta otra persona.

A pesar de la culpabilidad, ella se rio con él.

—No llores, que me mojas el brazo. Y te ves menos hermosa que de costumbre —repuso él—. He salvado a la mujer que debía salvar, y eso ya me tranquiliza.

—No me debías nada.

—A ti no, es cierto. Pero a Dios unas cuantas y, al parecer, se las ha cobrado de golpe. A partir de ahora mi vida mejorará gracias a ti.

Como no entendía a qué se refería, o si era un delirio fruto de las drogas que le suministraron o sencillamente por el dolor, lo dejó pasar.

—¿Te duele mucho? —preguntó, y sus dedos tocaron la zona de su brazo, la que el doctor vendó con un cabestrillo para que el hueso soldara mejor.

—Es más soportable que el disparo en la pierna. Este año he estado cojo y manco; con esto deberían dejarme descansar, como mínimo, dos meses seguidos. —Pausa—. ¿Dejarías de llorar si te lo pido? Me hace sentir un tanto culpable ver a una dama llorar sobre mí.

—Lo siento —Sheena se limpió las lágrimas rápidamente—. Es que me siento… tan aliviada…

—Y yo. Raven se merecía esta segunda oportunidad. Al igual que tú.

Que alguien lo dijese en voz alta, alguien que no era ella, le tranquilizó lo bastante como para no permitir que la culpa se apoderase de su ser y la manipulara a su antojo. Cansada estaba ya de manipulaciones varias y del dolor que le provocaban sus malas decisiones. Solo requería de un poquito de paz para ser capaz de salir adelante y, tal vez, si Dios lo permitía, también formar una familia de verdad.

Despertar a alguien no era una opción, la noche era larga y el viaje a Londres, mucho más, así que se entretuvo dándole algo de comer a Maddox y cambiándole las vendas. Él no se quejó en momento alguno. Era fuerte y valiente, como todos los canallas del Redemption. Hombres forjados en los fuegos del infierno. Un acero irrompible.

—¿Qué harás ahora que tu libertad te pertenece?

—Aún no lo he decidido.

—¿Sabes? El doctor Victor se quedó francamente asombrado con tu destreza a la hora de curar heridas. Comentó algo como que muy pocas personas son capaces de ver la carne abierta y que no le tiemblen las manos, ni deba retirarse a vomitar el contenido de su estómago. Vio en ti algo que le agradó mucho.

—Supongo que estoy agradecida de que hubiese confiado en mí. Dado que Raven recibió una bala por mi culpa, era mi deber cuidarlo.

—En esta vida no se trata de pagar deudas, escocesa. Sino de hacerlo con el corazón.

Sheena, mordiéndose el labio inferior, asintió con la cabeza.

Cuánto había cambiado todo desde el primer día que llegó al Redemption. No se reconocía en absoluto. Echaba la vista atrás y no quedaba nada de aquella lady Sheena que, escondida en un carruaje, ansiaba su libertad por encima de todo. Con la soberbia típica de quien nacía en la aristocracia, con todos los beneficios y todos los sacrificios, no creyó jamás que un grupo de hombres alejados de la ley fueran capaces ya no solo de mantenerla a salvo, sino de enseñarle una vida nueva.

Pero allí se encontraba, alejada de la capital, con el corazón en guerra por todas las emociones que aún no hallaban su lugar y, aun así, tranquila por haber escogido el lugar correcto. Los canallas del Redemption tal vez asustaban un poco, y no les importaba recibir disparos o mancharse las manos de sangre, mas su nobleza y su lealtad eran envidiables. Le enseñaron a vivir de nuevo, a soñar, a tener esperanza. A escoger un nuevo camino, si bien no fácil, mucho más agradable que el que le aguardaba en Escocia.

Si se mirase al espejo en ese momento, le gustaría mucho más su reflejo. Una nueva mujer capaz de todo. Incluso de amar.

—Lo sé —murmuró ella—. Ahora lo sé.

Maddox terminó de beberse aquel té asqueroso y frío que le ayudaría a dormir un poco más. Los cuidados de la enfermera del Redemption, aunque no fuese oficial, le dieron una tranquilidad que no encontraría en otra persona. Sus manos eran increíbles.

—Si te quedaras en Londres, el doctor Victor te enseñaría algunas cosas de primera mano. Por supuesto, no serías enferma ni doctora de manera oficial, dado que para eso se necesitan estudios, años y dinero. Pero serías una sustituta increíble para cosas tan básicas como fiebres, resfriados, heridas… y eso te haría feliz —lo último lo afirmó, porque era lo que pensaba de verdad.

La simple posibilidad de obtener más conocimientos que no estuvieran en los libros le provocó un revoloteo que la obligó a sentarse de la impresión. Jamás imaginó que su futuro estuviera en la medicina. Todo lo que aprendió fue por pura supervivencia, pero, cuanto más lo pensaba, más

le agradaba la idea.

—¿Y no se arrepentirá el doctor de acoger en sus dominios a una mujer con la reputación manchada?

—El doctor Victor lleva años cuidando de nosotros y jamás nos ha mirado como si fuéramos un grupo de delincuentes. Es bastante afable, y tú le caíste bien. Eres una dama, escocesa. Da igual que ya no vuelvas a ser *lady* McKenna, porque te quedas con lo más importante: tú.

Nuevas lágrimas aparecieron en sus ojos. Y el corazón pareció crecerle dentro del pecho.

—Gracias, Maddox.

Él cerró los ojos.

—Con esto ya he saldado todas mis deudas. Ahora ya no volveré a tener pesadillas.

28

Tras abandonar la habitación donde dormía Maddox, se dirigió a la puerta principal de la casa y salió a tomar el aire. No era su mejor idea, si tenía en cuenta que las temperaturas eran muy bajas, pero no le asustaba pescar un resfriado a esas alturas. Se limitó a echarse por encima un chal de los que Mary le cedió por la mañana y contemplar el paisaje que la envolvía.

Apenas se vislumbraba el cielo, lleno de estrellas, y una oscuridad de lo más gratificante. Por primera vez en su vida, no le daba miedo lo que hubiese al otro lado.

—¿También te has desvelado?

Pegó un brinco al escuchar la voz de Raven detrás de ella y se giró despacio, comprobando que iba vestido como unas horas atrás, pero con los ojos hinchados y las manos vendadas.

—Sí —admitió con una sonrisa tímida—. ¿Y tú?

—Estaba deseando que te quedaras a solas para hablar contigo.

Sheena tragó saliva. No esperaba una respuesta tan sincera.

—Hay espacio en esta verja para los dos —repuso ella—, si te apetece.

Raven se acercó y se colocó a su lado. Al admirar su perfil, se fijó en que era el hombre más apuesto del mundo. Lo pensó desde el primer día, incluso si lo detestaba por su brusquedad y su mal humor. Pero es que Raven era un hombre de principios y no se doblaba ante nadie, así que no le sorprendía en absoluto que por fin estuvieran en el final de la encrucijada.

—Gracias por salvarme. Otra vez.

—En esta ocasión ha sido gracias a Maddox. Y a ti.

—Tú convenciste al conde para que me dejara en paz.

—No le quedaba de otra —encogió un hombro—. Perdía él más que tú.

Aún dudaba que así fuera. Probablemente él, al ser conde, encontraría alguna mujer más que dispuesta a casarse a pesar de sus escándalos y su antiguo compromiso fallido. Con un título y una fortuna tan suculentos, ¿qué dama se resistiría? Hasta le quedaba la posibilidad de elegir a una de esas mujeres a las que les quedaba muy poco para ser tildadas de solteronas.

¿Pero ella? Sería la vergüenza de los McKenna para siempre. Jamás podría decir en voz alta que era hija de su padre, la que no se casó y, por tanto, no le dio la oportunidad a su marido de heredar el título de marqués. La gente la recordaría durante años —a fin de cuentas, los chismes no caducaban tan rápido como los demás pensaban—, y Escocia se convertiría en un recuerdo lejano.

Sheena admitía para sí misma que echaría de menos los paisajes tan bonitos que tenían en Rutherford Castle, aunque eso no la haría volver. Lo que le dijo al conde era cierto: jamás sería

su esposa. Y ahora que Raven lo amenazó, menos aún.

—Apuesto a que debo seguir pareciéndote una estúpida.

—¿Tú? —Raven enarcó una ceja, y se giró para que ambos quedaran de frente. Ninguno parecía ser consciente de la suave brisa que soplaba alrededor—. A mis ojos, Sheena, eres la mujer más increíble del mundo.

—Me temo que tendría que adjudicarte lo de increíble a ti, Raven, que no has dejado de sorprenderme en momento alguno.

La risa de él le calentó hasta el alma.

—Mira que eres extraña, Sheena. A veces no sé si estás fingiendo o eres así.

Ella se sonrojó notablemente.

—¿A qué te refieres? —Refunfuñó.

—Me desconciertas. Ayer me decías que tenías que irte y ahora… ¿por qué me da la impresión que estás deseando que te apriete entre mis brazos?

—Porque es precisamente eso lo que deseo, Raven.

No se hizo de rogar. Cualquier otro hombre en su posición estaría sumamente enfadado y dolido; sin embargo, Raven se limitó a envolverla con sus brazos, para que nunca más notara el frío.

—Pensaba que no te volvería a ver… y eso me estaba matando —admitió él en voz baja, casi ronca.

—Me arrepentí nada más abandonar Londres. Y quería pedirle a Maddox que diese la vuelta, pero…

—Él no te merecía. El conde. Ni tu padre. Eres demasiado valiosa y ellos lo sabían.

—Apuesto a que, en realidad, solo me eligió porque era una presa fácil. Una dama estúpida que aceptaría cualquier migaja con tal de ser feliz —reconoció. Tantas horas pensando en ello le había ayudado a comprender por qué no vio la verdadera cara del conde hasta que fue demasiado tarde—. Hubiese vendido mis sueños si a cambio recibía un poco de estabilidad.

—¿Y qué venderías ahora?

Meditó la respuesta unos segundos en los que Raven aprovechó para besar su sien, su frente y su nariz.

—Nada. No quiero sacrificar nada más, Raven.

—Me parece bien.

—Tampoco volvería a Irlanda —admitió en voz alta, firme—. Yo… me pregunta —carraspeó, abochornada— si aún hay espacio para mí en el Redemption.

—¿Eso es lo que deseas? ¿Lo que realmente te haría feliz?

Sheena supo enseguida cuál era la respuesta. Y era completamente afirmativa. Por fin encauzaba su vida hacia el camino correcto: el amor. No solo el que sentía hacia Raven, tan intenso como las brasas, sino por todo lo que la rodeaba. Hacia Chloe y Meredith, a quien por fin era capaz de llamar amigas, y hacia Olivia, quien le tendió la mano en todo momento. Penélope, aunque algo tosca, también se había ganado un trocito de su corazón. Maddox y Caleb y Sinclair, cada uno a su modo, la ayudaron. Y ella misma, por supuesto. No se olvidaba de que también se quería muchísimo.

—Sí, Raven.

—Entonces siempre habrá un hueco para ti en el Redemption.

Se abrazó a él con fuerza, apoyando la cabeza en su pecho y las manos contra su espalda. Con los ojos cerrados, el único sonido que llegaba hasta ella eran los latidos de Raven. Lentos y

hermosos, como todo en él.

—¿Crees que algún día serás capaz de perdonarme?

Raven frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—He conseguido que sufrieras por mi culpa, y no solo por el disparo que recibiste, sino porque… ayer… cuando estábamos en tu despacho… ¡Oh, Dios!, creo que me comporté como una verdadera tirana.

—El amor no es fácil, Sheena. Los sentimientos que albergamos son letales si les damos demasiado poder. Y yo soy consciente de que haberte forzado a decirme que me querías, o que te quedarías conmigo, es egoísta hasta límites insospechados.

—Solo tratabas de mantenerme cerca, Raven. Jamás pensaría mal de ti.

—Yo sí he pensado mal de mí —dijo él con cierto pesar—, porque sé que no soy suficiente, ni lo seré… aunque me dedique a intentarlo mil años. Todo lo que tengo son unas manos manchadas de sangre y un club de caballeros que algún día desaparecerá.

Sheena se apartó de él de golpe. Los centímetros que los separaron de pronto se le antojaron un abismo insalvable.

—Es curioso que tú, precisamente tú —le clavó un índice en el pecho—, digas eso. ¡Si te esfuerzas por todos sin queja alguna! ¡Has dado la cara por cada uno de los canallas del Redemption siempre que ha sido necesario! E incluso por Chloe y Meredith, y Penélope, y lord Jude. ¡Hasta por mí! ¿Cómo has llegado a la conclusión de que eres insuficiente para alguna mujer, Raven?

—Tú no lo entiendes, porque provienes de una familia con título y fortuna, pero cuando creces en los bajos fondos, cuando tu madre no es más que una puta y muere demasiado pronto, no hay opciones. Solo queda un camino, y muchas veces es oscuro y lleno de espinas.

—Compadecerte no cambiará nada de lo que has vivido y hecho. A mi parecer, eres un superviviente. Y los supervivientes se merecen las mismas oportunidades que los que nacen con un título bajo el brazo.

—¿Dirías lo mismo si tuvieras que casarte conmigo? Recuerdo lo que murmuraste aquella tarde, cuando te propuse ir a Gretna Green.

Sofocada y abochornada, Sheena se apartó y apretó los puños.

¡A veces los hombres eran tan tercos y tan ciegos!

—En ningún momento lo dije porque me parecieras insuficiente para mí, Raven. Solo… me sorprendió demasiado tu petición y yo… no entendía… Pero nunca fue por eso —insistió, vehemente—. ¡A mí el título de un hombre jamás me ha importado! Solo deseaba…

«… Que me quisieran de verdad», pensó, y cerró los ojos.

Al abrirlos, Raven estaba un poquito más cercana. Observándola con un cariño que le calaba la piel y los huesos y el alma.

—He sido demasiado bruto contigo la mayor parte del tiempo.

—Un poquito, pero forma parte de tu encanto.

—Por eso pensé que tú no me verías jamás como alguien de valía.

—Ay, Raven —ella se rio ante sus ocurrencias—. ¡La culpa es mía y de mi lista!

—¿De tu lista?

Nunca imaginó que terminaría hablándole a otra persona de ella, mucho menos al protagonista de la misma, pero pensó que era un buen momento para abrir su corazón y exponer todo lo que sintió en las semanas que pasaron juntos en el Redemption.

—Trece mentiras para no enamorarse —murmuró—, así es como la llamé. Y contenía trece mentiras exactas que me impedían sentir algo por ti.

Cabría esperar que la llamase loca o algo similar, pero Raven se limitó a escucharla, más que ansioso por entender a qué demonios se refería.

Ella tomó algo de aire, calmando así sus nervios, y recordó de nuevo todas y cada una de las mentiras.

—No recuerdo en qué orden exacto las fui añadiendo, pero… sé que me las repetía constantemente, noche tras noche, como si fuera una súplica o un rezo. —Pausa—. Son las siguientes: *No dejaré que me seduzca. No le deseo, y jamás lo haré. No siento nada por él; ni respeto ni cariño ni admiración. No permitiré que se cuele entre mis grietas y repare lo que otros rompieron. No permitiré que me robe el corazón. No quiero recibir más besos de su parte. No le agradeceré que me salvara la vida. No le haré partícipe de mi historia. No le dejaré ver mis cicatrices de la espalda. No le daré el gusto de verme sonreír a causa de sus ocurrencias. No le pediré que me deje quedarme en el Redemption. No soñaré con él. No haré el amor con él. No me enamoraré de él.*

»Menuda tontería, ¿no crees? Porque las incumplí todas y cada una de ellas, después de todo. Claro que quería ser seducida. ¡Y sí que te deseaba! Tanto, que me ardía la piel.

—Que te resistieras solo me hacía enloquecer más.

—Lo siento, pero no pretendía ser la amante de ningún hombre —el sonrojo de sus mejillas resplandecía bajo la luz de la luna—. Pero llegaste tú, y sí que sentía cosas. Deseo, anhelo, admiración, cariño, respeto… Te miraba y pensaba que eras increíblemente fuerte y valiente.

—A día de hoy, siento que me flaquearon las fuerzas en el momento que más me necesitabas —confesó en voz baja.

—Tú te colaste entre mis grietas, y viste mis heridas y mis cicatrices, conociste mi historia y, finalmente, y en contra de mi voluntad, has sido partícipe de la misma.

—Jamás me arrepentiré de ello, Sheena.

Raven avanzó un paso más.

—¿Tampoco de salvarme la vida? Lo hiciste.

—Daría todo lo que tengo por ti.

Un escalofrío bajó por su espina dorsal y se abrazó a sí misma.

—Te doy las gracias, Raven.

—Mi fierecilla… No es necesario.

—Sonrío más que nunca porque tú estás en mi vida, y sí que me robaste el corazón. Y hacer el amor contigo es una de las cosas que más me gusta de este mundo.

Como hombre que era, escucharla decir eso después de todo lo que vivió con el conde, le llenó el pecho de orgullo y engrandeció su ego.

—Te haría el amor cada día de mi vida.

—Ya te he pedido que me dejes quedarme en el Redemption, por lo que esa mentira ya no vale.

—¿Y la de que no me amas?

Decir la verdad sentaba tan bien… Sonrió tanto, que sus ojos se empequeñecieron ligeramente.

—Te amo, Raven.

Por fin lo escuchaba. Y eran las palabras más maravillosas del mundo.

—Te queda una.

Frunciendo el ceño, ella repasó la lista por completo. A medida que lo pensaba, Raven acortó la distancia existente y la tomó de la cintura una vez más. Sheena notó que por fin volvía a casa.

—Mis besos. ¿No me pedirás más besos?

—Oh.

Sí, recordó esa. Una de las más importantes, porque el primer beso que compartieron la dejó temblorosa y desconcertada muchos días. Nunca una mujer fue besada tan intensamente como ella aquella noche, en su despacho. Aun y con todo, no se arrepentía de nada. Ni de ser una mala mentirosa que cayó finalmente en las garras del hombre del que esperaba escapar, ni de anhelar que esa boca hecha para ser amada y también para pecar la besara una y mil veces.

—Sí —balbuceó—, quiero muchos. Millones.

—Son todo tuyos, *milady*.

Ayudándose con el índice, le alzó la barbilla y presionó su boca con suavidad. Sus labios estaban tibios a causa del frío, pero rápidamente se calentaron gracias al roce de sus lenguas y a ese gesto posesivo que lo inundaba siempre que la tenía a su lado. Sheena le correspondió de inmediato, aun así, y rodeó su cintura con los brazos para buscar su calor.

Si el amor era tan dulce y gratificante como ese beso, entonces no se separarían jamás. Les había costado demasiado llegar hasta ese punto.

—Me alegra tanto que todo se quedase en trece mentiras que jamás se harán realidad —murmuró cerca de su boca—. Eso significa que todavía hay una oportunidad para nosotros.

—¿Incluso si de pronto soy una paria a ojos de la sociedad?

—Jamás me ha importado lo que ellos digan. Pero —añadió de pronto, más serio— si alguno de esos pomposos dice una mala palabra de ti, lo pagarán caro.

—Apuesto a que ninguno me prestará atención. Porque ya no seré Sheena McKenna.

Una arruguita apareció en su entrecejo al oír sus palabras.

—¿De qué hablas?

—Quiero casarme contigo, Raven. En Gretna Green. Así seré Sheena Davenport.

Dentro de su pecho, el corazón le ardió por completo. Raven gruñó una maldición y la abrazó tan fuerte que Sheena tuvo que quejarse por su ímpetu. Aunque eso no valió de nada. Tal era la felicidad que embargaba a Raven que la llenó de besos; desde la frente hasta su cuello, subiendo de nuevo a su boca.

—¿Estás completamente segura de esto?

—¿Por qué no lo estaría? He comprendido que el amor es algo más que promesas vacías y golpes aislados, o humillaciones. Contigo todo es tan… dulce, tan mágico. Tan real —posó una mano sobre su corazón—. Te amo, y eso es lo único que me importa.

—También te amo, Sheena. Casémonos cuanto antes.

—Así el doctor Victor no me reprochará que su ayudante sea una mujer soltera a la que puedan tachar de fulana.

Como él la miró sin entender, le contó lo que Maddox le había dicho un rato antes, nada más despertar. Y lo cierto era que quería encauzar su vida, ser una mejor enfermera, y ayudar en el Redemption a los boxeadores y a quien hiciera falta. Porque estaba completamente segura de que pasarían más canallas por allí, y los recibirían con los brazos abiertos.

Porque eran una familia.

—Estoy muy feliz de ver la mujer en la que te has convertido.

—No sería igual sin ti, Raven.

Cuando la besó de nuevo, todas sus heridas se cerraron y Sheena consiguió, por fin, tras años

de sufrimiento, tirar la llave del cofre que contenía sus miedos. Tan lejos como le fue posible. Para que nadie más, ni siquiera ella, lo abriese de nuevo.

Si la vida, o Dios, la había colocado en el camino de Raven, entonces significaba que él y solo él la haría feliz. Y ella no le daría motivos para que llegase a la conclusión de que eligió mal esa noche, mientras se basaban bajo la luz de una luna llena. Redonda y luminosa. Como el amor de ambos.

Epílogo

Tres años más tarde

Primavera de 1845

El sol era tan intenso esos días que Raven se había tomado un pequeño descanso para tumbarse sobre la espesa, alta y verde hierba que cubría todo a su paso. Pronto tendría que enviar a sus hombres a que la recortasen y aprovecharan el pasto para alimentar a algunos animales, pero, de momento, a él le servía de colchón provisional. Olía tan bien, a flores silvestres y a hierba húmeda, que no echaba de menos sus días encerrado en el Redemption.

Después de casarse con Sheena en Gretna Green y visitar a su padre para hacerle saber que su única hija formaría una familia con él, y no con lord Murray, a pesar del escándalo y de todos sus intentos por devolverla a su cárcel de oro y seda, decidieron volver a Londres y empezar de cero. Por supuesto, el marqués de Rutherford no se lo tomó nada bien, e intentó impugnar el matrimonio… sin mucho éxito. Los testigos y la firma de ellos servían de sobra para que Sheena fuera libre, incluso si el precio a pagar era renunciar a su fortuna y a su título de *lady*. A partir de entonces, la gente habló mucho de ella, y aún la señalaban en la capital, pero eso no parecía importarle en absoluto.

La libertad nunca salía gratis y ambos lo supieron desde un inicio. Disfrutar de ella, vivir cada día como si fuera el primero de su larga historia, se convirtió en una rutina refrescante que desembocó en abandonar Londres para ir a vivir y trabajar a una de las tierras del duque de Villiers.

Finalmente consiguió convencerlos de que se alejaran de la capital para vivir más cómodamente en un lugar donde la gente no torciera el gesto al verlos y, sobre todo, donde formar esa familia ansiada que ambos posponían constantemente.

Nathaniel Birdwhistle, duque de Villiers, les tendió la mano por todas las veces que Raven se jugó la vida para defender a su hermano pequeño, Jude. «Es lo mínimo que puedo hacer por ti», le dijo el día que los visitó en el Redemption; «asegurarme de que tienes una vida plena. Además, confío en que sabrás llevar esas tierras con la misma lealtad con la que llevaste este club».

Raven fue incapaz de decirle que no. Lo que más ansiaba era hacer feliz a Sheena. Y desde que vivían allí, al aire libre, sin chismes de última hora ni peleas de boxeo, ni borrachos ni trifulcas, lo eran. Sin mentiras.

Por no hablar que la propia Sheena ejercía de enfermera para algunas personas del pueblo. No de manera oficial, aunque sí enseñando a otras jóvenes entusiastas a coser heridas y reconocer

otras fracturas. La gente realmente la adoraba. Y no era para menos, porque su sonrisa y su calidez se ganaban hasta el corazón más férreo.

—Mira a tu padre, Calder. Ha decidido pasar el día en el bosque sin nosotros.

La voz de Sheena, dulce y suave, llegó hasta los oídos de Raven, quien pestañeó y la enfocó poco a poco.

Ella se acercaba a buen ritmo, el vestido rojo ondeando gracias a la brisa que soplaba, y sosteniendo al hijo de ambos con firmeza.

—Eso no es cierto —repuso él, y sonrió al ver cómo Calder se aferraba al cuello de su madre con fuerza—. Solo hacía una parada en el camino.

Calder era el único hijo que tenían… de momento. Un niño de mejillas regordetas que había heredado el pelo rubio y la fortaleza de su madre, y los ojos grandes y oscuros, así como la terquedad, de su padre. Solo contaba con un año de vida, pero ya balbuceaba algunas palabras y sabía dar algunos pasos sin caerse de bruces contra el suelo. Aun así, adoraba que Sheena lo cargase mientras paseaban por aquel extenso camino de tierras que llevaba directamente a casa.

A su hogar.

—¿Acaso no querías pasar la tarde con nosotros? —preguntó Sheena, y le dedicó una mirada divertida al ver que él resoplaba—. Apuesto a que Calder haría un puchero si viese a su padre escaquearse el día que nos toca jugar con los caballitos de madera que nos envió el tío Caleb.

—Y la tarde de leer libros, que no se te olvide.

Raven se levantó con fluidez y cogió a Calder en brazos. Su hijo sonrió y puso sus manitas algo frías sobre su cara, como si eso le permitiera reconocerle de inmediato. O como si fuera su manera de devolverle todo el cariño que Raven le daba.

—¿Cómo podría? Es de mis momentos preferidos. Y hoy toca una historia sobre una princesa que no conseguía dormir porque había un guisante en su colchón y ella era demasiado sensible, por lo que siempre lo notaba, así que inicia una aventura en busca de sacar el dichoso guisante de su cama.

Raven se rio ante aquellos cuentos que sacaba su esposa de un enorme libro que encontró un día en la biblioteca de la casa, de casualidad, y que se guardó para ir leyendo poco a poco con ellos.

Una vez a la semana, después de cumplir con sus obligaciones, se tumbaban en la alfombra y ella les leía con fluidez las aventuras de una chica que iba vestida de rojo, con su cestita, a ver a su abuela. O de un jovencito que era demasiado pequeño y al que llamaban Pulgarcito. No importaba la historia, en realidad, sino la manera en que Sheena la contaba; gesticulando con sus manos y haciendo voces que conseguían sacar alguna que otra carcajada a Calder.

—¿Así que una princesa que duerme mal a causa de un guisante? Me recuerda a alguien —dijo Raven, pensativo—. Últimamente no pareces cómoda en nuestra cama.

Las mejillas de Sheena se tiñeron de rojo al escucharle.

—No es porque nuestra cama me desagrade, ni mucho menos. Hay actividades muy placenteras que disfrutamos entre doseles —admitió, y miró a Calder cuando este atrapó uno de sus tirabuzones rubios entre sus manitas regordetas—. Y es precisamente por esos placeres que yo duermo incómoda últimamente.

—Intento entenderlo —reconoció él—, pero no te sigo.

Sheena se rio bajito, las emociones a flor de piel.

—El médico me confirmó ayer que estoy embarazada. Lo sospechaba porque tenía un enorme deseo por comer manzanas, como ocurrió con Calder, y porque esa cama se me hace demasiado

incómoda a causa del pequeño que crece en mí. No es un guisante, pero podría ser pequeño como uno.

Le costó más de treinta segundos asimilar que la gran noticia de ese año, aparte de que todo parecía marchar bien en las tierras y en el pueblo, era que iba a ser padre de nuevo. Otro hijo. Otro miembro más para la familia.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Si Sheena parecía brillar con luz propia cuando albergaba el fruto de su simiente en el vientre. Era como si robara toda la luz del sol de golpe y la acumulase en esos dos ojos verdes, intensos y dulces que lo miraban cada día. Repletos de amor.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, *mo anam cara*.

—¿Acabas de usar una frase gaélica? —Ella pestañeó al ver que Raven se sonrojaba de golpe.

—Le pregunté al mozo de cuadras, que es escocés —gruñó por lo bajo—. Espero no haberme equivocado.

—No, no lo has hecho, *mo ghràdh* —susurró ella, y se acercó a besar los labios del hombre que robó su corazón y aún lo guardaba bajo llave; donde nunca volviera a sufrir—. Tú también lo significas todo para mí.

Raven rodeó su estrecha figura con el brazo libre y se echó a reír de alegría. ¡Iba a tener otro hijo!

—Creo que deberíamos celebrarlo por todo lo alto.

—Oh, no es necesario. Y me sabe mal obligar a la cocinera a prepara platos que solo lleven manzanas —repuso Sheena, divertida y avergonzada a partes iguales—. Creo que ya me odia lo suficiente.

—Apuesto a que se le pasará cuando estén todos en casa, con nosotros, disfrutando de semejante festín.

—¿Todos? —Repitió ella, sin comprender.

—Los canallas del Redemption están de camino. Si no me equivoco en mis cálculos, deberían llegar mañana. Estoy seguro de que todos se alegrarán de saber que vas a darme otro hijo, igual de valiente y hermoso que tú.

Con las manos apoyadas sobre su pecho, Sheena miró a su hijo Calder, y luego a su marido, y pensó que la vida, aunque no siempre resultase un cuento de hadas, era maravillosa gracias a ellos.

—Le diré a la cocinera que no falte de nada. Nuestra familia se lo merece.

Raven cabeceó en señal de asentimiento.

—Tú te mereces todo, *milady*.

Nota de la autora

Antes de nada, quiero aclarar que en este libro no he hecho apología a la prostitución. Ya sabía que me encontraría alguna que otra reseña donde resaltarían que pinto la prostitución como si fuese un trabajo de putísima madre porque Chloe y Meredith hablan bastante positivas al respecto. Pero no es así. Estamos en un contexto histórico donde la prostitución no se abarcaba de la misma manera que en la actualidad, con lo cual, debía ceñirme a ello. De hecho, la prostitución en aquella época no era solo algo habitual, sino que la practicaban mujeres que ni siquiera vivía en burdeles. Véase la mujer del panadero o el lechero, o de castas muy bajas que, a pesar de que el marido trabajaba y ella también, necesitaba ganar algunas monedas más y para ello pasaban algún ratito con clientes puntuales. Todo esto lo encontré leyendo información sobre la época. Y no solo eso, por si os interesa: muchas gentes, como Meredith y Chloe, salían de los burdeles y trabajaban por su cuentan, y preferían vender su cuerpo a clientes potenciales como era la aristocracia porque se ganaba mejor que estar limpiando o sirviendo en otro lado. Por eso ellas lo ven como algo mucho más llevadero. Simplemente eso.

Respecto a la actitud de lord Murray solo diré que había muchos caballeros que no soportaban la vergüenza de que su esposa se escapara. Estaba muy mal visto y solían culparlos a ellos porque «algo habrían hecho para que su mujer huyera». Que normalmente era el caso, porque ellos eran unos piezas de cuidado. Ya vemos que en la novela, lo es. Por eso no es de extrañar que algunos la buscaran para que su reputación no quedara en entredicho.

Agradecimientos

Seré breve porque bastante chapa os he dado ya con la nota de autora. Pero le doy las gracias a mis amigas, que son las que me aguantan. Sobre todo cuando estoy irascible y en modo «todoloquehagoesunamierda», y me pongo a delirar sobre que el libro va a fracasar y la gente me va a tirar en Kindle a la cabeza. Que no se note que soy una *drama queen* de mucho cuidado. Así que, desde aquí, GRACIAS. A Katherine Vega, por las charlas matutinas llenas de temas absurdos, turbios y cochinos que nos hacen reír a carcajadas. A Sara Galisteo y Zoe, que en nada estará en el mundo. Sin ti, esto de escribir sería mucho más solitario y gris. A Lara, por las noches en *discord* y en LOL. Que nadie se entere que procrastino más horas de las que debería. A S. F. Tale y Marian Arpa, porque son increíbles y maravillosas. Y a Daniel de la Peña, porque en poco tiempo te has convertido en alguien que puedo llamar amigo, que sé que está ahí en las buenas y en las malas, y que me ha ayudado a ir a por más. Siempre a por más. OS ADORO.

También agradecer a mi editora, María José, que creyó en mí para sacar adelante esta saga histórica. Porque siempre me apoya, y es súper importante que un editor confíe en sus escritores. Y por la infinita paciencia que tiene conmigo últimamente. ¡Gracias!

Y a ti, lector: tanto si me lees siempre como si llegas nuevo por aquí, gracias. Espero que hayas disfrutado de la novela. Va con mucho amor.

Por cierto, si os preguntáis por la historia de Jude y *lady* Olivia la podéis leer en *A un canalla indomable no se le puede atrapar*, también publicada por Selecta.

¡Nos vemos en la próxima aventura!

Redes sociales:

Instagram: holliedeschanel

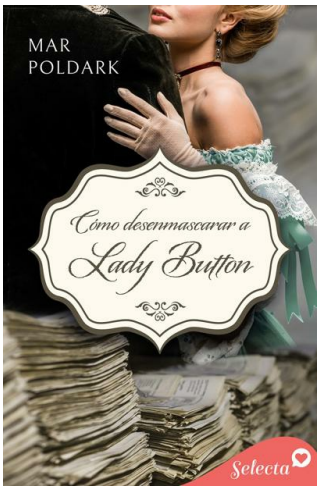
Facebook: Hollie Deschanel

Si te ha gustado

Trece mentiras para no enamorarse

puedes disfrutar de estas

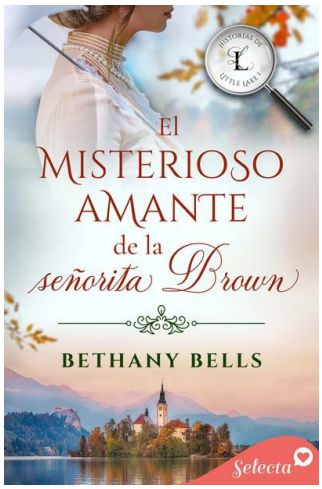


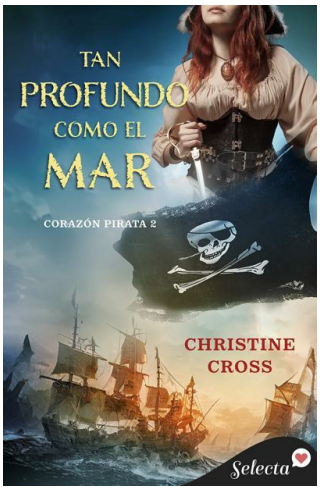






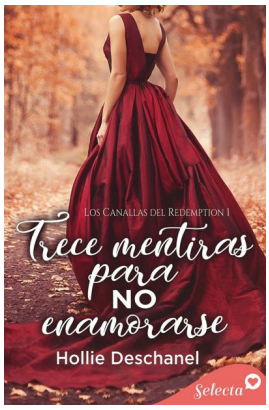

Bajo
la lluvia de
verano
S. F. Tale
Selecta


El
misterioso
amante
de la
señorita Brown
Bethany Bells
Selecta


Tan
profundo
como el
mar
Corazón pirata 2
Christine
Cross
Selecta


Escandalosa
F. Jenner
Selecta

«Cuando no puedes casarte con el héroe, elegir al villano es la mejor opción.»



Raven Davenport nació, creció y vivió toda su vida como un bastardo. Y nunca le ha molestado su condición. Ni siquiera el hecho de que siempre haya sido el escudo del único hombre que fue amable con él. Ahora que está a cargo del Redemption, uno de los clubs para caballeros más concurrido de Londres, se verá obligado a demostrar que ha aprendido bien a valerse por sí mismo y a proteger a los suyos. Entre negocios ilegales y partidas de cartas, cree que su vida es perfecta. Hasta que se topa cara a cara con la insolencia en persona, **con la reina de los secretos... y entonces todo su mundo empieza a tambalearse**.
Sheena McKenna no sabe lo que es el amor. No sabe lo que es la amabilidad. Por eso decide cruzar medio país en busca de su tan ansiada libertad... antes de que el héroe en el que confió acabe con ella. Pero el destino ya ha apostado a la carta ganadora, y se verá empujada a encontrarse en medio de un grupo de canallas, cuyo líder es oscuro, es imponente y es **el villano de cualquier cuento. Excepto del suyo**.
Dos almas heridas no pueden convivir bajo el mismo techo sin colisionar una y otra vez. Pero ahí donde el temor no era más que una sombra, se transformará en la luz más brillante cuando salte la chispa del amor.

¿Podrá una mujer como Sheena abandonarlo todo para lanzarse a los brazos de un canalla y ser feliz?

Hollie Deschanel nació en Cádiz. Escribe novelas con mucho romance, aunque a veces hace sufrir demasiado a sus personajes. Duerme tan poco que sus amistades creen que es un vampiro. Le gusta el café, los documentales sobre misterios y los gatos. Es muy probable que al lado de la definición de «despistada» aparezca su nombre. Cree en el horóscopo y de pequeña quería ser amiga de Rüdiger.



Edición en formato digital: febrero de 2024

© 2024, Hollie Deschanel
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-43-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] En realidad, la palabra proxeneta, aunque ya se usaba en la Antigua Roma, no poseía el mismo significado en el XIX una vez se extendió en la Edad Media. Lo más correcto hubiera sido llamarlo de otro modo, como «alcahuete» o «rufián», pero dado que mi intención es facilitar la lectura y el hilo de la conversación, decidí usar proxeneta como una licencia. Espero que me lo perdonéis y sepáis entender por qué he preferido ponerla a cualquier otra; incluso si suena demasiado "actual".

[2] Normalmente, este tipo de lenguaje de soez era típico de las personas que no convivían con la aristocracia. Era muy común entre personas que dirigían un club, robaban, traficaban, vivían y se movían en los suburbios…

Índice

Trece mentiras para no enamorarse

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Hollie Deschanel
Créditos
Notas